

Ve a Kaiser

EL VALS HACIA ATRÁS

O LOS ESPÍRITUS DE LA
FAMILIA PRISCHINGER



AdN > Alianza de Novelas

Vea
Kaiser

EL VALS HACIA ATRÁS
o los espíritus de la familia Prischinger

Traducido del alemán por Paula Aguiriano Aizpurua

AdN Alianza de Novelas

Índice

Visitas indeseadas (Viena)
El circo de los Prischinger (1953)
Lo que creemos, lo que esperamos y la realidad (Viena)
El espía maestro de Tito (1958)
El caballo de carreras cojo y su café (Viena)
Hombres, mujeres, osos y otros animales (1968)
Siempre es demasiado pronto (Viena)
El paciente silencioso (1969)
La capacidad de un Panda (Viena)
Mirl pierde (1972)
Pasaportes austriacos y extranjeros (del kilómetro 1 al 10)
Los hábitos reproductivos de patos y mariquitas (1973)
Cómo cuidar a vivos y muertos (del kilómetro 11 al 213)
Sobre todo, que no sea pelirrojo (1978)
El extranjero no extranjero (del kilómetro 214 al 292)
Los invertebrados (1986)
La infinitud de la autopista croata (del kilómetro 293 al 790)
Hedi y el rojo (1994)
Toda la gloria de la tierra (del kilómetro 791 al 898)
Otros panderos espectaculares (2001)
Las montañas negras (del kilómetro 899 al 1029)
El que se quedó atrás (1977)

A quién se le cuenta qué (Viena)

Agradecimientos

Créditos

*Sunt aliquid manes:
letum non omnia finit,
luridaque [...] effugit umbra.*

Algo queda de las almas:
la muerte no lo acaba todo,
y la sombra amarillenta escapa.

(PROPERCIO, 4.1.1-2)¹

Pensad: la propia muerte solo se muere; pero con la muerte de los otros debemos vivir.
(MASCHA KALÉKO)

¹ Traducción de Antonio Tovar y María T. Belfiore Mártire (*N. de la T.*).

Visitas indeseadas (Viena)

En la vida de Lorenz Prischinger había, desde hacía varias semanas, dos tipos de llamadas a la puerta. Las buenas y las malas.

Las llamadas buenas anunciaban lo esperado, como un ansiado paquete de correos o la llegada de su novia Stephi. Las llamadas malas eran inesperadas y podían significar que Hacienda, el seguro médico o incluso el banco, en el peor de los casos, habían endurecido el tono de sus amenazas y le enviaban a un ejecutor forzoso.

Ese viernes de marzo a las 10:23 de la mañana, cuando llamaron a la puerta de Lorenz, el correo ya había llegado y Stephi estaba en Heidelberg, donde llevaba un año dando clases en la universidad. Lorenz dejó caer el yogur y la cuchara y permaneció inmóvil.

Insistieron.

Lorenz se mordió los nudillos de la mano izquierda. Los plazos para pagar a Hacienda y al seguro habían vencido seis semanas atrás, pero se había quedado sin ahorros y todavía no había ganado ni un solo céntimo en todo el año. Había acumulado despreocupadamente cartas, avisos y correos certificados, esperando que se reanudara el rodaje de la serie policiaca en cuyo capítulo piloto, que se había emitido una semana antes, él representaba un papel principal.

Pasaron de llamar a golpear.

Lorenz apagó la luz de la cocina en un acto reflejo, a pesar de que no se veía desde el vestíbulo, y se deslizó al vestidor. Cambió el pijama por unos vaqueros y una camiseta, y pensó qué debía hacer. Podía esperar a ver si el ejecutor se rendía al no oír ruidos o podía abrir la puerta y enfrentarse al embrollo. Los golpes se tornaron agresivos. La tercera opción de Lorenz consistía en pasar del balcón a la terraza del vecino y de allí saltar a la tapia para escapar por el patio interior del edificio contiguo.

—¡Señor Prischinger, el cartero me ha dicho que está en casa! —se oyó a

través de la puerta—. ¡Abra de una vez!

El desconocido tenía una voz penetrante y desagradable, con acento de los barrios del otro lado del Danubio. Lorenz salió al balcón. Había dedicado su abundante tiempo libre de los últimos meses a leer, ver series e ir al gimnasio. Estaba más en forma que nunca. Si se concentraba, sería fácil descolgarse por los barrotes de la barandilla y llegar al patio pasando por la terraza vecina. Sin embargo, el día era gris y húmedo. ¿Y si se resbalaba?

—¡Señor Prischinger! ¡En algún momento tendrá que dejarme entrar!

Lorenz escupió hacia abajo. Había mucha caída.

Así que volvió dentro.

Fue a hurtadillas al baño lamentándose de su situación, se lavó los dientes, se roció con el perfume más caro que tenía y se peinó. Recientemente había leído que la mayoría de los pasajeros del *Titanic* se vistieron de gala antes de hundirse.

El desconocido golpeaba la puerta sin descanso.

Lorenz se irguió, metió tripa, sacó pecho; era un actor de éxito de treinta y un años, seguro que daría con la solución.

Abrió la puerta con serenidad.

—Por fin —dijo un hombre sorprendentemente bajo con gafas de concha redondas de color verde oliva y una cazadora bomber oscura con el logotipo de un club deportivo canino. En el bolsillo del pecho se leía «Un corazón para Bellos», y los hombros estaban cubiertos de huellas de perro. Así no era como Lorenz se había imaginado a un ejecutor forzoso. Y seguramente los ejecutores forzosos tenían un aspecto distinto, porque el hombre, que en ese momento le estaba enseñando su identificación, no era uno de ellos.

—Servicio de información del canon televisivo, GIS, por sus siglas. Señor Prischinger, ¿tiene algún televisor?

—¿Cómo dice? —preguntó Lorenz perplejo. Toda su vida de estudiante había temido que el GIS se presentara en su casa algún día y lo multara por no haber declarado el televisor. Y ahora que llamaban a su puerta de verdad, no podía imaginar una visita más agradable, ya que tres días antes había vendido el televisor a un conocido para conseguir dinero, y porque de todos modos el operador le había cortado el servicio.

—Servicio de información del canon televisivo, señor Prischinger, ¿tiene algún televisor? Poseer un aparato sin declararlo constituye una infracción penal en la República de Austria.

—No tengo televisor. —Lorenz sonrió, como si se hubiera quitado de

encima una mochila de cuarenta kilos.

—¿Por qué sonrío? —preguntó el agente del GIS.

—Es que me alegro de verlo —dijo Lorenz.

—Nadie se alegra de verme —respondió el agente del GIS—. Señor Prischinger, ¿me permite cerciorarme de que no posee ningún televisor?

Lorenz no tenía nada que ocultar, así que dejó que el hombre se paseara por su precioso apartamento de cuatro habitaciones, le mostró orgulloso las obras que había hecho el año anterior, le ofreció café y después lo acompañó a la salida.

—¡Que tenga un buen día! —le deseó Lorenz cuando ya se marchaba, y vio que las huellas de perro subían las escaleras en silencio hacia la casa del vecino. Cerró la puerta y fue al baño.

Al ver las nuevas y carísimas esterillas de baño que le había traído el cartero poco antes de que llegara el agente del GIS, la vergüenza arrolló a Lorenz como una ola monstruosa que se abalanza sobre adoradores del sol tostados y adormilados en la playa.

Las esterillas eran preciosas, suavísimas e incluso ecológicas, aunque esta última no era una categoría a la que Lorenz diera importancia normalmente. El diseño geométrico amarillo, blanco y gris conjuntaba a la perfección con los azulejos blancos y el suelo negro de mármol italiano. Pero necesitarlas, no las necesitaba; de hecho, hacía solo un año que se había comprado un conjunto nuevo de alfombrillas de bambú. Tampoco es que se hubiera propuesto adquirir otras esterillas, en realidad buscaba en esa maldita plataforma web de diseño una solución elegante para guardar su cobertor. Sin embargo, en el transcurso de sus pesquisas, había encontrado aquellos deliciosos portavelas. Además, la página le había recomendado unos manteles individuales que, nada más verlos, había sentido que necesitaba con urgencia, sin tener en cuenta que ni siquiera sabía cocinar; también unos servilleteros de latón para los que naturalmente necesitaba servilletas. Y nuevos vasos de agua. Lorenz ya no recordaba cómo había acabado donde las esterillas de baño; al final también había comprado un carrito para servir y marcos de fotos decorativos, pero por supuesto no había encontrado ninguna solución práctica para el cobertor, que era lo que necesitaba en realidad.

Lorenz estaba dolorosamente familiarizado con los trucos de las tiendas online. Un carrito de la compra digital nunca parecía tan lleno como el que se empujaba en una tienda, y además en internet todo estaba rebajado. Lorenz sabía que, como miembro de la familia Prischinger, tenía una debilidad casi

genética por las ofertas, y su inutilidad para las matemáticas le impedía, además, incluir en el cálculo los impuestos y los gastos de envío antes de finalizar el pedido. Claro que veía la suma total antes de confirmar los datos de la tarjeta de crédito, pero ¿a quién se le ocurriría vaciar entonces el carrito, con cuyo contenido ya se había establecido un vínculo emocional?

—Lo sé, no tengo un duro —le reconoció Lorenz a su cuarto de baño antes de apagar la luz y cerrar la puerta tras él.

Y así, tan pronto como había llegado, el buen humor de Lorenz se desvaneció. Esa mañana había tenido mucha suerte. Pero esa suerte tenía fecha de caducidad.

Lorenz lo había intentado todo para vivir de forma modesta. Desde que había recibido el aviso de los recargos en los impuestos y el seguro, se había propuesto firmemente no comprar nada que no necesitara de verdad. Pero lo de los propósitos de Lorenz era un caso. Todos los años, en Nochevieja, se proponía adelgazar cinco kilos. Año tras año engordaba dos. Hacía quince años que se proponía leer la *Ilíada* y la *Odisea*. Hasta el momento solo había conseguido llegar a las primeras páginas de la primera y a la mitad de la segunda.

Lorenz tenía muchas virtudes. Ser consecuente no era una de ellas.

Se dejó caer desanimado sobre la cama deshecha. Se volvió hacia la mesilla, sobre la que había fotos de Stephi y él que su novia le había enmarcado antes de mudarse a Heidelberg. Stephi y Lorenz tras el estreno de *Don Carlos*, Stephi y Lorenz en el Festival de Viena tras el último pase de *Intriga y amor*, Stephi y Lorenz en Zúrich, en Kassel y en Bochum, donde Lorenz había actuado como artista invitado durante los últimos años, y otras fotos de tiempos mejores, cuando Lorenz todavía estaba en el teatro y Stephi daba clases de latín en la Universidad de Viena. En la mayoría de fotos, Lorenz estaba disfrazado o al menos sin desmaquillar, Stephi tenía su melena castaña clara recogida en una trenza y, como mucho, se había pintado un poco los labios. Lorenz era un artista, flotaba a tres metros sobre la realidad, y Stephi era su roble enraizado en el suelo. Ella decidía dónde y qué cenaban, si iban al cine o al teatro. Ella reservaba los viajes y organizaba actividades con sus amigos. Le advertía que no gastara dinero que no tenía, preparaba sopa y compraba chocolate cuando Lorenz tenía uno de esos días en que la colcha le resultaba tan pesada que no conseguía levantarse.

Desde que Stephi se había marchado a Heidelberg, se sentía como un globo de helio soltado al viento.

Lorenz se abrazó a la almohada con brazos y piernas. Jugeteó con el móvil e intentó llamar a Stephi tres veces, aunque sabía que era inútil. Cuando trabajaba, todos los días de ocho de la mañana a siete de la tarde, Stephi ponía el móvil en silencio y apagaba la conexión a internet. Desaparecía en algún lugar entre el año trescientos y el cuatrocientos antes de Cristo. Ni siquiera tenía contestador, que por lo menos le habría permitido a Lorenz oír su voz y dejarle mensajes.

Hacía mal tiempo. Tampoco tenía dinero. ¿Qué sentido tenía levantarse? Lorenz decidió ver series y esperar a que Stephi tuviera tiempo de hablar con él por Skype. Cogió el portátil y puso la nueva temporada de una serie sobre un hospital. Mientras se cargaba, fue a la cocina y buscó algo comestible. Encontró cereales, cubitos de caldo y los frutos secos de Stephi, a los que era alérgico.

Cuando volvió a la cama, cerró las cortinas. Después de dos capítulos, abrió otra ventana del navegador y retomó la búsqueda de una solución para guardar el cobertor. Cuando estaba a punto de pujar por una impresión limitada de un artista callejero en un portal de subastas, se cortó la conexión y Lorenz recobró el juicio.

—Tengo un problema —susurró para sí, cerró el portátil, se levantó de un salto y decidió que no podía seguir así. Marcó el único número que podía ayudarlo en una situación como aquella: «Tía Hedi Casa».

Se oyeron tres tonos antes de que respondiera el tío Willi, el compañero de su tía.

—Aquí Markovic y Prischinger —gritó Willi al teléfono.

—Hola, tío Willi, soy Lorenz.

—¿Quién? —vociferó Willi, que consideraba que tenía tal salud de hierro, que se negaba a ir al médico, incluido el otorrino.

—¡LORENZ! —contestó Lorenz a voces.

—¡Ah, Lorenz, haberlo dicho!

—Tío Willi, ¿puedo ir a cenar con vosotros?

Lorenz, que llevaba cebándose en la cocina de Hedi desde que había empezado la universidad, sabía que la pregunta era retórica.

—¿Es ortodoxo el patriarca? Pues claro que puedes, muchacho, hace mucho que no vienes. Mirl y Wetti también estarán aquí —dijo Willi—. ¡Las señoras se pondrán locas de contentas!

Efectivamente, de fondo se oía parlotear a sus tías. Lorenz no entendía una sola palabra y eso lo tranquilizó un instante. Qué bien que algunas cosas no

cambiaran nunca, y que él tuviera un puerto seguro en el que refugiarse en medio de aquella furiosa tormenta que era la vida.

—Me alegro —dijo, y colgó. Un primer paso para salir de la miseria, pensó Lorenz satisfecho.

Hacia el final de la tarde, cuando se disponía a salir de casa en dirección al sur de Viena, llovía a cántaros. Lorenz cogió su jersey de alpaca más caliente, se echó al cuello una suave bufanda que en realidad era de Stephi y, después de dudar brevemente, llamó a un taxi. En realidad les había prometido a las nuevas esterillas de baño administrar con prudencia el dinero en efectivo que le quedaba, pero la casa de Willi y Hedi estaba en el distrito veintitrés, una mezcla de gueto residencial y zona industrial, junto a la línea de demarcación con Baja Austria, mientras que Lorenz vivía en una ubicación inmejorable del centro de la ciudad, cerca de Mariahilfer Straße, la calle comercial más famosa de Viena, en el epicentro moderno y cultural del séptimo distrito.

—Al veintitrés, por favor —dijo cuando se sentó en el asiento trasero de un Mercedes negro—. Dionys Schönecker Gasse, número ocho.

—¿Hasta el veintitrés, desde aquí? —preguntó el taxista, un checheno o bosnio de mediana edad con una barba pelirroja rizada—. ¡Es carísimo! ¡Toda la ciudad! ¡Metro es más rápido!

—¡Mejor para usted!

El hombre se encogió de hombros y encendió el taxímetro.

—Pero no tarjeta —dijo.

—Por supuesto —respondió Lorenz. De todos modos, ya se las habían retirado todas.

Hedi, Wetti y Mirl eran las hermanas pequeñas de su padre Sepp. A diferencia de él, que se había quedado en Baja Austria, no muy lejos del lugar donde había crecido, las tres hermanas se habían mudado a Viena en los años setenta y desde entonces eran inseparables. Su cuartel general era la cocina de Hedi, a pesar de que tanto Wetti como Mirl tenían su propia casa. El veintitrés deprimía a Lorenz. Los ojos que asomaban tras los visillos le recordaban la vigilancia vecinal permanente de sus orígenes rurales. Sentía lástima por esas viejas granjas de poca altura abocadas a la ruina, construidas cuando Liesing aún estaba a las afueras y todavía no se había convertido en un distrito vienés. Las desnudas naves industriales y los centros comerciales resultaban deprimentes. Lo que más le dolía era la discrepancia entre lo que

era y lo que podría haber sido Liesing. Allí se encontraban antes de la guerra los estudios Rosenhügel, que en su día habían sido los estudios cinematográficos más importantes del mundo. Si los austriacos no se hubieran unido a la Alemania nazi, quizá los taquillazos hoy en día no vendrían de Hollywood, sino del veintitrés. Puede que entonces los «Oscars» no se llamaran «Oscars», sino «Gerhards» o «Herberts», reflexionó Lorenz, y al menos estarían a su alcance geográficamente.

—Treinta y siete euros —dijo el taxista cuando se detuvo delante del bloque de viviendas lila de Dionys Schönecker Gasse.

—Cóbrense cuarenta.

—¿Recibo?

—No, gracias.

—¡Puede deducirse!

—Es usted un taxista muy listillo, ¿no?

—En Bosnia era contable —contestó el hombre.

—Y yo he llegado a mi destino —respondió Lorenz molesto, y dio un portazo tras él.

Recorrió a toda prisa el sinuoso caminito hasta el portal del edificio, y bajo la tejavana casi chocó con un hombre mayor de espalda ancha que sostenía con ambas manos una bolsa de plástico, llevaba rosas envueltas en celofán bajo el brazo y contemplaba indeciso los timbres.

—¿A quién viene a ver? —le preguntó Lorenz solícito.

—Ah, usted es Lorenz Prischinger, ¿verdad? —dijo el hombre. Cuando Lorenz estaba a punto de darle una de las fotos autografiadas que siempre llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta por si acaso, vio el logotipo de la bolsa: «Carnicería Ferdinand». No lo habían reconocido a él, sino que era él quien no había reconocido al señor Ferdinand, que regentaba una carnicería al otro lado de la calle. Sus tías habían enviado a Lorenz allí miles de veces a recoger pedidos. Sin embargo, nunca había visto al señor Ferdinand como hoy: en lugar de la habitual ropa blanca cubierta por un delantal de plástico, llevaba un traje pasado de moda y olía como si se le hubiera volcado encima un frasco de colonia.

—¡Qué elegante está usted hoy! ¿Cómo está?

El señor Ferdinand desvió la mirada.

—Venía a ver a su tía.

—Yo también —dijo Lorenz sorprendido.

—No a la señora Heidemarie, sino a la señora Maria Josefa —susurró

nervioso. Lorenz estaba desconcertado, ¿qué se le había perdido al señor Ferdinand con Mirl?—. Quería traerle las chuletas de ternera que tanto le gustan —añadió el señor Ferdinand levantando la bolsa que contenía al menos dos kilos de carne. La sangre que se había acumulado al fondo se vislumbraba a través del plástico blanco.

—Bueno, pues venga conmigo —dijo Lorenz, y llamó al timbre.

El señor Ferdinand mantuvo dos metros de distancia de seguridad al subir con él al primer piso, donde la puerta del piso de Hedi ya estaba abierta. Lorenz cruzó el umbral y aspiró el delicioso aroma que salía de la cocina: una mezcla de comino, ajo y ese matiz al que, según Lorenz, olería la maicena si la maicena oliera a algo.

—¡Jesús, Lorenz! —Hedi dio una palmada y se acercó a toda prisa—. ¿Por qué te quedas ahí como un pasmarote? ¡Pasa!

—Traigo visita —dijo Lorenz mientras Hedi tiraba de él hacia abajo para abrazarlo. Con su uno cincuenta y nueve de altura, era mucho más pequeña que Lorenz, así que tuvo que asomarse por la derecha del brazo de su sobrino para descubrir al segundo invitado.

—¡Mirl, el señor Ferdinand! —gritó, y después se soltó del abrazo para saludar al inesperado huésped—. ¡Buenas tardes, señor Ferdinand!

Lorenz observó que el carnicero insinuaba un beso en la mano. Lorenz no había logrado semejante dominio de ese tipo de beso hasta pocos años antes, gracias a las enseñanzas de un respetado y condecorado actor de teatro. En el mismísimo instante en que Mirl apareció por la puerta, el señor Ferdinand soltó la mano de Hedi y se le iluminó toda la cara. Como uno de los chorizos que se bamboleaban sobre su mostrador a la luz de los focos del techo, pensó Lorenz, y le habría encantado seguir observando la escena, pero Hedi lo arrastró a la cocina mientras que Mirl le pellizcó la mejilla al pasar para después salir al rellano con el señor Ferdinand y cerrar la puerta tras ella.

—Hacía mucho que no venías a vernos, muchacho —dijo Hedi.

—¿Qué hace aquí el señor Ferdinand? —preguntó Lorenz.

—Hola, Lorenz, ¿en la ciudad también llovía como aquí? —le preguntó Wetti cuando entraron en la cocina, y le dio dos besitos. Ese día llevaba el pelo de color zanahoria más despeinado que de costumbre.

—Sí —contestó Lorenz—, pero no hacía tanto viento.

—Lógico —dijo Wetti, e hizo lo que mejor se le daba: miró fijamente al infinito, como si el mapa de Viena se estuviera desplegando en el aire—. Aquí, en la zona sur de Liesing, es donde se encuentran la cuenca vienesa y la

llanura panónica. Como durante la industrialización del sur de Viena se talaron todos los árboles, el viento puede entrar sin obstáculos por el este.

Según contaba su padre, Wetti, que había trabajado como mujer de la limpieza en el Museo de Historia Natural, siempre se había interesado más por los fenómenos naturales que por los humanos, desde que era una niña. En cambio Lorenz sentía mucha más curiosidad por lo que estaba sucediendo al otro lado de la puerta.

—¿El señor Ferdinand visita a Mirl a menudo? —preguntó, y se apretujó en su sitio de siempre, en la parte frente a la ventana del banco esquinero de la cocina.

—¿Me has traído la ensaladera? —preguntó Hedi a modo de respuesta, y puso así punto final al tema. Willi, el compañero de Hedi, llamaba a su cocina el «cementerio de fiambreras» porque Wetti y Mirl traían un *tupper* con algo de comida cada vez que iban de visita, pero nunca se llevaban los recipientes. Lorenz siempre se llevaba una fiambra con víveres «para otro día», y aunque en aquella cocina había suficientes recipientes para envasar provisiones como para el Armagedón, Hedi insistía meticulosamente en que Lorenz los trajera todos de vuelta en su siguiente visita. El otoño anterior, en un momento de descuido, había tirado a la basura una ensaladera con tapa. La había usado como bol para patatas fritas un día que un par de compañeros del teatro habían ido a su casa después del ensayo a beber vino y fumar porros; la escenógrafa se mareó tanto que vomitó sobre las patatas. Lorenz metió el recipiente en una bolsa de basura negra, algo que su tía no habría aprobado, ya que en su universo no se tiraba nada. Lorenz estaba muy familiarizado con esa manía gracias a su padre, que también acumulaba todo aquello que todavía pudiera servir para algo, razón por la que en el garaje de su casa ya no se podía aparcar el coche.

—Lo siento mucho, me la he vuelto a olvidar. ¡La próxima vez la traigo, te lo prometo! —repitió Lorenz una vez más, y se propuso buscar en internet un recipiente igual esa misma noche.

Mirl entró en la cocina con la bolsa de chuletas y la dejó en el fregadero para poner la carne en una fiambra.

—¿Y dónde están las flores? —preguntó Lorenz.

—¿Qué flores? —dijo Mirl, y se volvió hacia la nevera. Desde que Lorenz tenía uso de razón, la nevera de Hedi siempre estaba a rebosar, como si tuviera que alimentar a todo el edificio.

—Las flores que llevaba bajo el brazo el señor Ferdinand.

—Ni idea. —Mirl consiguió meter las chuletas en la nevera llena hasta los topes.

—Tía Mirl, estoy muy solo. Stephi está en Heidelberg. Déjame compartir tu alegría.

Mirl lo miró como si le hubiera pedido permiso para cortarse un dedo del pie con una podadera oxidada.

—No te preocupes, Lorenz, tendrás tu ración de chuletas. Nadie se va a comer tu parte.

Antes de que Lorenz pudiera responder, Mirl exclamó:

—¡Jesús, la sopa se está desbordando! —Giró rápidamente los botones de la vitrocerámica, cambió las cazuelas de sitio y cogió un trozo de papel de cocina.

—Por el amor de Dios, tía Mirl, te vas a quemar —dijo Lorenz, se levantó de un salto y le sujetó la mano justo a tiempo, antes de que intentara raspar lo quemado del fogón caliente con su cuidada manicura de gel. A diferencia de Wetti, siempre desgredada, y de Hedi, con un carácter más bien práctico, Mirl daba mucha importancia a su apariencia. Siempre llevaba ropa, joyas y recogidos exquisitos para cada ocasión. A pesar de que tenía sesenta y muchos, Lorenz jamás le había visto asomar ni una sola raíz blanca en el pelo. Entre las greñas naranjas de Wetti aparecían mechones grises aquí y allá, y Hedi solo se tomaba en serio lo de teñirse cuando tenía mucho tiempo y no estaba ocupadísima haciendo de Madre Teresa con los vecinos más mayores o físicamente impedidos, sin importarle si querían su ayuda o no. En cambio Mirl era una clienta habitual de un salón de belleza al sur de Wiedner Hauptstraße, donde semana tras semana se trataba las manos, los pies, el rostro, el escote y cualquier otra parte del cuerpo que pudiera tratarse. Pero seguramente se trata de una medida necesaria, pensó Lorenz mientras su tía rascaba lo quemado del fogón con un rascador envuelto en un trapo, ya que Mirl tenía cierta obsesión por la limpieza, con una clara preferencia por los productos tóxicos, sobre todo aquellos que estuvieran prohibidos en la Unión Europea. Desde que una vez la había visto echar ambientador, desinfectante y un polvo indefinible por el tranvía, ya nunca salía con ella del veintitrés. Prefería los gérmenes del transporte público a la caja de herramientas químicas que se escondía en el bolso de piel de cocodrilo de su tía.

—¡Muchacho! —dijo en ese momento el tío Willi, que se abrió paso entre las tres tías hacia el banco esquinero para sentarse junto a Lorenz y abrazarlo con fuerza. Willi olía a recién duchado, seguramente acababa de llegar de

hacer deporte.

Hedi les pasó dos latas de cerveza desde el otro lado de la mesa.

—Bueno, Lorenz, ¿qué te cuentas? —le preguntó Willi mientras las tías discutían sobre si echar cebollino a la sopa, abrir un frasco de remolacha o picar un pepino.

—No mucho —contestó Lorenz en honor a la verdad.

—¿Volverás al teatro?

—Por ahora no tiene pinta.

—¿Estás rodando alguna película?

—No hay nada a la vista.

Willi frunció el ceño. Llevaba cuarenta años en Austria, había perdido todo rastro de acento excepto un ligero matiz en la erre, pero aun y todo seguía siendo un pesimista yugoslavo que no confiaba en nada a lo que el camarada Tito no hubiera dado su aprobación.

Willi le dio un trago a la cerveza.

—¿Y cómo pagas las facturas? —preguntó.

Lorenz también bebió un sorbo y cruzó las manos exactamente igual que Willi. En la escuela de teatro había aprendido que las personas que querían algo de otros tendían a imitarlos.

—Ya que ha surgido el tema —comenzó a decir, y prosiguió después de un breve titubeo—: ¿Podrías echarme una mano? ¿De forma provisional? ¿Unos dos mil, para poder pasar los próximos meses?

—¿Unos dos mil? —repitió Willi, y frunció su poblado ceño—. Hedi y yo derrochamos nuestros ahorros en la tienda online de Nina. Solo me quedan diez mil en la libreta de ahorros para mi entierro, y por desgracia, no puedo dártelos. Ya sabes que algún día me enterrarán en Montenegro, donde nací.

Hedi le dio en la cabeza con una espátula.

—¡No digas «derrochamos»! —se indignó—. ¡Es nuestra hija!

—Una tienda vegana online sigue siendo una chorrada —replicó Willi.

Antes de que Lorenz pudiera añadir una de sus habituales pullas contra la obsesión vegana de su prima Nina, recordó su mísera situación económica y buscó el contacto visual con su segunda tía.

—Lo siento —respondió enseguida Mirl, y bebió de su taza de té, una pieza de auténtica porcelana Lilien—. Yo tampoco puedo ayudarte.

Lorenz sabía que no serviría de nada preguntarle a Wetti, que contemplaba ensimismada una cebolla germinada. A diferencia de las flores o las hojas, Wetti jamás había dado importancia suficiente a los billetes como para

coleccionarlos.

—No pasa nada —dijo Lorenz, y desplegó toda su habilidad como actor para que nadie notara su decepción.

—¡La sopa! —dijo Hedi, y dejó la pesada cazuela en el centro de la mesa. Mirl se hizo cargo del cazo y Wetti le tendió los platos.

—De todas formas, pronto se empezará a rodar la serie —dijo Lorenz esforzándose por sonar animado.

—El plato principal es lomo de cerdo envuelto en tocino con salsa de ajo y ciruelas pasas —dijo Hedi.

—¿Qué serie? —preguntó Willi.

—El señor Ferdinand nos dio ayer un lomo de cerdo especialmente hermoso, ¡y con un cuarenta por ciento de descuento por ser vecinas! —dijo Mirl.

—¡La serie del piloto que se emitió la semana pasada! Ya sabéis, esa en la que hago del hermano brillante pero incomprendido de la agente de policía, que le ayuda en secreto a resolver los casos mientras todo el mundo cree que está loco.

—En alemán antiguo, «*Lende*» también significa «riñones» además de «lomo», y por eso también llamamos así a la zona que los rodea —dijo Wetti, y añadió—: En algunas zonas a este plato se le llama riñonada. Pero yo creo que lomo de cerdo suena mucho más apetecible.

Willi apartó el plato de sopa y cogió un montón de revistas gratuitas del alféizar. Hacía ejercicio casi todos los días, probaba cualquier deporte que estuviera de moda, ya fuera bikram yoga o gimnasia flotante, de mayo a septiembre nadaba al aire libre y el resto del año en la piscina, y después se dedicaba a resolver los pasatiempos de las revistas de propaganda, para mantenerse en forma mentalmente además de físicamente. Willi le tendió a Lorenz un periódico abierto y señaló un artículo.

—¿No es esa tu serie? —preguntó.

Lorenz escupió la sopa al leer el titular.

—¿No te gusta? —preguntó Hedi, mientras Mirl y Wetti sorbían ruidosamente el líquido—. ¡Le he puesto hasta patas de pollo, como a ti te gusta!

Lorenz oía la voz de su tía. Pero no entendió lo que decía hasta que Mirl pescó una pata de pollo de la cazuela y la balanceó en su campo de visión.

—Toma, puedes chupar la piel.

—¡Dejad al pobre chico en paz con la maldita sopa! —dijo Willi en tono

más severo y fuerte de lo habitual.

—Lorenz, ¿va todo bien?

Lorenz se recostó y negó con la cabeza.

—No —murmuró—. Están rodando la serie sin mí.

—La semana pasada ya salió en el periódico —dijo Wetti. Mirl siguió pescando de la cazuela.

—En las patas de pollo, Ferdinand nos hizo hasta un cincuenta por ciento de descuento —insistió.

—¿Por qué no me lo habíais dicho? —susurró Lorenz incrédulo.

—Pensábamos que ya lo sabías —respondió Willi—. Que el director de la cadena o el productor o alguien habría hablado contigo.

Lorenz negó con la cabeza desconcertado. Nadie lo había llamado. Nadie lo había informado de que su personaje había sido eliminado porque, después de emitir el piloto, algunos espectadores habían reaccionado enfurecidos por lo machista que era que una investigadora necesitara un hombre para resolver sus casos. ¡Había tenido que enterarse por una revista de propaganda! Nadie se había disculpado con él por haberle creado falsas esperanzas y haberlo dejado tirado. Prácticamente contaba con ese dinero. Recordó con pánico esa mañana, cuando pensaba que era el ejecutor quien llamaba a la puerta. ¿Cómo iba a pagar las facturas? Sus padres habían invertido varios miles de euros en su carrera durante los últimos años, incluso le habían financiado los estudios en una escuela privada de teatro; ellos también estaban sin blanca. Y tampoco quería volver a pedirle ayuda a Stephi.

—Tía Mirl —susurró—, ¿estás segura de que no puedes prestarme algo de dinero? ¿No recibiste una buena cantidad cuando te divorciaste del tío Gottfried? —No le gustaba nada tener que pedirselo a su tía, pero pronto tendría que pagar también el alquiler.

—No, Lorenz, de verdad que no tengo dinero para prestarte —contestó Mirl con la mirada clavada en su taza de té.

—No pasa nada —dijo Lorenz, más bien para tranquilizarse a sí mismo—. De todas formas Stephi gana más que suficiente, seguro que no le importa volver a ayudarme.

Willi lo miró como si hubiera propuesto asaltar la casa de la señora Bruckner, la desagradable vecina que sacaba a pasear a su gato con correa. En la comunidad se rumoreaba que la señora Bruckner había escondido un cuarto de millón bajo el colchón por miedo a los ladrones extranjeros de bancos.

—Muchacho, no puedes pedirle limosna a tu novia.

—¿Por qué no? ¡Stephi y yo nos queremos!

—Mejor búscate un trabajo. Creo que en verano buscan ayudantes para la taquilla de la piscina. ¿Quieres que pregunte mañana?

—¿Trabajar en la piscina? —preguntó Lorenz indignado.

—¿Vas a comerte la sopa o la recojo? —preguntó Hedi.

—Tío Willi, soy actor. ¡No puedo trabajar en una piscina!

—¿Por qué no? —preguntó Willi.

—¿Saco el lomo? —preguntó Hedi.

—¿Y si de pronto recibo alguna oferta? —dijo Lorenz—. Muchas veces solo tengo un par de horas de margen para responder a un casting.

—Sí, pero ¿qué pasa si no recibes ninguna oferta? ¿Si no te llama ningún señor Casting? —replicó Willi.

—¡Pero mira que eres pesimista!

—¡Pero mira que eres iluso!

—¡Tranquilos los dos! A mi mesa no se viene a discutir, sino a comer —dijo Hedi, y dejó una pesada bandeja con albóndigas de patata en el centro de la mesa. Olían deliciosas.

—¿Crees que soy mal actor? —preguntó Lorenz.

—La cuestión no es si eres bueno o malo. La cuestión es que no consigues tener éxito. Porque si no, no tendrías que mendigar dinero a tu familia.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Lorenz ofendido.

—No, solo quiero que tomes ejemplo de Tito. Tuvo tanto éxito porque enseguida se deshacía de aquello que no funcionaba. Nunca se quedó atascado. Está claro que lo de actuar no funciona, así que haz como Tito: prueba con otra cosa.

—¡Tío Willi, soy artista, no político! Todo buen artista pasa por alguna que otra sequía. ¡Les pasa a los mejores! —Lorenz estaba a punto de dar un mordisco a la albóndiga cuando el tío Willi golpeó la mesa con el puño.

—Lorenz, el mundo no es como te lo contaron tus padres —dijo en un tono una pizca demasiado elevado—. Tienes treinta y un años y estás sin blanca. Deberías buscarte una profesión como es debido y una novia que viva en Viena. No en Heidenheim.

Lorenz tenía hambre. Llevaba días alimentándose a base de cereales con leche.

—Stephi vive en Heidelberg, ¡y las relaciones a distancia son estupendas! Además, papá me dijo por teléfono hace unos días que seguro que pronto me

saldrá algo. Mis padres están orgullosos de que sea actor.

Hedi suspiró. Wetti silbó entre dientes. Mirl torció el morro.

—Lorenz, ¿no tienes ya edad suficiente para entender que tus padres siempre estarán orgullosos de ti, hagas lo que hagas? —dijo Willi.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Lorenz.

—¿Te acuerdas de vuestra primera impresora? —preguntó Willi, y prosiguió antes de que Lorenz pudiera responder—. Tu padre solo la compró para imprimirte diplomas. «Diploma al mejor ciclista», «diploma al mejor saltador de trampolín», «diploma al mejor comedor de espaguetis». ¿Realmente crees que eras el mejor saltador, el mejor comedor o el mejor lo que sea?

—¡No metas a papá en esto! —Lorenz estaba furioso.

—Dejadlo, por favor —los interrumpió Hedi—. No merece la pena.

—¿Por qué? Tú misma dices que Sepp mima demasiado al muchacho.

Hedi se apartó el pelo detrás de las orejas, se levantó de la mesa, cogió un trapo y secó el cucharón lavado.

—Por lo menos hablo con mis padres —dijo Lorenz, y se puso de pie—. Hace años que tu propia hija te evita. ¡Ni siquiera te invitó a su boda!

Willi, consternado, clavó la mirada en un punto indefinido de la pared. Mirl y Wetti lo miraron estremecidas, Hedi hizo que la vajilla tintineara a propósito y Lorenz se precipitó al baño.

Cerró el pestillo, bajó la tapa del váter forrada de felpa, se sentó y sacó el móvil. Stephi no contestó. Lorenz se mordió el labio. Nina, la hija de Willi y Hedi, era la única pelirroja natural de la familia y desde niña había tenido un carácter difícil. Desde hacía varios años era vegana militante y llamaba «criminales» a las personas con una dieta normal, de acuerdo con las pautas de la OMS, mientras que a aquellos que comían carne a diario, como su familia, los consideraba «asesinos en serie». Seguramente por eso se dio tanta prisa en casarse con su novio vegano Rainer, que de tan pálido era casi transparente: para librarse del apellido Prischinger. Nina era el punto débil de Willi. Lorenz sabía perfectamente lo mucho que le dolía no haber podido llevar al altar a su única hija. Y se avergonzaba de haber utilizado precisamente el conflicto con Nina para enfrentarse a su tío.

Marcó el número de Stephi una y otra vez, y con cada llamada en balde, su vergüenza se tornaba en enfado. Era viernes por la noche. ¿Qué demonios era más importante en Heidelberg que un novio desesperado en Viena, enfrentado a las miserias de su vida?

A la séptima llamada, se oyó la voz de Stephi.

—¿Lorenz?

—Ay, Stephi, por fin.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—No, estoy fatal.

—¿Qué te pasa?

—¡Stephi, están rodando la serie sin mí y me he peleado con el tío Willi!

Lorenz esperaba que Stephi le asegurara que todo iba a ir bien, que se subiría al próximo tren nocturno o al primer vuelo de la mañana para pasar el fin de semana con él.

—¿Y por eso me llamas?

—No sé cómo voy a pagar el alquiler de este mes, y el tío Willi me ha dicho que me busque un trabajo. ¡Ha insinuado que soy un mal actor!

Stephi guardó silencio. Seguramente estaba pensando en cómo tranquilizarlo, pero entonces dijo:

—¡Lorenz, a veces eres la persona más egocéntrica del mundo! Ya sabías que hoy era la conferencia de Glenn W. Most, algo que llevo meses preparando. Justo estaba hablando con él, estaba a punto de pedirme que nos tuteáramos, cuando mi móvil ha empezado a sonar como loco. ¡Most es el dios de la filología clásica! ¿Sabes lo importante que sería un contacto así para mí?

Lorenz se estremeció. Había olvidado por completo que aquella charla extraña era ese día. Desde que había aceptado el trabajo, Stephi no había dejado de mencionar entusiasmada que en Heidelberg por fin había conseguido invitar a Glenn W. Most, una iniciativa que la Universidad de Viena nunca había apoyado. Lorenz quiso disculparse con ella, pero se mordió la lengua.

—Stephi, es que no estoy bien. ¿No tienes ni cinco minutos para tu pareja?

—Sí, exacto, eres TÚ el que no estás bien, ¡todo gira siempre en torno a TI!

—¿Quién de los dos está siendo el egocéntrico ahora, que no puede ni dedicarle cinco minutos al otro?

Y entonces Stephi hizo algo que Lorenz no esperaba: colgó sin más. Lorenz tiró el móvil al suelo del baño. Ni siquiera consiguió romper el teléfono, porque las baldosas también estaba cubiertas por una felpa suave y verde, a juego con la tapa del retrete. La vida era cruel e injusta.

El circo de los Prischinger (1953)

A principios de los años cincuenta, Sepp Prischinger tenía doce años y ya sabía perfectamente que la vida era cruel e injusta. También lo sabían sus hermanas Mirl y Wetti, así como los mellizos Hedi y Nenerl. Sin embargo, a diferencia de sus hermanos, Sepp no albergaba esperanza alguna de que eso mejorara con el tiempo.

Sepp estaba de rodillas en el banco esquinero y guiñaba el ojo para mirar los campos de maíz a través del ventanuco de la cocina. Ya había registrado todos los rincones de la pocilga, el gallinero, la prensa de mosto y la huerta, había ascendido la colina hasta el bosque, había oteado la carretera con unos prismáticos, pero daba igual dónde buscara, los mellizos habían desaparecido.

Detrás de él, su madre avivaba la lumbre. Enseguida pondría a calentar agua del pozo, llenaría una cazuela con patatas y le encargaría a Sepp que fuera a buscar a sus hermanos para comer. Y entonces tendría un gran problema. Porque había perdido a los mellizos.

Después de la misa matutina, su madre le había ordenado que vigilara a sus hermanos porque tenía que hacer la colada y Mirl la ayudaría. Sepp tenía deberes. No le gustaba hacerlos, sobre todo siendo ese el primer domingo cálido de primavera, pero era un chico aplicado. El señor maestro, que había regresado de la guerra con un ojo y una pierna de menos, de entre todos los alumnos de la clase, de seis a catorce años, solo le daba tareas diarias a él. Si Sepp completaba todos los ejercicios, pronto podría pasar al instituto, y si se graduaba del bachillerato, ganaría suficiente dinero para alimentar a una familia sin preocupaciones. Sepp era el mayor de los hijos Prischinger. Era el que mejor recordaba la época de privaciones. El año cuarenta y seis había sido extremadamente seco, el frío del invierno, inhumano, y una vez acabada la guerra, después de que les robaran y se llevaran a la ciudad todas las provisiones que su madre había preparado, ni siquiera allí en el campo tenían

qué comer. La madre les hablaba durante horas a él y a sus hermanos de las recetas del libro familiar, que se habían escrito cuando todavía acudía a comer a la fonda lo más granado de la sociedad. Sepp solía masticar corteza imaginando que degustaba las delicias que la madre les prometía preparar cuando todo mejorara.

Mucho no había mejorado la cosa. El hambre le había provocado a Sepp un dolor de estómago crónico. Siempre que no comía suficiente o probaba algo que no debía, sentía unas terribles punzadas, como si el estómago quisiera recordarle que aprobara el bachillerato lo antes posible para ganar dinero suficiente y alimentarse bien.

Por la tarde, Sepp se había construido en el corral un escritorio con viejos tablones y ladrillos para hacer los deberes mientras los mellizos de siete años jugaban. Mirl tenía un año menos que él y lo único en que pensaba era en casarse algún día con un hombre importante de la ciudad. Hacía las tareas de casa con esmero y sin queja, porque esperaba que así un príncipe se enamorara de ella y la llevara a un castillo lleno de sirvientes. A Sepp eso le parecía extremadamente improbable e ilógico, pero se cuidaba mucho de decírselo. Los otros tres hermanos ya daban trabajo suficiente.

Mientras Sepp meditaba sobre sus deberes, Mirl trataba las persistentes manchas de sus vestidos con jabón de taco y Wetli, de nueve años, se arrastraba por el prado observando sabe Dios qué. Cuando Wetli contemplaba algún animal, pasaba horas sin moverse del sitio. La consideraban algo imbécil, aunque Sepp no estaba convencido de ello. El señor maestro opinaba que su cerebro no se había desarrollado por completo, que tenía demasiado aire en el cráneo porque había nacido durante la guerra y su madre no tenía suficiente leche. En cambio, Sepp sospechaba que las malas notas de Wetli se debían más bien a que los pajaritos que anidaban en el cerezo junto a la ventana de la escuela le parecían más interesantes que las letras y los números. Wetli sabía dónde se encontraban las madrigueras de qué liebres y qué martas, dónde crecía cada seta, arbusto o hierba. Si su cerebro era demasiado pequeño, ¿cómo era posible que tuviera sitio para tanta información?

En su escritorio del corral, Sepp escribía una redacción sobre Jesús y los mercaderes del templo y los mellizos jugaban formales con las canicas. Sepp le pedía una y otra vez a Hedi que tuviera cuidado de que Nenerl no se metiera ninguna en la nariz. Pero entonces se concentró en las fracciones. El silencio era sospechoso; cuando resolvió la última ecuación y levantó la vista,

habían desaparecido. Lo dejó todo para salir en su busca, pero no los encontró por ninguna parte.

Su última esperanza había sido descubrirlos en el campo de maíz, donde Nenerl, que soñaba con dirigir un circo, solía cazar ratones que después encerraba en una jaula del establo para intentar amaestrarlos. Ni rastro de los mellizos. Sepp se temía que estuvieran allí donde los niños tenían terminantemente prohibido ir: aquel rincón de la granja que había albergado la fonda hasta el final de la guerra, y que ahora ocupaban los ruskis.

¿Qué le diría a su madre?

Quizá lo mejor sería confesar que los mellizos se le habían escapado. Al fin y al cabo no era culpa suya. ¡Se habían escabullido con mala fe! Los mellizos tenían edad suficiente para cuidar de sí mismos. Al menos Hedi. Nenerl jamás sería capaz.

Sí, la vida era injusta.

A otros niños se les recompensaba por hacer los deberes. Durante los últimos años de la guerra, la familia Oberhuber, de Viena, había vivido en la fonda porque en el campo estaban más a salvo de las bombas. La familia tenía tres hijos: Gottfried, Bertram y el pequeño Adolf, al que desde el final de la guerra solo llamaban Dolfi. Mientras que Sepp debía ayudar constantemente a su madre, los muchachos vieneses no tenían que mover ni un dedo, sino que jugaban en el patio día tras día. Ni siquiera les pegaban cuando volvían a casa sucios o con los pantalones rotos. Y cuando hacían los deberes, la señora Oberhuber no solo les ayudaba, sino que incluso les recompensaba por ello. Y cuando ya no quedaba nada para darles, sacaba un cuadernito y apuntaba los premios que les daría a sus hijos cuando llegaran tiempos mejores.

A Sepp su madre jamás lo había ayudado, y mucho menos premiado. Más bien al contrario: cuando confesara que había perdido a los mellizos porque estaba concentrado en sus tareas, recibiría una bofetada. Si había suerte. Si no, se quedaría sin pescado ahumado. Y si tenía muy mala suerte, se iría a la cama sin cenar.

Sepp estaba convencido de que si su padre hubiera regresado de la guerra, la vida sería más fácil para él. Entonces los mellizos obedecerían a su padre y no a él, su hermano, al que tomaban por el pito del sereno. El padre lo habría protegido, se habría asegurado de que llegara al instituto y de que durmiera suficiente para poder prestar atención en clase. Además, padre habría echado a los rusos de la fonda, que se comían toda su comida y obligaban a la madre

a limpiar su porquería. Pero Sepp ya lo sabía: la vida era injusta.

Padre no regresaría jamás.

Los rusos seguirían poniéndose las botas mientras los niños chupaban patatas.

Sepp nunca recibiría premios por ser aplicado en los estudios. No veía la hora de marcharse por fin de aquella granja para ganar dinero con un empleo honrado. No quería un trato especial, solo una pequeña retribución por sus servicios.

El agua borboteaba sobre el fogón como si quisiera expulsar a las patatas de la cazuela.

—Sepp, hazme el favor de ir a buscar a tus hermanos —dijo su madre cariñosamente, y el propósito de Sepp de decir la verdad se desvaneció por momentos. Quizá tuviera suerte para variar, pensó; pasó por el cuartito en el que antes dormían sus abuelos y que ahora compartían todos, desde que los rusos se habían hecho con todas las estancias de la fonda, y también por el lavadero del corral.

El edificio del corral estaba situado en una plaza de tierra apisonada en el lado norte del plano cuadrado de la granja, y tras él se extendían las colina plantadas de lino que conducían hasta los bosques. Cuando aún vivía, la abuela solía contarles cómo en aquella plaza correteaban antes los mozos y las criadas lavando la colada, desplumando gallinas, pelando sacos y sacos de patatas, reparando máquinas y haciendo todo el trabajo que requería una fonda de semejante tamaño. En lugar de cuentos de buenas noches, la abuela les describía a todo color los tiempos gloriosos de la granja. Cómo entonces, cuando todavía gobernaba el emperador, soldados de todo tipo pernoctaban allí de paso. Comerciantes y vendedores ambulantes, e incluso músicos y funcionarios ministeriales se hospedaban allí durante sus viajes entre Bohemia y la región del Danubio. Los comerciantes textiles, que venían de visitar las hilanderías, las tejedurías y las tintorerías de Bohemia, Moravia y la región boscosa, le regalaban a la abuela los retales más hermosos como muestra de respeto.

De los buenos tiempos ya solo eran testigos los restos de máquinas que se alzaban como esqueletos pelados en el patio trasero. En su día, los mozos labraban con ellas las extensas superficies de agricultura mixta. Hacía ya mucho tiempo que los compañeros del padre se habían llevado el metal

bueno y los aparatos más valiosos, a pesar de que él se había resistido con todas sus fuerzas, y uno de ellos le había golpeado en toda la cara con la culata del fusil. La imagen de un hombre acurrucado y embadurnado en sangre era uno de los últimos recuerdos que tenía Sepp de su padre. Los compañeros habían jurado traerlo todo de vuelta después de la guerra, pero no eran más que mentiras. Ni siquiera habían conseguido traerse a sí mismos de vuelta. Todo lo que quedaba allí estaba corroído o roto. El almiar estaba podrido, la prensa de mosto, comida por el óxido, y los restos de un arado se iban hundiendo día tras día en la tierra, como si esta quisiera vengarse de todas las heridas sufridas devorando la herramienta.

En medio de aquel cementerio, Wetti contemplaba agachada el fondo de un tarro de conserva.

—¿Qué haces? —le preguntó Sepp, y se arrodilló a su lado. Las trenzas de Wetti eran tan largas que le llegaban al suelo, porque era la única hija que no se dejaba cortar el pelo por la madre.

—¿No es precioso? —preguntó Wetti, y le puso el frasco a Sepp tan cerca de la cara que este se asustó.

—¡Wetti, deja a ese ciervo volante en paz!

Sepp nunca sabía si Wetti escuchaba lo que le decían. Contemplaba ensimismada el frasco, donde el enorme escarabajo golpeaba el cristal con su cornamenta.

—Esta especie se llama ciervo volante porque los cuernos de algunos machos son mayores que el resto del cuerpo. Tiene que ser muy duro tener una cornamenta tan grande. No les permite morder ni masticar. Solo chupar y lamer savia de las plantas. Los machos de grandes cuernos solo sobreviven si cuentan con una hembra que agrande las hendiduras de la corteza del roble para que ellos puedan succionar el líquido. Los cuernos son para luchar unos contra otros por las hembras. Pero en realidad las hembras pueden hacer mucho más daño con la boca que los machos con los cuernos. —Wetti seguía contemplando absorta el tarro de conserva.

—¿Wetti, sabes dónde están Nenerl y Hedi? Mamá está preparando la comida. Si no se los llevo, habrá bronca —dijo Sepp.

Wetti se puso de pie. Muchas veces se movía como si fuera sonámbula, y parecía vivir más en sus sueños y pensamientos que en el aquí y el ahora. En realidad era un milagro, pensó Sepp, que Wetti por las noches cayera como un peso muerto. Mirl daba patadas, Nenerl hablaba y, cuando había luna llena, Hedi caminaba alrededor de los dos colchones en el suelo que

compartían los cinco tumbándose en perpendicular.

—Nuestro amado Dios ha hecho tantas cosas mal... —suspiró Wetti, abrió el frasco y dejó salir al escarabajo—. Si Dios hubiera sido un poco más listo, habría utilizado el material con el que formó los cuernos del ciervo volante para crear más hembras. Así ellos no tendrían que luchar por ellas y cada uno podría buscarse su propia comida.

Sepp se impacientó.

—¡Wetti, los mellizos!

—¡Sepp, los ciervos volantes!

El chico apretó los dientes.

—Mira, Wetti: si cada uno pudiera buscarse su propia comida, los machos y las hembras no se necesitarían unos a otros. Y entonces no tendrían ciervitos volantes. Así que Dios fue muy listo y lo hizo todo bien.

—No. Dios no pensó en que los machos y las hembras también pueden tener hijos sin depender los unos de los otros. Las hembras pueden criar a sus hijos sin machos. Mira a mamá. Ella tampoco tiene macho. Yo creo que las hembras cuidan incluso mejor de sus crías cuando los machos no las molestan. Mira al ciervo volante: para que pueda luchar contra otros machos, la hembra tiene que proporcionarle alimento. Y con los humanos es lo mismo. Las mujeres tienen que cocinar para los hombres, para que ellos después se maten unos a otros.

Sepp se enfureció.

—Si padre estuviera aquí, nos iría mucho mejor.

Wetti lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Y por qué piensas eso?

—Porque él echaría a los ruskis.

Wetti negó con la cabeza.

—Mirl me ha contado que la cicatriz que tienes en el cuello te la hizo padre. Te pegó con el cinturón porque escupiste la comida.

Sepp se llevó la mano al cuello. Guardó silencio.

—Creo que lo que quieres es que los rusos desaparezcan. No que regrese papá. Si los soldados se fueran, mamá no tendría que cocinar, limpiar y lavar para ellos todo el día, y podría ocuparse de nosotros. Así podrías hacer los deberes mientras mamá vigila a Nenerl. Los rusos también son hombres. Y están aquí porque los machos alemanes entraron en guerra con los machos rusos. Y eso prueba que nuestro amado Dios metió la pata hasta el fondo en el asunto de los machos y las hembras.

—¡Eres imbécil! —gritó Sepp.

En ese momento, Mirl salió del pasadizo al lavadero arrastrando a los mellizos del cuello.

—Jesusmariayjosé —musitó Sepp agradecido.

—¡Sepp, esto es por tu culpa! —renegó Mirl enfadada—. Estaban con los rusos, ¡y mira lo que ha pasado!

Mirl era una muchacha seria con claros planes de futuro, que marcaba un paso militar más rápido y preciso que los soldados con los que convivían. Los mellizos, a los que sacaba una cabeza, tenían dificultades para seguirla. Hedi miraba al suelo consciente de su culpabilidad. Nenerl iba con la cabeza alta y sonreía como un caballito balancín recién pintado. Le sangraba la oreja.

Sepp se arrodilló delante de él y le examinó la cabeza, el cuello y la cara.

—¡Nenerl, por todos los santos! Qué idiota eres. Mamá me va a matar a golpes —dijo, y le frotó con el pañuelo la sangre, que ya se había secado un poco. Tenía una herida abierta en el lóbulo de la oreja, pequeña pero imposible de pasar por alto.

Sepp cogió impulso y le dio una bofetada a Hedi.

—¡Os he dicho que os quedarais conmigo!

Hedi se echó a llorar. De pronto Nenerl agachó la cabeza y se la clavó en la tripa como si fuera un carnero. El hermano mayor se quedó sin aire y cayó al suelo.

—¡Déjala en paz! —exclamó Nenerl, y pisoteó a Sepp hasta que Mirl y Wetti consiguieron sujetarlo y lo apartaron. Incluso Hedi se interpuso entre ellos.

—Nenerl, tranquilízate —le pidió—, no me ha hecho daño.

Sepp sabía que no era verdad, y toda su rabia contra ella se desvaneció en agradecimiento por aquella mentira. Nenerl tenía cinco años menos que Sepp, y sin embargo, pegaba con mucha más fuerza. No sentía dolor. Y quien no siente dolor tampoco tiene reparos en causárselo a otros.

El hermano pequeño se fue tranquilizando, se limitó a clavar los ojos en Sepp hasta que este bajó la mirada. El rostro de Nenerl había quedado completamente desfigurado tras la varicela de dos años atrás. Para los niños normales se trataba de una enfermedad inofensiva que provocaba granos en la piel. En cambio a Nenerl casi lo había matado, porque por las noches se rascaba los granos y no notaba cuándo se dejaba los huesos al descubierto. La piel se le inflamó por todo el cuerpo, de modo que el ruski médico, que no era un doctor de verdad, pero había trabajado mucho tiempo en un hospital de

campana, ató a Nenerl con cuerdas a la cama de su madre para que la infección se curara. Incluso le sujetaron la cabeza con un cinturón para que no se la golpeará contra la cama de pura rabia. Hedi no se apartó de su lado ni un segundo. Ni siquiera para ir al baño, utilizaba un orinal. Se tumbaba a su lado y no se movía ni un milímetro, como si ella también estuviese atada.

Todos los médicos que habían visto a Nenerl a lo largo de su vida subrayaban lo afortunado que era de tener una hermana melliza. Porque Nenerl no sentía dolor, pero al menos se daba cuenta de cuando Hedi sufría. Y eso lo frenaba de cometer las mayores estupideces.

Sin embargo, ni siquiera ella había podido evitar que se hubiera hecho ese agujero en la oreja.

Mirl no tenía más que once años, pero la arruga de enfado de las mujeres mayores que habían tenido que sufrir demasiado a lo largo de la vida se le marcó en la frente cuando dijo:

—¡Nenerl se ha clavado un clavo en la oreja! ¡Y Hedi se ha quedado a su lado mirando sin hacer nada!

—¡Eso no es verdad! —exclamó Hedi—. Le he preguntado al ruski médico y me ha dicho que no es peligroso. Nenerl incluso ha sostenido el clavo encima de una vela hasta que se ha puesto rojo y después lo ha enfriado en aguardiente. Para matar los gérmenes.

—Todos me miraban, ¡ha sido *grandioski*! —dijo Nenerl, y se estiró orgulloso—. Cuando seamos mayores viajaremos por el mundo y ganaremos tanto dinero con nuestro espectáculo que comeremos cinco platos todos los días.

Hasta entonces Sepp no había visto el saco de patatas que llevaba consigo Nenerl. Este lo vació delante de sus hermanos con un gesto grandilocuente. Ante ellos apareció una montaña de dulces relucientes envueltos en papeles de colores: caramelos, piruletas, chocolate.

—¿Has aceptado chucherías del enemigo? —preguntó Sepp.

—Mashko y Mashka conquistarán el mundo —dijo Nenerl, y se inclinó como el director de circo en el que se convertiría algún día.

«Mashko» y «Mashka» eran los apodos que les habían puesto los rusos a los mellizos desde que Nenerl había empezado a representar pequeñas obras con ayuda de Hedi, en las que demostraba que no conocía el miedo ni el dolor. En ruso, «*mashko*» significa «osito».

Antes de la guerra, muchos rusos cazaban osos. Entre los soldados circulaban historias, como por ejemplo la del cazador que una vez disparó

cinco veces a un oso que estaba hibernando, que a continuación se levantó y los atacó como si solo lo hubieran despertado inesperadamente pinchándolo con una aguja. Hablaban de viejos osos en cuyos cuerpos se habían encontrado hasta veinte balas al retirarles la piel. O de un oso que, a pesar de llevar un puñal clavado en el costado, había cumplido más de cien años. Los osos no sentían dolor. Igual que Nenerl. Y como Hedi era su melliza, la llamaban Mashka. La osita.

Los rusos no tenían apodo para Wetti, porque era tan inexistente para ellos como ellos para Wetti. Sepp la envidiaba, porque él evitaba cualquier contacto con el enemigo y precisamente por eso lo llamaban «Fritz», como a los soldados alemanes. De todos modos, era mejor que el apodo de Mirl: «Kapnuk», «pequeño gnomo». Porque siempre estaba seria y sufría esos legendarios arrebatos de ira cuando algo no salía como ella quería. Aquella vez que Mirl tenía que rellenar y enrollar el asado de ternera para los rusos en la gran cocina de la fonda, Nenerl y Hedi se colaron cuando nadie los veía, y con unas tijeras cortaron el hilo preparado para atar los rollos en trozos tan cortos que Mirl no pudo formar ni uno solo. Quedó tan afectada que la rabia la petrificó. Igual que una cazuela tapada de agua hirviendo, necesitaba aliviar la presión, así que se puso a gritar tan fuerte que algunos rusos cogieron sus armas y acudieron corriendo.

Al principio, Nenerl solo se escabullía con Hedi a donde los rusos de vez en cuando para representar sus funciones a cambio de chucherías, pero desde hacía medio año se pasaba por allí más a menudo. Hacía medio año, los hombres habían remolcado hasta allí un camión pintado de colores. Había pertenecido a un circo y dentro había un oso. El animal estaba amaestrado y, según Nenerl, sabía montar en monociclo y dar volteretas. Sepp no se lo creía y consideraba que aquella bestia, que los ruskis guardaba en el granero, era el diablo.

—Nenerl, eso del circo se tiene que acabar —dijo Sepp—. Algún día te harás tanto daño que ningún médico del mundo podrá curarte.

Nenerl se encogió de hombros.

—¿No quieres chucherías?

Sepp negó con la cabeza.

—¡No acepto caramelos del enemigo! ¡Se llevaron a nuestro padre y mutilaron al señor maestro!

—El señor maestro es un hombre malo —dijo Wetti—. Ahogó cinco gatitos en el depósito de agua de lluvia.

—Vamos a votar. ¿Quién está a favor de que deje de actuar? —dijo Nenerl. Sepp y Mirl levantaron la mano.

—¿Quién está a favor de que siga?

La mano de Nenerl se alzó en el aire, Hedi lo imitó y Wetli también la levantó dubitativa.

—En la hoguera del infierno hay un sitio reservado para ti —le siseó Sepp.

—Tengo mis dudas de que el infierno exista —dijo Wetli con indiferencia, y mantuvo la mano levantada mientras Nenerl repartía los dulces entre Wetli, Hedi y él mismo.

—Tú no querías —le dijo Nenerl a Sepp.

—He cambiado de idea —dijo Mirl—. Sigue con tus actuaciones, pero no le digas a mamá que he dicho eso.

Así que Nenerl también le dio dulces a ella.

Sepp se fue de manos vacías y se convenció a sí mismo de que no importaba, que al fin y al cabo estaban a punto de cenar. Pero cuando los hermanos entraron en la cocina y la madre vio la oreja de Nenerl, se enfadó tanto que mandó a todos los niños directamente a la cama.

*

Dos semanas después de Pascua, llegó de nuevo el día: vinieron los Oberhuber. Desde que el señor Oberhuber había salido de la cárcel y lo habían rehabilitado, todos los años invadían la granja Prischinger con todo el equipo para agradecerles la ayuda durante la guerra y la época posterior.

Sin embargo, los hermanos Prischinger no se ponían de acuerdo sobre si esas visitas anuales realmente expresaban agradecimiento. Mirl y Sepp estaban convencidos de ello. Los Oberhuber traían todo tipo de regalos, aunque principalmente se trataba de ropa gastada para Sepp y Nenerl que les había quedado pequeña a los chicos Oberhuber, así como telas para que madre pudiera coserles algo nuevo a las niñas, para lo que solo había tenido tiempo en dos ocasiones. Las telas de la última y la penúltima visita seguían intactas, envueltas en papel de seda y guardadas en el armario de arriba.

En cambio, a Nenerl no le gustaban los Oberhuber. Los llamaba «parásitos gorriones».

—Si mamá no los hubiera alimentado y alojado durante la guerra, se habrían muerto todos —repetía Nenerl desde el día en que la madre había

anunciado la visita de los Oberhuber, a pesar de que Nenerl ni siquiera había venido al mundo cuando la familia apareció en la granja por primera vez para cambiar joyas por alimentos. Joyas que después los rusos le habían quitado a la madre, lo que reafirmaba a Sepp en su convicción de que, en última instancia, los ruskis tenían la culpa de todo. No los Oberhuber, una buena familia vienesa cuyos hijos iban al instituto. Eran mejores, repetía siempre la madre. Naturalmente, Hedi estaba de parte de Nenerl, y a Wetti los Oberhuber le eran del todo indiferentes desde que se había enterado de que no tenían animales.

No había rastro de los tres hermanos menores mientras los dos mayores limpiaban el salón para la visita del domingo.

—¿Crees que Gottfried ya tendrá barba? —preguntó Mirl, que sacaba brillo a las copas mientras Sepp retiraba las cenizas de la estufa. No con desgana como cualquier otro día, sino a conciencia.

—Y yo qué sé —respondió con fingida indiferencia Sepp, que de vez en cuando se examinaba el labio superior en busca de los primeros indicios de un bigote.

—Mamá dice que cuando Gottfried tenga barba, quizá se case conmigo —dijo Mirl.

—Lo sé —contestó Sepp.

Lo que Sepp no sabía era qué opinaba Gottfried al respecto. Gottfried tenía la misma edad que él y ya era el doble de ancho. Al jugar a fútbol enseguida se quedaba sin aliento, pero en cambio a la hora de comer no parecía que le hiciera falta ni respirar, de la avidez con la que devoraba.

—Mamá dice que los Oberhuber viven en una casa enorme. ¡Imagínate, me convertiré en una distinguida dama! ¡En la ciudad! ¡Con doncella!

A Sepp no le interesaba Viena. En el campo tenían a los ruskis; en Viena, además de los ruskis, también estaban los ingleses, los americanos y los gabachos, según le había explicado el señor maestro. Sepp sí que quería marcharse de la granja, pero no a Viena. Le bastaba con Krems. Tampoco se imaginaba a Mirl como una dama de la gran ciudad. A veces, cuando se pasaba media hora frotando lo quemado de una cazuela de esmalte, se ponía tan contenta como otras niñas con sus muñecas o con vestiditos nuevos. ¿Para qué quería una criada?

El domingo, a las once en punto, un Opel Kapitän turquesa se detuvo con un

bocinazo ante la entrada, donde los niños Prischinger ya esperaban colocados por tamaño.

Sepp bajó la vista al suelo. ¿Por qué tenían que tocar la bocina? Su mundo era tan solitario que veían de lejos si venía alguien. Los bocinazos, por supuesto, habían atraído a los curiosos ruskis fuera de la fonda, el enemigo contemplaba fumando a los recién llegados.

Como si los Oberhuber no estuvieran ya lo bastante gordos, poco después de llegar dejaron que la madre les sacara a la mesa una delicia tras otra. Mirl y Wetti servían los platos, Sepp rellenaba las copas de mosto. Hedi y Nenerl estaban sentados en el dormitorio con la puerta abierta y, en cuanto sentían que nadie los miraba, ponían muecas. La madre estaba a los fogones. Los Oberhuber ocupaban la mesa y no dejaban sitio para la familia.

—¡Qué sopa tan deliciosa! —elogió el señor Oberhuber levantando la voz por encima de los sorbetones de su hijo.

Mientras los observaba comer, Sepp no pudo evitar preguntarse si quizá Nenerl no tendría razón al pensar que los Oberhuber eran algo desagradecidos habida cuenta de la generosidad de su madre. Esta no había escatimado esfuerzos para servir como por arte de magia un menú de tres platos a sus invitados. Sepp, Wetti, Mirl, Nenerl y Hedi ni siquiera podían comer con ellos, sino que tenían que servirles, mirar y conformarse con pescar las posibles sobras.

—La sopa sabe al vigor que nuestra hermosa Austria está recobrando estos días, querida señora Maria —dijo el señor Oberhuber. Sepp vio al pequeño Dolfi lamer el plato—. ¡La sopa es un símbolo de nuestro país! Así como en la guerra solo se podía comer aguachirle con los últimos restos de hierbajos y en la posguerra cada pata de pollo se cocía cientos de veces, ahora la mesa austriaca se vence bajo el peso de la sopa de cocido, señora Maria, sustanciosa e intensa, ¡lista para enfrentarse al futuro!

—No parece de los rehabilitados, sino de los que creen que regresarán —le susurró Wetti a Sepp cuando estaban fregando.

—Eso no se dice —siseó Sepp.

De plato principal, la madre había preparado un auténtico asado de cerdo con la mejor panceta, la parte más deliciosa y grasienta del animal.

—Qué crujiente está la corteza —declaró el señor Oberhuber con la boca llena, como si los Prischinger no oyeran el irresistible crujido de la piel asada del tocino entre sus dientes. A Sepp le rugía el estómago—. Dura por fuera y blanda por dentro, severa con los vecinos, fuerte en las fronteras, pero

delicada por dentro, con nuestra gente; mediadora entre el este y el oeste; ¡sí, así será pronto nuestra Austria, en cuanto tengamos nuestro pacto de Estado!

Sepp observó lo atenta que escuchaba su madre al señor Oberhuber y se sintió tratado de forma aún más injusta. Aquel hombre desvariaba con la boca llena sobre el inminente pacto de Estado y madre le hacía preguntas con interés, a pesar de que habría castigado de inmediato a cualquiera de sus hijos por emitir el más mínimo sonido con un bocadito de comida en la boca.

—Ahora que Stalin por fin está bajo tierra, ese perro miserable que ojalá se esté consumiendo en el infierno, ya solo es cuestión de tiempo —sentó cátedra el señor Oberhuber.

—¿Lo cree de verdad? —replicó la madre.

Los tres hijos pidieron sin remilgos un tercer trozo de carne. A sus propios hijos, la madre como mucho les permitía repetir en Navidad, y ahora les servía más a esos gordinflones sin hacer ni un solo comentario, y lo acompañaba de albóndigas, chucrut y cantidades ingentes de zumo.

—No tardará, se lo prometo, señora Maria, entonces todo será más fácil, entonces también podrá encontrar el médico adecuado para su engendro. O un hospicio.

Wetti apareció como de la nada junto a la mesa y le gritó al señor Oberhuber a la cara:

—¡Nenerl no es ningún engendro, sino nuestro hermano, cabrón!

Como era de esperar, madre no tardó ni un segundo en tomar impulso y darle a Wetti una sonora bofetada.

—¡Al dormitorio, ya! —dijo—. ¡Ponte en una esquina y no te muevas ni un centímetro!

—Es una pena que no haya médicos para la estupidez —dijo el señor Oberhuber con pena, y contempló su plato lleno—. Señora Maria, está delicioso, pero no puedo más. ¿Podría llevarme el resto a casa y disfrutarlo en la cena?

—Por supuesto, discúlpeme —dijo la madre, se levantó y puso lo que quedaba de asado en uno de los platos buenos, lo envolvió con un trapo y lo dejó encima de la mesa.

Después del café con tarta y de que el señor Oberhuber pidiera que le prepararan para llevar también dos largos hojaldres de semillas de amapola, así como huevos, verduras y una hogaza de pan recién hecho, y de que todos

se sintieran demasiado saciados para dar el paseíto para respirar aire fresco que tantas veces había mencionado el señor Oberhuber, por fin se subieron al automóvil turquesa, se despidieron, dejaron que la madre les diera las gracias sin cesar por las bonitas telas y la ropa, y se marcharon.

Todos tuvieron que decir adiós con la mano hasta que el coche desapareció. Entonces la madre suspiró con fuerza.

—Esos pantalones que me ha dado Dolfi están cagados —dijo Nenerl.

—Pues los herviré —respondió la madre.

—También tienen agujeros —añadió.

—Pues los remendaré.

—¡Tienen la costura reventada!

—Está bien, pues tira ese harapo. Tendrás unos nuevos cuando venga el buhonero.

—¿De verdad? —preguntó Nenerl perplejo.

La madre asintió, y después preguntó:

—¿A quién le apetece asado de cerdo?

Los hermanos se pusieron a dar brincos, Sepp fue el único que se quedó quieto. No quería alegrarse demasiado pronto. Al fin y al cabo había visto cómo lo devoraban los Oberhuber.

—Pero si se han comido hasta las migajas —dijo.

—De la primera pieza —dijo la madre—. Pero la más grande ni siquiera la he servido, la he llevado al lavadero. Por seguridad. La meteré media hora más en el horno, después todos comeréis un trozo. —Sonreía cariñosa—. Puede que incluso dos, y si hay suficiente, tres.

Los niños corrieron al lavadero, donde efectivamente había un precioso e intacto asado de cerdo. Rodearon a la madre, que llevó la fuente a la cocina y la metió en el horno, todavía caliente, que estaba empotrado entre el fogón y la chimenea de la estufa de azulejos.

—Media hora —dijo, y echó más leña para avivar el fuego—. Por favor, no creáis jamás que esos vieneses son más importantes para mí que vosotros. Nadie me importa más que vosotros cinco. Pero el propio señor Oberhuber lo ha dicho e incluso los rusos lo comentan: pronto habrá un pacto de Estado, pronto se marcharán los rusos, y entonces estaremos solos. No tendremos a nadie que nos pague una pensión, nadie que le vende las heridas a Nenerl. El señor Oberhuber está bien posicionado. Conoce a gente importante, puede que lo necesitemos —dijo, y salió por la puerta.

Los hermanos se sentaron a la mesa de la cocina porque ninguno quería

marcharse y correr el riesgo de no estar allí cuando se sirviera el asado.

—Qué alegría sería deshacernos pronto del enemigo —dijo Sepp.

—Lo que tú digas —replicó Wetti—. ¿Habéis visto? En el jardín delantero han anidado petirrojos.

—Qué ganas tengo de que a Gottfried le salga barba —dijo Mirl con una risita.

Hedi puso los ojos en blanco.

—¿Con ese te quieres casar? ¡Pero si no te ha dicho ni una palabra! Y además está gordo.

En la frente de Mirl se dibujó de nuevo la arruga de enfado.

—Gottfried no está gordo, es ancho de huesos. Y si crees que puedes quitarme las ganas para quedarte tú con él, ¡vas lista!

Hedi volvió a poner los ojos en blanco, esta vez de forma tan exagerada que Sepp tuvo miedo de que se le quedaran así.

—Solo digo que hay chicos mejores por ahí —dijo Hedi.

—No hace falta casarse —intervino también Wetti—. ¿O alguna vez habéis visto animales con partida de matrimonio? Yo no. Lo que sí he visto es a muchos más animales felices.

Sepp se recostó y tamborileó con las yemas de los dedos en la mesa mientras sus hermanas se peleaban sobre si era mejor casarse con Gottfried, con otro, o ser un animal.

Mientras tanto, Nenerl estaba sentado en un rincón y miraba hacia el infinito.

—¿Va todo bien, Nenerl? —preguntó Sepp. Con su hermano pequeño nunca estaba uno seguro de si se había dado un golpe en la cabeza sin querer y se le había roto algo por dentro. Las hermanas lo miraron preocupadas.

—Estoy pensando —dijo Nenerl.

—¿En qué? —preguntó Mirl.

—En cómo robarles el oso a los rusos —respondió el chico. Sepp se echó a reír—. ¡Pensadlo! Si los rusos realmente van a volver a Rusia, mamá ya no tendrá dinero. Así que tenemos que inaugurar el circo lo antes posible. Sepp, tú serás el contable. Mirl, tienes que aprender a saltar mejor a la comba. Wetti, hay que amaestrar más rápido a los gatos. Hedi y yo haremos el número de Mashko y Mashka, y después vendrá el oso. Así tendremos un programa completo y ganaremos dinero para conservar la granja. Ya sabéis que la tía Christl siempre dice que mamá tendrá que venderlo todo cuando los ruskis se vayan.

Hedi asintió.

—Yo también lo he oído —confirmó.

—Me importa un pimiento —dijo Mirl—. Yo me marcho a la ciudad.

Nenerl se enfadó.

—Vale, ¿y qué pasa con nosotros?

—Todos nos adaptaremos —dijo Sepp.

Nenerl negó con la cabeza.

—¿Y qué? ¿Es que no has visto lo que les ha pasado a los Allenhuber? El padre también desapareció en la guerra, la señora Allenhuber tuvo que vender la granja y enviar a todos sus hijos a otras granjas —dijo Nenerl. Sepp se asustó. El pequeño tenía razón. Este prosiguió—: Si todos vivimos y trabajamos en granjas distintas, Sepp no podrá ir al instituto ni Mirl a la ciudad. Y a Wetli la enviarán a un hospicio para niños problemáticos. ¿Es eso lo que queréis?

Los hermanos negaron vehementemente con la cabeza.

—Lo que yo decía. Por eso necesitamos un oso, y por eso tenemos que montar un circo —concluyó. Y poco antes de que la madre entrara en la cocina para anunciar que la comida estaba lista, Nenerl dijo una frase que los hermanos recordarían hasta el final de sus vidas—: Nadie se quedará atrás.

Lo que creemos, lo que esperamos y la realidad (Viena)

Lorenz sujetaba la copa con ambas manos y luchaba contra su estómago revuelto. Estaba sentado en uno de los reservados forrados de pana del Eden Bar, en el primer distrito, y esperaba al tío Gottfried, el exmarido de su tía Mirl. Desde el divorcio, era *persona non grata* para toda la familia Prischinger. Y eso que el tío Gottfried había hecho mucho por ellos. Le había conseguido al padre de Lorenz un puesto en la administración del distrito de Krems, que este había ejercido hasta su jubilación, algunos años antes. Le había financiado a Wetti su primera vivienda propia en Viena. Había ayudado a Willi a solucionar sus problemas burocráticos cuando se trasladó a Austria. A pesar de todo, Gottfried tenía un vicio que la familia Prischinger no le perdonaba. Lorenz lo sabía desde pequeño.

Todos los veranos, Lorenz pasaba entre dos y tres semanas con su padre Sepp en casa de Hedi o Mirl, en Viena, para que su madre tuviera tiempo para sí misma, y Lorenz recordaba bien aquella tarde en Kärnter Straße en la que su tío le impartió la primera lección de «morfología Gottfried». A Lorenz, que entonces tenía ocho años, las compras le aburrían como a una ostra. Su padre Sepp se había metido en una zapatería ortopédica, así que el tío Gottfried se llevó a Lorenz a una cafetería para que las mujeres pudieran pasearse de tienda en tienda con tranquilidad. Allí, Lorenz recibió un pastel de hojaldre y crema, un chocolate caliente con nata, y sabiduría para la vida:

—Chico, pronto sentirás interés por las chicas. Pero nunca te dejes distraer por sus pechos o su cara, presta siempre atención a su pandero, porque el pandero es la mejor parte de una mujer —le advirtió Gottfried y, con ayuda de los traseros de las camareras que pasaban meneándose por su lado, le explicó la diferencia entre los culos de manzana, de pera, de naranja, de piña y de uva. Lorenz no pegó ojo en toda la noche.

—¿Qué ha pasado hoy, pues? —le preguntó su padre, que dormía a su lado en el sofá cama, al ver que Lorenz seguía dando vueltas a las tres de la madrugada.

—El tío Gottfried me ha enseñado mucho sobre frutas —respondió Lorenz, de modo que a la mañana siguiente, Sepp le dio a Gottfried una larga charla sobre que a los niños no había que darles fruta después del mediodía porque fermentaba en el estómago y provocaba insomnio.

A pesar de todo, Gottfried se propuso como meta convertir a Lorenz en un especialista en morfología. Por su catorce cumpleaños, le regaló una colección de revistas eróticas; cuando cumplió dieciséis se lo llevó a un espectáculo; y a los dieciocho, a un club masculino. Por eso a Lorenz no le sorprendió que Mirl informara un día a la familia de que se divorciaba de Gottfried porque se comportaba como un verraco. Por lealtad a su tía, a partir de entonces evitó a Gottfried. La sangre tira más que el champán.

Lorenz contempló el retrato del emperador Francisco José, que ocupaba toda una pared del bar bañado en luz roja. ¿Tenía que sentirse mal por quedar con el tío Gottfried? No, era un hombre adulto, podía decidir por sí mismo con quién se veía. Además, ni Willi, ni Hedi, ni Wetti ni Mirl lo habían llamado desde que el viernes anterior se había marchado corriendo sin despedirse. Tampoco había hablado con Stephi desde entonces, solo habían intercambiado mensajes de texto llenos de reproches. En cambio, el tío Gottfried había respondido al primer tono y no había dicho ni una sola palabra sobre que Lorenz lo hubiera ignorado desde el divorcio.

—¡Mi sobrino favorito!

El suelo tembló y los camareros se inclinaron cuando el tío Gottfried se acercó a Lorenz con paso firme. El chico se levantó y el tío Gottfried lo apretó contra su imponente barriga, que no solo amenazaba con reventar los botones de la camisa, sino que incluso ocultaba el cinturón. Le dio varios golpes fuertes en los hombros, Lorenz no podía respirar.

—Yo también me alegro de verte —dijo, y se zafó del intenso abrazo entre toses. El tío Gottfried había adelgazado considerablemente desde que Mirl ya no cocinaba para él, pero, de todos modos, Lorenz calculaba que rondaría los ciento diez kilos. Tenía el rostro menos enrojecido, los poros más pequeños; solo el último resto de cabello, que le rodeaba el cogote como una corona, seguía tan triste como siempre.

Y entonces una mujer emergió de la sombra de Gottfried. Sus tacones la hacían más alta que Lorenz y, gracias al corsé que le envolvía la cintura, tenía

la figura de una diosa de la fertilidad, cuyos pechos rebosaban de las copas como la fortuna de la cornucopia.

La mujer apretó los labios para saludarle con un beso, y cuando se acercó, Lorenz se dio cuenta de que llevaba el mismo perfume intenso que Mirl: Guerlain Shalimar.

—Lorenz, te presento a mi novia, Elvira. —El tío Gottfried le dio una palmada en el trasero—. ¿No te parece que tiene el pandero más apetecible de todos los nuevos miembros de la Unión Europea?

Lorenz se había imaginado la velada de un modo completamente distinto.

Ni siquiera pudo exponerle su situación al tío Gottfried, porque Elvira y él se turnaban para hablar, ella contándole lo feliz que la hacía Gottfried, y él dando discursos sobre lo vivo que se sentía desde que tenía a esa potrilla a su lado. Aunque era joven comparada con él, Elvira ya tenía cincuenta y dos años.

La mujer por fin se disculpó un par de minutos.

—¿No es maravillosa? —preguntó el tío Gottfried, orgulloso como un chiquillo que acaba de construir su primera casa en el árbol—. Nunca he sido tan feliz.

Lorenz se molestó. Se alegraba de que el tío Gottfried estuviera tan enamorado que le salieran corazoncitos rosas por las orejas, pero lo cierto es que era un cliché andante. Exactamente así era como cualquiera se imaginaría la caricatura de un alto funcionario jubilado. Un subsecretario retirado del departamento de industria del ayuntamiento de Viena, funcionario del sindicato del partido en el cuarto distrito, tesorero voluntario de la sección de baile deportivo de Sportunion, que tras su divorcio miraba sonriendo a una mujer veinte años más joven creyendo realmente que ella lo amaba.

—Elvira y yo nos conocemos desde hace tiempo. Pero solo éramos amigos. Tras el divorcio, yo estaba destrozado. Elvira me salvó. Me cuidó como a un pajarillo que se ha caído del nido. Nunca he vivido solo. Estaba perdido, hambriento.

Lorenz contuvo la risa. Para empezar, la constitución de Gottfried seguramente lo convertiría en el último superviviente en caso de que se declarara una hambruna en Austria. Además, él era responsable de su divorcio. Lorenz no tenía tiempo que perder, Elvira regresaría enseguida del baño.

—Tío Gottfried, estoy pasando una época difícil. Hacienda y el seguro me están reclamando unos recargos exorbitantes. Me han cancelado la conexión

de televisión y mañana tengo que pagar el alquiler. No quiero aburrirte con detalles. Jamás te lo pediría si no fuera una cuestión vital, pero ¿podrías echarme una mano?

—Pues claro. ¿Cuánto necesitas? —preguntó Gottfried sin titubear, y sacó la cartera. Lorenz respiró aliviado.

—Diez mil serían una gran ayuda. Con veinte mil saldría por fin del apuro.

El tío Gottfried lanzó una sonora carcajada y abrió tanto la boca que Lorenz pudo contar cuántos dientes de oro tenía.

—Qué divertido eres, ¡cómo te he echado de menos!

—Tío Gottfried, lo decía en serio.

Gottfried cogió su negroni, se lo bebió de un trago y se remangó la camisa. En el antebrazo derecho descubrió la enorme cicatriz de quemadura que tanto miedo le daba a Lorenz de pequeño.

—Lo siento, Lorenz. No tengo tanto. Puedo darte cien.

En cuanto el vaso del tío Gottfried tocó la mesa, el camarero de librea le sirvió otro negroni y llenó la copa de champán a medias de Elvira hasta el borde.

Al ver cómo el vaso se acercaba a los gruesos labios de Gottfried, Lorenz estalló.

—Tiene que ser una broma. ¿Prefieres derrochar el dinero en una mujer como Elvira que ayudar a tu único sobrino, que se encuentra en una situación de emergencia?

El tío Gottfried se llevó la mano al pecho.

—¿Pero quién te has creído que eres? —preguntó como un hipopótamo furioso que en cualquier momento se abalanzaría fuera del agua para destrozar la cosecha en un radio de varios kilómetros—. ¡Si quieres dinero, pídeselo a tu querida tía! ¡Su abogado me lo quitó todo! No solo se quedó con la casa y las antigüedades, ¡tengo que pagarle la mitad de mi pensión hasta el día en que se muera! Si Elvira no me hubiera acogido, ahora estaría en un estudio miserable al otro lado del Danubio comiendo raviolis de lata y esperando un infarto.

Gottfried se había puesto tan rojo que Lorenz tuvo miedo de que ese infarto asaltara a su tío allí mismo, en el Eden Bar.

—¿Vives con ella? —preguntó cauteloso.

—¡Pues claro! ¿Creías que después de ese divorcio todavía podría permitirme el champán? —El tío Gottfried señaló la botella de Elvira en la

cubitera—. Ahora soy amo de casa. Es Elvira quien gana dinero. Estudió ingeniería en Checoslovaquia y, tras la caída del Telón de Acero, compró edificios antiguos en Bratislava y los reformó con gusto; ahora que Eslovaquia ha entrado en la Unión Europea, los alquila a precios elevados a empresas de internet que tienen allí sus *start-ups*. Puede que no domine el alemán, pero habla con fluidez checo, eslovaco, serbio, croata, bosnio, ruso y un poco de húngaro. ¡Ahora está haciendo un curso de *Business English*!

Lorenz no sabía qué decir.

—Lo siento, tío Gottfried, no tenía ni idea.

—Pues claro que no —contestó Gottfried—, los hombres de hoy en día solo juzgáis a las mujeres por su aspecto, y si una mujer lleva tacones altos, creéis que es tonta. Y eso que el feminismo ha luchado durante décadas para que las mujeres no sean juzgadas por su apariencia.

Elvira regresó del baño, besó a Gottfried en la frente y le acarició la cabeza acalorada. Lorenz observó que le ponía el dedo en la muñeca y miraba el reloj. Parecía estar tomándole el pulso. Era la primera vez que veía un examen médico como un gesto de cariño.

—Lo siento —dijo Lorenz apesadumbrado, y se sacó del bolsillo del pantalón un arrugado billete de diez euros y el tíquet del guardarropa—. Será mejor que me vaya.

—¿Ya? ¡Pero si la noche acaba de empezar! —exclamó el tío Gottfried a sus espaldas. A Lorenz ya no le apetecía estar acompañado.

Salió a toda prisa sin volverse ni una sola vez.

Atravesó Graben y pasó junto a los escaparates iluminados de Kohlmarkt sin echarles ni un vistazo. Antes se recompensaba por cada estreno de éxito con un par de zapatos nuevos en una de esas tiendas caras, o se consolaba con una camisa después de cada revés. Ahora tenía un vestuario de lujo, pero no sabía cómo pagar el alquiler. Cruzó Michaelerplatz, pasó por debajo del arco de Hofburg y no se detuvo hasta Heldenplatz. A su izquierda relucía la parte del Hofburg que albergaba la Biblioteca Nacional. Cuando Stephi todavía vivía en Viena, la Biblioteca Nacional era su segundo hogar, al que se trasladaba cuando la biblioteca de Filología Clásica cerraba por las tardes. Lorenz jamás había puesto un pie en ella. ¿Era eso señal de su falta de interés por las bibliotecas o por la vida de Stephi?

Antes de que aceptaran a Lorenz en la escuela de teatro, a falta de alternativas, él también había estudiado Filología Clásica. Nunca se había considerado un gran teórico que reflexionara sobre relaciones intertextuales,

sino una persona más bien práctica. Para Lorenz, estudiar clásicas consistía en leer a Ovidio y, en lugar de hacer exámenes de gramática, disertaba sobre la aplicación práctica de las artes amatorias ensayando con distintas compañeras las lecciones de seducción del autor. Pronto comenzó a asistir siempre a clase con traje, corbata y sombrero, porque a las estudiantes de Filología les gustaba la elegancia clásica. Stephi era la única a la que no. Era la estudiante más guapa de la facultad de Filología Clásica, delgada y nervuda como un cervatillo y con pechos extrañamente grandes, y por otro lado también era la ultramotivada hija de un profesor de griego y una arqueóloga que trabajaba en las excavaciones de Éfeso. Desde que abrían la biblioteca hasta que la cerraban, Stephi se sentaba en su sitio de siempre, junto a la ventana, dejaba vagar la vista entre diccionarios y textos originales, y se aislaba del presente con tapones para los oídos. Lo que más excitaba a Lorenz era que siempre se humedecía el dedo índice antes de pasar la página. Simplemente se tocaba la punta de la lengua con la yema del dedo y después deslizaba la página con un delicado movimiento. A muchos de sus compañeros les desconcertaban sus cejas desiguales, la izquierda siempre parecía más elevada que la derecha, pero a Lorenz esa asimetría le resultaba encantadora. Stephi era dos años mayor que él, y el tercer año de universidad se armó de valor y se sentó a su lado. La saludó con el sombrero, la miró fijamente, y después de tocarle dos veces el hombro, ella se quitó el tapón y le devolvió la mirada, con la ceja izquierda un palmo por encima de la derecha. Lorenz citó:

—«¿Por qué diré que el lecho me parece tan duro, que no paran mis mantas en la cama, que la noche —cuán larga— la he pasado sin sueño y que me duelen los cansados huesos de este cuerpo que ha dado tantas vueltas? Sus finas flechas están clavadas en mi corazón y el fiero Amor trastorna el pecho que ya es suyo. ¿Cederé, o resistiéndome avivaré este fuego inesperado? Cedamos: bien llevada la carga se hace leve.»¹

Stephi respondió:

—«*Nam, puto, sentirem, si quo temptarer Amore – an subit et tecta callidus arte nocet? Sic erit.*»

—¿Cómo?

—Has olvidado los versos cinco y seis.

A continuación volvió a ponerse el tapón y clavó la mirada en su diccionario universal de latín mientras Lorenz trataba de explicarle que había obviado esos versos a propósito. Ella no lo oyó ni lo escuchó.

Dos años más tarde, Lorenz se cambió a la escuela de teatro y Stephi desapareció por completo entre torres de libros para redactar su tesis, titulada *Los manes mandan. La comunicación entre vivos y muertos en la literatura romana*. Stephi exploró toda la literatura romana en busca de indicios de la fe de los romanos en el más allá, y analizó el concepto que tenían de los espíritus conocidos como «manes», que seguían vagando por la tierra tras la muerte de una persona e indicaban el camino a los vivos cuando los atendían, pero también los perseguían cuando no se los honraba como es debido.

Pasaron cinco años hasta que sus caminos volvieron a cruzarse. Lorenz consiguió un contrato fijo en el Volkstheater, Stephi defendió su tesis con un *summa cum laude* y se convirtió en asistente en la facultad de Filología Clásica.

Una noche, tras una representación de la obra independiente *Heros Heracles* en una antigua fábrica de munición, Lorenz se puso a hablar con los miembros del público que aún no se habían marchado a casa después de cuatro horas de función. Aquella producción situaba el *Heracles* de Eurípides en Estados Unidos, en la actualidad. Un veterano llamado Heracles regresaba a casa de la guerra de Irak y asesinaba a toda su familia porque sufría estrés postraumático y veía a sus hijos como enemigos. La obra era larga y exigente. Hasta entonces, los espectadores habían aprovechado el coloquio para expresar su admiración. En esa ocasión, una mano femenina con las uñas sin pintar se levantó de inmediato.

—Me interesaría saber en qué ediciones y traducciones de los textos se ha fundamentado la obra. En la publicidad se habla del *Heracles* de Eurípides. Pero sobre todo he reconocido la esencia del *Hercules furens* de Séneca. ¿Qué decisiones dramáticas hay detrás de esta mezcla de una tragedia griega y una romana?

Aunque no le veía la cara desde donde estaba, Lorenz enseguida sospechó qué mujer estaba lo bastante versada en textos antiguos como para plantear esa pregunta, y respondió:

—Se trata de una pregunta muy compleja. Creo que lo mejor será debatirla con una cerveza.

Jamás habían vuelto a hablar de los fundamentos textuales de *Heros Heracles*, pero durante los siguientes tres años habían pasado juntos todas las noches en las que ambos coincidían en Viena. Stephi iba a visitar a Lorenz cuando actuaba como invitado en otro teatro, hacían la compra juntos el fin de semana, salían de excursión en bicicleta y conoció a toda la familia de

Lorenz.

Estaban muy a gusto juntos, pero Lorenz se alegró cuando Stephi se marchó a Heidelberg, porque durante el último año juntos en Viena Stephi había planteado una y otra vez un tema en el que Lorenz todavía no quería pensar.

—Lorenz, ¿tendremos hijos?

Con esa pregunta lo ponía nervioso en los momentos más románticos.

—Sí, algún día —contestaba él, y notaba lo mucho que esa respuesta la decepcionaba. Lorenz sintió un gran alivio cuando Stephi aceptó la oferta de Heidelberg y pospuso así automáticamente la cuestión de los niños.

Ahora que se veía tan solo delante de la Biblioteca Nacional, tan querida por Stephi, se arrepentía de haberla dejado marchar sin luchar por ella. El tío Willi tenía razón, las relaciones a distancia eran una estupidez, pues impedían que la persona amada estuviera a nuestro lado en los momentos en que más la necesitábamos.

Lorenz recordó la primera cena con Stephi. Estaban en su casa y Lorenz había pedido tres bandejas variadas de sushi a su japonés de confianza porque no les apetecía vestirse. Cuando les entregaron el pedido, resultó que a Stephi solo le gustaba el maki, y que Lorenz prefería el sushi. Se complementaban. Ella era la teoría, él, la práctica. Ella escribía sobre dramas antiguos, él representaba a Orestes. Ella escuchaba a su cabeza, él, a su corazón. Ella tenía los pies en el suelo, él flotaba por los aires. Se necesitaban el uno al otro.

El banquete, un diálogo del filósofo antiguo Platón, que Lorenz no había leído, pero que Stephi le resumió tras el descubrimiento del sushi, incluía un mito sobre el nacimiento del amor. Antes las personas eran seres esféricos con cuatro manos, cuatro pies y dos rostros que miraban en sentidos opuestos. Sus extremidades les permitían mantenerse en pie y avanzar dando volteretas, y gracias a sus dos rostros, podían verlo todo. Eran tan hábiles, fuertes y valientes, que decidieron retar a los dioses del Olimpo. Entonces Zeus los partió por la mitad con sus rayos, y Apolo cerró sus heridas cubriendo sus vientres con piel y uniéndola en el ombligo. Los seres de dos piernas resultantes sufrían a causa de la separación, y a partir de entonces dedicaron sus vidas a buscar la parte que les faltaba, para volver a sentirse completos una vez que se reunían.

Lorenz se levantó la camisa y se miró el ombligo. Efectivamente, el agujero estaba arrugado. En cambio, el ombligo de Stephi era una bolita que

sobresalía altiva. Juntos estaban completos.

Lorenz sacó el móvil y llamó a Stephi. Ella contestó enseguida, y en lugar de saludarla, Lorenz dijo:

—Olvidemos la estúpida pelea. Tenemos que hablar. Tenemos que aclarar algunas cosas. Por desgracia ahora mismo ando muy justo de dinero, si no ya estaría en el tren nocturno a Heidelberg. ¿Puedes venir a Viena? No podemos seguir así.

Stephi guardó silencio y Lorenz temió que volviera a colgar. Entonces oyó su suave respiración.

—Tienes razón, no podemos seguir así. Tenemos que solucionarlo. Mañana me subiré al tren un poco antes de las siete, así pillaré el de alta velocidad a las ocho en Frankfurt, ¿vale?

—Gracias, Stephi —dijo Lorenz feliz—. Te quiero.

Aunque le supuso un gran esfuerzo, al día siguiente Lorenz se obligó a levantarse de la cama a las siete y media. Ya cuando era estudiante jamás se levantaba antes de las nueve y media, pero quería adecentar la casa antes de que llegara Stephi.

Cuatro cafés y media hora de lectura de periódico después, se preguntó cómo había podido descuidar tanto la casa. La vajilla sucia se acumulaba en la cocina, las moscas zumbaban sobre los yogures a medio comer, había ropa desperdigada por todo el piso. Al darse cuenta de que ni siquiera sabía dónde estaba el detergente, le habría gustado llamar a su tía Hedi.

Antes de que Hedi conociera a Willi, era enfermera en el sur de Estiria, por lo que había conservado esa necesidad de ayudar a otros. Hedi se ocupaba de todos los habitantes enfermos y débiles de su edificio. Allí donde alguien necesitara ayuda, Hedi aparecía sin que se lo pidieran. A menudo la acompañaban Wetti y Mirl, pero era Hedi la que localizaba las crisis y gestionaba la intervención.

Por ejemplo, cuando Lorenz se instaló en el apartamento de Mondscheingasse, Hedi lo llamó y preguntó si necesitaba ayuda. Lorenz dijo que no, pero Hedi reunió a las tías de todos modos y se presentó allí antes incluso que la empresa de mudanzas. El tío Willi descargó su Panda, lleno hasta el techo de cestas de comida, productos de limpieza y plantas en tiestos, Hedi les hizo bocadillos a los transportistas y llenó los armarios, Wetti le ajardinó el balcón, y Mirl limpió el baño tan a conciencia que Lorenz llevó

chancletas de baño en la ducha durante semanas por miedo a las abrasiones.

Si Lorenz hubiera sido capaz de superar su orgullo y pedir ayuda a Hedi, ella se habría presentado allí de inmediato. Pero seguía molesto. Además ya sabía, desde antes de aquel viernes, que a su familia no le gustaba especialmente Stephi.

La primera vez que Lorenz la llevó al distrito veintitrés, al principio las cuatro mujeres se entendieron bien, fueron educadas unas con otras, se atendieron y conversaron con amabilidad, hasta que se sirvió la comida. Para celebrar la ocasión, las tías habían preparado *schnitzel*. Pero esta preparación no consistía solo en empanar la carne de ternera y cerdo. Cuando las tías hacían *schnitzel*, empanaban todo lo que se moviera. Habían automatizado el proceso dividiendo el trabajo como Henry Ford en sus cadenas de montaje. Hedi preparaba el ingrediente base: ternera, cerdo, vaca, venado, corzo, calabacín, zanahoria, berenjena, champiñones y espárragos. Wetli pasaba el material que le tendía Hedi por harina, huevo y pan rallado. Mirl manejaba la sartén con mantequilla y freía las piezas empanadas hasta que adquirían un tono dorado, para después pasarlas a una fiambra con papel de cocina y finalmente servir las con el resto.

Lorenz y Stephi estaban apretujados en el banco esquinero, Stephi hablaba con Willi sobre Tito mientras las tías empanaban.

—¿Vienen también tus primas? —preguntó Stephi cuando Willi fue a buscar agua.

—No —contestó Lorenz—. ¿Por qué?

—¿Y quién se va a comer todo eso? —susurró con los ojos muy abiertos del susto.

Stephi recibió la respuesta a su pregunta poco después. Las tías le llenaron el plato con una montaña empanada.

—No tanto, no tanto —protestó, pero las tías insistieron en que debía probar al menos un trozo de cada tipo.

—¡Que además estás en los huesos! —añadió Mirl, a lo que las otras asintieron.

Stephi se portó como una campeona. Comió ternera empanada, vaca empanada y un trozo de cada una de las verduras empanadas. Se rindió ante el venado, el corzo, el pollo y la carne curada.

—No puedo más —suplicó.

—El pollo es magro y su carne es buena para el estómago —dijo Wetli.

—Pero el empanado no —dijo Stephi.

—Entonces cómete por lo menos la verdura —le ordenó Hedi—. Es sana.

—No, lo siento, no puedo más —dijo Stephi, y apartó inflexible el plato.

—Te lo pondré para llevar —respondió Hedi. Estaba a punto de levantarse cuando Stephi dijo:

—No, por favor. Me encuentro mal. No puedo comer nada más empanado. Ni hoy, ni mañana. Seguramente en lo que queda de año.

Las tías dejaron de masticar y miraron fijamente a la joven pareja. El ambiente cayó en picado, como si un viento gélido hubiera barrido la mesa.

Hedi salvó la situación cogiendo el plato de Stephi y echando lo que quedaba de la montaña al plato a medio terminar de Lorenz.

—Pues entonces tendrá que ayudarte Lorenz.

Este se mareó al ver la cantidad de comida.

—Él tampoco puede más —dijo Stephi. Y tenía razón, hacía un buen rato que Lorenz estaba lleno. Le habría encantado hacerse un ovillo en el sofá.

—El chico tiene que comer —dijo Mirl—. Está muy flaco.

—Lorenz es un hombre adulto e inteligente capaz de decidir si ha comido suficiente o no —dijo Stephi.

—A los treinta, en teoría, ya se es adulto. Pero como los hombres se desarrollan más lentamente que las mujeres, no deberías deducir su madurez a partir de la tuya —replicó Wetti, y añadió—: Yo creo que Lorenz todavía está creciendo.

—*Bullshit* —se le escapó a Stephi.

—Aquí no hablamos inglés —contestó Mirl.

Las dos mujeres se retaron con la mirada.

—Lorenz, eres adulto, puedes dejar de comer cuando quieras —dijo Stephi.

—¿Es que no te gusta, chico? —pregunto Hedi.

Lorenz miró al tío Willi en busca de ayuda. Cuando sus ojos se encontraron, a Lorenz le pareció que el viejo entendía su dilema.

—Voy a buscarte otro refresco —se limitó a decir Willi, y se levantó. Lorenz se armó de cuchillo y tenedor y acometió con valentía la montaña de carne.

Stephi frunció el ceño con tanta fuerza que la asimetría de sus cejas se exageró al máximo.

—¡Tienes que probar el de cerdo! —dijo Lorenz con la boca llena, y cogió agradecido el refresco para ayudar a pasar la comida.

Para gran alegría de las tías, realmente consiguió comerse toda la montaña

de cosas empanadas y un pudin de postre. Después tuvo problemas para sentarse erguido, tuvo que luchar contra las náuseas varias veces y, en cuanto llegaron a casa, se tumbó en el sofá a lloriquear.

—Me duele todo. Necesito un antiácido.

—Eso es problema tuyo —dijo Stephi, cogió sus tapones, una edición comentada de la *Eneida*, y a partir de ese momento ignoró por completo los dolores de Lorenz.

Cuando Stephi llegó, a las tres y media de la tarde, Lorenz estaba completamente sudado y tan cansado como si hubiera corrido una maratón, pero la casa tenía un aspecto decente. Cambiar las sábanas de la cama le había llevado más tiempo del que pensaba. Colocar una sábana bajera en un colchón de ese tamaño y meter un edredón de dos metros de largo en su funda le había supuesto tal esfuerzo que no le había dado tiempo a hacer la compra ni a ducharse. De todas formas, el sudor seduciría a Stephi, más tarde pedirían sushi, y al día siguiente podían ir a desayunar a Zollergasse, como en los viejos tiempos.

—¡Mi amada y sexi ratoncita de biblioteca! —la saludó, y se le echó a los brazos.

—Hueles fuerte —comentó Stephi. Lorenz le confesó abochornado que con tanta limpieza no le había dado tiempo a ducharse.

—Pero quería que estuvieras a gusto. ¿Cuánto tiempo puedes quedarte? —preguntó, y se ofreció a llevarle la maleta de ruedas al vestidor. Tenía una sorpresa para ella: había vaciado un lado del armario para que no solo pudiera guardar una muda, sino toda su ropa.

—Dejemos eso para más tarde, primero hablemos —dijo Stephi.

Lorenz ya había preparado dos vasos y una jarra de agua en la mesa del salón.

—¿Quieres otra cosa? ¿Café? ¿Vino? ¿Champán? —preguntó.

—No, gracias, me basta con un trago de agua —contestó Stephi. Lorenz se dio cuenta de que había algo distinto en ella. ¿Habría ido a la peluquería?

Lorenz se sentó a su lado, le acarició la espalda, le olió el pelo. Ella mantuvo las distancias.

—¿Quieres que me duche en un momento? —preguntó él.

—No, da igual —dijo ella con una sonrisa. Lorenz se asustó y descubrió qué era lo que había cambiado: tenía las cejas a la misma altura.

—¿Qué te ha pasado en las cejas? —quiso saber, desconcertado.

—¿Te gusta? —le preguntó ella radiante.

—¿Qué te has hecho?

—Bótox en el lado izquierdo. Eso ha paralizado el músculo y así mis cejas por fin dibujan una sola línea. —Stephi se apartó unos mechones de pelo de la frente y elevó las cejas. Tan equilibradas como si se hubieran medido con un nivel. Lorenz sintió un escalofrío.

—¿Por qué no lo consultaste conmigo?

Stephi frunció el ceño enfadada. La ceja derecha y la izquierda se movieron de forma simétrica.

—¿Desde cuándo tengo que consultarte lo que hago con mi cuerpo?

Lorenz estaba a punto de replicar, pero se mordió el labio. Se había hecho el firme propósito de no pelearse con Stephi ese día. Aquella era una misión de paz.

—Eres preciosa. Y punto. Es de otra cosa de lo que quiero hablar contigo. Stephi, no podemos seguir como hasta ahora.

—Qué alivio que tú también lo veas así.

—He estado pensando mucho. Lo hemos pospuesto durante demasiado tiempo. Pero ya estoy listo, Stephi.

—Gracias a los dioses. Yo también, Lorenz.

Él le tomó la mano, ya no podía contener la sonrisa.

—¡Qué bonito! Un pequeño Lorenz o una pequeña Stephi.

—¿Qué?

—Claro que nuestros hijos no se llamarán Lorenz ni Stephi, puedes escoger los nombres romanos que quieras, ya sé lo mucho que te gusta Eneida. ¿Por qué no?

—No, Lorenz, no me refiero a eso.

—Entonces cualquier otro nombre del mundo. En realidad da igual. Lo importante, Stephi, es que me he dado cuenta de que mi vida tiene que cambiar. No quiero volver al teatro y no hay nada a la vista en el cine. ¡Es el momento perfecto! Vuelves a Viena y tenemos hijos. Yo me cojo el permiso y tú te dedicas a investigar. Si quieres, podemos casarnos, yo me ocuparé de la casa, como el tío Gottfried. ¿Te acuerdas de él? El ex de la tía Mirl, resulta que ahora es amo de casa.

—No —dijo Stephi.

—Sí, mujer, el gordo. Es igual. Cuando lo veas te acordarás.

Stephi retiró las manos de las de él.

—Lorenz, ¿acabas de proponerme matrimonio?

—Lo del anillo ya lo haremos cuando vuelva a tener algo de dinero.

Stephi se recostó, lo miró con la boca abierta y sus cejas simétricas. Por suerte el bótox era temporal, ojalá sus hijos heredaran las cejas desiguales.

—No me lo puedo creer.

—¿Cómo dices?

—Venga, Lorenz, solo quieres todo eso porque ahora mismo no tienes dinero ni trabajo. No has pensado ni un segundo en mí.

—¡Pienso en ti todos los segundos del día! Quieres hijos. Lo admito: he necesitado un poco de tiempo para pensarlo, pero ya estoy listo. Como querías.

—Hace un año, Lorenz, hace más de un año quería tener niños contigo. ¿Sabes si sigo queriendo? ¿Sabes si quiero marcharme de Heidelberg o no?

—¿A qué vienen esas tonterías, Stephi? Pronto cumplirás los treinta y cuatro, ¿a qué quieres esperar? ¿Y por qué demonios querrías quedarte en ese pueblucho pudiendo estar en Viena?

—¡Porque las cosas me van muy bien allí! Y porque me he enamorado.

—Sí, pero yo estoy en Viena —dijo Lorenz, y hasta que las palabras no salieron de su boca, no entendió lo que pasaba. Se recostó y agarró los reposabrazos con ambas manos. Cuando compró las sillas, pensó que los reposabrazos eran bonitos pero molestaban, ahora se alegraba de que los tuvieran.

—¿Me estás engañando?

Stephi guardó silencio. Lorenz repitió la pregunta con lágrimas en los ojos. A Stephi también se le vidrió la mirada.

—Quería contártelo con suavidad —musitó.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace catorce meses.

—¡Hace catorce meses todavía vivías en Viena, hace catorce meses éramos una pareja feliz, hace catorce meses hablamos de tener hijos! —gritó Lorenz, a pesar de que no quería levantar la voz.

—Al principio no era más que una aventura. Pero en Heidelberg se volvió serio. Me visitaba cada dos semanas.

—¿Tu rompematrimonios está aquí, en Viena? —Lorenz siguió elevando el tono.

—Lorenz, por favor. No estamos casados.

—¡Según el derecho romano sí, como tú sabrás mejor que yo!

—Se trata de Flo, Lorenz. Nos fuimos conociendo en la Biblioteca Nacional. Yo tampoco sé cómo pasó. Este semestre ha conseguido una plaza en Heidelberg. Creo que seremos muy felices allí.

—¿Y yo? —preguntó Lorenz en tono impasible.

—Seguro que tú también serás feliz. Solo que no conmigo.

Lorenz se levantó de un salto, corrió al pasillo, cogió la maleta con ruedas de Stephi, fue a la puerta del apartamento, la abrió de golpe y lanzó la maleta por encima de la barandilla.

—¡Pero qué haces! ¡Llevo el portátil dentro! —gritó escandalizada mientras la maleta aterrizaba con un gran estruendo dos pisos más abajo.

Lorenz se precipitó al vestidor, después al baño, volvió al rellano y tiró también la ropa interior de Stephi, los tubos de pasta dentífrica a medias, su seda dental, el neceser lleno de salvaslips y sus cepillos para el pelo.

Teniendo en cuenta que había estado juntos cuatro años, el montoncito que se había formado en la planta baja era bastante lamentable. Pero en ese momento a Lorenz tampoco lo habría ayudado lanzar por encima del pasamanos todo un cargamento de objetos personales de Stephi.

¹ Traducción de Juan Antonio Gómez Iglesias (*N. de la T.*).

El espía maestro de Tito (1958)

Un buen espía es silencioso como un gato, vigilante como un búho y ágil como una comadreja. El aprendiz de espionaje Koviljo Markovic, futuro espía maestro del presidente de la República Federativa Socialista de Yugoslavia, el camarada Tito, sabía lo importante que era perfeccionar esas tres cualidades.

El manzano estaba muy frondoso. Koviljo se había adentrado tanto en la copa que era imposible verlo desde la lejanía, y sin embargo, tenía la granja y la carretera a la vista. Un buen espía tiene capacidad de concentración. Un buen espía ignora su propia circunstancia para centrarse exclusivamente en el objeto observado. Algo que a Koviljo ese día le resultaba especialmente difícil mientras contemplaba a su madre sacar de la granja todas las pertenencias de la familia. No echaría de menos la granja en sí, aquel edificio de ladrillo oscuro y húmedo donde las corrientes silbaban y todo el año olía a ciruelas pasas y carne ahumada. Su melancolía se debía más bien a constatar lo fácil que era empaquetar su vida hasta ese momento y meterla en un carro. Koviljo sabía que su familia era pobre, pero lo dejó estupefacto lo poco que tenían al ver todas sus posesiones juntas en la superficie de carga del vehículo. Desde la copa del manzano también fue testigo de lo extremadamente generosa que era su madre con aquellas escasas pertenencias. La mesa de la cocina de patas torneadas en la que Koviljo no solo había ingerido cada comida de su vida hasta entonces, sino en la que también le habían cambiado los pañales de pequeño y le habían dado azotes al crecer, se la dio a la familia de ocho miembros que vivía a los pies de Klosterberg. Los ocho se la llevaron a paso ligero de allí, todos aferrándose a un trozo de la mesa, como si tuvieran miedo de que su madre cambiara de opinión en el último momento. Regaló seis de sus delantales a mujeres de la zona, que casi se arrancaron los ojos a la hora de repartirlos, así como gran parte de sus pañuelos para la cabeza y la ropa que Koviljo ya no se ponía. El

día anterior le había explicado que en la costa ya no necesitarían todo aquello. Las mujeres solo llevaban pañuelo para salir de casa en las montañas. En la costa, como mucho se lo ponían para ir a la iglesia. Para eso le bastaba el verde y azul con algo de seda que le había dejado su propia madre. Y aquellas pobres mujeres no tenían nada, mientras que ellos pronto tendrían una vida mejor. Cuando una de las mujeres de la zona amenazó a otra con un trozo de cristal por un simple pañuelo que en algún momento había sido de color arena, el aprendiz confirmó que su madre debía de tener razón. O al menos esperaba que así fuera. La gente de las Montañas Blancas era pobre. Pero ¿realmente tenían garantía de que en otro lugar las cosas fueran mejores?

Las camas, la vitrina con flores pintadas y el inmenso armario de tres puertas, el mueble favorito de Koviljo, en el que había pasado incontables horas escondido de su padre Vlad, se quedarían allí.

El futuro espía maestro sentía una gran curiosidad por saber quién se instalaría entre aquellos muros una vez que se marcharan. Las mujeres mayores rumoreaban que se trataba de extranjeros venidos de muy lejos, que sin duda no estarían preparados para el riguroso clima y las difíciles condiciones de vida. Nadie se trasladaba a las Montañas Blancas. La gente se marchaba o se quedaba, pero no iba allí voluntariamente. Como cualquier buen espía, Koviljo también sabía que había que ser prudente con la información de testigos de oídas, sobre todo si los testigos de oídas eran mayores y además mujeres.

Por desgracia, el futuro espía maestro al servicio de Tito jamás resolvería aquel misterio. Porque se marchaban de allí, y si algo sabía era que jamás regresarían.

Koviljo había dedicado varias semanas a las investigaciones, operaciones de escucha e interrogatorios que le habían permitido elaborar una hipótesis de por qué se marchaban realmente. Al preguntarle, su madre le había contado que se iban porque en la costa les iría mejor que allí. Koviljo enseguida llegó a la conclusión de que eso era absurdo. Si fuera verdad, lo habrían hecho años atrás. La vida allí no se había endurecido, sino que siempre había sido difícil. Y sin embargo, su padre Vlad recalca constantemente haber nacido una noche tormentosa en el establo de aquella granja, al igual que las cuatro generaciones anteriores, e insistía en que también quería morir allí. Así que

algo debía de haber pasado. Y Koviljo sospechaba que el suceso estaba relacionado con las lecheras, el niño muerto y el hígado especialmente negro de su padre.

Los hombres de las Montañas Blancas, un altiplano árido y escasamente poblado entre la República Socialista de Bosnia y Herzegovina y la República Socialista de Montenegro, tenían todos el hígado negro. Las ancianas decían que las personas con el hígado negro se convierten en bebedores y matones. Y al espía maestro Koviljo no le hacía falta oír lo que se decía para saber que el hígado de su padre era especialmente negro. Tan negro, que parecía sentir más amor por el rakia que por su esposa y su hijo. A ninguno de los dos los trataba con tanto cariño como a la botella de cristal con aquel líquido transparente que siempre conseguía sacar de algún lado, sin importar lo mucho que escaseara el dinero ni si la madre servía por enésima vez una sopa aguada e insípida hecha con una carcasa de gallina blanquísima y pulida por el agua caliente.

Mucho tiempo atrás, Koviljo había tratado de averiguar en qué consistía el poder de atracción de esa bebida. Un espía debe comprender, la simple observación no daba resultados. Una tarde que su padre roncaba con fuerza, Koviljo se armó de valor y se deslizó en el dormitorio, silencioso como un gato y ágil como una comadreja. La botella de rakia estaba en la mesita de noche, descorchada. Koviljo temblaba como abeto sacudido por una sierra. Si Vlad se despertaba y lo cazaba bebiendo de su aguardiente, lo azotaría hasta que su trasero tuviera todos los colores del arco iris. Sin embargo, Koviljo quería saber a toda costa cuál era el secreto de aquella bebida, porque la mayoría de hombres preferían pasar las noches con ella que con sus familias, así que se dispuso a darle un buen trago y, en cuanto dejó la botella y tragó el fuerte líquido, por un momento pensó que ardería de dentro afuera. Se tapó la boca con las dos manos, se precipitó hacia el patio, respiró con dificultad y se agarró el cuello, convencido de que el licor le había hecho un agujero en la garganta. A pesar de que el agua del pozo llevaba demasiado tiempo en el cubo, bebió tanta como pudo. Y cuando cogió aire, vomitó junto al pozo y comprobó sorprendido que había echado más líquido claro del que había ingerido.

Desde entonces el joven espía conocía el sabor del pis de diablo, pero seguía siendo un misterio para él por qué le gustaba tanto a Vlad.

Normalmente Vlad no tocaba el alcohol ni los domingos ni los miércoles, porque los lunes y los jueves tenía que salir de casa a las tres de la

madrugada, enganchar la yegua e ir de granja en granja con el carro de la cooperativa lechera, recoger la leche fresca y llevarla a la lechería central en la carretera de Nikšić, donde se envasaba, se empaquetaba y se distribuía. Los domingos y los miércoles, Koviljo intentaba hacerse invisible. Corría por el bosque hiciera el tiempo que hiciera, visitaba a amigos, ayudaba a los monjes de la montaña con pequeñas tareas y hacía cualquier cosa para mantenerse alejado de Vlad. Cuando bebía, su padre era desagradable. Cuando no bebía, era insoportable. Regresaba a casa tarde y entraba a hurtadillas, su padre ya estaba en la cama y su madre se curaba las heridas recientes con un trapo limpio, agua y yodo; en esos momentos Koviljo se sentía culpable por haberse escabullido cobardemente y no haberla defendido. Y eso que sabía que a sus ocho años no tenía ninguna posibilidad de ayudarla, sino que empeoraría aún más la situación. Todas las noches, cuando ella se metía en la cama de Koviljo, lo besaba en la cabeza y le susurraba que era lo mejor que le había pasado en la vida, lo abrazaba con fuerza hasta que el gallo cantaba y finalmente se levantaba para volver a su lecho conyugal, el chico se daba cuenta de que a ella le importaba más la vida de su hijo que la suya propia.

A pesar de todo, los tres formaban una familia. Y a ninguno de ellos se le habría ocurrido que nada pudiera ser diferente. Hasta que la madre enfermó, el padre agarró la botella de rakia y no volvió a soltarla, y todo cambió.

Una tarde, la mamá de Koviljo regresó del mercado de Nikšić, donde había vendido su col fermentada, huevos y pequeños manojos de hierbas de la montaña recogidas por ella misma. A pesar de que hacía un tiempo agradable, le temblaba todo el cuerpo, como si hubiera pasado demasiado tiempo descalza en la nieve. Después de servir la cena, se tumbó en la cama sin probar bocado. Cuando Koviljo se asomó al cuarto, sudaba, tiritaba y le ardía la frente. Al llegar a casa, Vlad preguntó a gritos por qué estaba ya en la cama a esas horas. Cuando llegó a su lado, enmudeció como la rocalla engullida por una grieta en la piedra. Fue la primera y única vez que Koviljo vio algo parecido al miedo en el rostro de Vlad. A la mañana siguiente, la madre ya no temblaba, pero tenía los labios azules como la tinta y no reaccionaba cuando le hablaban. Vlad se marchó con el carro sin decir ni una sola palabra. Koviljo pasó entonces las peores horas de su vida junto al lecho de su madre, limpiándole el sudor de la frente con un trapo húmedo y rezando para que el ángel no se llevara a su mamá, hasta que Vlad regresó por fin con

un médico. Mientras este la examinaba, Koviljo salió fuera e intentó construir torres con piedras, pero todas se derrumbaban. Por fin salió Vlad, y sin explicarle qué le pasaba a la madre, cogió a Koviljo de la mano y recorrió con él la sinuosa carretera hasta la siguiente granja, donde vivía una mujer mayor cuyos hijos estaban desperdigados por toda Yugoslavia.

—Tu madre tiene que ir al hospital. Tú te quedarás aquí hasta que se cure —dijo el padre, y se marchó con paso rápido sin dar más explicaciones.

A pesar de que la anciana cuidaba de él lo mejor que podía, Koviljo sufrió una tortura que duró semanas, porque cada día que pasaba estaba más preocupado por su madre. Por las mañanas en la escuela y por las tardes, ayudando a la anciana a dar de comer a las gallinas, a arrancar las malas hierbas o a limpiar todos los rincones de la casa a los que ella ya no llegaba porque tenía las articulaciones entumecidas, conseguía ser valiente. Pero por las noches, en la cama, en el cuarto al que todavía parecía que los hijos de la anciana podían regresar en cualquier momento, le entraba el pánico. ¿Y si su madre no regresaba jamás? ¿Tendría que quedarse allí para siempre? ¿Lo mandarían al bosque? ¿Lo entregarían a los monjes? ¿O aún peor: a un orfanato donde las lombrices se lo comerían por dentro y los piojos por fuera, como les había pasado a los tres niños del otro lado de la montaña después de que su madre muriera?

Koviljo pronto empezó a dar un gran rodeo después de la escuela para pasarse por casa. Solo vio a su padre en cuatro ocasiones. Una vez estaba dormido en la vieja mecedora, que había sacado al patio; otra de las veces, en el banco de la cocina. Koviljo lo dejaba descansar porque de todos modos sabía que sería casi imposible despertarlo. Una vez se lo encontró engancho al mulo.

—¿Qué haces aquí? —gruñó Vlad.

Koviljo hizo de tripas corazón para preguntar alto y claro:

—¿Mamá volverá?

Vlad reaccionó de forma muy distinta a como Koviljo había imaginado. No gritó, no maldijo, sino que conservó la calma. Esa tranquilidad asustó a Koviljo más que cualquier otra cosa. Finalmente dijo:

—Si piensas que tu madre morirá, eso es lo que pasará. —Vlad carraspeó, y añadió casi en un susurro—: El diablo acude donde lo llaman.

Koviljo se dio la vuelta y regresó donde la anciana, se agarró a su falda y murmuró para sí:

—Se curará, se curará.

Y, efectivamente, casi un mes y medio después, la madre se curó. Koviljo la abrazó con tanto ímpetu que, debilitada por la larga temporada en cama, casi se cayó.

Durante su ausencia, todo parecía haber cambiado.

Vlad también había sufrido. E, inexplicablemente, seguía sufriendo. Una noche, un extraño ruido venido de la cama de sus padres despertó al joven espía. El sonido se prolongó. Koviljo se levantó despacio y se acercó a hurtadillas al cuarto de sus padres. Su mamá estaba sentada en la cama, Vlad apoyaba la cabeza en su regazo y ella le acariciaba el pelo enredado mientras él lloraba. La mirada de Koviljo se cruzó con la de su madre, que se llevó brevemente el índice a los labios, de manera que él emprendió la retirada y no concilió el sueño hasta el amanecer.

—Mi niño, tu padre está muy triste —le explicó a la mañana siguiente, cuando Vlad ya había salido y Koviljo mojaba el pan en leche—. Yo tenía un niño en el vientre. Y aquí dentro murió antes de alcanzar la edad suficiente para salir —dijo, se sentó a su lado y le acarició el brazo.

Koviljo estaba tan sorprendido que se olvidó de masticar. Hasta entonces jamás se había planteado que podía tener un hermanito. Y al mismo tiempo se avergonzaba de sentir cierto alivio al saber que no tendría que compartir a su madre con nadie.

Unas semanas después, su mamá volvió a ser la de antes. Le sonreía radiante al verlo y susurraba que no necesitaba un segundo hijo, que ya lo tenía a él. Mientras Koviljo creía que todo se había arreglado, Vlad se iba retrayendo a su propio mundo.

En algún momento pasó una noche fuera, algo que jamás había hecho, pero que no preocupó en exceso a Koviljo ni a su madre. Seguramente se había quedado dormido borracho en algún lado, una circunstancia relativamente inofensiva en una cálida noche de verano.

Una noche llamaron con fuerza a la puerta. Dos extraños arrastraron a Vlad dentro de la casa y lo dejaron caer en el suelo de la cocina. Estaba tan borracho que no se movía, así que le pusieron una almohada bajo la cabeza y lo taparon con una manta ligera. A la mañana siguiente, los padres de Koviljo discutieron mucho y muy fuerte. Vlad prometió que no volvería a suceder nada parecido, pero sucedió. Tanto lo de pasar varias noches fuera de casa como lo de que alguien tuviera que llevarlo de vuelta a rastras.

—Es como si quisiera beber hasta matarse —le dijo uno de los hombres a la madre, mientras el futuro espía escuchaba tras la puerta.

El diablo acude donde lo llaman, pensó Koviljo.

A Koviljo le costó comprender lo que sucedió entonces. El joven espía ponía la oreja siempre que podía, pero no consiguió cuadrar cómo se había producido el accidente hasta mucho después de que sucediera, a partir de los relatos fragmentarios de amigos que a su vez habían pescado detalles de las conversaciones de sus padres. Al parecer, su padre había bebido durante varios días y había salido con el carro de la leche borracho como una cuba. Nadie sabía qué había pasado exactamente. Algunos opinaban que un oso había asustado al caballo; otros, que el padre había pasado por alto un bache en la oscuridad; también había quien decía que se había arrimado demasiado a la izquierda en un paso estrecho y una de las ruedas se había salido de la carretera. Fuera como fuese, el padre sufrió un accidente en el que se perdió todo el cargamento de leche, la lanza del carro se astilló y el caballo se rompió el tobillo por tantos sitios que hubo que sacrificarlo. Cuando Koviljo se enteró del accidente, primero lo sintió por el animal. La yegua era mansa y siempre resoplaba contenta cuando la acariciaba. Más tarde, el joven espía comprendió que la tragedia no había sido la pérdida de la yegua, sino la pérdida del empleo de Vlad.

Y por eso tenían que marcharse, porque en la zona no había trabajo. La madre comentó que no les quedaba otra opción que trasladarse a la costa. En secreto, a Koviljo no le entusiasmaba el plan, porque cuando hacía mal tiempo en las Montañas Blancas, siempre se decía que venía del mar.

Antes de que él naciera, su madre trabajaba como ama de llaves en casa de un hombre que había sido muy importante y ahora investigaba a los osos de las Montañas Blancas. Ella tampoco había sabido explicarle cómo se examinaba a los osos, porque probablemente no se dejarían auscultar el pecho ni mirar la garganta como Koviljo cuando el médico iba a la escuela una vez al año. El joven espía solo había averiguado que el hombre tenía una cabellera de color rojo intenso, como si le ardiera, y que su madre afortunadamente no pudo seguir trabajando para él porque esperaba a Koviljo. El hombre se mudó a la costa antes de que Koviljo naciera y ahora estaba dispuesto a volver a contratarla como ama de llaves, a acogerlos, e incluso a buscarle empleo a Vlad, tal como le había escrito a la madre. El joven espía había oído a sus padres discutir durante varias noches sobre el tema. Por una vez, Koviljo comprendía a su padre. ¿Quién querría trasladarse

al sitio donde nace el mal tiempo?

—Viljo, hijo mío, ¿dónde estás? —lo llamó su madre—. ¡Nos vamos!

El joven espía saltó del manzano con un mal presentimiento y fue donde sus padres. Se subió a la zona de carga del carro, donde le habían preparado un asiento mullido con la escasa ropa y las sábanas que todavía poseían.

Los vecinos se asomaban a la carretera cuando pasaban por delante de sus casas. Todos se despedían con la mano, nadie decía nada. La gente de las Montañas Blancas siempre había sido cerrada y parca en palabras. ¿Qué les iban a decir a los que se marchaban? Y sobre todo, ¿para qué? Se iban de allí. Y la vida seguía.

El viaje duró casi todo el día. Al principio recorrieron el paisaje que tan bien conocía Koviljo: colinas atravesadas por formas kársticas, rocas elevadas, las temidas simas, gargantas. Allí donde el suelo lo permitía, crecían pinos y arces, entre ellos se veían las redondas flores blancas de los viburnos, y en las rocas había aguileñas y otras flores endémicas que Koviljo arrancaba de pequeño hasta que su madre le ordenaba que parara. Esas plantas lograban penetrar hendiduras en la roca con sus raíces para conseguir agua. Lo que crecía en un entorno tan hostil debía honrarse y no destruirse. Y sobre todo ello, el cielo con las nubes bajas, que parecían estar tan al alcance que Koviljo había comprendido ya de niño lo que significaba vivir en un altiplano: estar más cerca del cielo.

Después de dos horas, la carretera comenzó a descender.

—¿Lo ves? Aquí acaban las Montañas Blancas, ahora atravesaremos el desfiladero hacia la llanura —dijo su madre de buen humor. El fin del mundo que él conocía.

Una vez cruzado el paso, Koviljo vio el mar por primera vez en su vida. Desde aquel punto por encima de la pequeña ciudad de Risan, solo se veía un pedacito de la bahía, no el mar abierto, y por todas partes las montañas, negras y altas, parecían descender en picado hacia el agua.

—Y allí a la derecha, detrás de esas dos curvas, se ve el mar abierto, no hay más que agua.

—¿Alguna vez has estado en el mar? —preguntó Koviljo a su madre.

—Hace mucho, antes de que tú nacieras.

—Yo no he estado nunca. Para qué. No hay nada más que agua, y ni siquiera se puede beber —refunfuñó Vlad. Koviljo sentía un interés

desmesurado por saber cuándo había estado su madre en el mar sin su padre. Y cómo había sucedido, ya que los dos se conocían desde que tenían su edad. Sin embargo, también formaba parte del oficio de espía saber cuándo preguntar y cuándo no.

La carretera serpenteaba cuesta abajo. Koviljo habría preferido cerrar los ojos cuando, en las curvas, el carro se acercaba amenazadoramente al precipicio sin parapetos que caía cientos de metros hacia el valle.

Descendieron durante una eternidad, parando una y otra vez para dejar descansar al mulo. Cuando el sol se puso y el crepúsculo cubrió el paisaje, llegaron por fin a la llanura. Ahora que estaban en el valle, el carro se balanceaba reposadamente. El futuro espía cada vez tenía más sueño. Ya había oscurecido y enfriado, cuando su padre le preguntó el camino a un hombre de acento extraño. Al ponerse de nuevo en marcha, Koviljo se dio cuenta de que el murmullo en sus oídos no lo provocaba el cansancio, sino que debía de ser el agua.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó.

—Enseguida, cariño. Sigue durmiendo.

—¿Eso es el mar?

—Sí, lo es. Cuando se levanten las nubes, podrás ver la luna reflejada en él.

La carretera era estrecha y recorría sinuosa el borde de la bahía. Pasaron por pequeñas poblaciones, junto a casas de piedra en las que solo había unas pocas ventanas iluminadas. Vlad giró a la derecha por una calle que parecía conducir a una localidad algo mayor, o al menos las casas eran más macizas, e incluso había tres farolas. Su propósito era un misterio para Koviljo y, para variar, tuvo que darle la razón a su padre que, al contrario que su entusiasmada esposa, se limitó a murmurar algo sobre dinero derrochado.

—Exactamente como lo describió en la carta —dijo su madre cuando se detuvieron. Koviljo la observó bajarse del carro, quitarse el pañuelo de la cabeza, soltarse los nudos, desenredarse el pelo negro con las yemas de los dedos hasta que le cayó sobre los hombros como una cascada y sacudirse la falda antes de acercarse al portón que le llegaba al pecho, tras el que se alzaba una majestuosa casa de tres pisos. Delante del edificio se extendía una alargada zona de entrada, en cuyo centro chapoteaba una pequeña fuente. A derecha e izquierda de la plaza empedrada, en la que cabían hasta tres coches de caballos, había palmeras y adelfas en flor.

—Quédate sentado —dijo Vlad, que tampoco hizo amago alguno de

bajarse del vehículo. Como si en cualquier momento fueran a dar media vuelta y regresar. La madre tiró de un cordón conectado a un timbre. Se oyó un sonido sordo, como el de una campana de iglesia llamando a la oración. No hubo movimiento. Seguramente no había nadie en casa, quizá llegaban demasiado tarde. La madre llamó varias veces. Koviljo esperaba que se volviera hacia ellos y les comunicara qué harían a continuación. Desde que habían emprendido el viaje, su madre se había hecho con el mando. Le había indicado el camino al padre, le había ordenado cuándo detenerse y cuándo dar de beber al mulo, y le había aconsejado sobre la velocidad que debía tomar en las curvas, a pesar de que Vlad era cochero de profesión. Y lo que aún había asombrado más a Koviljo: Vlad lo había tolerado sin enfadarse ni una sola vez.

La madre no se volvió, sino que siguió llamando, no miró a izquierda ni a derecha, clavó los ojos en la puerta de entrada, como si así pudiera abrirla.

Cuando el joven espía ya se estaba preguntando si pasarían la noche al raso, y cuánto riesgo había de que el mar creciera por la noche y se los tragara mientras dormían, la puerta de la casa se abrió, y un hombre salió con un farol eléctrico en la mano. El hombre del cabello rojo encendido de las historias de su madre.

—¡Ana! —exclamó—. ¡Qué alegría! —añadió con un acento extraño. La madre de Koviljo soltó una risita como de niña pequeña. El hombre abrió el portón y la abrazó. Al joven espía eso no le gustó nada. Ni siquiera Vlad abrazaba a su madre, solo él. Koviljo oyó que en la parte delantera del carro una botella de aguardiente borboteaba.

Koviljo ya había visto a más personas con el pelo rojo, pero el cabello de aquel hombre era especialmente impresionante. Le recordaba a tomates maduros, a las brasas del hogar, a la ropa de las mujeres a las que su madre le prohibía mirar en Nikšić: según decía, ese rojo solo lo llevaban las indecentes consagradas al diablo. Y, por lo visto, también aquel hombre singular. Al verlo junto a su madre, tan alta como él, Koviljo se dio cuenta de que el hombre era de estatura excepcionalmente corta comparado con Vlad, como un joven que todavía no había dado el estirón. Sin embargo, resultaba imponente, lo que no parecía deberse a su constitución, sino a su vestimenta y a su actitud.

—Koviljo, ¿vienes, por favor? —lo llamó su madre. Se bajó del carro, Vlad miraba hacia el mar con indiferencia y se bebía el licor como si todo aquello no tuviera nada que ver con él.

—Y este es Koviljo, mi hijo —dijo la madre apoyándole la mano en el hombro. El hombre olía como si alguien hubiera puesto una caja de cartón sobre el suelo húmedo del bosque y la hubiera dejado pudrirse.

—Hola, soy Koviljo Markovic, hijo de Vladimir Markovic y Ana —dijo, y extendió cortés la mano, tal como le habían enseñado en el colegio. Normalmente las personas mayores se la tomaban, la estrechaban y elogiaban su rostro, su estatura o sus dientes. Sin embargo, ese señor permaneció en silencio, lo miró de arriba abajo con los labios apretados, y a continuación le puso la mano en la cabeza y le manoseó el pelo.

—Sí, ya se ve que eres el hijo de Vladimir Markovic —dijo en voz baja, como si hablara consigo mismo—. Estos rizos negro azabache solo los tienen los hombres de las montañas. Y qué alto eres. Como tu padre. ¡Buen trabajo, Vlad! —exclamó el hombre en dirección al carro. El padre guardó silencio, la botella de licor borboteaba. Como Vlad no hacía amago alguno de reaccionar, el señor se volvió de nuevo hacia Koviljo encogiéndose de hombros.

—Vlad nunca ha sido muy parlanchín. Y al fin y al cabo es una de las más famosas cualidades de los hombres montenegrinos, que no cambian nunca. ¿Verdad, Ana?

Su madre se mostró de acuerdo con un susurro.

—Koviljo, como todavía no eres un hombre, sino un muchacho, todavía podrías cambiar, ¿no crees?

Koviljo dirigió una mirada interrogante a su madre, que le indicó que asintiera con la cabeza.

Así que asintió.

—Magnífico. —El hombre carraspeó—. Como seguramente ya sepas, provengo del ducado de Carniola, hoy conocida como la República de Eslovenia.

—¡La madre del camarada Tito también es de Eslovenia! —exclamó Koviljo emocionado.

—Sí, Tito y yo crecimos a menos de cincuenta kilómetros el uno del otro —respondió el hombre. Y entonces el joven espía se dio cuenta de por qué le resultaba tan familiar el extraño acento del hombre pelirrojo. Cuando el presidente Tito se dirigía a la población, hablaba con un acento similar. Koviljo lo había escuchado durante horas en el aparato de radio de su antiguo vecino. El hombre prosiguió—: A diferencia de Josip Broz, en casa solo hablo alemán, la lengua universal de los viejos y buenos tiempos. Eso significa que tú también tendrás que aprenderlo. No es difícil, tu madre solo

tardó ocho meses en hablarlo de forma aceptable. ¿Verdad, Ana?

Koviljo no sabía que su madre dominaba otro idioma.

—Además, creo que en vista del rumbo político que está tomando tu apreciado camarada Tito, un amplio repertorio de lenguas extranjeras te será de gran utilidad. ¿Estás de acuerdo?

Koviljo no tenía ni idea de a qué se refería el hombre. Eso también le pasaba a menudo en la escuela de los monjes, por lo que había aprendido simplemente a asentir a ese tipo de preguntas. Los hombres que las hacían no querían que los contradijeran. Lo que sí había entendido era que a su camarada Tito le parecería bien que aprendiera alemán. Y a partir de ese momento, el futuro espía maestro decidió que aprendería alemán más rápido que cualquier otro camarada al servicio del camarada supremo.

—Koviljo me resulta demasiado yugoslavo. A partir de ahora te llamarás Wilhelm, Willi para abreviar. ¿De acuerdo, Willi?

Koviljo miró a su madre. ¿No estaba yendo demasiado lejos? Seguro que Tito no lo habría dispuesto así.

—Willi, el señor te ha preguntado algo —se limitó a decir ella.

Koviljo asintió.

—Muy bien. Entonces repite lo que yo digo. *Ich heiße Willi.*

—*Ich heiße Willi.*

—Excelente, tienes una pronunciación magnífica. En fin, bienvenido a tu nuevo hogar.

El señor Rudolph, así se llamaba, recorrió con torpeza su propia vivienda como si él también estuviera allí por primera vez, y les asignó el piso inferior.

—Lo sé, no es especialmente confortable y es algo es-trecho, pero al menos las ventanas no dejan pasar el aire —dijo. Koviljo se preguntó si el hombre pelirrojo tenía algún problema en la vista: ese piso era tres veces más grande que su antiguo hogar. Koviljo no conocía a nadie que tuviera una casa tan grande. Del patio se llegaba a un cuartucho en el que se guardaban herramientas, ropa de tela encerada, lámparas, cubos y escobas en completo desorden. A la derecha, una puerta conducía al lavadero, donde su madre lavaría la ropa en una gran pila de piedra y la colgaría en las cuerdas que iban de un lado a otro del cuarto para que se secara. ¡Qué desperdicio de espacio, colgar la colada en una estancia cerrada y habitable! A la izquierda, un pasillo conducía a lo que se llamaba la cochera, un cuarto con una pequeña puerta

hacia el exterior donde el cochero esperaba cuando no se lo necesitaba, tal como les explicó el señor Rudolph.

—Eso lo convierte en el cuarto de Vlad —dijo el señor Rudolph—. En caso de que tenga pensado ser de utilidad. Y si no toca la botella al menos hasta que oscurezca.

Por otra puerta se llegaba a la cocina, en la que había una mesa para seis personas. Y entonces la madre chilló como una colegiala.

—¡Un fogón de gas!

El señor de la casa se echó a reír y se balanceó hacia delante y hacia atrás.

—Este se usa más bien para calentar. La cocina grande está arriba. Allí tienes cuatro fogones. Me han dicho que cada uno tiene una llama de distinto tamaño, pero ya sabes que no entiendo mucho de eso. —Rio alegre. Koviljo observó que el señor del cabello rojo apoyaba la mano en el brazo de su madre. Koviljo había apoyado la mano en el brazo de una niña muchas veces si lloraba cuando jugaban a la pelota. También había apoyado la mano en el brazo de un amigo en incontables ocasiones cuando contaba algún secreto. Apoyar la mano en el brazo de alguien no era nada malo, y sin embargo, esa mano extraña sobre aquel brazo tan familiar no le gustó.

—Querida Ana, sé que eres modesta, pero dime si necesitas cualquier cosa que no haya en la casa. No quiero que te falte de nada.

Por suerte, el señor se despidió indicando lo tarde que era antes de poder mostrarles las otras habitaciones, un dormitorio grande y un cuartito anexo más pequeño. Koviljo se alegraba, no sabía por qué, pero no quería que ese extraño entrara allí de ningún modo. Aunque todo lo que veía le perteneciera a él, los platos de los que comerían y las camas en las que dormirían, ahora ese era el sitio de su familia, que ocuparían él, su madre y su padre. A pesar de que Vlad seguía como una estatua en el pescante y bebía mirando la oscuridad de la bahía.

También siguió bebiendo impasible cuando Koviljo y su madre comenzaron a descargar el carro.

—¿No vas a ayudarnos? —preguntó la madre. Vlad la ignoró.

De todos modos, no había mucho que mover, y después de cuatro viajes, el nuevo hogar estuvo preparado.

—Es hora de ir a la cama, angelito —dijo su madre. Cuando estaba a punto de ir al cuarto pequeño, ella lo sujetó del cuello.

—Primero tienes que lavarte.

—Pero si hoy no he jugado en el barro.

—Ahora estamos en la ciudad. Los niños de ciudad se lavan a fondo antes de ir a la cama para que las sábanas se mantengan limpias. Ya no duermes sobre la paja.

—¿Todos los días?

—¿Prefieres dormir sobre la paja?

—Pero es que fuera hace mucho frío y seguro que el agua del pozo está helada.

—Ay, cariño —se sonrió su madre.

Koviljo la siguió y se quedó petrificado: ¿dónde estaba él cuando el hombre pelirrojo les había conducido a esa estancia completamente azulejada, o es que no se la había enseñado? Pero entonces, ¿por qué sabía su madre que existía?

—Bueno, mi chico, a la bañera —dijo. Koviljo se quedó asombrado: del grifo salía agua caliente. Aunque ellos solo tuvieran un pozo, Koviljo conocía el sistema de canalización, el colegio contaba con uno y en Nikšić también lo había. Sin embargo, solo en una ocasión había visto que el agua pudiera salir caliente: fue en un restaurante donde las mesas estaban cubiertas con manteles de lino blanco y los camareros llevaban corbata. Uno de los camareros salió del restaurante de espaldas, chocó con Koviljo y lo manchó de vino tinto, así que le permitió limpiarse en el baño del establecimiento.

Y ahora estaba sentado en una bañera de cerámica blanca y se divertía como loco cambiando la temperatura del agua con los grifos derecho e izquierdo, hasta que la madre regresó y le riñó por despilfarrar el agua del señor Rudolph. ¡Cómo iban a tener que preocuparse del agua junto al mar!

La madre lo llevó a la cama, le preguntó dos veces si quería un vaso de agua o si tenía frío. Koviljo dijo que no y le deseó buenas noches. Su madre se resistía a levantarse, seguía las vetas de la estructura de la cama con el dedo índice.

—Ahora tienes una cama de verdad, para chicos mayores —dijo—. Por las noches no podré meterme cuando tengas pesadillas.

Hacía años que Koviljo ya no tenía pesadillas, pero guardó silencio.

—¿Te las arreglarás? —le preguntó.

Koviljo asintió.

—¿Te las arreglarás tú? —le preguntó él a ella.

La madre apartó la mirada. El cuarto estaba en silencio, solo se oía el suave murmullo del mar.

—Creo que estaremos muy bien aquí —dijo. Koviljo le sonrió, se puso de

costado y empezó a adormilarse incluso antes de que ella apagara la luz. No se dio cuenta de que su madre permaneció otro cuarto de hora junto al marco de la puerta contemplando a su hijo dormido.

Las intensas franjas de luz que atravesaban las persianas de madera no solo indicaban que era de día, sino también que este ya estaba muy avanzado. Koviljo se estiró, hundió la espalda en la suave cama y, a continuación, se levantó algo desorientado. Abrió las contraventanas y vio palmeras tan altas como torres de iglesia. Aguzó el oído y, efectivamente, oyó el mar.

Se puso rápidamente el pantalón y la camisa que su madre le había dejado en una silla a los pies de la cama. El dormitorio de sus padres estaba vacío, la cama hecha, y si no hubiera visto los pantalones de viaje de Vlad, nada habría indicado que sus padres habían dormido allí.

Koviljo no los encontró ni en la cocina ni en el lavadero, tampoco en la cochera o fuera, en el jardín. Sí constató sorprendido que la temperatura era muy agradable, casi hacía calor. El verano en las Montañas Blancas nunca era abrasador, sobre todo si la noche había sido fría, como ese día. Le costó un poco abrir el portón. Justo enfrente, al otro lado de la calle medio pavimentada, detrás de los amarres de los botes pesqueros, estaba el mar. Y resplandecía, centelleaba, se mecía suavemente.

Koviljo entendió por primera vez por qué su región se llamaba las Montañas Blancas y que, sin embargo, estas solo eran parte del país de Montenegro. Hasta donde alcanzaba la vista, el mar rodeaba las montañas que caían en picado hacia el agua, tan pobladas de árboles que desde allí abajo, e incluso bajo el sol radiante, efectivamente parecían negras como la noche.

Se sentó en el pretil, lanzó piedras al agua, observó las gaviotas que volaban en círculos sobre los botes pesqueros, observó a los pescadores recoger las redes, observó a los niños del pueblo saltar del embarcadero al agua y nadar. Admiró la animada actividad, el chapoteo, el buceo, y entonces se propuso aprender a nadar él también para cuando acabara el verano. Todavía no sabía quién le enseñaría, pero en ese momento le dio igual; le atraía demasiado la idea de coger carrerilla para saltar a las olas, sumergirse y emerger en otro sitio distinto, como una trucha a la caza de una mosca.

Koviljo habría podido quedarse mirando a aquellos niños para siempre. Pero el estómago le rugía tan fuerte que miró abochornado a su alrededor

para comprobar si alguien le oía. Volvió corriendo a la casa, pero no encontró a nadie. Registró la cocina —armarios, cajones e incluso la cesta sin recoger en la que habían traído las copas envueltas en papel— y no encontró nada comestible.

Se armó de valor, rodeó la casa y subió los peldaños de piedra que conducían a las estancias del señor Rudolph. Puede que él supiera dónde estaba su madre. O quizá le diera una rebanada de pan.

Entró con cautela.

—¿Hola?

Koviljo jamás había entrado en una casa tan majestuosa. Los suelos estaban cubiertos de baldosas de colores. Las paredes, revestidas con magnífico papel pintado rojo que parecía de terciopelo. Del techo colgaba una pesada lámpara de araña. Koviljo intentó contar las bombillas, pero en la escuela todavía no había llegado tan lejos.

—¿Hola? —preguntó de nuevo. No le respondió ni siquiera el eco; la enorme sala estaba demasiado llena de imágenes de osos, tanto pintados como fotografiados, mapas, y en una esquina incluso había un oso disecado sobre las patas traseras que parecía observarlo con mirada curiosa. Sin embargo, debía de haber alguien allí, porque todas las lámparas estaban encendidas, a pesar de que el sol relucía y aquella estancia tenía ventanas más que suficientes. Koviljo apoyó la mano en un interruptor, lo apretó y vio que la lámpara de araña se apagaba. Había tanta luz que apenas se notaba la diferencia. Quizá el señor Rudolph simplemente se había olvidado de apagar las luces esa mañana. Koviljo avanzó con cuidado de habitación en habitación y fue apagando todas las lámparas. Enseguida había entendido cómo se desconectaban las luces del techo y de las paredes. Cada lámpara de pie o de mesa le presentaba un nuevo reto. Después de examinarla durante largo rato, descubrió que en una de ellas había que tirar de un cordel; en otra, el interruptor estaba tan escondido que al principio pensó que era un tornillo. Avanzó satisfecho de estancia en estancia. El día anterior, el señor Rudolph había mencionado en dos ocasiones que su padre debía colaborar. Koviljo no estaba seguro de que eso sucediera. Así que él estaba dispuesto a ser de aún más ayuda. Contra todo pronóstico, el sitio le gustaba. Le gustaba su cama, el agua caliente, quería aprender a nadar, y haría todo lo que estuviera en su mano para que se quedaran allí.

—¿Qué estás haciendo?

Koviljo se asustó y se dio la vuelta. En el marco de la puerta había una

chica algo mayor que él. Llevaba un vestido de verano rosa, una chaqueta de punto y el pelo rojo recogido en una coleta con un lazo verde esmeralda.

—Hola —dijo él.

—Te he preguntado qué estás haciendo —repitió ella.

—Ayudar —contestó Koviljo.

—¿Cómo? —preguntó cruzándose de brazos.

—El señor Rudolph se ha olvidado de apagar las lámparas.

—¿Por qué piensas eso?

—El sol brilla. Hay muchas ventanas. El día es muy luminoso. No se necesitan lámparas. —Koviljo se enfadó consigo mismo por balbucear. Estaba describiendo hechos evidentes, ¿por qué tartamudeaba?

La chica fue de lámpara en lámpara encendiéndolas de nuevo.

—Yo necesito luz.

—¿Por qué?

—Porque me gusta la claridad. Por eso. Necesito luz para dibujar y para leer. ¿Sabes leer siquiera?

—¡Era el mejor de mi clase en lectura!

—Está bien, pues lee en alto —dijo ella, y le tendió el libro que llevaba bajo el brazo izquierdo.

Koviljo lo abrió. Tuvo un mal presentimiento. Conocía aquellas letras de los letreros de Nikšić, eran los caracteres que también se utilizaban en la República de Croacia; solo que él no los dominaba.

—No sé leer escritura latina.

—Así que no sabes leer.

Koviljo bajó la mirada. Era un golpe bajo, se le daba muy bien leer.

La chica siguió avanzando de lámpara en lámpara. En una fracción del tiempo que le había llevado a él apagarlas, ya las había encendido todas. Se quedó inmóvil sin saber qué hacer y la observó.

—Eres el hijo de Ana, ¿no? —preguntó ella.

—Sí, ese soy yo —Koviljo titubeó—, soy Koviljo Markovic, hijo de Vladimir Markovic y de Ana. ¿Y tú?

La chica lo escudriñó con la mirada sin disimulo. Tenía la piel tan blanca que debajo se traslucían algunas venitas azuladas.

—Mi padre dice que te llamas Willi.

—Sí, eso también. En cierto modo.

Se miraron durante medio minuto.

—¿Me devuelves mi libro?

Koviljo se dio cuenta de que se aferraba al libro como a un salvavidas y se lo tendió abochornado.

—Gracias. —Hizo una pausa, y después dijo—: Soy Fanny.

—¿Fanny?

—Fanny.

¿Por qué no decía quiénes eran sus padres? ¿Nadie le había enseñado a presentarse correctamente?

—¿Vives aquí?

—Pues claro.

—¿Estás emparentada con el señor Rudolph?

—Como si no fuera evidente —dijo, y se señaló la cabellera roja.

—¿Dónde está tu madre?

—¿Es que no lo sabes? —contestó en tono de burla.

Koviljo decidió dejar correr el asunto; tenía la ligera sospecha de que solo metería la pata. Prefería pasar hambre abajo hasta que su madre regresara.

—Disculpa que haya apagado las lámparas —dijo, y se volvió para marcharse.

—¡Espera! —exclamó.

Koviljo se detuvo y dio media vuelta. Ella pareció reflexionar, y entonces dijo:

—Ana es listísima. Cuando era pequeña, resolvía todos los crucigramas que mi padre no conseguía terminar. —Koviljo guardó silencio. La chica añadió—: Al parecer no eres como tu madre.

—¿Acabas de llamarme tonto? —preguntó, tan sorprendido como molesto. ¿Qué podía hacer él si en su escuela se enseñaba otra escritura? Fanny se encogió de hombros. Así que él se volvió de nuevo para marcharse.

—Puede que no sea tan listo como mi madre. ¡Pero tú eres mala! —dijo por encima del hombro.

—No lo decía en ese sentido —gritó Fanny a su espalda cuando él ya había abierto la puerta y había puesto el pie al otro lado de umbral—. Lo siento.

Koviljo se detuvo y se volvió. Ahora sí que se sentía estúpido, no entendía por qué se comportaba así.

—Es solo que es raro que estés aquí —explicó atropellada.

—¿Quieres que me vaya?

—¿Te irás para siempre?

—No creo. Me quedaré mientras se quede mi mamá.

—Te refieres a Ana.

—Sí, mi mamá.

Fanny se dejó caer en la butaca. De pronto ya no parecía tan lista y sabihonda, sino por fin una niña de verdad. A Koviljo le gustaban más las niñas que los niños. No se pegaban entre ellas, hablaban más. Soñaban y sabían contar historias entretenidas. Fanny se tironeó del vestido.

—Durante un tiempo, tu madre fue como una madre para mí.

Eso era nuevo para Koviljo. Su madre le había contado que había trabajado para el señor Rudolph antes de que él naciera, pero en ningún momento había mencionado la existencia de Fanny.

—Ana estuvo con nosotros desde que tengo uso de razón —dijo—. Y entonces mi madre murió. Mi padre estaba tan triste que no fue capaz de hablar durante mucho tiempo. Pero estaba Ana. Todas las noches se sentaba a mi lado hasta que me quedaba dormida. —Desde que Koviljo recordaba, su madre se había sentado en la cama junto a él—. Y entonces llegaste tú. Cuando Ana te sintió en el vientre, dejó de trabajar para nosotros. La eché de menos.

Koviljo no sabía qué decir. Le daba pena. Aunque él no pudiera haber hecho nada para remediarlo.

—Por mí, se podría haber quedado. Por las noches se podría haber sentado junto a los dos. Primero a tu lado y después al mío. ¡De todas formas me gusta irme tarde a dormir!

Fanny volvió a encogerse de hombros. Pero entonces extendió la mano.

—¡Podemos ser amigos si quieres!

Koviljo quiso estrecharle la mano, pero ella la retiró un poco y la dejó justo fuera de su alcance.

—Pero tienes que prometerme una cosa —dijo—. Si quieres ser mi amigo, tienes que prometerme que no te irás de repente.

Koviljo se acercó para tomarle la mano.

—¡Prometido! Palabra de honor de espía maestro.

—No será de honor hasta que no la sellemos con sangre.

Koviljo titubeó.

—¿Con sangre?

—¡Tu sangre!

—¿Por qué?

Fanny puso los ojos en blanco.

—¿Nunca has visto una película de indios?

—¿Una película de indios?

—Sí, *Flecha rota*, por ejemplo.

Koviljo negó con la cabeza. Sabía lo que eran las películas. En la escuela hablaban a menudo sobre ellas. Los días de mercado en la ciudad, miraba fijamente los carteles como si pudiera hacer que cobraran vida.

—Nunca he visto una película —reconoció.

Temió que Fanny se riera de él, así que se sintió aún más agradecido al ver que no lo hacía.

—Vaya —dijo ella—. Eso hay que arreglarlo. Pero primero tenemos que convertirnos en hermanos de sangre.

Fanny lo arrastró a la cocina, y mientras Koviljo admiraba el enorme fogón, sacó un cuchillo del cajón y le deslizó la hoja por la palma de la mano derecha, tan rápido que él no lo vio venir.

—¡Au! ¿Te has vuelto loca?

La sangre le brotó del pulpejo. Fanny agarró la hoja con el puño y empujó con el mango. Cuando ella también empezó a sangrar, puso su palma de la mano sobre la de él y las apretó juntas. Eso no podía ser sano.

—Es un rito indio. Significa que a partir de ahora siempre nos ayudaremos mutuamente, ¿de acuerdo?

Fanny apretó aún más una herida contra otra.

La madre de Koviljo siempre decía que todo lo bueno requiere sacrificios.

—Ha dolido más de lo que pensaba —dijo ella cuando por fin soltó las manos y se secó los ojos—. Ven, tenemos que lavarnos los cortes y vendarlos. Después buscaremos algo de comer y veremos la primera película de tu vida. Son aburridas. Solo tenemos películas de osos. Pero igual te gustan.

Con la mano precariamente vendada, Koviljo sostuvo la bandeja que Fanny llenaba en la cocina con todo tipo de delicias que le hacían la boca agua. Gofres rellenos de chocolate, higos, melocotones, miel, yogur, frutos secos, un taco de queso, galletas y pasas.

—¿Quieres algo más? —preguntó.

Koviljo negó con la cabeza.

—En el estudio debemos tener cuidado de no ensuciar nada —dijo Fanny, que se le adelantó con dos vasos de yogur líquido. Koviljo la siguió poniendo un pie delante del otro con cuidado, hasta una estrecha escalera que conducía

al tercer piso.

Los peldaños eran simples tablones de madera, a Koviljo le recordaron un poco a una escalera de gallinero. Una vez arriba, se preguntó cómo habrían subido esos enormes muebles por esa escalerita. Para empezar estaban las estanterías de libros, que cubrían todas las paredes excepto la norte. Incluso las ventanas, cerradas con contraventanas de madera, estaban rodeadas por estanterías. ¿Habría leído el señor Rudolph todos esos libros? Ni siquiera el monasterio de allí arriba, en las Montañas Blancas, tenía una biblioteca tan grande. Por la estancia había repartidos cuatro osos disecados en distintas posturas y tres esqueletos del mismo animal. En el lado sur había un escritorio al que habrían podido sentarse una docena de comensales; el tablero no se veía porque estaba oculto bajo torres de libros abiertos, papeles desordenados y todo tipo de objetos que Koviljo no tenía ni idea de qué eran. Fanny le cogió la bandeja de las manos y la dejó encima de una mesita junto a un tresillo rojo.

—Cierra la boca, te van a entrar bichos.

—¿Qué hace aquí tu padre? —preguntó Koviljo, aunque al echar un vistazo a los esqueletos y al estante lleno de frascos con algo que parecían excrementos, no estuvo seguro de querer conocer la respuesta.

—Mi padre es psicólogo animal. Investiga por qué los animales se comportan a veces de una manera y otras, de otra. En realidad solo investiga osos. A veces también animales de los que se alimentan los osos. Pero solo para averiguar por qué los osos se los comen.

—¿Y para qué?

Fanny se encogió de hombros.

—Creo que le gustan los osos. Dice que son majestuosos. A mi padre a veces le pone triste que ya no haya emperador. Siempre está contando historias de antes. Lo maravilloso que era que el emperador hiciera esto o aquello. Dice que antes el mundo era mejor. Creo que los osos le recuerdan a ese mundo. Quiere protegerlos para que no se extingan en Europa. Y dice que para protegerlos, hay que investigarlos. Escribe libros sobre osos, artículos de periódico y muchas cartas a gente importante en las que les explica que los osos no representan ningún peligro mientras se los deje en paz. Por eso intenta crear una zona protegida en las montañas.

Koviljo observó los osos disecados.

—Si tu padre no quiere que se cacen osos, ¿por qué hay animales muertos por todas partes?

—Estos los mataron otras personas hace ya muchos años, mi padre los compró. Por favor, no le digas a nadie que te lo he contado, pero mi padre les ha puesto nombre. Y cuando cree que está solo, habla con ellos.

Koviljo negó con la cabeza incrédulo.

Fanny lo miró.

—Ya sé que parece una locura. Creo que mi padre está un poco loco a veces. Ya tiene sesenta años, ¿lo sabías?

—Mi abuela tenía sesenta años —dijo Koviljo.

—Lo sé —dijo Fanny—. Los abuelos y las abuelas de todos los demás niños son más jóvenes que mi papá. ¿Quieres ver una película de todas formas?

Koviljo asintió y se sentó en el tresillo rojo mientras Fanny encendía las lámparas y cerraba las cortinas.

—Se ve mejor cuando todo está a oscuras, pero a mí no me gusta la oscuridad —dijo como ausente mientras toqueteaba una máquina colocada detrás del tresillo. Se trataba de una caja de la que salía una rueda, con un tubo que apuntaba a la única pared blanca de la habitación. A Koviljo le recordó a un arma demasiado incómoda para ser útil en una situación de peligro.

—Papá compró este proyector hace un par de años. A veces se lo lleva a sus viajes, por eso no funciona bien.

La máquina zumbaba como un abejorro encerrado en un frasco. Lanzó un rayo de luz hacia la pared blanca, y entonces salió música de algún lado. Fanny se sentó junto a Koviljo, cogió un puñado de pasas y frutos secos, apoyó las piernas sobre los muslos de él y apareció un bosque en la pared.

Koviljo estaba extasiado.

¡Era como si estuviera en medio de aquellos árboles! Como si él también formara parte de esa expedición que se adentraba cada vez más en el bosque.

Observó. Se maravilló. Estaba cautivado.

Apenas podía apartar la mirada de los hombres que explicaban las huellas, a pesar de no entender la lengua en la que hablaban. De puro asombro, se le cayó un trozo de gofre a medio masticar de la boca. Por suerte, Fanny no se dio cuenta de ese momento embarazoso, se había dormido a los diez minutos apoyada en la esquina del tresillo, con las piernas todavía encima de sus muslos.

Después de una media hora, de pronto se hizo la oscuridad. La máquina ya no emitía ningún sonido e incluso las lámparas se habían apagado. Koviljo

intentó levantar con cuidado las piernas de Fanny para ponerse de pie y abrir una cortina, pero pesaban, al fin y al cabo Fanny le sacaba dos cabezas. Al moverse, ella se despertó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó asustada.

—Se ha ido la luz —respondió Koviljo inquieto.

Ella se arrimó a él.

—Qué oscuro está, ¿dónde está la luz?

Al principio, Koviljo pensó que bromeaba, pero entonces ella le agarró la muñeca más fuerte de lo que nunca se la habían agarrado.

—Tranquila, Fanny, suéltame un momento para que pueda encender la luz.

Fanny lo abrazó con una fuerza que a él le pareció sobrehumana.

—No te vayas, por favor.

—Tienes que soltarme para que pueda encender la luz, será rápido, te lo prometo.

Fanny se echó a llorar y respiraba acelerada.

Su miedo atemorizó a Koviljo. En la escuela una vez había visto a una niña respirar tan rápido que se desmayó.

—A la de tres me sueltas y volveré enseguida, ¿vale?

Fanny se aferró a él con más fuerza.

—Fanny, por favor. ¡Una, dos y tres!

Fanny no lo soltó, pero Koviljo estiró con todas sus fuerzas, Fanny gritó, él tropezó con la bandeja que habían dejado en el suelo, volcó platos, corrió hacia la pared, palpó en busca de las cortinas opacas y las abrió de golpe. Entró algo de luz, abrió la ventana, apartó la contraventana y, por fin, la habitación volvió a estar iluminada.

—¡Fanny, mira, ya ha pasado todo! —dijo Koviljo, y abrió una segunda ventana antes de regresar con ella y abrazarla con torpeza.

Se quedaron un rato así, juntos. La respiración de Fanny se calmó.

Poco después volvió la luz, el proyector volvió a zumbear y el señor Rudolph gritó el nombre de Fanny.

—Tu padre —susurró Koviljo. Fanny seguía agarrada a él. El suelo se había manchado de leche, pasas y yogur.

—Déjame que lo limpie rápidamente —dijo Koviljo, pero entonces el señor Rudolph apareció en la sala. Lo seguía la madre de Koviljo.

—¡Diablos! ¿Qué ha pasado aquí? —exclamó él.

—¡La luz se ha ido de repente! Siento haber pisado la comida, solo quería

abrir las cortinas para Fanny, lo recogeré y lo limpiaré todo —dijo Koviljo enseguida. El señor Rudolph lo ignoró, se acercó a Fanny, la levantó y la abrazó con fuerza.

—No ha pasado nada, solo ha sido un corte de luz —susurró y apretó a su hija contra sí.

—Ven —dijo Ana, y cogió a Koviljo de la mano—. Será mejor que nos vayamos.

Koviljo pasó el resto del día vagando por el jardín con la esperanza de que Fanny bajara, pero la puerta de la casa permaneció cerrada. No se la veía a ella ni a su padre. Ni un solo cabello rojo.

Por la noche se lavó sin que se lo ordenaran. Cuando su madre se sentó al borde de la cama para rezar con él, le dijo:

—¿El señor Rudolph nos echará de aquí?

Su madre sonrió cansada y le acarició la cabeza.

—No. El señor Rudolph sabe que Fanny tiene mucho miedo a la oscuridad y que tú solo querías ayudar. No te preocupes. Fanny es una niña encantadora que ha vivido cosas horribles.

Koviljo se incorporó.

—¿Qué cosas? —preguntó.

—Todavía eres demasiado pequeño.

Koviljo se cruzó de brazos.

—Mamá, dímelo, por favor. Quiero cuidar de Fanny. Pero para eso tengo que saber cómo hacerlo. Le he prometido que seré su amigo para siempre.

Su madre se levantó a cerrar la ventana. Miró largo rato a la oscuridad y después se sentó de nuevo a su lado.

—Cuando yo todavía era joven y acababa de casarme con tu padre, sus padres me enviaron fuera a trabajar. De lunes a viernes vivía en casa del señor Rudolph, arriba, en las Montañas Blancas, a tres horas al norte de nuestra antigua granja. Limpiaba, cuidaba el jardín, lavaba y cosía ropa. Entonces Fanny todavía era muy pequeña. Su madre era austriaca, se llamaba Lotte. Ella fue quien me enseñó alemán, porque nuestro idioma no le gustaba. La señora Lotte era muy buena y divertida. Cuando un vestido ya no le quedaba bien, me lo regalaba. Sin embargo, nunca podía ponerme esos vestidos. Tu abuela vendía en Nikšić todo lo que me daba, pero a mí no me importaba. Me gustaba trabajar en casa del señor Rudolph. Él viajaba mucho.

Yo le hacía compañía a la señora Lotte. Era una buena mujer, siempre me llamaba su amiga.

Koviljo se arrebujó bajo la manta. Era la primera vez que su madre le hablaba de una amiga. Su padre tenía muchos amigos. Bebían con él, jugaban con él a cartas. Su madre pasaba su escaso tiempo libre con las vecinas, pero nunca las había llamado amigas.

—Sabes, a veces sigo reprochándome haber ido a ver a tu padre ese fin de semana y no haberme quedado con Lotte y Fanny. La niña tenía cuatro años y el señor Rudolph estaba en algún lugar del extranjero. Fanny y Lotte estaba solas en la casa. Era primavera, el deshielo ya casi había terminado y había llovido durante días. La casa era una antigua villa turca que algún príncipe jenízaro se había hecho construir en el karst cien años atrás, algo elevada para poder divisar el paisaje. Cuando tu padre vio la villa por primera vez, murmuró que él no querría vivir allí. Estaba tan cerca del karst que ¿qué sucedería si el agua socavaba la piedra y la rompía? Nadie escuchó a tu padre. El señor Rudolph se rio y bromeó diciendo que los hombres montenegrinos veían desgracias por todas partes. Tu padre había crecido en el karst, lo conocía mejor que nadie. Y esa noche se demostraría que había tenido razón. La montaña en cuya ladera se alzaba la casa se rompió, y una inmensa avalancha de piedras y roca cayó sobre la casa y la sepultó. Fue un milagro que Fanny sobreviviera. Tardaron cinco días en sacarla. No tenía nada de comer y tuvo que beber el agua de lluvia que se filtraba hasta el pequeño hueco en el que había quedado atrapada.

Koviljo tragó saliva. Ya podía imaginar la respuesta, pero preguntó de todos modos:

—¿Y la mamá de Fanny?

—Las piernas se le quedaron atrapadas bajo una roca. Aguantó dos días, después murió. El rescate llegó demasiado tarde.

A Koviljo se le había puesto la piel de gallina.

—¿Eso quiere decir que Fanny estuvo sola, a oscuras, junto a su mamá muerta?

Ana apartó la cara. Después de un rato, se volvió hacia él y lo abrazó con fuerza.

—No pienses más en ello. Lo pasado, pasado está.

Su madre salió y apagó la luz. Koviljo reflexionó. Decidió que no decepcionaría a Fanny. Jamás la dejaría sola en la oscuridad. Palabra de honor de hermanos de sangre.

El caballo de carreras cojo y su café (Viena)

Lorenz se paseó una última vez por su piso. Los tablones del parqué con dibujo de espiga que en la reforma había hecho acuchillar y sellar con aceite de calidad, no con barniz común, crujieron bajo las suelas de sus zapatos. Como si la madera también estuviera de luto. Era la primera vez que Lorenz recorría su casa con zapatos. Hasta entonces, por respeto al sensible parqué, había pedido a sus invitados que decidieran si entraban descalzos, con calcetines o zapatillas de casa incluso antes de que cruzaran el umbral.

Cuánto le molestaba eso a Stephi.

¿Habría debido sospechar Lorenz entonces, cuando ella demostró ser incapaz de tomar en consideración el sensible parqué, que tampoco tomaría en consideración sus sentimientos? ¿Que le clavaría un puñal en el corazón como clavaba los tacones en el suelo?

Llamaron al timbre.

Lorenz se dejó caer una última vez sobre la cama.

Llamaron otra vez.

Lorenz pensó en quedarse tumbado y enviarles un mensaje de texto a los inquilinos, que venían directamente del aeropuerto y seguramente habían traído sus inmensas maletas hasta el otro lado de la puerta:

«lo siento, pero por motivos personales al final no puedo dejaros el piso. perdonad, ¡y mucha suerte en la búsqueda! un saludo, Lorenz P.»

Lorenz recobró la compostura. Decidió no estirar el edredón. Aunque tuviera que subalquilar su casa porque ya no podía permitírsela, seguía siendo su casa. Y los inquilinos no debían olvidarlo.

Se arrastró hasta la puerta muy a su pesar y la abrió.

—*Ciao, Lorenzo! Tutto a posto?*

Lorenz había escogido a Gennaro y Maria de entre las numerosas

solicitudes. Él era un cardiócirujano infantil del sur de Italia que venía al Hospital General de Viena para terminar su formación y ella era enfermera infantil. Lorenz estaba seguro de que alguien que se pasaba el día entero cuidando de algo tan pequeño y sensible como un corazón infantil trataría de forma más que prudente sus no menos sensibles muebles.

Con una sonrisa tímida, Maria le entregó una cesta con especialidades del sur de Italia antes de cruzar el umbral.

—*Pancetta, salame, olive* y esto. —Gennaro pellizcó una bolsa de plástico transparente llena de un líquido lechoso. A Lorenz le recordó a un catéter, no tanto por el líquido, sino por el hecho de que, en presencia de médicos, nunca podía evitar pensar en catéteres, olor a desinfectante y esos palitos de madera con los que apretaban la lengua hacia abajo para examinar la faringe, que a Lorenz le daban ganas de tomar un helado y al mismo tiempo le provocaban arcadas.

—¡Y esto es *buffala*! —dijo Gennaro radiante.

—*Conosci?* —preguntó Maria—. ¡*Mozzarella di buffala*, muy fresca, de *nostro* pueblo!

Lorenz contempló los óvalos blancos, algo más grandes que un huevo, que flotaban en el líquido. Eran como los óvulos de aquel horrible vídeo que, desde tercero del instituto, siempre le venía a la cabeza en las situaciones más inoportunas.

—Gracias —dijo abrumado. Sin duda se trataba de una proeza logística haber pasado una bolsa con más de litro y medio de líquido por el control de seguridad y haberla traído intacta hasta Viena. No podían haberla transportado en la maleta, porque la bolsa solo estaba cerrada con una goma.

—Muchas gracias, *Lorenzo*, por *nostro* nuevo hogar —dijo Gennaro en tono jovial, y el estupor de Lorenz dio paso a la indignación.

Gennaro abrió la mano. A Lorenz le habría gustado escupir en aquella mano de médico tan cuidada y seguramente desinfectada, pero en cambio le dio la llave.

Se despidieron apresuradamente, los pequeños italianos hicieron complicadas maniobras para meter sus enormes maletas en el piso, mientras que Lorenz se vio obligado a retorcerse con su propia maleta para pasar junto a ellos. Tres *ciao* después, la puerta se cerró tras él y la llave giró en la cerradura dos veces más de lo necesario.

Lorenz se subió al ascensor. Ni siquiera tuvo que pulsar el botón. El ascensor descendió automáticamente. A dónde iba a ir si no, pensó Lorenz.

Siempre hacia abajo.

Al atravesar el patio interior con la maleta de ruedas, bajó la mirada albergando la esperanza de que ningún vecino viera cómo él, el señor gran actor, abandonaba el campo de batalla con la cabeza gacha y salía a Mondscheingasse, donde su tío Willi había ido a recogerlo en coche, porque estaba tan arruinado que ni siquiera podía permitirse un taxi. Cuando se graduó de la escuela de teatro, casi no daba abasto con los contratos. Entonces se comparaba en broma con un noble caballo de carreras deseado por todos los establos. Ahora se sentía como un penco que salía cojeando de la pista.

Aunque en realidad no debo compararme con un caballo de carreras, pensó Lorenz al salir a la calle y oír el bocinazo del tío Willi, a pesar de que era imposible pasar por alto el Panda rojo. Ya que si fuera un caballo, haría ya mucho que le habrían dado el tiro de gracia y lo habrían convertido en embutido.

—¿Vamos a por un bocadillo de embutido? ¿Para el viaje? —preguntó Willi después de que Lorenz cargara la maleta y se atara el cinturón del asiento del copiloto. El coche se puso en marcha. Willi conducía por principio a veinte kilómetros por debajo de la velocidad límite establecida, de manera que ahora, que iban a diez por hora en lugar de los treinta permitidos, el callejón parecía más largo de lo que era en realidad. Los niños en patinete los adelantaban a izquierda y derecha. A Lorenz le habría gustado suplicarle a Willi que condujera algo más rápido, pero Willi casi había perdido la vida de joven en un accidente de tráfico. Si conducía era porque las tres tías de Lorenz se habían negado a ponerse de nuevo al volante desde el día en que aprobaron el carnet de conducir.

—Vamos por Reinprechtsdorfer Straße. El carnicero de esa calle tiene el mejor embutido de caballo —comentó Willi, frenó bruscamente y detuvo el coche a cinco metros de la señal de stop—. Tienes que indicarme el camino.

Lorenz señaló a la derecha.

—Gracias, tío Willi, pero no tengo hambre.

—Pero Hedi está cocinando en casa. Algo tendrás que comer, si no se ofenderá.

—Un motivo más para no comer un bocadillo ahora.

—¿Por qué?

—Porque tengo que comer lo que prepare Hedi.

—¡Pues eso! Qué importa un poco más.

Willi tenía los hombros encogidos casi hasta las orejas, se aferraba al volante y miraba por el parabrisas con los ojos tan entrecerrados, que las rendijas prácticamente desaparecían bajo sus pobladas cejas. Willi era uno de esos hombres a los que el pelo de la cabeza se les desplazaba hacia el sur con el paso de los años. A medida que el cabello desaparecía, le había brotado una orgullosa pelambreira directamente proporcional sobre los hombros, que Lorenz había descubierto en sus visitas a la piscina. ¡Pero eso no era nada comparado con sus cejas! Los pelos se le disparaban hacia todos lados en tonos entre el gris, el blanco y el negro. A juzgar por la foto de su mesilla, al principio de la veintena, en la época de su grave accidente de tráfico, era un tipo atractivo con cejas finas de curvatura elegante, casi femeninas. A Lorenz le fascinaba y le atemorizaba a partes iguales lo mucho que podía cambiar el pelo con el paso de las décadas.

—No dejes que el hecho de estar sin blanca te arruine el apetito —dijo Willi cuando dejaron atrás Matzleinsdorfer Platz y tomaron Triester Straße en dirección sur—. Necesitas fuerza y energías.

Lorenz se hundió más en el asiento y apoyó la rodilla izquierda en la guantera. Willi carraspeó y tosió con ese sonido ronco y mucoso que solo son capaces de producir los fumadores empedernidos y los hombres mayores.

—El dinero es cuestión de suerte —dijo en ese tono que anunciaba uno de los largos discursos de Willi—: El capitalismo quiere hacernos creer que el dinero se consigue con esfuerzo. Pero no es verdad. Esos banqueros americanos no trabajan ni la mitad que los descuartizadores que trabajan a destajo en la carnicería del señor Ferdinand. Los banqueros americanos son todos multimillonarios, y los descuartizadores viven con el salario mínimo. ¡Porque el dinero es cuestión de suerte! El deporte es lo único que depende ya del esfuerzo. Nada más. Por eso Tito fue el mejor político de todos los tiempos. Porque sabía perfectamente que el capital era cuestión de suerte. El comunismo consiguió que a todos les fuera igual de bien y que se tratara a todos de forma justa.

Lorenz suspiró.

—El dinero me importa una mierda —dijo—. Stephi me ha roto el corazón. No consigo dormir, y mucho menos comer.

—Sabes, en Montenegro hay un dicho: «El diablo acude a quien lo llama». ¡Eres un hombre inteligente, Lorenz! ¿Qué esperabas de una relación

a distancia?

—La felicidad eterna —musitó Lorenz.

Willi lo escudriñó con la mirada. Se desplazaron un rato en silencio. Las casas se hicieron más bajas, de vez en cuando se veía hierba a los lados de la carretera. Willi puso el intermitente y salió de Triester Straße hacia la derecha. Aparcó cuidadosamente en un amplio hueco frente al edificio. Cuando puso el freno de mano, Lorenz abrió la puerta. Su tío no hizo amago alguno de quitarse el cinturón.

—Mira, esas cosas duelen. Pero nadie ha muerto, nadie ha sufrido daños físicos. Stephi no merece que estés triste por ella. Pronto te sentirás mejor —dijo Willi.

—Qué fácil es decirlo —replicó Lorenz, y se bajó.

Mientras sacaba la maleta, se abrieron las cortinas del edificio, sintió las miradas de los vecinos. Cerró el maletero furioso y miró hacia arriba.

—¡Sí, así es, he tocado fondo! ¡Espero que todos os hayáis dado cuenta! —gritó, pero nadie se apartó de la ventana.

—No grites tanto —dijo Willi, y le dio golpecitos en el hombro—. Los vecinos también te oyen si hablas en tono normal.

—¡El águila está en el nido! —exclamó Willi al abrir la puerta.

Los recibió la calidez de una casa habitada llena de gente, y también el olor de la cocina tradicional de los Prischinger: ajo, manteca de cerdo, perejil y comino. Olía a infancia. A seguridad, a todo-saldrá-bien-coge-otro-trozo-de-carne. A pesar de que había visto a sus tías pocos días antes, se abalanzaron sobre él como si hubiera vuelto de la guerra.

—Déjame que te vea —dijo Hedi, y le pellizcó las mejillas.

—Chico, qué delgado estás, tienes que comer —comentó Mirl.

—Para eso tendrías que dejarle llegar a la cocina. Seguro que está hambriento —exclamó Wetti.

—Pues eso estoy diciendo, que tiene mal aspecto —dijo Mirl.

—Qué tontería, con lo guapo que es —replicó Hedi.

—Sí. Pero sin duda tan hambriento como un oso polar después de nadar en el mar durante varios días —insistió Wetti.

—Ese es el aspecto que tienen los jóvenes hoy en día —dijo Hedi.

Las tres lo empujaron hacia la cocina, lo sentaron en el banco esquinero junto a la ventana, Wetti a su derecha, Mirl a su izquierda, Willi le pasó una

lata de cerveza por encima de la mesa sin avisar, y cuando Lorenz la cogió y consiguió abrirla sin que se le saliera la espuma, estuvo a punto de sonreír.

—Gracias, pero de verdad que no tengo hambre —dijo Lorenz otra vez, y dio un trago a la cerveza.

—Es comprensible teniendo en cuenta lo que te ha pasado —dijo Wetti—. Pero enfermar de hambre no hará más que empeorarlo. Ahora necesitas al menos tres mil calorías más al día. La tristeza consume.

—Yo la quería —murmuró Lorenz.

—El amor va y viene —contestó Mirl.

Y como si hubiera oído las palabras de Willi en el coche, Hedi dijo:

—Lorenz, nadie ha muerto, nadie ha sufrido daños físicos. ¡Así que todo se arreglará!

A continuación le sirvió un plato con dos inmensos trozos de cerdo asado al comino.

—¿De verdad es necesario que muera alguien para poder estar triste? —dijo Lorenz en tono más elevado de lo necesario.

—No entiendo la relación —contestó Wetti.

—Estoy realmente mal y vosotros actuáis como si me hubiera torcido el dedo meñique.

—Vete, por favor —dijo Mirl, y bebió un sorbo de su taza de té.

Hedi dijo con dureza:

—Hasta que no pierdas a un ser querido y estés seguro que no regresará, no sabrás lo que es estar mal de verdad.

El tío Willi le dio una palmada en la espalda sin decir nada. Lorenz clavó la mirada en el plato, avergonzado. Sus tías habían perdido a un hermano cuando era jóvenes. «A partir de entonces todo cambió», decía siempre su padre cuando hablaba de su infancia, y en ese momento dejaba de hablar.

Lorenz se puso un trozo de papel de cocina en el regazo y cogió cuchillo y tenedor. Cuando comenzó a cortar la carne, los rostros de sus tías se relajaron. Cuando se llevó a la boca un pedazo de asado al comino con albóndiga de patata y empezó a masticar, le sonrieron felices.

—Gracias por dejarme vivir con vosotros —dijo después de tragar.

—Pues claro —dijo Willi.

—Somos una familia —dijo Hedi—, nadie se queda atrás.

Lorenz durmió mal. Hedi lo había instalado en la habitación infantil de su

prima Nina. Habría preferido pasar la noche en el sofá cama del salón, pero no quiso abusar de la hospitalidad de su familia. La ventaja del cuarto de Nina era naturalmente la privacidad, pero Lorenz creía sentir el aura de Nina por todas partes. Aunque Hedi había retirado los pósters de caballos hacía ya muchos años, Lorenz todavía recordaba los horribles hocicos de los haflinger que tanto lo asustaban de pequeño. Yeguas galopando por praderas verdes, purasangres árabes cuyos ojos saltones irradiaban maldad. Incluso los restos de cinta adhesiva en la pared parecían relinchar agresivos.

Desde la boda con su marido vegano, Nina se mantenía alejada de la familia Prischinger. El año anterior, Nina había quedado a tomar un café con Lorenz y le había preguntado si quería invertir en su tienda online de productos veganos; a Lorenz le había dado un ataque de risa en medio del Café Prückl, a Nina le había entrado la llorera en medio del Café Prückl, y desde entonces Lorenz no la había vuelto a ver. De vez en cuando se pasaba por la tienda online, porque le divertía que realmente hubiera gente que pagara cinco euros por un estropajo solo porque llevara la palabra «vegano», a pesar de que en la droguería vendían exactamente la misma esponja en paquetes de diez por un euro veinte, pero sin la pegatina.

Mientras miraba fijamente el techo del cuarto de Nina, Lorenz oía al tío Willi roncar a través de la pared. Sonaba como el último grito de auxilio de un animal agonizante. Un ruido que conocía muy bien de las vacaciones en Viena de su infancia.

Lorenz seguía despierto en la cama cuando, hacia las dos de la madrugada, la puerta de la casa se abrió. Alguien se deslizó a hurtadillas por el suelo de PVC del recibidor. Lorenz esperó un instante, después se levantó. La luz de la cocina estaba encendida, la puerta de la nevera abierta de par en par, y cuando murmuró con voz adormilada «pero ¿qué hora es?», Wetti lanzó un grito y cerró el frigorífico por impulso. Llevaba zapatos Birkenstock además de una bata color borgoña con tulipanes rosas y rulos en el pelo.

—¡Jesús! Los sustos aumentan el riesgo de infarto de forma dramática — dijo en tono de reproche—. ¿No puedes dormir? Sospecho que la luna creciente nos tiene a todos alterados. Es fascinante la gran influencia que tienen los astros en el organismo humano. Prepararé té con miel. ¿O prefieres leche con miel? A mí la leche me da gases.

—Gracias, tía Wetti, un té está bien —dijo Lorenz, se sentó a la mesa y

esperó a ver si Wetti le explicaba por qué estaba en casa de su hermana en plena noche. Al otro lado de la ventana, el barrio estaba en completo silencio. No se oían coches, ni animales, ni personas, como si Lorenz y Wetti fueran los últimos seres humanos de la tierra.

—La culpa no es solo de la luna. Eso sería mucha influencia para un cuerpo celeste. Solo creo que nos hace más sensibles. La sobreestimulación de los nervios de mis piernas por el síndrome de piernas inquietas me está volviendo loca. Se me han acabado las pastillas, quería ver si a Hedi le quedaban.

Wetti preparó el té y le pasó una taza.

—¿Qué tal está Susi? —preguntó Lorenz por su otra prima.

—Ojalá lo supiera. Creo que en estos momentos está en Jamaica —dijo Wetti, y se apoyó en la encimera.

—¿Por qué no vas a visitarla? —preguntó Lorenz, aunque ya conocía la respuesta. Ninguna de sus tías había volado jamás. El tío Willi siempre decía: puedes sacar a una tía de una fonda solitaria en la región boscosa, pero jamás podrás sacar la fonda de la tía.

—Ay, Lorenz, ¿qué se me ha perdido a mí en Jamaica? A algunas especies es mejor no sacarlas de su hábitat natural. Sobre todo a mi edad.

De pronto Lorenz tuvo una idea. Se levantó y fue al cuarto de Nina a coger su portátil y el USB que había comprado para poder consultar por lo menos el correo electrónico de vez en cuando, porque sus tías no tenían internet. Por si sucedía un milagro y alguien le ofrecía un papel. O por si Stephi le escribía una carta llena de arrepentimiento en la que le suplicaba volver a intentarlo.

Cuando regresó, Wetti miraba absorta su té.

—Es fascinante que un puñado de hierbas secas, desmenuzadas y prensadas todavía desprenda semejante aroma años después con solo regarlas con agua caliente.

—Atenta, tía Wetti, puede que tenga algo mucho más fascinante para ti.

Lorenz se sentó junto a ella y abrió el portátil, que se encendió con un lamento, como si le indignara que lo despertaran a esas horas intempestivas. Se conectó a Skype. Susi había enviado un email colectivo varias semanas antes para avisarles de que ya tenía cuenta de Skype, el usuario era «Susinmiedo». Incluso le había enviado a Lorenz un segundo mensaje para que por favor intentara llamarla algún día desde casa de las tías. Pero Lorenz había estado tan centrado en sus propios problemas últimamente que ni

siquiera había pensado en ello.

Marcó y esperó que tuvieran suerte. Después de la escuela Waldorf, Susi se había marchado a recorrer mundo para averiguar si había algún lugar en la tierra donde se sintiera más a gusto que en Viena. En lugar de los ocho meses iniciales, llevaba quince años de viaje, porque en cualquier sitio del mundo se encontraba más a gusto que en Viena. Lorenz lo entendía perfectamente. A pesar de que Wetti jamás había dicho ni una sola palabra sobre quién era el padre de Susi, el pelo rizado negro con un ligero toque rojizo y su piel color café no dejaban lugar a dudas: su padre era de algún lugar cercano al ecuador. De pequeño, Lorenz estaba enamorado de Susi. Era delgada y muy alta para una chica, a los doce años ya había superado a Wetti. Era tan guay, tan elegante. Sabía andar en monopatín, hacer piruetas en el aire y dar volteretas. Y a pesar de todo, Lorenz recordaba con amargura que en la piscina de Höpferlbäd, a donde el tío Willi los llevaba en verano, siempre había niños que se acercaban a Susi y se burlaban de ella. «No te pongas al sol, que ya estás tostada» le gritaban, aunque Susi era la más valiente al saltar del trampolín de tres metros. Lorenz intentaba defender a Susi, pero después los niños mayores le quitaban el bañador en el agua y se lo escondían. Eso acabó con su valentía caballeresca. Cuando recordaba los veranos en la piscina, Lorenz comprendía que Susi prefiriera estar en cualquier otra parte del mundo antes que en Viena.

Justo en ese instante apareció su rostro en la pantalla. Lorenz la puso en pantalla completa.

Susi parecía estar sentada en un porche, detrás había palmeras, la playa, el mar y una tabla de surf. ¿Por qué no había invertido sus últimos euros en un billete de avión para visitar a Susi y pedirle que le enseñara a vivir?

—¿Susi?! —exclamó Wetti, que de pronto estaba completamente despierta—. ¿Eres tú?

—¿Mamá? —Susi sonaba emocionada. Lorenz giró el portátil hacia Wetti.

—Lorenz, ¿esa es Susi? ¿De dónde has sacado el vídeo?

—Es una videollamada, ¿genial, verdad? Ella también puede oírnos, ¿verdad, Susi?

El vídeo se interrumpió, la conexión era mala.

—Esperad, me va mejor dentro —dijo Susi con voz metálica. Wetti se acercó el ordenador y pegó la oreja a la pantalla.

—¿Susi? ¡Susi!

—Tía Wetti, ahí está la cámara, no creo que Susi quiera verte la cera del

oído —dijo Lorenz, y apartó a su tía del portátil.

La conexión se estabilizó por fin y Lorenz decidió darles algo de privacidad.

—Tía Wetti, simplemente cierra el ordenador cuando acabéis, ¿vale?

Wetti asintió ausente, Lorenz salió de la cocina y volvió a tumbarse en la cama de Nina. Las llamadas de Skype gastaban muchos datos. Seguramente Wetti y Susi le vaciarían el USB esa misma noche, pero decidió que no pasaba nada. Para qué necesitaba él internet. De todos modos, nadie le escribiría. Y a pesar de ello, Lorenz se durmió satisfecho. Había hecho algo bueno. Un punto para él. Quizá el karma se la devolviera pronto.

A la mañana siguiente lo despertó un ruido sordo y repetitivo —como si alguien lanzara un balón medicinal contra la pared— y el olor a panceta muy tostada. Se quedó tumbado un instante en la cama infantil de Nina, los dedos le sobresalían por el borde. Oyó que el vecino tiraba de la cadena, después un bombeo, como si alguna tubería luchara para no ahogarse.

Lorenz sacó las piernas de la cama. El suelo de laminado chirrió, el reloj marcaba las ocho menos cuarto. En los últimos años, solo se había levantado tan temprano cuando tenía que coger un vuelo. Había sido más habitual que se metiera en la cama a esas horas.

Casi chocó con Mirl en el pasillo.

—Buenos días, dormilón —dijo—. Ven a desayunar, ¡hay panceta!

Lorenz se detuvo en el umbral de la cocina, había algo distinto en ella. Se movía diligente de derecha a izquierda, cortaba tomates en cuartos, regresaba junto al fogón y seguía metiendo en la sartén con aceite cintas de beicon de un paquete de ochocientos gramos, les daba la vuelta y apilaba las que estaban listas. Entonces Lorenz cayó en la cuenta: Mirl no estaba peinada. En sus treinta y un años de vida, solo había visto a su tía mayor con moños y recogidos tirantes.

—Tía —dijo con cautela—. ¡Tienes el pelo larguísimo!

Mirl cogió el trozo de papel de cocina que había encima de la panceta para absorber la grasa. Arrancó la mitad que todavía no estaba empapada en aceite y se sonó la nariz.

—Todavía no he tenido tiempo de peinarme —dijo—. He pasado la noche en casa de Wetti.

De todos los miembros de la familia Prischinger, Mirl era la que tenía la

casa más bonita. Se trataba de un piso en un edificio antiguo de Wiedner Hauptstraße, a solo doscientos metros al sur de la Ópera. Puertas de dos hojas, estuco, chimeneas monumentales casi en cada habitación. La vivienda era tan amplia que se habría podido circular en bicicleta por ella si no hubiera estado tan llena de muebles tapizados, mesitas de café, secreteres, estanterías e incontables figuritas que el tío Gottfried había comprado en las últimas décadas.

Sin mirarlo, Mirl añadió:

—Desde el divorcio, a menudo duermo arriba con Wetli. Mi casa es demasiado grande para mí sola. Y hay polvo por todas partes. Ya estoy cerca de los setenta, no doy abasto con la limpieza. Y eso me vuelve loca.

—¿Todo esto es para mí? —preguntó Lorenz incrédulo cuando Mirl puso una montaña de panceta frita en la mesa, donde ya había mantequilla, panecillos, tarta de albaricoques y cremas untables cuyo ingrediente base era sin duda la mayonesa.

—¿Para quién, si no? Willi se ha ido a nadar, Wetli y Hedi han ido al mercado de verduras de Inzersdorf. Deberías comer antes de que vuelvan o atacarán sin piedad, y las dos tienen el colesterol por las nubes —dijo Mirl, y birló un trozo de panceta.

Lorenz no pudo evitar pensar en Christina, la hija de Mirl, su prima mayor. Durante la última celebración familiar, se había explayado a gusto sobre el hecho de que las tres hermanas no hacían suficiente ejercicio y que por eso tenían el colesterol alto. Christina tenía treinta y ocho años, era profesora, y también tenía el colesterol alto. Y la culpa de eso, como la de todo en la vida de Christina que no iba como a Christina le gustaría, la tenían sus padres. Christina había estudiado algo que ahora enseñaba en un instituto. Lorenz nunca conseguía recordar qué era. Lo cierto es que, para él, el mayor talento de Christina no residía en su competencia profesional, sino en su capacidad para quejarse y acalorarse. Durante aquella celebración familiar se había quejado airadamente de que en la familia Prischinger la comida era demasiado grasienta, de que no había aprendido a cocinar de otra manera y de que, aunque intentara seguir una dieta, siempre sentía esa ansia por los alimentos fritos a la que la habían condicionado de niña.

Después de cuarenta minutos, Nina estalló. «Nadie debería comer así — exclamó—. ¡Yo conseguí salir de ese círculo vicioso de carne y grasa, y desde que llevo una vida vegana, me va mucho mejor!». Entonces Willi rugió desde el otro lado de la mesa: «Es imposible que alguien se encuentre mejor

comiendo hierba», a lo que Hedi respondió a gritos que Willi no le gritara a Nina, a lo que el padre de Lorenz gritó que aquello era una celebración familiar y que nadie debía gritar, a lo que Mirl gritó que Sepp nunca se interesaba por la familia y que no empezara ahora, a lo que Christina le gritó a Mirl que no se pusiera así, que al fin y al cabo ella y su cocina eran las responsables de la pelea, a lo que Wetti gritó que no eso eran más que tonterías, porque el ser humano necesitaba grasa para sobrevivir, que, a diferencia de las vacas, no teníamos cuatro estómagos para digerir una alimentación exclusivamente vegetal. Lorenz probó todas las tartas, se bebió dos copas de vino tinto y disfrutó por una vez de no estar en el escenario y tener que entretener a otros, sino de que lo entretuvieran mientras degustaba el postre.

—¡Venga, come algo, chico!

Mirl señaló el surtido que tenía delante.

—Primero necesito un café fuerte. Si puede ser, en vena —dijo Lorenz, y buscó alguna fuente de cafeína. En la mesa de desayuno había una jarra de café de filtro, en el extremo de la encimera en forma de U había una máquina automática que las tías habían pedido por Navidad algunos años antes y que habían ubicado allí, en casa de Hedi. Pocas semanas después ya habían vuelto a su vieja máquina de filtro porque la variedad de funciones de aquel aparato de alta tecnología sobrepasaba su capacidad de concentración. En cambio Lorenz era un apasionado del café expreso. No le gustaba el café de filtro, así que pulsó el botón de encendido de la máquina. Cuando la luz roja parpadeó durante cuatro minutos y cuarenta y ocho segundos sin que el aparato emitiera ningún sonido gutural de los que suelen preceder al café, Lorenz se entristeció.

—Venga ya, karma —suspiró—, ayer fui amable, hice algo bueno. Solo necesito un café.

Lorenz vació el cajón de los posos, rellenó el depósito de agua, reinició la máquina, y cuando esta siguió parpadeando descaradamente en rojo, se dio cuenta de que el karma le estaba tomando el pelo.

—¿Quieres que te prepare un chocolate caliente? —preguntó Mirl.

Lorenz negó abatido con la cabeza.

Mirl salió un momento de la estancia y regresó con una segunda taza de porcelana de Lilien llena hasta el borde.

—Bebe, te sentirás mejor.

Se sentó a su lado y bebió de su propia taza de té.

—Te contaré algo. Gottfried me engañó durante cuatro décadas.

—Sí, pero no con Flo.

—Lorenz, Gottfried me engañaba tan a menudo que necesitaría el resto de mi vida para hacer una lista de mujeres —dijo.

—Flo era mi tutor de gramática cuando estudié latín. Es más bajito que yo, hace doce años ya estaba calvo. Y siempre se mete la camiseta dentro del pantalón, lleva el cinturón a la altura de las costillas. ¿Qué tiene él que no tenga yo? —se desahogó Lorenz a duras penas.

—Ay, chico, bebe de una vez —dijo Mirl, que había recuperado su tono decidido. Lorenz estaba tan perdido que siguió sus instrucciones y le dio un buen trago al té. El líquido no estaba caliente, sino frío, y le quemó la garganta. Tosió.

—¿Qué es esto?

—Ginebra.

—¿Bebes ginebra en taza de té?

—Desde el divorcio, una taza diaria. Desde hace cuatro meses, tres tazas repartidas a lo largo del día.

—¿Y por qué?

—Automedicación contra la tristeza —dijo Mirl, y dio otro sorbo—. Al principio bebía aguardiente, pero me olía el aliento a alcohol. La ginebra se hace con enebro, cilantro y hasta otras ciento veinte hierbas. Deja un olor fresco.

—Suenas como una alcohólica —dijo Lorenz.

—Te contaré una cosa, pero ay de ti si se la cuentas a tu padre. ¿Me lo prometes?

Lorenz asintió.

—Yo también le fui infiel a Gottfried en cierto modo. Desde que Christina tenía quince años, he tenido varios amigos por carta. Siempre quise asegurarme de que eso no pusiera en peligro mi matrimonio. Así que mis amigos por carta siempre tenían otras ataduras.

—¿Hombres casados?

—Algunos de ellos.

—¿Y los que no estaban casados?

Mirl bebió de su ginebra.

—Mis amigos por carta estaban atados durante al menos treinta años o

más a Krems-Stein o a Graz-Karlau.

—¿Te escribías con presidiarios? —Lorenz se atragantó con la ginebra.

—Delincuentes condenados. Esas personas también tienen derecho a que alguien les dedique atención. Eso fomenta la rehabilitación. Incluso la distinguida señora Bräuner y la señora Wittel, a las que conozco del salón de manicura, cuidan de presos solitarios desde hace veinte años. Después del divorcio, mi amigo por carta más antiguo, Johann, condenado a cadena perpetua por asesinar a su esposa (pero créeme, se lo merecía), me habló de un nuevo preso que estaba especialmente triste y necesitaba que lo animaran. El doctor Goldmann.

Mirl cogió su bolso de cocodrilo, que había dejado en el banco, y sacó una petaca. Rellenó las dos tazas antes de que Lorenz pudiera argumentar que no eran ni las nueve de la mañana.

—Sabes, Lorenz, cuando Hedi y Nenerl tenían un año, estuve por primera vez en Viena con mi madre. Fue poco después de la guerra. Mi madre quería consultar a un pediatra de verdad por qué nuestro hermano no lloraba nunca. Eso la preocupaba. Y yo fui la única que pudo acompañarla porque ya era lo bastante fuerte para sujetar a Hedi mientras examinaban a Nenerl. El pediatra quería verlos a los dos, al fin y al cabo eran mellizos. No recuerdo cómo vinimos a Viena, ni qué dijo el médico, solo recuerdo a la esposa del doctor. Estaba sentada en la recepción, nos saludó, me dio chocolate y fue más amable conmigo de lo que había sido nadie en toda mi infancia. Y entonces decidí que yo también quería convertirme en la esposa de un doctor algún día. En lugar de eso me convertí en la esposa de un subsecretario, antes no teníamos tanto donde elegir para casarnos como ahora. Pero después de divorciarme de Gottfried, cuando empecé a cartearme con el doctor Goldmann, se me ocurrió que quizá sí se pudiera empezar de cero. De que no tenía por qué envejecer sola. De que encontraría a alguien que quisiera pasar un par de últimos años bonitos conmigo. Al fin y al cabo, el doctor Goldmann solo tenía que cumplir medio año de condena. O eso me dijo.

Mirl vació la taza de un trago.

—¿Y bien? —preguntó Lorenz impaciente. Ya sabía que Mirl era una apasionada de la correspondencia. Hedi prefería llamar por teléfono, escribir le suponía demasiado esfuerzo. Wetti, por principio, no reconocía la utilidad de la comunicación a través de medios como el teléfono o el correo postal. Pero Mirl enviaba postales repletas cada vez que se iba con Gottfried y Christina de vacaciones, ya fuera a esquiar en invierno o a algún lago

austriaco en verano. En el piso antiguo del cuarto distrito tenía un secreter en el que siempre había papel de cartas y un cargamento de tarjetas de agradecimiento, cumpleaños, boda y pésame. Pero Lorenz jamás la habría creído capaz de tener amistades por carta, e incluso romances, con presidiarios.

—Después de donar todos mis ahorros a su supuesto orfanato en África, resultó que el doctor Goldmann no era ningún doctor, sino un estafador llamado Hans Bauer. Lo denuncié. Ahora tendrá que quedarse más tiempo en prisión. Pero mi dinero ha desaparecido de todos modos, y también he perdido las ganas de escribir.

Lorenz le tomó la mano. Estaba áspera por los productos de limpieza.

—En fin, eso nos pasa por ser unos románticos —dijo Mirl con sequedad, y le acarició la mejilla—. Nos engañamos a nosotros mismos hasta que al final nos caemos de morros.

Hombres, mujeres, osos y otros animales (1968)

—¡Por favor, Willi, por favor!

Willi salió rodando de debajo del todoterreno. Estaba tumbado de espaldas, tenía la cara sucia y llevaba una de las camisas amarillentas y apolilladas de Rudolph, algo por lo que este normalmente lo habría reprendido si no fuera porque era él quien le estaba pidiendo algo a Willi. Rudolph opinaba que un hombre siempre debía ir bien vestido. Incluso para tumbarse en el suelo y observar osos con los prismáticos. Pero también era cierto que Rudolph había nacido en un castillo de Carniola y cada año lloraba un poco más la caída del Imperio. Hacía dos años que el 18 de agosto, fecha de nacimiento del último gran emperador, izaba a escondidas detrás de la casa una bandera con el águila bicéfala.

—Rudolph, estamos a finales de mayo, no hay nieve ni hielo a la vista. ¡Y tampoco lloverá!

—Eso no se sabe nunca. ¡Arriba en las montañas siempre existe la posibilidad de lluvia!

Willi se sentó erguido y se secó el sudor de la frente.

—Te pagaré el triple de lo que te paga el señor Puljarevic —presionó Rudolph.

—No se trata de dinero, ¡y lo sabes!

—Fantástico, ¡entonces también puedes llevarme vestido así!

Willi se puso de pie. Le crujieron las rodillas.

—No, irás tú solo. No quiero que te conviertas en uno de esos viejos seniles que pierden toda su independencia. Al menos mientras Fanny siga estudiando en el extranjero.

—Willi, soy demasiado mayor. Estropearé el coche. Y se trata de una cita importante.

Rudolph gesticulaba con fuerza. Normalmente hablaba con las manos cruzadas detrás de la espalda, como mucho se balanceaba hacia delante y

hacia atrás sobre sus pies cuando estaba muy alterado.

Willi volvió a deslizarse bajo el vehículo levantado sobre tacos, palpó a tientas en busca de la correa rota, volvió a emerger y la sacudió delante de Rudolph.

—Se ha partido la correa. Es un achaque normal para un coche con tantos kilómetros a sus espaldas. Habría pasado lo mismo si lo hubiera conducido yo. Así que no has tenido nada que ver.

Rudolph lo miró furioso. A continuación se dirigió a la escalera.

—Si provoco un accidente, la culpa será toda tuya —dijo por encima del hombro.

—No conduzcas más rápido que tu ángel de la guarda. Así no te pasará nada —contestó Willi. Rudolph ascendió pesadamente los peldaños, feroz como uno de sus osos—. ¡Que te diviertas en las montañas! Y mucha suerte en tu cita —añadió Willi.

Rudolph estaba en forma y era fuerte, incluso su cabello seguía siendo rojo como el fuego, si bien ya se le veían algunos mechones blancos. Su oído y su vista eran excepcionales, ni siquiera necesitaba gafas para leer. Willi sabía que no eran los achaques físicos los que le dificultaban conducir, sino la inseguridad. El miedo. Los nervios. La sensación constante de que la muerte podía acechar detrás de cada esquina. Y Willi sabía que eso no tenía tanto que ver con el estado físico de Rudolph como con la repentina muerte de Ana.

Incluso cuatro años después de que muriera, Willi, Fanny y Rudolph seguían lidiando con la pérdida, cada uno a su manera.

Willi intentaba mantenerse en movimiento para que la tristeza no lo arrollara. En cuanto la temperatura del agua lo permitía, nadaba de dos a tres horas a lo largo de la costa. En invierno entrenaba en el antiguo dormitorio de sus padres, que estaba vacío a excepción de las pesas fabricadas por él mismo y una barra de tracción. A veces también corría junto al mar. Y cuando no estaba haciendo deporte, reparaba vehículos, sin importarle si le pagaban o no.

Fanny pintaba su dolor. Antes de que Ana muriera pintaba principalmente motivos vivos. Pescadores en el mar, la bahía de Kotor a diferentes horas del día, Willi reparando coches, Rudolph en su estudio, Ana resolviendo sus amados crucigramas y osos en todo tipo de situaciones que había observado durante las excursiones con su padre, a las que a menudo los acompañaba Willi. Tras la muerte de Ana, no había vuelto a plasmar sobre el papel nada

realista. Desde entonces Willi no tenía ni la menor idea de lo que representaban las rayas, colores y formas abstractas de los lienzos cada vez mayores de Fanny.

En cambio Rudolph, a raíz de la muerte de Ana, había conocido el miedo. Antes avanzaba cuerpo a tierra hasta pocos metros de distancia de un oso, salía a cazar solo por bosques oscuros y, lo que más impresionaba a Willi de niño, le plantaba cara a Vlad, se enfrentaba a él a pesar de que le sacaba tres cabezas. Rudolph no le tenía miedo a nada hasta que Ana se desplomó.

Willi ni siquiera necesitaba cerrar los ojos para recordar vívidamente el doloroso momento que lo cambió todo. Era un día de otoño. El sol estaba bajo, una luz dorada bañaba la bahía. Para aprovecharla, Fanny había instalado su caballete en el jardín, Willi trabajaba en su motocicleta en el camino de acceso, Rudolph leía el periódico allí fuera y Ana colgaba la colada al aire libre. Todos llevaban ya jerséis gruesos. Willi no recordaba si había mirado a su madre en ese instante por casualidad o pretendía decirle algo, pero la vio envuelta en un chaleco de lana tejido por ella misma, el largo cabello recogido en una trenza, estirando la ropa blanca de cama en el tenderete; colgó una última sábana sobre la cuerda justo antes de caer al suelo casi sin hacer ruido. Todos corrieron hacia ella, incluso el padre de Willi se precipitó desde la cocina, donde bebía a solas. Vlad se marchó a toda velocidad para buscar ayuda. El médico se llevó a Ana al hospital, pero ya estaba muerta.

Ese fue el último día que se vio al padre de Willi en la bahía de Kotor. Aunque él no tuvo la culpa de que Ana muriera. Tenía el corazón débil de nacimiento. Insuficiencia cardiaca.

Sin embargo, desde entonces Rudolph estaba convencido de que era el siguiente. Ya no quería conducir el coche, apenas salía de casa en invierno ni cuando el tiempo era húmedo, y en cuanto sentía que se resfriaba, se tumbaba en la cama. Al principio Willi hacía llamar a médicos que le aseguraban a Rudolph que levantarse en ningún caso lo mataría, más bien al contrario, mejoraría su circulación. Rudolph aceptaba los consejos médicos como si de la píldora más amarga se tratara. Y entonces Willi comprendió que, en esos momentos en los que supuestamente guardaba cama, Rudolph se permitía llorar a Ana. Willi todavía no entendía qué era lo que unía tan estrechamente a Rudolph y a su madre. Parecían comunicarse sin decirse una sola palabra. Cuando Rudolph no estaba en las montañas, Ana compraba varios ejemplares de la revista de crucigramas y pasaban horas sentados juntos bajo la pérgola,

se intercambiaban los pasatiempos en silencio para que uno resolviera lo que al otro lo desesperaba. Si veía a Ana trabajar en el jardín, Rudolph cogía el rastrillo y la ayudaba sin que se lo pidiera. Y siempre que Vlad desaparecía, Rudolph sacaba del sótano una de las botellas buenas de vranac, que por lo demás solo ofrecía a visitas importantes de Belgrado o Sarajevo. En esas ocasiones, Rudolph y Ana se sentaban juntos hasta bien entrada la noche, en teoría para distraer a Ana de la preocupación por su marido desaparecido. Pero cuando Willi se levantaba para ir al baño, los oía reírse en voz baja, como viejos amigos que recuerdan tiempos pasados.

Fanny y Willi lloraron, gritaron, se lamentaron. En cambio Rudolph se tragó su tristeza. Y si Willi había aprendido algo, era que no había cosa más insana.

Era hora de que Fanny terminara de una vez los estudios de Biología en Viena y regresara para continuar las investigaciones de Rudolph. Willi trabajaría con ella. Él lo tenía claro desde aquel día en que observaron un oso juntos por primera vez.

Diez años atrás, pocas semanas después de su traslado a la costa, Rudolph le preguntó a Willi si quería ir a las montañas a conocer a los osos.

—Yo también voy. Algún día seré investigadora de osos —anunció Fanny. Willi no se alegró tanto por los osos como por la oportunidad de vivir una aventura con su hermana de sangre.

Rudolph tenía una cabaña de caza desde la que emprendía sus excursiones y exploraciones. Media docena de pastores se encargaban de ella. Elaboraban queso, atendían a los excursionistas y cuidaban de las ovejas de Rudolph. También había un perro peludo del tamaño de un ternero que debía dar la alarma cuando los osos se acercaran al rebaño. Cuando llegaron a la cabaña, el inmenso animal se acercó enseguida a Willi y apretó la nariz contra su ombligo para olisquearlo. El perro olía a alfombras mojadas olvidadas en un desván. Willi sintió un miedo atroz.

—No te preocupes —dijo Fanny, que se dio cuenta de que temblaba—. No hace nada. Por lo menos a las personas.

—Y a los osos no debe hacérselo —dijo Rudolph, como si esa fuera la aclaración más importante—. De hecho, los osos son extremadamente inteligentes y esquivos. Saben que aquí hay pastores. Aprenden rápido y prefieren su propia compañía.

Willi no podía evitar ver cierta similitud entre Rudolph y los osos. Rudolph también evitaba cualquier contacto con extraños que no fuera estrictamente necesario. Apenas salía de la propiedad y era tan inteligente que casi asustaba a Willi. A veces, cuando Rudolph se quejaba de que el ser humano coartaba el espacio vital de los osos, de que el ser humano dificultaba que los osos vivieran en paz, Willi se preguntaba si Rudolph realmente se refería a los osos o a sí mismo.

Los pastores ya habían sacrificado un buey que serviría en su mayor parte como cebo. Habían reservado las piezas buenas para el almuerzo tardío de los jóvenes invitados de Rudolph, y ahora las estaban asando al fuego. En cuanto Rudolph se instaló en la cabaña, le sirvieron un café de aroma intenso. Fanny le mostró a Willi un pequeño riachuelo cercano a la cabaña. Recogieron piedras especialmente blancas que Fanny utilizaba para pintar a falta de papel, y Willi escuchó con atención mientras ella le explicaba cuáles eran esas plantas y esos árboles, aunque al ser hijo de las Montañas Blancas, ya conocía la mayoría. Todo era tan emocionante que ni siquiera le habría hecho falta ver los osos.

Se pusieron en marcha a la una de la madrugada. Rudolph había elegido una noche de luna llena, ni una sola nube en el cielo. Caminaron por un sendero estrecho, y Willi no sabía si le tranquilizaba o le asustaba que Rudolph, que iba a la cabeza, llevara un arma. Después de veinte minutos de caminata, llegaron a una atalaya construida entre los árboles a la que se llegaba por una escalera, aunque los peldaños comenzaban a la altura del pecho de Willi. Fanny tomó carrerilla y llegó sin problemas al peldaño inferior.

—Willi, ahora tú —dijo Rudolph. Willi intentó imitarla, pero era demasiado pequeño. Avergonzado, tuvo que dejar que Rudolph lo aupara.

Esperaron cerca de una hora hasta que oyeron un murmullo entre la maleza. Willi cogió la mano de Fanny. Fanny no lo rehuyó, sino que le devolvió el apretón, y entonces se oyó un ruido que sonó como si alguien vadeara por el barro hasta los tobillos: el oso había encontrado el cebo y masticaba sonora y prudentemente. Fanny le señaló a Willi hacia dónde mirar. En ese punto, la maleza era densa y oscura. De todas formas, Willi creyó distinguir al oso. El ruido se interrumpía a menudo con largas pausas, el oso arrancaba carne del cebo de vez en cuando. Se oyó un fuerte ruido cuando los huesos del cadáver de buey se rompieron. Rudolph le dejó a Willi sus prismáticos, y entonces lo vio: el oso era colosal. Sostenía la paleta del

buey como si no pesara nada. Se incorporó sobre las patas traseras, los prismáticos temblaron entre los dedos de Willi, el gigantesco monstruo parecía estar a solo un palmo de la atalaya, entonces se dio media vuelta y descendió pesadamente la pendiente.

Ya amanecía cuando emprendieron el camino de vuelta.

—Impresionante, ¿verdad? —preguntó Fanny dándole un golpecito en el hombro a Willi, como si a partir de entonces compartieran algo que nadie podría arrebatárselos. Willi asintió.

Más tarde, cuando ya casi habían llegado a la cabaña, Fanny le preguntó si había tenido miedo.

—No —mintió Willi.

—Dime la verdad—insistió Fanny.

—Sí, cuando de pronto se ha puesto de pie.

Una vez en la cabaña, se lavaron con un cubo de agua fría de manantial mientras los pastores se sentaban alrededor de la hoguera, uno de ellos preparaba el desayuno con avena y leche de oveja.

—Imagínate que estás solo, rodeado por cientos de osos, y de pronto todos se ponen de pie delante de ti —dijo Fanny—. Así es como me siento yo en la oscuridad.

Los dos cogieron un cuenco de gachas en silencio, se sentaron cerca del fuego y comieron despacio.

—Cuando sea mayor, quiero continuar el trabajo de mi padre —dijo Fanny—. ¿Querrás trabajar conmigo? Ya sabes que no me gusta estar sola a oscuras.

Willi asintió.

—¡Palabra de honor de hermano de sangre! —dijo, y prestó así el juramento que tan importante seguía siendo aún hoy para él.

Willi ya casi estaba dormido cuando oyó el familiar rasguño en el marco de la ventana. Se dio la vuelta pesadamente. La ventana, que antes solo estaba entreabierta, se abrió y chocó contra la pared. Una sombra se deslizó por la cornisa y cayó a su cama. Poco después sintió el cuerpo de Svetlana a su lado.

—Ven aquí, estás helada —dijo Willi, y la atrajo hacia sí.

—No he venido a hacernos mimos —dijo Svetlana.

—Estoy cansado —se quejó Willi, y trató de abrazarla cariñosamente.

Svetlana nunca venía a por mimos, la mayoría de las veces se marchaba tan rápido como había entrado por la ventana, y entonces a él no le quedaba más remedio que aferrarse a la almohada aún caliente si quería sentir algo parecido a la intimidad.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó, y se incorporó sentada.

—¿No quieres quedarte aquí esta noche? ¿Acariciarme un poco la espalda? —Las noches que Fanny había pasado con él porque el miedo no la dejaba dormir sola, ella siempre le había insistido para que le acariciara la espalda. Antes de dormir y al despertarse. Willi también quería que alguien le acariciara la espalda a él.

Svetlana le dirigió una mirada escéptica.

—Willi, no quiero ser tu novia, sino tu amante. ¿Me quedo o me voy?

—Quédate —se lamentó él, y ella se le subió encima. Sus anchos muslos y la suave tripita le transmitieron la calidez que tan bien conocía. Svetlana se movía encima de él al ritmo de los botes pesqueros que chocaban contra el embarcadero mecidos por las olas nocturnas.

Las manos de Willi fueron subiendo. Le gustaba su cuerpo, cada centímetro de él, sin importarle lo insatisfecha que estuviera ella consigo misma. Intentó atraerla hacia sí y besarla.

—¿Qué haces? —protestó Svetlana—. Eso va contra las reglas.

—¡Estás loca! —dijo Willi, y le recordó a su hermosa vecina que un año atrás, cuando fueron a nadar juntos al mar, ella lo había besado primero. Svetlana tenía tres hijos. Era quince años mayor que él y vivía con sus padres dos casas más allá, desde que su marido había desaparecido una noche cuando ella estaba embarazada del tercer niño. Se rumoreaba que se había marchado a América.

—Tú me besaste primero —insistió él.

—Sí, eso fue para iniciar nuestra aventura amorosa. Ahora tenemos una aventura, no una relación. Y por eso no hay besos ni mimos.

Willi la apartó y se puso de pie.

—No entiendo por qué es necesario eso. Eres la única mujer sin pareja de aquí, yo soy el único hombre soltero. ¿Por qué no podemos hacer cosas normales juntos?

—Para que no te enamores de mí —dijo Svetlana. A la luz de la luna, su pelo castaño claro brillaba en tonos casi rubios. Tenía los brazos y el rostro curtidos por el sol de trabajar en el jardín, pero su torso y sus pechos eran pálidos como la leche. Svetlana había sido la única amiga de Ana en el

pueblo. De niño Willi ya pensaba que era preciosa.

De todas formas, recogió indignado sus calzoncillos y se los puso.

—Qué rara eres —dijo—. Todas las demás mujeres quieren que un hombre se enamore de ellas. Y tú no quieres que yo me enamore de ti.

—Exacto —respondió—. ¿Vuelves a la cama? No puedo quedarme mucho tiempo.

—Podría enseñar a nadar a tus hijos —lo intentó Willi una vez más, y Svetlana se echó a reír—. ¡No te rías, les caigo bien!

Ella cogió su vestido y la ropa interior.

—No te conviene, Willi.

—¿Qué sabrás tú?

—Búscate a una mujer de tu edad. Las mayores solo queremos meternos en los pantalones de los jóvenes. Y cuando ya hemos tenido suficiente, la cosa pierde interés y nos buscamos a otro. Así es la vida.

Willi buscó nervioso su tabaco. No fumaba muy a menudo, normalmente le mareaba, pero a veces un cigarrillo era justo lo que necesitaba. Ya se conocía los discursos de Svetlana de memoria. Que tenía que buscarse a una mujer de su edad. Que tenía que largarse de ese pueblucho de pescadores de una vez. Que el viejo Rudolph estaba loco. Que tenía que vivir su vida mientras aún pudiera, para luego no dejar tirados a su esposa y a sus hijos por salir corriendo en un ataque de pánico, a América o a Dios sabe dónde, con la necesidad apremiante de recuperar algo que creía haberse perdido en la juventud.

Svetlana se vistió y fue hacia la ventana.

—¿Seguro que no quieres seguir? —dijo. Willi sí que quería, pero al mismo tiempo no quería concederle esa victoria.

—No estoy de humor —dijo.

Svetlana se deslizó por la ventana.

Willi se quedó sentado en silencio un instante y se preguntó dónde demonios había dejado el tabaco, cuando de pronto la cara de Svetlana reapareció en la ventana dándole un susto de muerte.

—Por cierto —dijo—. ¿No me habías dicho que Rudolph estaba en las montañas?

Willi asintió.

—Sí, se ha marchado esta tarde.

—Pues habrá regresado. Hay luz en el piso de arriba. Y cuando he llegado, estaba oscuro —dijo Svetlana antes de desaparecer definitivamente

en la oscuridad.

—Rudolph, viejo loco —murmuró Willi. Seguramente el muy necio había dado media vuelta a mitad de camino. Y al día siguiente despertaría a Willi a horas intempestivas y lo obligaría a llevarlo a las montañas para no perderse la cita.

Willi se vistió con unos pantalones, se dejó la camisa abierta, se puso un par de calcetines y salió. No había ningún coche a la vista, el garaje estaba cerrado. Subió por la escalera lateral. La puerta estaba cerrada con llave. Y entonces vio que la ventana de la cocina estaba abierta; alguien se había colado.

Willi se agarró al alféizar de un salto y se deslizó dentro de la casa sin hacer ruido. Recordó brevemente que de joven había soñado con que pasara algo así. Que, estando en casa solo, de pronto oyera a un intruso al que él, el futuro espía maestro del presidente de la República Socialista Federativa de Yugoslavia, detendría en el acto, identificaría y, en el mejor de los casos, también neutralizaría. Ya no quería ser espía maestro, pero todavía se le daba bien moverse con sigilo. Se asomó a la cocina, al salón y al estudio de Rudolph: nada. Subió de puntillas al segundo piso. El dormitorio de Rudolph, donde también se encontraba la caja fuerte con los objetos de valor, estaba a oscuras. Willi se puso a cubierto al oír ruidos en el taller de Fanny. Solo una estrecha escalera conducía a la estancia situada en el ático de la enorme casa, el antiguo estudio de Rudolph, y Willi tuvo que esforzarse al máximo para no hacer ruido al subir por ella.

Una vez arriba, se le escapó incrédulo:

—¿Fanny?

Fanny se volvió y dejó caer un montón de dibujos.

—¡Willi! —dijo—. ¿Qué haces aquí?

—¿Que qué hago aquí? ¿Qué haces tú aquí? —repitió perplejo—. Deberías estar en Viena, ¿no tenías exámenes?

—¿Por qué no estás con papá en las montañas? ¿No tenía esa cita importante?

—Se las arreglará solo. —Willi estuvo a punto de explicarle lo importante que era que Rudolph siguiera siendo independiente y no cediera demasiado a sus miedos, pero se detuvo. Era Fanny quien tenía que dar explicaciones. Estaba distinta que en Navidad, se había cortado el pelo, que antes llevaba largo. Tenía manchas negras bajo los ojos, parecía hollín, como si se hubiera maquillado días antes y no se hubiera limpiado la cara. Llevaba pantalones

exageradamente anchos, ¿y era metal lo que tenía en la nariz?

—¿Es metal eso que tienes en la nariz? —le preguntó, y se acercó a ella. Fanny primero se llevó la mano a la cara algo avergonzada, después le sonrió y le apuntó con la nariz.

—Es un pendiente, ¿a que es genial?

—No lo sé, los pendientes suelen estar en las orejas. Es raro. ¿Rudolph sabe que estás aquí?

Fanny se rascó la comisura derecha. Hacía eso cuando estaba confusa o cuando hacía una broma que nadie entendía.

—¿Cómo estás, mi querido Willi? —le preguntó, y se le echó a los brazos—. Me alegro tanto de verte, ¡te he echado de menos!

Willi también se alegraba de verla, pero no era tan tonto como para caer en esa maniobra de distracción.

—Fanny, ¿qué haces aquí?

Fanny apretó los labios.

—Si te lo cuento, ¿me prometes que será nuestro secreto? ¿Que no le contarás nada a papá? De verdad no puede enterarse de que estoy aquí.

Willi titubeó. Fanny extendió la mano. Willi accedió.

—No diré nada, palabra de honor de hermano de sangre, cuéntame.

Eran poco más de las tres de la madrugada. Willi no podía dormir, y sabía que esa noche no pegaría ojo. ¿Cómo iba a hacerlo después de todo lo que le había contado Fanny? Quería dejar los estudios a pesar de que solo le quedaba un curso. Quería cambiar a la escuela de arte, estudiar pintura. Un profesor decía que tenía un talento increíble, mucho potencial. Fanny afirmó que eso era muy importante para ella. Y que, de todos modos, pronto regresaría a casa para continuar la labor de Rudolph junto a Willi. Le aseguró que podía pintar e investigar al mismo tiempo. Pero Willi no podía decirle ni una palabra a su padre, porque no tenía sensibilidad artística, no lo entendería y solo pondría obstáculos a su sueño.

Sin embargo... Al futuro espía maestro había algo que no le cuadraba.

Ahora estaba tumbada a su lado, todo era como siempre. Willi había encendido la luz de noche, Fanny respiraba de forma regular. Su cabello rojo relucía sobre la almohada blanca. Willi ya no aguantó más y se levantó. Esperó un momento junto a la cama para ver si Fanny se movía, pero estaba profundamente dormida.

Silencioso como un gato, ágil como una comadreja y vigilante como un búho, Willi se escabulló de la habitación. Fanny había dejado todas sus cosas en el taller, y a cada paso que daba en dirección al ático, Willi se sentía cada vez peor. Era su mejor amiga, no podía espiarla así. Pero, por otro lado, los buenos amigos no se ocultaban nada, ¿verdad?

Willi se deslizó al taller con una linterna. En los bolsillos del pantalón sucio de Fanny encontró monedas, papeles arrugados, envoltorios de caramelos y carboncillos.

Vaciló en abrir la mochila. Pero lo hizo. Comprobó aliviado que el grueso jersey de cuello vuelto, el pañuelo usado y el monedero de Fanny no tenían nada raro. Abrió la funda de sus gafas de sol y le sorprendió un fuerte olor. Junto con las gafas, cayó al suelo una bolsa de plástico con hierba.

—Fanny, Fanny, Fanny —murmuró Willi al recoger la bolsa. De todos modos, decidió que no era motivo para preocuparse. Muchos de los mecánicos que trabajaban para el señor Puljarevic fumaban de eso. Svetlana le había dicho que los volvía tontos, pero Fanny era la persona más inteligente que conocía. Volverse algo más tonta no le haría ningún daño.

Después de devolver a su sitio la ropa de Fanny, un jabón envuelto en papel de horno, la funda de las gafas, el monedero y los lápices, todavía quedaban tres objetos: un libro del profesor que consideraba que Fanny tenía un talento excepcional, la agenda de Fanny y su cuaderno de bocetos. Willi hojeó el libro. Tenía un título pomposo, algo sobre el arte y la fuerza explosiva y los movimientos políticos y su auge. En el centro tenía fotografías en blanco y negro, en una de ellas se veía al profesor junto a una escultura. Willi lo observó largo rato y llegó a la conclusión que debía de ser un hombre aburridísimo. Comprobó aliviado que en la agenda de Fanny nada le llamaba la atención. Lo único que vio era que había anotado muchas citas con el profesor de arte. Y entonces abrió su cuaderno de bocetos.

Al parecer, Fanny había vuelto al dibujo realista. Entre los mecánicos del taller del señor Puljarevic de vez en cuando circulaban revistas que mostraban todo lo que normalmente no se veía, a no ser que se tuviera un gran espejo enfrente de la cama. Pero ninguna de esas revistas era tan explícita como los bocetos de Fanny. Willi deseó que hubiera seguido con el arte abstracto. Siguió hojeando y se dio cuenta de que la mujer de los dibujos tenía lunares en los mismos sitios que Fanny. Cerró el cuaderno de golpe.

La casa estaba en silencio, no se movía nada. Willi volvió a abrir el cuaderno. Después de los dibujos de las partes más íntimas de Fanny, había

dibujos de las partes más íntimas de un hombre. Y por último, bocetos que mostraban sus dos cuerpos haciendo esas cosas que en realidad el decoro impedía dibujar. Willi volvió a coger el libro del profesor, lo abrió por la página de la fotografía, y la comparó con los bocetos de Fanny.

—Pero mira que eres boba, Fanny —susurró Willi.

Devolvió el cuaderno de Fanny, el libro y la agenda a la mochila y la cerró tal como la había encontrado. Después se deslizó de vuelta al dormitorio.

Eran poco más de las tres y media. Si iba rápido, con la moto tardaría hora y media en llegar a las montañas. Podía dejar la moto arriba y traer a Rudolph de vuelta en coche. Si se daban prisa, seguramente regresarían antes de que Fanny se despertara.

Willi titubeó. Después se tumbó junto a ella con cuidado. Se lo había prometido.

Él solo quería lo mejor para Fanny. ¿Y si estaba enamorada del profesor? ¿Se mudaría con Fanny a Montenegro para que ella pudiera continuar la labor de su padre junto a Willi, tal como prometió cuando se marchó?

Intentó dormir. Intentó confiar en Fanny.

El profesor era veinticinco años mayor que ella. Por otro lado, Fanny sabía lo que hacía. Quería confiar en ella. Pero ¿y si no volvía? ¿Qué sería de él entonces? Tenían un trato. Palabra de honor de hermanos de sangre.

Willi se levantó, se puso los pantalones, cogió la gastada chaqueta de cuero y las llaves de la moto.

Salió en silencio, sacó la moto del garaje, y hasta que no estuvo lo bastante lejos de la casa, no se subió y arrancó para subir a las montañas tan rápido como pudiera e ir a buscar a Rudolph. Él sabría qué hacer.

Siempre es demasiado pronto (Viena)

Después de tres semanas en Liesing, Lorenz se había adaptado a un ritmo regular y reposado.

Dormitaba hasta el mediodía, pasaba las tardes en el gimnasio de Triester Straße, donde había conseguido un abono mensual de prueba por diecinueve euros en lugar de ochenta y nueve, y después regresaba paseando, se daba una ducha generosa y veía la tele con el tío Willi mientras las tías preparaban la cena.

Bebía ginebra en tazas de té con Mirl. Willi le transmitía sabiduría yugoslava. Hedi lo mantenía ocupado encargándole todo tipo de pequeñas tareas y encargos cuando percibía que estaba a punto de sumirse en la tristeza. Wetti era la única que no parecía entender por qué se encontraba mal.

Al verlo desconsolado porque había visto una foto de Stephi y Flo en internet, le dijo:

—A menudo las hembras, sin ser conscientes de ello, escogen una pareja para procrear en función de sus genes, sus feromonas. No tiene nada que ver contigo.

A su preocupación de que jamás encontraría a otra mujer, respondía:

—Estadísticamente, hoy en día la mayoría de los hombres conocen a su pareja definitiva entre los veintiocho y los treinta y ocho años.

Cuando su situación económica lo desesperaba, su comentario era el siguiente:

—Los animales también se apañan sin capital.

Los días siempre iguales, sin emociones ni sorpresas, ayudaron a Lorenz a acostumbrarse a la vida sin Stephi, y a reconciliarse con la idea de que los siguientes años tendría que trabajar mucho y vivir muy modestamente. Sobre la elíptica, pensaba cómo ganar dinero. Le habría encantado dar clases de yoga, el plan B de la mayoría de actores sin trabajo; pero en la ciudad teatral

de Viena, donde había más actores que palomas en Stephansplatz, la superabundancia de actores resultaba también en una superabundancia de profesores de yoga. La única opción que le quedaba era buscar trabajo de camarero en un bar. Pero para eso tenía que aprender a tirar cervezas y preparar cócteles. Hasta el momento no se había pasado ni una sola vez por la casa de Mondscheingasse para comprobar si le había llegado correo. Seguramente el ejecutor forzoso ya se habría presentado ante sus inquilinos italianos, pero Lorenz se sentía como el ciervo del documental sobre fauna indonesia que había visto con Wetti, al que había mordido un dragón de Komodo. El ciervo escapó, pero el veneno del lagarto fue haciendo su efecto. La cámara siguió durante días al ciervo, cada vez más débil y cansado, y también el dragón de Komodo, que solo esperaba a que su botín se rindiera y se desplomara.

Una noche, Willi y Lorenz estaban sentados delante del televisor comiendo pistachos y esperando al programa de deportes. La publicidad anunciaba coches, detergentes y chocolate. Cuando apareció el anuncio de una empresa de muebles, Willi quitó el sonido.

—La autocompasión es un problema superfluo —dijo de pronto.

—¿Un dicho yugoslavo? —preguntó Lorenz.

—No. Mi conclusión de las últimas semanas.

Lorenz permaneció en silencio.

—Oye, chico, me caes muy bien y por eso me parte el corazón verte holgazanear y compadecerte de ti mismo. Stephi es idiota y el dinero no es más que papel impreso. Remángate, coge el toro por los cuernos y sal de este pozo en el que te has zambullido antes de que te conviertas en una momia empantanada.

Lorenzo cogió un puñado de pistachos.

—¿Y cómo hago eso? —preguntó.

—El destino, mi chico, recompensa a los trabajadores y castiga a los indolentes —dijo con severidad, y antes de meterse en la boca los pistachos que ya había pelado, añadió en voz baja—: Si te esfuerzas en esa dirección, algo sucederá. Ya verás.

Y efectivamente, pocos días después sucedió algo.

Algo con lo que nadie contaba.

Lorenz el que menos.

Se despertó hacia las cinco de la mañana y supo que algo no iba bien. Cogió el móvil y repasó los mensajes y la lista de llamadas: aparte de un SMS de un compañero actor claramente borracho que le había preguntado hacia las tres de la madrugada si se apuntaba al Schwedenespresso, nadie había intentado ponerse en contacto con él. Leyó mensajes antiguos, y mientras esperaba a volver a dormirse, de pronto se dio cuenta de que no oía los ronquidos del tío Willi.

Se levantó, se puso una camisa y se acercó al dormitorio. Escuchó un momento a través de la puerta y oyó un murmullo agitado. Se asomó con cuidado al cuarto a oscuras. Willi estaba tumbado boca arriba, con una pierna doblada y la otra estirada. Los brazos extrañamente rígidos a ambos lados. Hedi estaba tumbada medio encima de él, con la cabeza sobre su hombro. Wetti estaba sentada al borde de la cama, y Mirl, en la butaca de la esquina.

Lorenz se quedó de piedra.

—¿Tío Willi? —preguntó en voz baja.

Mirl sujetaba un rosario. Se levantó, cogió a Lorenz del brazo suavemente pero con firmeza y lo condujo a la cocina, donde lo sentó en el banco esquinero. Se sentó frente a él, en el sitio de Willi.

—Willi ha dejado de respirar, sin más —dijo Mirl mirando a Lorenz a los ojos—. Hedi se ha despertado y, al no oír los ronquidos, enseguida se ha dado cuenta de qué había pasado.

—No puede ser —dijo Lorenz con voz quebradiza. Hacía escasas horas que estaba sentado a su lado frente al televisor, habían visto un documental sobre Tito y Willi se había mostrado más que vital: había llamado hijos de puta a los directores del documental, cómo se les ocurría calificar a Tito de dictador. De puro enfado, había agarrado la lata de cerveza con demasiada fuerza. La espuma había salido disparada como de una fuente. A Lorenz le había dado un ataque de risa y Willi se había limitado a murmurar: «Ay de ti si se lo cuentas a tu tía».

Lorenz quiso levantarse y comprobar el pulso de Willi, seguro que solo estaba durmiendo más profundamente de lo habitual. Wetti entró, empujó a Lorenz de vuelta a su sitio y le habló en tono tranquilo y neutro.

—Mi chico, Willi tenía el corazón débil. Insuficiencia cardiaca. Como su madre, que también murió joven. Seguro que ya te lo había contado.

—Pero el tío Willi dijo que su corazón era fuerte. Que lo examinaron después de que muriera su madre.

—Eso fue en los años sesenta, en Yugoslavia —respondió Wetti, tratando

de cobrar ánimo—. Entonces la medicina no estaba tan avanzada como ahora.

—¿Te acuerdas de que hace tres años Willi tuvo que ir al hospital? — preguntó Mirl.

Lorenz asintió. Hedi había asado panceta y migas de patata con beicon. Se bebieron dos botellas de veltliner fuerte, a pesar de que Willi normalmente solo bebía cerveza; en plena noche comenzó a gritar y Hedi llamó a la ambulancia porque pensaba que estaba sufriendo un infarto. Al final resultó que solo era ardor de estómago.

—Lo tuvieron ingresado tres días y le hicieron todas las pruebas posibles. Así lo descubrieron —dijo Mirl, que se había acercado a los fogones y puso agua a calentar.

—Sabíamos que Willi podía desplomarse en cualquier momento.

—Pero ¿por qué no me dijisteis nada?

—Porque él no quería que temieras por él. Además, hacía mucho deporte e intentaba llevar una vida sana —dijo Wetti.

—De todos modos, sabíamos que podía pasar —dijo Mirl—. Entonces fue cuando hizo testamento.

Lorenz sintió que las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Wetti le pasó un trozo de papel de cocina.

—Aunque hay que reconocer que la muerte es impredecible —dijo—. Siempre llega demasiado pronto.

La tetera silbó. Mirl vertió el agua en tres tazas y disolvió café instantáneo en ellas.

Permanecieron sentados juntos en silencio.

Fuera, el día comenzaba. Un perro ladró su enfado al mundo durante varios minutos. La portera barrió la acera y les gritó a unos niños que no corrieran. Un coche pasó tosiendo como un animal enfermo. El sol bañaba la calle con ese resplandor que solo acompaña al amanecer.

—Dónde se habrá metido la ambulancia —dijo Lorenz.

—No hemos llamado —respondió Mirl.

—Voy a por el móvil —dijo Lorenz, a punto de levantarse de un salto.

—No —dijo Hedi, que apareció en la puerta como un fantasma. Tenía un aspecto horrible. Los ojos inyectados en sangre, la cara pálida—. Nada de ambulancias. Ni funerarias. Nadie puede enterarse de que Willi... —Hedi tragó saliva, hizo un visible esfuerzo por decirlo en voz alta— nos ha dejado.

Wetti se acercó a su hermana y le acarició suavemente el brazo.

—Entiendo que no quieras separarte de él. Pero no puede quedarse en la

cama, y no hay sitio suficiente en el congelador.

Hedi se volvió hacia Lorenz.

—¿Cuántas horas de viaje hay hasta Montenegro?

—¿Cómo?

—Willi quería que lo enterraran en Montenegro a toda costa. Se lo prometí —dijo, cogió la taza de café de Wetti y se la bebió de un trago.

—Creo que un traslado así suele hacerse en avión —murmuró Lorenz.

—¡Tú tienes un ordenador de esos, seguro que ahí lo pone!

—Creo que será más fácil preguntar directamente en una funeraria.

—Willi no necesita un desfile hasta Montenegro. Lo único que hay que hacer es ponerlo bajo tierra. En ningún otro lado más que allí. Así que hazme el favor de mirar cuántas horas de viaje son.

—Un momento —dijo Lorenz—. ¿Quieres llevar tú misma a Willi a Montenegro? ¿En coche?

—En teoría sería posible —dijo Wetti—, pero no creo que sea legal.

Hedi suspiró.

—Un traslado con entierro y nuestros gastos de viaje sumarían unos ocho mil euros —dijo, esta vez en tono más firme.

—Vaya, no había pensado en eso —suspiró Wetti.

—Ladrones —musitó Mirl, y puso los brazos en jarras.

—¿Os habéis vuelto locas? —dijo Lorenz—. Voy a llamar a la ambulancia. ¡Un cadáver se entierra con dignidad!

—Eso costaría casi ocho mil euros —insistió Hedi con dureza—. Si en algún momento hubieras aprendido lo mucho que vale cada euro, no serías tan grandilocuente. Así que hazme el favor y míralo en el ordenador.

Lorenz estaba tan estupefacto que fue al cuarto de Nina sin más protestas y abrió el portátil. Al abrir Google Maps, se sintió como si estuviera cometiendo un crimen. No sabía si el tío Willi quería que lo enterraran en el último lugar donde había vivido o en el pueblo de las montañas en el que había crecido. Willi solo repetía: «Cuando me muera, quiero que me entierren en Montenegro». Lorenz metió los datos para la ruta. Aquello era una locura. No se podía salir de paseo en coche con un cadáver, aunque en muchas películas lo hicieran. Hedi estaba en shock. No pensaba con claridad. Tampoco parecía que pudiera fiarse de Mirl y Wetti en esos momentos. La ruta propuesta tenía 1029 kilómetros. En condiciones habituales de tráfico, harían falta once horas y cuatro minutos. El trayecto era de una sencillez alarmante: en realidad no había más que viajar hacia el sur. El acceso a la

autopista estaba a la vuelta de la esquina; desde allí la ruta era casi en línea recta, pasando por Graz, por Spielfeld en la frontera con Eslovenia, atravesando Croacia, el extremo inferior de Bosnia y cruzando la cordillera fronteriza entre Bosnia y Montenegro para llegar a la bahía de Kotor. Cinco países, ni más ni menos, pensó Lorenz. De todos modos, imprimió la ruta y su descripción con la pequeña impresora que se había llevado de su casa con la esperanza de tener que imprimir el guión de una oferta de trabajo repentina, desde luego no para colaborar en un delito.

Las hermanas estaban sentadas a la mesa y cuchicheaban entre ellas. La silla de Willi estaba vacía.

—Once horas de coche —dijo Lorenz, y dejó la hoja en la mesa—. Sin contar descansos y paradas para repostar.

—Es factible —dijo Mirl.

Wetti le sonrió, Hedi se levantó y lo abrazó.

—Gracias —susurró, y apretó tan fuerte que lo dejó sin aliento.

Lorenz se zafó del abrazo y dijo:

—Hace cuarenta años que no conducís. La ruta atraviesa cinco países. ¿Y cómo pensáis meter al tío Willi en el coche? Además: ¿trece horas con un muerto sentado dentro? ¡No puede ser!

—Doce horas no son más que medio día —dijo Hedi.

—En otras culturas, los dolientes velan al fallecido durante mucho más tiempo —explicó Wetti—. Es importante para despedirse. La muerte a menudo sucede más rápido de lo que el ser humano, un animal de costumbres, necesita para procesarla.

—Tú eres un buen conductor, chico, sabes inglés y podrías meter a Willi en el coche con facilidad —dijo Mirl.

—¿Yo? —dijo Lorenz.

—¡Quién si no! —replicó Mirl.

—No creo que tengas más compromisos en la agenda, ¿no? —constató Wetti.

—Eras como un hijo para él, Lorenz. Siempre estuvo a tu lado. No puedes negarle su último deseo —dijo Hedi en voz baja.

—Pero ¿el tío Willi no tenía dinero ahorrado para el traslado? ¿No tenía una libreta de ahorro para el entierro con diez mil euros?

Las hermanas clavaron la mirada en el tablero de la mesa.

Finalmente contestó Hedi:

—Esa libreta de ahorro ya no existe.

—¿Y dónde está el dinero? —preguntó Lorenz.

—Se lo di a Nina a principios de año. Para su negocio —dijo Hedi en voz tan baja que Lorenz apenas la oyó.

—¿Invertiste el dinero del entierro del tío Willi en la tienda vegana online de Nina? ¿Después de haberle regalado ya todos vuestros ahorros?

—Lo necesitaba para no entrar en bancarrota.

—¿El tío Willi estaba de acuerdo?

—Él no lo sabía.

Lorenz apoyó la cabeza en la mesa.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —se justificó Hedi—. Es mi hija. Montó la tienda con todo su cariño y dedicación, quería que tuviera una oportunidad. Pensé que pondría la tienda al día y después me devolvería el dinero. Estaba segura de que Willi viviría hasta los noventa. Estaba muy sano.

—¡Tenía problemas de corazón!

—Problemas de corazón, problemas de corazón. La mayoría de las personas con esos problemas viven mucho y muy bien. Estaba seguro de que me sobreviviría. ¡Era el más joven de los dos!

Hedi se secó las lágrimas, se puso de pie con energía, sacó una sartén del cajón y huevos de la nevera. Puso la sartén sobre el fuego, echó aceite, pero le temblaban tanto las manos que la botella se le resbaló y cayó al suelo. Hedi maldijo, entonces cogió con ambas manos la media docena de huevos, los tiró al suelo y pisó varias veces las cáscaras hasta que dejaron de crujir. Se detuvo y contempló largo rato el batiburrillo de cáscaras-yemas-claras-aceite.

—Qué cerdada —susurró mientras las lágrimas volvían a resbalarle por las mejillas—. Era más joven que yo. Me tocaba a mí primero.

Mirl acercó una silla sin decir nada y sentó a Hedi.

Los cuatro permanecieron sentados en silencio mientras el sol cometía la osadía de permitir que un día precioso despuntara sobre Liesing.

En algún momento, Wetti se irguió, se revolvió un poco más el pelo despeinado y dijo:

—Tenemos que congelarlo antes de salir. Si está congelado y encendemos el aire acondicionado, deberíamos poder llegar a Montenegro antes de que empiece a rezumar.

—Puedo preguntarle a Ferdinand si tiene alguna cámara frigorífica libre —dijo Mirl.

Lorenz no podía creer lo que oía. No se había mudado a Absurdistán, sino que estaba en la cocina de su tía, en el distrito veintitrés. ¿O quizá seguía dormido?

—Podemos pedirle prestada la silla de ruedas a la señora Braumann, la del segundo, para llevarlo a la carnicería. Está en cama desde que se rompió la cadera y seguramente seguirá así durante las próximas semanas —propuso Wetti.

—Espero que no os refiráis a la carnicería del señor Ferdinand —dijo Lorenz, y añadió con cautela—: Sé que todos queremos cumplir la última voluntad del tío Willi. Pero profanar un cadáver es delito.

—No cumplir el último deseo de un hombre es un delito mucho mayor —dijo Hedi, y así terminó la discusión.

—No sé si soy capaz —dijo Lorenz veinte minutos después, al verse delante del tío Willi, que descansaba pacíficamente en su lado de la cama de matrimonio. Wetti empujó dentro de la habitación la silla de ruedas que había pedido prestada a la vecina.

—No te preocupes, solo estará un poco más frío —dijo Wetti—. Sucede con bastante rapidez en cuanto la sangre deja de circular.

—Tienes que agarrarlo por debajo de las axilas y levantarlo un poco, yo sujetaré la silla de ruedas, Wetti le cogerá las piernas, y en un abrir y cerrar de ojos ya estará sentado —ordenó Mirl.

—¡No puedo! —dijo Lorenz—. ¡Es el tío Willi!

—Pues por eso mismo —dijo Wetti—. No es ningún zombi o muerto viviente, sino tu tío.

Lorenz contuvo la respiración, apretó los dientes, metió los brazos por debajo de las axilas de Willi y lo incorporó.

El peso lo hizo gemir. Apoyó un pie en la estructura de la cama para aprovechar el efecto palanca.

—¡Aparta, Lorenz, quita ese pie de la cama! —dijo Mirl.

—¡Tengo que sostenerlo de alguna manera! —jadeó Lorenz, que por fin consiguió levantar a Willi hasta la silla de ruedas.

Colgaba de ella como un saco, a Lorenz se le partía el corazón.

Hedi esperaba en la puerta de la casa. Lorenz se dio cuenta de que intentaba por todos los medios no mirar la silla de ruedas.

—Venga, vamos —dijo en voz baja.

—Me adelantaré —dijo Wetti, se asomó a la esquina que daba a la escalera, y justo cuando Lorenz había conseguido empujar la silla fuera del umbral, hizo gestos frenéticos para que volvieran dentro.

—La señora Bruckner aproximándose —susurró.

—Rápido, adentro —lo acució Hedi, y Lorenz comenzó a sudar. Mirl cerró la puerta. La señora Bruckner no era más que la vecina del tercero, que salía a pasear dos veces al día con su gato Minki. De todos modos, a Lorenz le latía el corazón tan fuerte como si Minki fuera Rex, un policía diferente, y la señora Bruckner, la investigadora jefe que en cualquier momento podía descubrir lo que se proponían.

—¡Buenos días, señora Bruckner! Y hola a ti también, gatito —oyó decir a Wetti en el rellano.

—En fin, hace un tiempo horrible. Demasiado calor al sol y demasiado frío a la sombra —se quejó la señora Bruckner.

—La primavera es una estación difícil —dijo Wetti con simpatía.

—Bueno, y cuando llegue el verano, no podré ni moverme de tanto sudor —prosiguió la señora Bruckner.

—Sí, el verano es cruel, ¡en eso tiene usted razón! —Lorenz se dio cuenta de que Wetti intentaba dar por terminada la conversación.

—Pero en otoño, el viento me provoca una otitis tras otra.

—Sin duda el viento es lo peor de todo.

—¡Y no me recuerde el invierno, por Dios! Este año la gripe será especialmente fuerte, por los extranjeros, que traen virus más agresivos.

La señora Bruckner había sacado uno de los pocos temas que enfurecían a Wetti, por lo demás siempre relajada: la xenofobia. Lorenz daba por hecho que en cualquier momento estallaría.

—Ay, no, por favor —susurró Hedi, que escuchaba a su lado.

—Si usted lo dice. Que tenga un buen día y cuide bien de Minki —dijo Wetti contenida.

Lorenz y Hedi suspiraron aliviados.

La carnicería se encontraba al otro lado de la calle. Lorenz aprendió lo largos que podían ser cincuenta metros cuando uno empujaba a su tío muerto en una silla de ruedas y de ningún modo podía dejar que los vecinos curiosos lo vieran. Atravesó el aparcamiento deslizándose en zigzag detrás de Mirl, pero cuando estaba a punto de correr los últimos metros para cruzar la calle, ella lo

frenó.

—Tranquilas, no queremos que crean que hemos hecho algo malo. Si alguien pregunta, le han operado la boca y la anestesia lo duerme constantemente.

—¿Y quién se va a creer eso? —preguntó Lorenz.

—¡Cualquiera! —dijo Mirl con tono firme.

—Vamos a la entrada de servicio —propuso Hedi.

—Avisaré a Ferdinand de que vaya a la puerta trasera —dijo Wetti, y entró en el local mientras Lorenz doblaba la esquina con Willi, seguido por Hedi y Mirl. Por suerte, no tuvieron que esperar mucho a que el señor Ferdinand saliera por detrás.

—Señora del subsecretario Oberhuber, como siempre, es un gran honor. Debo decir que tiene usted un aspecto impresionante —dijo el carnicero balbuceando un poco. Tenía la mirada clavada en Mirl, no parecía reparar en Willi, muerto en la silla de ruedas—. Si le apetece, hoy tengo una culata tiernísima, para estofar con vino blanco, nata y verduras.

—Estoy segura de que su culata es la más tierna y deliciosa de toda Viena —dijo Mirl.

—La que he escogido para usted, sin duda.

Lorenz carraspeó. Mirl también carraspeó y dijo con voz infantil.

—Por desgracia, señor Ferdinand, ha sucedido algo muy triste. Mi querido cuñado ha fallecido.

—Señora, no se imagina lo mucho que lo siento. Estoy conmocionado. Es horrible.

Después de contárselo todo al señor Ferdinand, Mirl señaló a Willi en la silla de ruedas y dijo:

—Por eso nos sería de gran ayuda congelarlo aquí. Para que su cuerpo resista el largo viaje hasta Montenegro.

Y el señor Ferdinand susurró con dulzura:

—Por usted, lo que haga falta, querida Maria Josefa. —Y apartó rápidamente la mirada de Willi.

Lorenz negó con la cabeza incrédulo mientras empujaba la silla de ruedas por los pasillos azulejados de la carnicería hasta una cámara frigorífica vacía.

—Aquí podrá descansar en paz —dijo el señor Ferdinand mientras Lorenz ponía el freno.

Lorenz se rodeó el cuerpo con los brazos; en la pequeña estancia cubierta de baldosas blancas hacía menos veinticinco grados, tal como leyó en el

termostato que había en la pared.

—Encuentro admirable el sacrificio que están haciendo ustedes para cumplir la última voluntad de un hombre.

El señor Ferdinand se encaminó hacia la salida.

—¿Vamos? —dijo.

Lorenz titubeó, entonces se inclinó hacia el tío Willi y le dio un beso en la mejilla.

—¡Te recogeré pronto! —susurró—. Y nos iremos a Montenegro.

Ferdinand apagó la luz, cerró la pesada puerta de la cámara y la aseguró con un candado.

—Los aprendices de hoy en día son terriblemente curiosos —explicó como de pasada.

—Señor Ferdinand, ¿seguro que no le supone ningún problema guardar aquí un cadáver? Me siento realmente mal por pedírselo —dijo Lorenz.

El señor Ferdinand hizo un gesto de desdén con la mano.

—Pero es que estamos infringiendo la ley.

—¿Y qué es la ley cuando se trata de cumplir los últimos deseos de nuestros seres queridos?

Y una vez más, Lorenz no supo qué contestar. Se sentía como si un agujero de gusano lo hubiera tragado y escupido en otra dimensión que tenía el mismo aspecto que la que conocía, pero que obedecía a otras leyes y a una lógica distinta.

Regresó a casa varios metros por detrás de sus tías, que guardaban un discreto silencio, y entonces recordó por qué le habían resultado tan familiares las palabras y los argumentos del señor Ferdinand. Muchos años atrás, cuando todavía estaba en el teatro, había representado durante tres temporadas a Hemón en una puesta en escena de la *Antígona* de Sófocles. En ella, Creonte, el rey de Tebas, prohíbe enterrar a Polinices, el hijo de Edipo, por haber emprendido esta guerra contra Tebas. La hermana de Polinices, Antígona, desafía la prohibición por respeto al fallecido, por lo que Creonte la encierra viva y ella se suicida, y entonces su amante Hemón se suicida, y entonces la madre de Hemón se suicida.

En el fondo, sus tías y el señor Ferdinand argumentaban lo mismo que Antígona: ¿qué es la ley cuando se trata de honrar por última vez a quien ha fallecido?

El paciente silencioso (1969)

Heidemarie Prischinger, a la que antes llamaban Hedi y que ahora ya solo respondía al nombre de hermana Immaculata, se puso las bragas y se estiró las medias sobre las piernas. Eran de algodón opaco y no especialmente elásticas. Tuvo que dar varios saltos hasta que todo estuvo en su sitio.

La comida del convento no la podía haber hecho engordar. Para desayunar, dos rebanadas de pan con mantequilla acompañadas de té negro. Al mediodía, una sopa, un guiso o algún otro plato de cuchara, y al final de la tarde una colación seca, normalmente a partir de las sobras de la cocina del hospital. Y a pesar de todo, las hermanas más mayores rezaban agradecidas por cada comida, como si se les sirviera néctar y ambrosía. Hedi odiaba la oración de la cena. Mientras las hermanas alababan al Señor, las moscas ponían huevos en la mantequilla. Para Hedi solo era cuestión de tiempo que les salieran larvas del estómago. Al menos ya sabía por qué en la Biblia se hablaba tanto de animales de la tierra: servir al Señor implicaba familiarizarse con parásitos.

En cualquier caso, sabía que era inevitable engordar como una solitaria si seguía picando de todo lo que sobraba en la sección de ginecología del hospital. Las enfermas apenas comían, y además sus tías, madres, hermanas y otros parientes traían regularmente tartas y pasteles para el personal. Hedi se temía que pronto tendría que cambiar su uniforme por una talla mayor. Y eso significaba ir a ver a la hermana Angelina, un viejo gusano que gobernaba sobre la colada en las oscuras catacumbas del convento. La hermana Angelina era una de las beatas que jamás salían del monasterio y cuyo humor se resentía en consonancia. En su primer día en la comunidad, Hedi había tenido que desvestirse delante de la hermana Angelina, que la observó largo rato con sus ojos hundidos bajo unos gruesos párpados antes de empezar a utilizar la cinta métrica. «Y semejante delgaducha quiere ser esposa de Jesucristo», había refunfuñado. Y cuando Hedi volvió año y medio después

porque había engordado casi diez kilos y ya no entraba en su uniforme, la hermana Angelina la había mirado aún más enojada, había chasqueado la cinta métrica sobre su muslo y la había llamado vaca gorda y holgazana.

A Hedi le habría encantado replicar que allí todavía no había probado nada que supiera la mitad de bien que un plato sencillo de la familia Prischinger, y que sin duda no estaba en el convento por la comida, sino porque estaba dispuesta a expiar sus pecados. Que era responsable de la muerte de su hermano mellizo y jamás volvería a probar bocado si eso le aliviara aunque fuera un poco la pesada carga sobre sus hombros. En lugar de eso, Hedi agachó la cabeza y guardó silencio.

Hedi se miró la cara en el espejo enturbiado. Era una chica menuda de veintitrés años, de pelo descolorido y cejas bien depiladas, aunque las hermanas no podían saber que tenía unas pinzas. La vanidad era un pecado mortal. De todos modos, Hedi opinaba que aquel saco blanco al que llamaban hábito de enfermera sofocaba la vanidad de raíz. Iba envuelta en tres capas de lino blanco del cuello a los pies. Solo el cinturón, que sujetaba la tela a la cintura para que esta no molestara a Hedi cuando vaciaba orinales o lavaba a enfermos, dejaba intuir la forma de su cuerpo.

Tras la muerte de Nenerl, Hedi no veía el día de escapar de su hogar. El silencio. Las miradas llenas de reproche de su madre. El comportamiento egoísta de Sepp. Las noches en vela en que las hermanas tampoco hallaban consuelo unas en otras.

Hedi esperaba que ayudar a otros la hiciera sentirse mejor. Por muy aliviada que se hubiera sentido al escapar de todo aquello con un nuevo nombre, nuevas hermanas, y la oportunidad de una nueva vida limpia de culpa y con los pecados perdonados, Hedi no podía dejar de pensar en Wetti y Mirl. ¿Habría vuelto a hablarles la madre? ¿Qué comerían? ¿Se pondrían enfermas? ¿Se reirían de vez en cuando? ¿Se pintarían las uñas?

Hedi se preguntaba todo eso día tras día, mientras ella estaba allí, en el sur de Estiria, rezando sentada entre sus nuevas hermanas, cambiando vendajes en el hospital, vaciando orinales y cubetas, limpiando el suelo, consolando a los enfermos, enfriándoles la frente con trapos húmedos, sosteniéndoles la mano cuando gimoteaban, y sobre todo rezando, rezando y rezando por sus almas hasta que se quedaba dormida temprano; de todos modos, se arrastraba

agotada fuera de la cama por las mañanas.

—¡Arriba, arriba! —se decía a sí misma.

Todos los días Hedi necesitaba reunir todas sus fuerzas para salir de la celda y no dejarse caer otra vez sobre la cama.

Tras la muerte de Nenerl, la madre simplemente se había quedado tumbada. A Hedi todavía le parecía estar viendo cómo se había desplomado sobre el cuerpo frío de su hermano mellizo. No fue hasta varios días después, cuando el hedor ya era insoportable y las moscas revoloteaban como buitres por la habitación, cuando Sepp había ido a por dos rusos. Uno sujetó a la madre, el otro envolvió a Nenerl en una sábana blanca. Susurraban en ruso. Hedi quiso pensar que eran oraciones. Sacaron el cadáver y se lo llevaron al enterrador mientras la madre gritaba de un modo que los niños no habían oído jamás. Después del entierro, se tumbó en el colchón en el que dormían los niños. Hubo que quemar su cama porque las secreciones se habían filtrado incluso hasta el armazón de madera. Y ya no volvió a levantarse. Comía como un pajarillo, miraba al infinito, y se quejaba de un dolor de cabeza insoportable cuando Sepp intentaba convencerla de que se levantara, de que comiera, de que saliera a la calle. Ni Hedi, ni Wetti, ni Mirl parecían existir para ella. El párroco, el doctor, el veterinario, el alcalde, la tía Christl, los vecinos; todos intentaron hablar con ella, pero no escuchó a nadie.

En los años que siguieron a la muerte de Nenerl, Hedi aprendió que una no debe dejarse vencer por la tristeza. Porque de lo contrario nos derriba y ya nunca se nos sale del pecho.

—Un nuevo día es un buen día —murmuró una última vez, y entonces se sintió preparada para salir y rodearse de más gente.

Por desgracia, ese día no sería un buen día, por mucho que Hedi hubiera rezado por ello durante la misa matutina. Lo tuvo claro en cuanto llegó al ala de ginecología y percibió un fuerte olor a humo de cigarrillos en la recepción. Ni siquiera le hizo falta asomarse a la sala de personal para saber que ese día tenían turno la enfermera Edith y la enfermera Hannelore. Apenas se ocupaban de las pacientes, sino que pasaban buena parte del día sentadas en aquella sala, fumando hasta que el aire se enrarecía. Aunque eso siempre era mejor que cuando la tomaban con las mujeres. La mayoría de las cuidadoras no religiosas del servicio eran enfermeras azules que habían trabajado para la Cruz Roja durante la guerra. Martina, la enfermera preferida de Hedi, iba en

un barco hospital Danubio arriba y Danubio abajo para tratar heridos a bordo, ya que sobre el agua no caían bombas. Las enfermeras azules eran amables y cuidaban cariñosamente de las pobres diablas que ya habían sufrido suficiente castigo para cuando llegaban allí. En cambio Edith y Hannelore eran enfermeras pardas. A estas las habían convencido para la causa. Seguramente todavía lo estaban. Hedi no entendía que a esas dos mujeres, que quién sabe lo que habrían hecho en la guerra, las dejaran trabajar en un hospital católico que predicaba el «amor al prójimo» a la menor oportunidad.

Así que renunció a tomarse un café para no encontrarse con ellas y fue directamente a la Sala de los Ángeles para visitar a las pacientes.

En ginecología había tres salas. En una se encontraban las madres recientes y las embarazadas que habían ido a parir. A esa, las enfermeras la llamaban entre ellas la Sala de las Felices. En la Sala de las Enfermas había principalmente mujeres mayores que sufrían descensos de la matriz, adherencias o úlceras cancerosas. Y en la Sala de los Ángeles estaban aquellas que no entrarían en el Reino de los Cielos. Eran las más importantes para Hedi. Quizá porque sabía que, a pesar de una vida de penitencia, ella tampoco tendría sitio allí arriba.

En la Sala de las Felices siempre había mucho ruido, las parturientas gemían con las primeras contracciones, los recién nacidos lloriqueaban, las puérperas charlaban animadas, reían, mostraban orgullosas a sus pequeñuelos. En la Sala de las Enfermas muchas estaban agotadas y consumidas en sus camas, otras conversaban en voz baja, el ruido de fondo lo conformaban toses, suspiros, movimientos en las camas y el consiguiente chirrido de los armazones metálicos, y siempre se oía el murmullo de algún periódico. En cambio, en la Sala de los Ángeles el silencio solía ser absoluto. Nadie decía una palabra, nadie se movía de un lado a otro, nadie leía. Y eso que todas estaban despiertas. Siempre estaban despiertas.

Hedi entró. Las cortinas ya estaban abiertas, todavía no se había servido el desayuno.

—¡Buenos días! —dijo, y se sentó en la silla junto a la puerta—. Para aquellas que todavía no me conocen: soy la hermana Immaculata, y el rezo matutino de hoy será el rosario, seguido de la oración del corazón. Yo rezaré y os invito a pedir perdón a la Virgen conmigo.

Hedi carraspeó y comenzó: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el

Señor es contigo».

Varias mujeres se unían en la segunda sílaba, otras le daban la espalda, algunas sollozaban en silencio sobre la almohada.

En ese momento había cuatro mujeres en la sala. A veces eran más. Mujeres mayores que ya tenían un buen puñado de niños. Jovencitas que a primera vista parecían niñas ellas mismas. A algunas las habían forzado. Otras no se explicaban cómo había sucedido. Campesinas muy católicas y también otras que nunca habían creído en nada. Hedi llevaba ocho meses trabajando en el servicio y había visto de todo. Excepto quizá mujeres muy ricas. Esas tenían médicos que las sacaban de su penosa situación sin peligro. Lo que Hedi había aprendido de todas aquellas mujeres distintas, de las creyentes y las no creyentes, de las mayores y las jóvenes, era que ninguna había tenido elección. Ya que de lo contrario no se ponía una en manos de curanderos y aborteras que, con sus agujas de tejer y baños de hierbas, causaban más daños de los que reparaban.

—Y perdona nuestras ofensas para que podamos renacer como tus hijas —rezó Hedi.

—Y perdona nuestras ofensas para que podamos renacer como tus hijas —repetieron las mujeres.

—Amén —finalizó Hedi la oración veinte minutos después.

—Amén —respondieron las mujeres.

El humo de tabaco que llegaba de la sala de las enfermeras era ya tan intenso que Hedi decidió abrir una ventana. Las enfermas podían fumar, las mujeres de la Sala de los Ángeles, no. Y Hedi sabía que esa era una de las muchas crueldades pensadas para castigarlas. Atravesó la sala, en cuyo extremo opuesto había dos ventanitas orientadas al norte, tan estrechas que ni siquiera merecían ese nombre. El ambiente sombrío de la sala cuando los médicos venían e iban de cama en cama, la luz deslumbrante que hacía daño a los ojos, eran más castigos. Y eso que la vida ya había castigado suficiente a esas mujeres.

—Hermana —gimoteó una joven acurrucada en una cama al fondo, junto a la pared. Tenía el pelo sudado y pegado a la cabeza. Hedi se acercó a ella —. Hermana, tiene que ayudarme. No fue así.

Hedi miró un momento el reloj sobre la puerta. El desayuno se serviría dentro de un cuarto de hora; la comida siempre llegaba a esa sala en último lugar, otra deferencia más. Nadie entraría allí en un buen rato, así que Hedi se sentó al borde de la cama. A muchas les ayudaba hablar con una monja. El

hábito la hacía parecer mayor y sabia, aunque no fuera ninguna de las dos cosas.

—Hermana, yo no lo maté, por favor, créame —susurró la mujer—. Mi suegra me empujó por las escaleras porque había quemado una camisa planchándola. Me apoyé en la plancha porque estaba muy mareada y de pronto había un agujero en la tela. —Lloriqueó en voz baja. Hedi se levantó, llenó una cubeta con agua fría, dobló un paño y se lo puso en la frente.

—El Señor en los Cielos nos juzgará. Él ve el interior de nuestro corazón y perdona nuestras culpas —dijo Hedi, pero la mujer solo lloró con más fuerza—. Recemos por el alma de tu hijo no nacido.

Y entonces Hedi la guió en la oración. La mujer no era capaz de repetir las estrofas, se limitó a seguir gimoteando. El traqueteo del carrito del desayuno interrumpió la cantinela rítmica de Hedi, bendijo a esa pobre criatura y se levantó.

—¡Comida! —ladró la hermana Hannelore al entrar en la sala. Tenía un cigarrillo en la comisura de la boca. Estaba prohibido fumar mientras se repartía la comida, para que no cayera ceniza en los platos. Pero Hedi no dijo nada, sino que pasó por su lado a toda prisa.

Hedi no había hecho el bachillerato y por eso no podía ser enfermera de verdad, como las jóvenes que vivían fuera del convento. Las enfermeras tituladas no solo lavaban, limpiaban y rezaban, como Hedi y todas las demás miembros del convento, sino que también asistían en las operaciones, cambiaban el gotero y acompañaban en las visitas para ayudar a los médicos. Para estos últimos, las hermanas eran transparentes. Solo trataban con respeto a la directora del servicio, la enfermera jefa Bernadette.

Durante las visitas nadie necesitaba a Hedi, pero a ella le gustaba rondar por las salas. Buscaba pequeñas tareas con las que no llamara la atención y pudiera escuchar lo que se decía, porque quería saber qué les pasaban exactamente a las pacientes. No era capaz de descifrar el latín de los expedientes, pero la forma en que hablaban los médicos entre ellos le decía si una paciente se recuperaría pronto. Si, por ejemplo, daban por perdida a una paciente de cáncer, Hedi intentaba comunicárselo con tiento a la familia para que pudieran despedirse. Si una madre había tenido un parto duro en el que habían tenido que extraerle el útero, Hedi hacía un gran esfuerzo por animarla haciéndole ver que al menos había recibido un milagro de Dios. Para no

llamar mucho la atención, Hedi solía limitar las escuchas a la Sala de las Enfermas, ya que allí a cada mujer siempre le hacía falta algo distinto. En la Sala de las Felices normalmente no era de ninguna utilidad, y en la Sala de los Ángeles, el destino de las mujeres casi siempre era el mismo, por muy distintas que fueran ellas.

En días como aquel, cuando tenían turno las enfermeras pardas, Hedi intentaba escuchar sobre todo en la Sala de los Ángeles, para enterarse de si se cebaban con alguna, y así poder cuidar de ella después.

Ese día, tanto Hannelore como Edith estaban agradablemente contenidas, parecían tener un buen día, pensó Hedi mientras limpiaba las jarras de agua en el pequeño fregadero y las llenaba de nuevo. Hasta que la comitiva de médicos seguidos por las enfermeras llegó a la cama de la joven con la que Hedi había rezado antes del desayuno.

—Una vergüenza especialmente deshonrosa, doctor —dijo la hermana Edith.

—Feticidio por trauma previo en segundo trimestre, doctor —leyó un médico adjunto del expediente colocado a los pies de la cama.

—La muy víbora se tiró por las escaleras —dijo la hermana Hannelore, y apoyó los puños en las caderas. El gimoteo de la mujer llegaba incluso hasta el fregadero donde se afanaba Hedi.

—Entonces nuestra única opción es informar a la comisión judicial —dijo el médico.

La comitiva se disponía a marcharse cuando la paciente gritó con la voz ahogada en lágrimas:

—Mi suegra me empujó por las escaleras. ¡Yo estaba muy contenta!

—¡Ay, Dios mío! —La hermana Edith dio una palmada—. Si me dieran una moneda por cada suegra malvada, ya sería millonaria.

La hermana Hannelore se echó a reír.

—Todas dicen lo mismo, doctor.

El médico se volvió y escudriñó a la joven con la mirada.

Hedi esperó que el doctor dijera algo, que se dirigiera a la joven y prestara atención a lo que decía. Pero este se dio media vuelta para marcharse definitivamente. Hedi dejó caer una de las jarras y se interpuso en su camino.

—Que Dios se lo pague, señor doctor —dijo. Normalmente las hermanas debían clavar la mirada en el suelo cuando hablaban con hombres, pero Hedi miró al médico a la cara. Quería que viera sus ojos bajo la toca, el rostro de una servidora de Jesús—. Señor doctor, se lo suplico por la Virgen María, por

el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. —Hedi se santiguo—. Esta criatura está completamente fuera de sí. Por favor hable un momento con ella. Escuche su historia. Estoy segura de que es usted un hombre piadoso.

Al médico se le abrieron mucho los agujeros de la nariz al respirar.

—¿Está usted segura, hermana?

Edith y Hannelore asomaban por detrás del médico.

—Sí, señor doctor, por el Espíritu Santo, la Virgen María, el Padre y el Hijo.

Él asintió.

Hedi se quedó perpleja, el doctor se volvió, acercó una silla a la cama y volvió a coger el expediente. Antes de que Hedi pudiera oír lo que decía, Hannelore la agarró con fuerza del brazo y la sacó de la sala. Hedi apretó los dientes para no gritar de dolor porque la enfermera parda le estaba clavando las uñas en la carne.

—Esto tendrá consecuencias.

Hedi intentó zafarse.

—¡Suélteme, no puede hacer eso! —dijo. Pero Hannelore la arrastró al despacho de la directora del servicio, la enfermera Bernadette.

*

Hedi no pudo salir de su celda en tres semanas. Tenía que utilizar un orinal, por la mañana le daban un trozo de pan y por la noche un plato de sobras. Para beber solo tenía agua. Y para leer, una Biblia. Dormía mucho. Por desgracia las monjas se pasaban constantemente por allí para comprobar que también rezara lo suficiente, y cuando la encontraban dormida, le golpeaban los dedos con el cordón y le prolongaban el castigo. Por eso llevaba ya tres semanas allí. Y poco a poco iba enloqueciendo. Había entrado allí por el amor al prójimo, pero ¿dónde estaba ese amor al prójimo si la castigaban por ayudar a una joven que lo necesitaba tanto?

Por fin, la llave giró en la cerradura desde fuera y la madre superiora entró en la celda. Hedi se arrodilló, como le habían enseñado, rezaron juntas y después la madre superiora dijo:

—Puedes regresar al hospital.

Hedi tuvo que contenerse para no gritar de alegría.

—Pero no al servicio de ginecología, ya no te quieren allí.

Los dedos de Hedi se agarrotaron sobre un pliegue de su hábito.

—A partir de mañana estarás en el servicio de Internos II. Con los casos perdidos. Que no son tan parlanchines como las mujeres —dijo la superiora.

—Alabado sea el Señor —agradeció Hedi, aunque su agradecimiento era limitado. Al menos podía salir de allí de una vez. Además, durante esas tres semanas había adelgazado de forma considerable, de manera que no tendría que bajar a la oscuridad del cuarto de la colada de la hermana Angelina. Las medias le quedaban mejor que nunca.

En el ala de Internos II los días ya no consistían en acontecimientos alegres como el milagro de la vida, sino principalmente en contratiempos deprimentes. Además, muchos de los pacientes no podían hablar, como mucho graznar. De todos modos, la mayoría estaban inconscientes. Los pacientes ya sabían que pronto tendrían que despedirse y casi ninguno quería rezar con Hedi, acudían directamente al sacerdote. Hedi apenas tenía nada que hacer excepto lavar enfermos, fregar el suelo, desempolvar crucifijos y cambiar las sábanas de las camas donde acababa de morir alguien. La mayor parte del tiempo llevaba muertos en camilla al departamento de Patología y allí ayudaba a lavarlos. En ese último viaje sí era de agradecer la compañía de una monja.

En Internos, cada sala tenía su propia enfermera. No como en Ginecología, donde las enfermeras se repartían el trabajo y trotaban de sala en sala. Aquí cada una tenían sus pacientes y sus tareas. Por desgracia, la sala de Hedi era la de los casos más trágicos, los que no colaboraban cuando los lavaba, ni mucho menos hablaban con ella.

En la primera cama a la derecha había un paciente con cirrosis en estado terminal. En la segunda, así como en la tercera y la cuarta a la izquierda, había tres víctimas de apoplejía, de los cuales uno ya solo miraba hacia el techo, otro estaba ido la mayor parte del tiempo y el tercero ya no podía hablar. La primera cama de la izquierda estaba vacía. En la cuarta cama a la derecha estaba el paciente al que conocían como el prodigio accidentado. Se trataba de un chico solo un par de años más joven que Hedi, y que era un prodigio por dos motivos. Había tenido un grave accidente de tráfico en el que no solo había sufrido graves daños internos, sino que también se había roto casi todos los huesos del cuerpo. El segundo prodigio era que no emitía ni un solo sonido. Ni siquiera gemía cuando le cambiaban el vendaje de la cara, a pesar de que debía de dolerle muchísimo. Simplemente permanecía

allí tumbado, desde hacía semanas. Al principio pensaron que no entendía alemán, porque tenía pasaporte yugoslavo. Pero el único visitante, que llegó poco después del accidente, un hombre mayor pelirrojo, les dijo que hablaba alemán a la perfección.

—¡Buenos días, señores!

Hedi se esforzó por fingir que no le importaba que el doctor Kornmüller entrara a hacer las visitas con un saludo enérgico y alegre. El doctor Kornmüller era el segundo en la jerarquía del servicio, un austriaco alto de cabello tan rubio que apenas se le veían las cejas. Las demás enfermeras no lo apreciaban especialmente porque fumaba aún más que las enfermeras pardas de Ginecología, pero a diferencia de ellas no utilizaba cenicero. Por lo general, se encendía un cigarro tras otro y simplemente tiraba la colilla al suelo. Las enfermeras nunca llegaban a tiempo para recoger tras él los filtros todavía encendidos. Hedi se lo dejaba pasar porque el doctor Kornmüller era distinto a la mayoría de médicos, enfermeras y cuidadores que había conocido en el hospital. Parecía hacer su trabajo por pura pasión. No importaba cuántas guardias nocturnas tuviera a sus espaldas, nunca daba la impresión de estar harto; a veces cansado, sí, pero nunca aburrido, nunca impaciente con los enfermos.

Como cada mañana, lo acompañaban la enfermera encargada del servicio y dos adjuntos. Uno de ellos, con demasiada gomina en el pelo, ya le había causado una mala impresión a Hedi en varias ocasiones, porque se comportaba como si estuviera allí de paso, como si quisiera entrar y salir de allí lo más rápido posible, sin importar cómo estuvieran los pacientes. Aquel día le tocaba a ese adjunto presentar a los enfermos. Primero comentaron los casos de apoplejía y después la comitiva se acercó a la cama del hombre enfermo de cirrosis.

—Cuarenta y tres años, coma hepático, en estado grave pero estable. Bebió hasta matarse, en el sentido más literal de la expresión. Supongo que acaparará la cama una semana más.

El doctor Kornmüller miró furioso al joven.

—No es nuestro cometido juzgar a los pacientes. Si dejáramos de tratar a cada paciente responsable de su propia enfermedad, no tendríamos trabajo. Además, no está acaparando la cama, la necesita.

El doctor Kornmüller envió a su séquito a la siguiente sala y se sentó al borde de la cama del enfermo con la gráfica, que era como llamaban al expediente.

—¿Cómo va lo del dolor?

El paciente no respondió, miraba al infinito con ojos soñolientos.

—¿Se despierta de vez en cuando?

Hedi estaba tan absorta en sus pensamientos que necesitó un instante para darse cuenta de que el doctor Kornmüller hablaba con ella.

—Ay, ¿me habla a mí? —Hedi se sonrojó.

—Usted es la que más tiempo pasa con él —respondió amable.

—No, está así desde hace tres días. Antes sufría una especie de delirio, emitía ruidos inconexos. Pero lleva tres días aletargado.

—Entiendo —dijo el doctor Kornmüller, y volvió a fijarse en la gráfica—. ¿Viene alguien a visitarlo? ¿Los familiares se han despedido ya?

—No estoy segura de que el señor adjunto haya hablado con la familia —dijo Hedi con prudencia.

—Me ocuparé inmediatamente de ello —dijo el doctor Kornmüller, y al pasar junto a ella le rozó el brazo.

Hedi se apoyó en la pared y trató de respirar hondo. El doctor Kornmüller se asomó de nuevo por la puerta.

—Una pregunta más, hermana, ¿cómo se llama en realidad?

—Immaculata.

—No, me refiero a su nombre de verdad. No creo que sus padres la bautizaran Immaculata, ¿verdad?

Hedi se quedó de piedra, allí nadie le había preguntado eso jamás.

—Heidemarie —contestó—. Pero todos me llaman, bueno, me llamaban Hedi.

—Me alegro de tenerla en el servicio, Hedi.

Una vez fuera, llamó al adjunto y Hedi contuvo una sonrisa al oír la reprimenda en voz baja pero inconfundible que llegaba desde el pasillo.

Se salpicó la cara con agua fría, se sentó en la silla junto a la entrada, abrió el libro de oraciones y rezó en voz alta hasta que las mariposas de su estómago dejaron de aletear con tanta fuerza.

*

Pasaron los meses, y todos los días eran iguales. Hedi se levantaba, rezaba, se vestía, iba a la capilla, celebraba la misa matutina con las demás hermanas, se sentaba a desayunar, rezaba, desayunaba, rezaba, iba al hospital, rezaba por los pacientes, los cuidaba, iba a comer, rezaba, comía, rezaba, regresaba a su

sala, rezaba por los pacientes, los cuidaba, iba a cenar, rezaba, cenaba, iba a la capilla, celebraba la misa vespertina con las demás hermanas, se retiraba a su celda, rezaba, se tumbaba en la cama y la emoción le impedía conciliar el sueño.

Aunque dormía menos que nunca, no le había resultado tan fácil levantarse de la cama desde antes de que Nenerl muriera. La regularidad y monotonía de sus días tampoco le pesaban ya, sino que le daban alas, porque le permitían mantener sus pensamientos bajo control hasta que se tumbaba a solas en la cama y por fin podía reflexionar sobre lo que quería: el doctor Kornmüller. Con el tiempo, el médico había empezado a consultarle siempre su opinión durante las visitas. Hedi había conseguido un pequeño cuaderno que llevaba en el bolsillo del delantal para anotar los cambios en el comportamiento y los movimientos de los enfermos.

Unos meses antes, poco después de que el paciente con cirrosis perdiera la batalla y se reuniera con el Creador, el doctor Kornmüller había abrazado a Hedi y ella había pasado el resto del día como electrizada. Y un par de semanas más tarde, mientras hablaban sobre si se podía enviar a casa a un paciente de apoplejía, de pronto se había inclinado y la había besado. Y desde entonces, lo único importante en la vida de Hedi era cuándo volvería a ver al doctor Kornmüller. Desde la muerte de Nenerl, era la primera persona que le había devuelto la sensación de estar viva. Estar viva de verdad. No solo tener que seguir viviendo y ver la vida pasar.

La privacidad era un bien escaso en aquel pequeño hospital religioso del sur de Estiria. Hedi no podía hacer guardias nocturnas, solo les estaban permitidas a las hermanas de mayor edad. El único lugar donde nadie molestaba a Hedi y al doctor Kornmüller era la sala seis, la de los pacientes graves que ya no se enteraban de nada. Si en la sala seis había pacientes que todavía oían, veían o hablaban, a Hedi y al doctor solo les quedaba la escalera con corrientes y olor a orina, aunque allí corrían un gran peligro de que los descubrieran. Hedi sabía que el doctor Kornmüller estaba casado. Sin embargo, percibía una conexión poco habitual entre ellos. Como si se conocieran desde siempre. Algo que quizá se debiera también a que le recordaba a su mellizo fallecido. El doctor no era tan despreocupado ni tan alegre como Nenerl, pero sí tenía algo en común con él: primero pensaba en los demás, y luego en sí mismo. Y eso cada día que pasaba lo hacía más atractivo para Hedi. Su amor estaba prohibido por todas las leyes mundanas y divinas, pero ¿acaso no se había rendido Eva al único fruto que de ningún

modo habría debido comer?

Lo que más hacía sufrir a Hedi era no poder contárselo a nadie. Ya que a veces, cuando se despertaba por las noches, se preguntaba si realmente estaba sucediendo o no eran más que imaginaciones suyas.

Mirl, que le había escrito una o dos veces al año durante mucho tiempo, desde hacía varios meses le enviaba casi una carta por semana. En la última visita por Pascua de los Oberhuber, Gottfried, que ahora era funcionario en algún extraño departamento del ayuntamiento de Viena, le había pedido cierto compromiso. Desde entonces la visitaba todos los fines de semana y los domingos la llevaba de excursión en su automóvil. Mirl era tan feliz que le daba todos los detalles a Hedi. Esta la envidiaba por su relación con Gottfried. También envidiaba la posibilidad de hablar abiertamente de cada tontería: del tamaño del *schnitzel* que se habían comido al mediodía en una fonda cualquiera al material de los lazos de los ramos de flores que les regalaba a ella y a su madre. Aunque, por lo que Hedi entendía en sus cartas, la madre apenas se daba cuenta. Sepp también le escribía de vez en cuando. Unos años antes los Oberhuber le habían conseguido un empleo en el ayuntamiento de Krems, y Sepp le transmitía de un modo tan correcto como ininteligible toda la información que a él le parecía relevante: el estado del ganado de la granja, las nuevas leyes de la República de Austria, incluso aunque trataran sobre el ordenamiento de las aguas de alta montaña, los avances en la construcción de la central hidroeléctrica de Kaprun, los resultados de las competiciones de deportes invernales, las viviendas sociales de la ciudad de Krems y el estado de su madre, que Sepp solía calificar de «inalteradamente preocupante».

Wetti, por su parte, le informaba en sus escasas y confusas cartas sobre la descendencia de los gatos, la floración de los campos, las condiciones climáticas estacionales y sus cambios con respecto al año anterior. En sus textos divagatorios y extravagantes, también incluía pequeñas anécdotas sobre el comportamiento artificialmente minucioso de Sepp, que llevaba un cuadernito en la guantera del coche en el que apuntaba el kilometraje cada vez que repostaba para saber cuánta gasolina consumía, y declaraba a Hacienda el número de huevos que Wetti vendía en el pueblo.

A Hedi le habría encantado contarles sus propias noticias, hablarles de los pacientes a los que cuidaba y de la relación cada vez más íntima y apasionada con el doctor Kornmüller. Pero ambos temas estaban sujetos al secreto profesional.

Poco antes de Navidad, la burbuja de felicidad de Hedi estalló como una bola de cristal caída de lo más alto de un árbol. La sala de Hedi estaba vacía excepto por tres pacientes: un cáncer de páncreas, un calambrazo y el prodigio accidentado. Por eso, la enfermera del servicio le pidió a Hedi que la ayudara a archivar documentos administrativos que se iban acumulando a medida que se acababa el año. De pronto, Hedi se vio con los turnos de los médicos para diciembre en la mano y leyó que el doctor Kornmüller estaba de vacaciones desde el día anterior hasta mediados de enero. No le había dicho nada. Y las vacaciones había que pedir las con meses de antelación. Así que hacía tiempo que sabía que se marcharía, ¿por qué no se había despedido?

Hedi intentó comportarse como la hermana Immaculata, no dejar que se le notara, seguir archivando, pero las líneas se le desdibujaban frente a los ojos. Se escabulló con el pretexto de echar un vistazo a sus pacientes, se puso el delantal verde y corrió a la sala seis, donde se dejó caer en la silla junto al prodigio accidentado, cogió la esponja mojada de la mesita auxiliar con la que esa mañana le había lavado la cara y el cuello, y se la apretó contra su propia frente para refrescarse.

—Y yo que sé —le contó a su oyente inmóvil—. Me habría gustado desearle una feliz Navidad y darle mi regalo.

Se quitó la esponja de la frente.

—¿Por qué duele tanto la idea de que pase varias semanas con su familia? Al fin y al cabo sé que, a pesar de todo, me quiere. Pero ¿entonces por qué no se ha despedido antes de Navidad?

Hedi se permitió derramar un par de lágrimas, se las secó medio minuto después, se recompuso, recolocó la manta del prodigio accidentado y cambió el agua de la jarra de la mesilla. Después le acarició la cabeza y salió de la sala.

Ya había cerrado la puerta, de manera que no oyó al prodigio accidentado mover los dedos de los pies por primera vez desde su ingreso y decir para sí mismo:

—Los mayores solo quieren meterse en los pantalones de las jóvenes.

La capacidad de un Panda (Viena)

Mientras Lorenz estuviera ocupado, la tensión era soportable, aunque de todos modos se sentía en un estado de alerta parecido al de los animales antes de una catástrofe natural. Vacío el Panda rojo chillón del tío Willi, le puso gasolina, comprobó el nivel de aceite, rellenó el líquido limpiaparabrisas, metió los neumáticos de repuesto y se aprendió la ruta de memoria.

Estaba acostumbrado a memorizar y, además, estaba contento de tener cosas que hacer hasta que Willi estuviera congelado del todo.

Siempre que no estaba lo bastante ocupado, el pánico le sobrevinía como a un ladrón que ya llevara mucho tiempo acechando en un callejón oscuro. Trece horas en un coche con el cadáver de su tío. ¿Y si los paraba la policía? ¿Y si los descubrían en un control fronterizo? ¿Y si a medio camino se daban cuenta de que no estaban a la altura de la misión? ¿No estarían todos en estado de shock aún? ¿Y qué vendría después del shock?

Lorenz luchaba contra el deseo de llamar a Stephi. No solo había sido su pareja, sino también su mejor amiga. Y como tal, esos días la echaba especialmente de menos. Por las noches, cuando estaba tan inquieto que apenas aguantaba sentado, abría la tesis de Stephi, que tenía guardada en el ordenador. Se titulaba *Los manes mandan. La comunicación entre vivos y muertos en la literatura romana*. Para redactarla, Stephi había repasado toda la Antigüedad romana en busca de signos de fe en el más allá. Había sido distinguida con numerosos premios. Se había centrado sobre todo en diferenciar los distintos tipos de espíritus que aparecían en la literatura romana. Por un lado estaban los «manes» del título, también conocidos en latín como *di manes* o *lares*, que podían adoptar la función de protectores o guías para aquellos que dejaban atrás. Pero también estaban los *larvae* o *lemures*, criaturas malvadas que provocaban terribles desgracias si no se las honraba mediante ritos y rituales.

Stephi dedicaba un capítulo propio a los ritos funerarios romanos, en la

medida en que podían reconstruirse.

A la familia en la que se había producido un fallecimiento se la conocía como *familia funesta*, familia con el deber de realizar un entierro. Para dicha familia, la vida diaria quedaba en suspenso. Sus miembros no podían ofrecerse en sacrificio, no podían participar en actividades públicas ni económicas, y debían colocar una rama de ciprés en la entrada de la casa. Los dolientes llevaban ropas oscuras, ayunaban y descuidaban su higiene personal. Se tiraban de los pelos, se arañaban las mejillas, se golpeaban la cabeza y el pecho, se dejaban caer al suelo y se esparcían ceniza por la coronilla.

El muerto se sacaba de la casa y se dejaba en el suelo, ya que, al fin y al cabo, cuando un ser humano nacía, el padre lo levantaba del suelo. En el ritual romano del enterramiento, la presencia de mujeres era importante, porque se consideraba que la muerte estaba relacionada con el nacimiento. Las mujeres eran las comadronas de los muertos, los conducían a su nueva vida. Una pariente cercana besaba al fallecido en los labios. Las mujeres preparaban al muerto para la capilla ardiente lavándolo, perfumándolo, embalsamándolo con aceites, vistiéndolo con ropa limpia y colocando un lienzo tejido por ellas mismas sobre el cadáver. Le cerraban los ojos y confirmaban la muerte voceando tres veces su nombre.

Para los antiguos romanos, los fallecimientos detenían el curso de la vida normal. Y así se sentía también Lorenz, entre la muerte del tío Willi y su inminente partida hacia Montenegro. Los romanos no escatimaban esfuerzos para enterrar a sus muertos según las reglas del rito. Eso animaba a Lorenz, que pronto se convenció de que sus tías y él también estaban haciendo lo correcto.

Sin embargo, cada vez pensaba más a menudo si no sería más fácil dejar a sus tías en casa y conducir con una caja de bebidas energéticas y el pie sobre el acelerador hasta Montenegro lo más rápido posible. Eran tres mujeres mayores a las que les costaba concentrarse, que necesitaban ir al baño a menudo y también comer con frecuencia. ¿No eran esas las peores condiciones imaginables para un viaje en carretera de más de mil kilómetros?

La semana anterior, cuando todos llevaban aún una vida normal, había ido de excursión al mercado mayorista con la tarjeta de la vecina del cuarto, la

señora Sterbeitz, que durante seis décadas había regentado un puesto de salchichas con su esposo en el centro de la ciudad.

Para poder aprovechar el descuento de la tarjeta de mayorista, por desgracia también tenían que llevarse a la propia señora Sterbeitz, que sufría una leve demencia. Las tías lo disimulaban a la perfección. Los descuentos al por mayor resultaban demasiado tentadores. Además, también había una sección de productos pasados de fecha, pero que todavía podían consumirse sin reparos. Para alegría de sus tías, que consideraban que las fechas de caducidad eran un gran engaño de la industria alimentaria, estos productos se ofrecían a un precio especialmente reducido.

El mercado mayorista estaba en Vösendorf, un polígono industrial al que en teoría podía llegarse a pie desde el edificio de Dionys Schönecker Gasse, pero que resultaba inalcanzable para las tías porque para ello había que cruzar grandes carreteras, pasos peatonales subterráneos, pasos peatonales elevados, las vías del tren de cercanías y otras fuentes de peligro en el espacio público. Además, pretendían comprar mucho más de lo que podían acarrear. Y también había que llevar a la señora Sterbeitz con su tarjeta. Lorenz, que compartía la debilidad genética de los Prischinger por las ofertas, enseguida accedió a llevarlas en coche, sin saber lo que le esperaba.

—No creo que el señor consejero siga yendo al puesto de salchichas ahora que ya no estoy —le dijo la señora Sterbeitz a Lorenz cuando la ayudó a subir al ascensor.

—Hay que asegurarse de separar las servilletas cuando están secas. A nadie le gustan las servilletas pegadas —dijo cuando Lorenz le ató el cinturón.

—Hoy no hará buen tiempo —afirmó cuando se pusieron en marcha—. Cuando hace mal tiempo hay que preparar suficientes *debreziner*. La gente prefiere las *debreziner* cuando hace malo.

—La verdad es que no sé qué buscan en mi puesto de salchichas —le susurró a Lorenz mientras cada tía cogía un carro. Y eso que los carros de aquel mercado tenían el doble de capacidad que los de los supermercados normales.

—¿Cómo van a saber cómo se hace una buena salchicha con queso si ni siquiera comen cerdo? —le preguntó a Lorenz mientras las tías calculaban en la sección de verduras cuántos pimientos podían consumir esa semana y cuántos prepararían para congelar, porque cada bolsa de diez era un treinta por ciento más barata. Ni siquiera un restaurante húngaro consumía tantos,

pensó Lorenz, mientras las tías metían bolsas y bolsas de pimientos en el carro y la señora Sterbeitz le transmitía sus quejas.

—¡Solo se puede servir una buena salchicha con queso cuando se han probado suficientes! Hay que saber lo crujiente que debe ser la piel y cómo tiene que salir el queso del interior —se lamentó, y se agarró del brazo de Lorenz.

Dos largas horas después, cuando por fin se pusieron a la cola de la caja, la señora Sterbeitz había conseguido que Lorenz tuviera unas terribles ganas de morder una salchicha con queso, y que al mismo tiempo sintiera ganas de vomitar con solo pensar en productos cárnicos.

La cola suponía veinte minutos de espera.

—Me parece verlo todo doble —dijo Hedi a los cuatro minutos.

—Yo también lo veo todo borroso —dijo Mirl.

—Tenemos el azúcar por los suelos —afirmó Wetli.

—Pues claro —contestó Mirl—. Tiene que ser eso.

—Antes de salir hemos comido una buena ración de tortitas con compota de ciruelas. Y dos horas antes hemos desayunado ocho huevos duros —constató Lorenz perplejo.

—Hay que tener cuidado con los pepinillos en vinagre. Ningún pepinillo se parece a otro. Al consejero no le gustan los que llevan mostaza. Y al actor honorífico hay que secárselos antes. Muy pocos los quieren picantes —dijo la señora Sterbeitz.

Las tías sacaron de los carros un paquete familiar de bollitos de pan, una bandeja grande de emmental y un bote de mayonesa, y empezaron a preparar bocadillos.

—Pero si todavía no lo hemos pagado —protestó Lorenz.

—Toma, cómete un bocadillo, te nos vas a desmayar —dijo Mirl tendiéndole uno. La mayonesa rebosaba por los bordes.

—No, gracias, no tengo hambre.

Wetli se lo pasó a la señora Sterbeitz.

—Tome, señora Sterbeitz, un puñado de hidratos de carbono para usted —le dijo. La anciana dio un mordisco. Las cuatro señoras masticaron felices y satisfechas sus bocadillos mientras Lorenz se esforzaba por actuar como si aquello no fuera con él.

Al recordar aquella excursión y las tres horas que sus tías habían superado

gracias a una comida copiosa y no sin miedo a una bajada de azúcar, tuvo un mal presentimiento. Sin las tías, las posibilidades eran bastante mejores, y si algo salía mal, él sería el único que se vería en un aprieto, no la familia entera; y en realidad ya estaba tan metido en su propio aprieto, que le daba igual lo que le pasara.

Al día siguiente, Lorenz fue con la ruta impresa en la mano a la cocina, donde las tías estaban sentadas juntas. Cada una parecía lidiar con el duelo a su manera. Mirl se aferraba a su taza de té. Wetti leía libros sobre la flora y la fauna de Montenegro. Hedi preparaba provisiones para el viaje.

—He estado pensando —dijo Lorenz—. El viaje es largo. Si voy solo, será más rápido. Es lo mejor para todos.

Las tías lo miraron en silencio. Mirl bebió un sorbo de la taza, Wetti cerró el libro. Hedi puso el cuchillo bajo el chorro del grifo, lo secó con el trapo y lo metió en el taco.

—Entiendo que pienses así —dijo Hedi—, pero no es lo mejor para todos. Yo cerré su libreta de ahorros sin decirle una sola palabra. Le prometí enterrarlo en Montenegro. Aunque estuviera segura de que moriría antes que él, lo prometido es deuda. Iré contigo.

Mirl dejó la taza en la mesa.

—Cuando le conté que me divorciaba de Gottfried porque me engañaba, Willi se ofreció a romperle todos los huesos que yo quisiera. Me detalló cómo lo haría y estaba dispuesto a recibir clases de boxeo de un amigo de la piscina. Imaginármelo me ayudó más que cualquier tipo de compasión.

Wetti puso las manos sobre el libro.

—Por desgracia, no tengo ninguna anécdota que contar, pero veo las cosas en un contexto más amplio. No enterramos a nuestros muertos solo por ellos, sino sobre todo por nosotros. El ser humano necesita despedirse. Por eso los judíos observan siete días de *shiv'ah* después del entierro, para dar espacio al duelo. Nuestro *shiv'ah* solo durará de once a trece horas, pero creo que es importante recorrer el camino. Para todos.

Lorenz todavía tenía en la mano la ruta impresa. En caso de que las tías le llevaran la contraria, se había propuesto explicarles en qué puntos del trayecto podían enfrentarse a obstáculos y problemas: las gasolineras, los pasos fronterizos, las malas carreteras. Pero sus reparos habían perdido fuelle.

—De acuerdo —dijo Lorenz—. Estamos todos en el mismo barco.

Mirl volvió a centrarse en su taza de té, Wetti abrió el libro de historia natural y Hedi cogió un cuchillo cebollero. Sobre los fogones borboteaban

cuatro cazuelas, el horno calentaba algún tipo de gratinado, y a pesar de ello, la encimera estaba llena de ingredientes sin cocinar.

—Pero ya sabéis que el viaje durará trece horas, no trece días. ¿A qué viene tanta comida? —preguntó.

—Estamos cocinando un poco de más porque no sé cómo estaré cuando volvamos —dijo Hedi apoyándose un poco en la encimera—. Ahora estoy más o menos bien. Hay cosas que hacer. Pero realmente no sé qué pasará cuando vuelva y él no esté. ¿Entiendes? Tengo miedo de que se me caiga el alma a los pies —dijo en voz baja.

—Entiendo —murmuró Lorenz, y se sentó a la mesa con una tabla de cortar y un cuchillo—. Dadme algo para picar.

El señor Ferdinand llamó un día después. Lorenz quería pasarle el teléfono a Mirl, pero el carnicero le pidió hablar de hombre a hombre.

—Señor Lorenz —dijo—. Creo que su tío ya está listo.

—Gracias —dijo Lorenz—. ¿Cuándo podemos recogerlo?

El señor Ferdinand le informó de que estaría a partir de las cuatro de la mañana en la tienda para despiezar un cargamento de cerdos. Lo más seguro sería que sacaran a Willi de la cámara frigorífica antes de que amaneciera y que salieran de la ciudad protegidos por la oscuridad.

—¿Quién era? —gritó Hedi desde la cocina cuando Lorenz colgó.

—El señor Ferdinand.

—¿Y qué ha dicho? —preguntó Mirl.

—Te manda saludos —contestó Lorenz—. Y me ha dicho que Willi... — Lorenz se detuvo. ¿Cómo expresarlo de forma correcta?

—¿Sí, mi chico?

—Que Willi... —volvió a intentarlo Lorenz.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Wetti.

—¡No! —dijo Lorenz—. Está... está preparado.

Las tres lo miraron con los ojos muy abiertos.

—Eso significa que podemos salir mañana —dijo Lorenz con tanta calma como le fue posible. Y de pronto las tres tías echaron a correr al mismo tiempo.

—Tengo que ir a Wiedner Hauptstraße a recoger el pasaporte —exclamó Mirl y voló hacia el ropero.

—Traeré los abrigos de piel del trastero para no enfriarnos. El aire

acondicionado es uno de los principales motivos del aumento de muertes por gripe —dijo Wetti, y rebuscó la llave del sótano.

—Yo empaquetaré la comida —dijo Hedi.

—¿Y yo? —preguntó Lorenz. Pero nadie le prestó atención.

Fue al salón y se sentó en la butaca de Willi, a la que se le podía reclinar el respaldo y desplegar el reposapiés con solo estirar lo bastante fuerte de los reposabrazos. Aquel sillón de orejas había sido el santuario de Willi. Lo había ganado mucho tiempo atrás en la tómbola de Navidad de su equipo de fútbol preferido, el Rapid Wien. Lorenz no sabía si Willi veneraba tanto la butaca porque ese año el Rapid había ganado el campeonato o porque era lo único que había ganado en toda su vida; solo recordaba que había estado cubierto con un plástico durante años. Después, el plástico se había sustituido por distintas fundas. Willi solo aprovechaba la posibilidad de reclinar el respaldo en contadas ocasiones por miedo a romperlo. Lorenz apoyó las manos en los reposabrazos.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Hedi en ese mismo instante. Lorenz se sintió como si lo hubieran pillado cometiendo una atrocidad.

—He repasado la ruta mentalmente.

—¿Y bien? ¿Ya te la sabes de memoria?

Lorenz asintió.

—Bien —dijo Hedi, y regó las plantas del alféizar.

—¿Tía Hedi? —preguntó con prudencia—. ¿Cómo estás, de verdad?

—¿Quieres un poco de rakia?

Hedi abrió uno de los armarios bajos del conjunto de roble del salón, sacó el rakia de Willi y sirvió dos vasos hasta el borde.

—¿Conoces la historia de cómo nos conocimos Willi y yo? —preguntó de repente.

—Era paciente en el hospital donde trabajabas.

Hedi asintió.

Por lo general, las tías no eran especialmente habladoras con respecto al pasado. «Hace mucho de eso», decían siempre. «A quién le importan esas viejas tonterías» era otra de las excusas habituales. «Dios mío, no me acuerdo» decían siempre que alguien intentaba sonsacarles algo. Solo desvelaban recuerdos muy de vez en cuando y siempre era como de pasada. Lorenz bebió un sorbo de su rakia con cuidado.

—Para serte sincera —dijo Hedi con una sonrisa cansada—, al principio Willi me daba igual. Era mi paciente, pero simplemente estaba ahí tumbado.

Enyesado de los pies a la cabeza, no decía ni una sola palabra. Eso fue después del accidente de tráfico. Pronto estuve segura de que había sufrido daños permanentes en el cerebro. Le hablaba bastante pero no reaccionaba nunca, ni siquiera cuando le cambiaban el vendaje de la cara. A pesar de que dolía, y mucho. Simplemente estaba ahí tumbado como si ya solo esperara a morir.

Lorenz siempre se había imaginado que, al ver a Hedi entrar en su habitación, Willi habría hecho una demostración de fuerza agarrándose al asidero de la cama o la habría impresionado de alguna otra manera. Siempre había creído que su práctica tía Hedi, que no podía pasar ni tres minutos sentada sin organizar, preparar o terminar algo, se había enamorado de la fuerza de Willi, de aquellos brazos que demostraban que podía coger el toro por los cuernos. En la imaginación de Lorenz, el idilio de Willi y Hedi había sido como de cómic, con Willi haciendo de Popeye y Hedi, de Olivia. Solo que sin espinacas. A ninguno de los dos les gustaban.

—Al principio creía que tenía el cerebro afectado. Hoy en día eso se ve en las imágenes. Pero antes no se podía ver dentro de la cabeza. Además, entonces tenía otras preocupaciones. No te haces una idea de lo joven, inocente e idiota que era.

No, lo cierto es que era incapaz de imaginar a una Hedi joven, inocente e idiota.

Lorenz no sabía cómo se habían conocido exactamente. Solo había oído la historia de cómo se habían convertido en pareja.

Después de recibir el alta del hospital, Willi encontró trabajo en un taller mecánico cerca de allí; trabajó día y noche hasta convertirse en el empleado más diligente de la empresa y consiguió que el jefe le dejara su motocicleta Puch con sidecar. Willi se presentó inmediatamente en el hospital con la moto para invitar a Hedi a una excursión, como agradecimiento por sus cariñosos cuidados. Hedi le dio calabazas. Willi no se rindió. Siempre que conseguía prestada la moto con sidecar, esperaba delante del hospital o de la residencia de enfermeras e intentaba convencerla para ir de excursión. En cada uno de sus intentos, le exponía un nuevo motivo para acompañarlo:

—Quiero devolverle lo que hizo por mí —le dijo en abril.

—He percibido una conexión entre nosotros —argumentó en mayo.

—¡Hace demasiado bueno para quedarse en casa! —insistió en junio.

La respuesta de Hedi siempre era la misma: no. Llegó el calor, llegó el frío, llegó el invierno, volvió el calor, y cuando Willi ya estaba a punto de

rendirse, de pronto accedió, cogió su abrigo y su pañuelo para la cabeza y se sentó a su lado.

Contra todo pronóstico, a Hedi le gustó la excursión. Y ese acontecimiento único pronto se convirtió en rutina.

Siempre que el tiempo lo permitía, exploraban el sur de Estiria. Visitaban bodegas y miradores, y hablaban mucho sobre política. Después de algunas semanas, Hedi compró su primer pintalabios, unos meses después Willi quiso sorprenderla con algo especial y compró entradas para un circo rumano que estaba de gira por el sur de la región. Sus compañeros del taller le habían hablado maravillas de él. Chicas que volaban por los aires como hadas, un gigante musculoso que tragaba fuego, todo tipo de animales salvajes comportándose como gatitos y cachorritos. Willi pensó que eso le gustaría a Hedi, que trabajaba día y noche en el hospital y estaba siempre rodeada de enfermos. El corazón le dio un pequeño vuelco a Hedi cuando Willi le presentó la sorpresa.

Desde la muerte de Nenerl, Hedi no le había hablado a nadie de él. Ni siquiera al sacerdote en confesión. Así que Hedi se subió al sidecar con el corazón en un puño. La entrada a la carpa pasaba junto a los carromatos de los artistas y las jaulas de los animales. Vio camellos, perros... y entonces se quedó de piedra. Un poco apartado del camino que recorrían los asistentes, relegado a la tercera fila, vio un oso. No estaba enjaulado, solo estaba atado a una estaca con una cadena de hierro forjado. El susto paralizó a Hedi, que se agarró a la mano de Willi. De pronto vio a Nenerl ante sus ojos tan nítidamente como no lo había visto en años.

A Willi también se le heló la sangre al ver al oso atado a la estaca. Durante los últimos años, Rudolph había luchado cada vez más contra la presencia de osos en los circos. Para Fanny, esa tortura había sido uno de los principales motivos para involucrarse en la defensa de los animales.

Sin decirse nada, en ese momento Willi y Hedi sintieron el mismo dolor por todo aquello en el mundo que no era como debía ser.

Que los animales estuvieran allí donde no les correspondía estar, y que las personas que debían estar allí ya no estuvieran.

—¿Nos vamos? —le preguntó Willi a Hedi sin darle ninguna explicación. Ella tiró de él en dirección contraria, se marcharon de allí juntos a toda velocidad.

Willi no se detuvo hasta cuarenta minutos después, en un puesto para ciclistas donde compraron limonada y la bebieron en silencio. Ninguno de los

dos estaba preparado para contarle al otro lo que había experimentado al ver al oso. Y sin embargo, ese día se convirtieron en una pareja que acordó sin palabras entenderse mutuamente sin saberlo todo del otro.

—Tuvimos una buena relación —siguió contando Hedi—. Puede que nunca fuera un gran amor romántico, pero siempre nos entendimos el uno al otro. Construimos una buena vida juntos, en invierno íbamos a esquiar, en verano, al lago Neusiedler, criamos a Nina. Me prometió ser siempre bueno conmigo. Y lo fue.

Y entonces se bebió de trago el rakia, se levantó, cerró la botella enérgicamente y regresó a la cocina.

—Tenemos que comprar rakia en Montenegro, ya casi se nos ha acabado y nunca le pregunté a Willi dónde lo venden en Viena —dijo al salir.

Lorenz se levantó a duras penas del sillón orejero y se puso el chaleco para ir al supermercado a comprar dos paquetes de bebidas energéticas.

Y llegó la hora de partir hacia Montenegro.

Lorenz daba vueltas, parpadeaba. El despertador todavía no había sonado. Pero por alguna razón le parecía que había demasiada luz en la habitación. Parpadeó una vez más, cogió el móvil, y cuando vio la hora, se levantó de un salto.

5:03.

¿Cómo era posible? Antes de dormir había puesto el despertador con una melodía humana a las 3:50, a las 4:05 y a las 4:10, y otra alarma especialmente estridente a las 4:15, por si acaso.

Corrió al cuarto de Hedi.

—¿Tía Hedi?

Encendió la luz, la cama estaba vacía. Lorenz corrió a la cocina, encendió la cafetera automática sin pensarlo y, mira tú por dónde, la máquina tosió, escupió y se atragantó como si quisiera demostrar que seguía viva.

—¿Lorenz? —susurró una voz adormilada.

Lorenz se volvió. Tenía detrás a Hedi completamente encorvada.

—¿Has dormido en el sofá? —preguntó Lorenz.

Hedi asintió.

—La cama todavía huele demasiado a Willi.

—Nos hemos dormido —dijo Lorenz nervioso—, ya son más de las cinco.

¡Vamos tarde!

Hedi lo miró incrédula.

—Quizá deberíamos salir mañana —dijo Lorenz mirando fijamente la cafetera, ya que, efectivamente, la lucecita verde bajo la tecla de la taza de café se había encendido.

—¿Ese trasto vuelve a funcionar? —preguntó Hedi.

Lorenz cogió una taza y la puso bajo los dispensadores. Tanto Hedi como él dieron un saltito asustados cuando se oyó un plop en el interior, como si se hubiera soltado algo que llevara mucho tiempo atascado, y entonces sucedió el milagro: el agua se convirtió en café.

—Jesús —dijo Hedi—, es una señal de Willi, tenemos que salir de inmediato.

Lorenz todavía miraba perplejo la cafetera. Entonces fue al cuarto de Nina, se vistió, cogió la bolsa de viaje y casi chocó en el pasillo con Hedi, que salía de la despensa con la neverita en la mano.

—Tú vete donde el señor Ferdinand y mete a Willi en el coche, yo me ocupo de todo esto.

—¿Dónde está la llave del coche?

—La tenías tú.

Lorenz había lavado el coche, puesto gasolina, y comprobado el aceite y los neumáticos. Pero ¿dónde estaba la llave?

—¡Mierda! —renegó Lorenz.

—¡Esa boca! —dijo Mirl, que justo entraba por la puerta en ese momento. Lorenz rebuscó en el cuenquito de la cómoda.

—La llave no está.

—Tus quejas tampoco la harán aparecer —dijo Wetti, que entró detrás de Mirl.

Lorenz se llevó la mano al bolsillo del pantalón. De pronto tenía la llave. Cogió la bolsa y bajó por las escaleras.

Tal como habían acordado el día anterior, primero dio una vuelta a la manzana con el Panda antes de aparcar junto a la entrada de servicio de la carnicería.

—¿Dónde se había metido? —El señor Ferdinand parecía nervioso. Le sostuvo la puerta, luego corrieron juntos a la cámara frigorífica. Lorenz cerró un momento los ojos. Cuando se atrevió a mirar a Willi, se dio cuenta de que simplemente estaba un poco más pálido.

—Bueno, pues allá vamos —dijo Lorenz, se sacó los guantes del bolsillo

de los vaqueros y quitó el freno de la silla de ruedas.

El señor Ferdinand iba delante para asegurarse de que no había moros en la costa. Lento, pero seguro, Lorenz maniobró con la silla de ruedas por los pasillos de las cámaras frigoríficas; respiró aliviado cuando salieron a la calle.

—¿Dónde os habíais metido? —apremió Mirl. Las tías ya habían colocado el equipaje en el maletero, Wetti y Hedi estaban en el asiento trasero listas para salir, envueltas en gruesos abrigos de piel: Hedi detrás del copiloto, Wetti en el centro.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó Wetti cuando Lorenz abrió la puerta de detrás del conductor.

—¡Habrás que meter al tío Willi!

—¡Ese es mi sitio! —dijo Mirl.

—¿Y dónde lo vamos a sentar si no? —preguntó Lorenz.

—¡Pues en el asiento del copiloto! —vocearon las tías a coro.

—¿Os habéis vuelto locas? ¡Ahí lo van a ver enseguida!

Hedi bajó la ventanilla y le tendió una gorra y unas gafas de sol.

—¡Pónselas!

—¡Esto es absurdo! —dijo Lorenz, mientras el carnicero le quitaba la gorra y las gafas de sol y se las ponía a Willi.

—He traído un poco de polvos bronceadores para la cara —dijo Wetti.

—Esto es profanación de cadáver —murmuró Lorenz sobrepasado.

—Las funerarias siempre maquillan a los muertos. Hay gente que se dedica a eso profesionalmente —dijo Mirl.

—Su tía tiene razón —dijo el señor Ferdinand—. Cuando mi señora madre nos dejó a los noventa y ocho años, en la funeraria la pintaron de una forma tan espantosa que no la reconocíamos. Parecía una travesti, fue una vergüenza. Y encima nos pidieron tres mil chelines.

—¡Hay que ver! —dijo Mirl. El señor Ferdinand se sonrojó.

—Nos mareamos si nos sentamos delante mucho tiempo —dijo Hedi en tono de súplica.

Lorenz empujó la silla de ruedas hasta el lado del copiloto. Esa vez, cuando agarró a Willi por debajo de los brazos, sintió un escalofrío. Contaba con que el cadáver se habría enfriado, pero no estaba preparado para un frío tan penetrante.

Las suelas de los zapatos de Willi resbalaron sobre el suelo cuando Lorenz se dejó caer sobre el asiento del copiloto con su tío sobre el pecho. Se apoyó con el pie en el borde de la puerta para deslizarse más dentro del coche. A

pesar del esfuerzo, intentó no hacer ruido y, finalmente, comprobó sudado y aliviado que Willi estaba erguido en el asiento. Le ató el cinturón. Mirl cerró la puerta del copiloto desde fuera y rodeó el coche hasta el lado del conductor, donde el señor Ferdinand se pasaba la mano por el pelo ralo.

—Gracias por todo —dijo Mirl, y le tendió la mano.

—Por usted lo que sea, señora Maria Josefa —dijo, e insinuó un prolongado beso en el dorso de la mano—. Espero que tengan un buen viaje. Y que regresen pronto.

—Gracias, eso espero yo también.

El viejo carnicero parecía un adolescente asaltado por las hormonas por primera vez. A Lorenz le dio pena. Mirl le rompería el corazón. Las mujeres siempre les rompían el corazón a los hombres. Pero en aquel momento esa no era la cuestión. Arrancó el motor y metió la marcha mientras el señor Ferdinand decía adiós con la mano. Lorenz vio en el retrovisor que Mirl apartaba la mirada asustada.

—Está loco —susurró.

Lorenz carraspeó. Si, contra todo pronóstico, ese viaje al sur salía bien, invitaría al señor Ferdinand a una o varias cervezas.

—Allá vamos, Montenegro —dijo, y pisó el acelerador.

Mirl pierde (1972)

Maria Josefa Prischinger, a la que todos llamaban Mirl, nunca había sido capaz de aceptar que las cosas no salieran como ella había pensado, planeado o pretendido. Cuando alguien, o el universo, se interponía en sus planes, no solo se enfurecía, no, se tragaba la rabia con tanto ahínco que jamás se disipaba. No tenía más que recordar brevemente esta o aquella decepción para que la ira volviera a despertar, como la bombilla de una habitación abandonada cuyo filamento sigue intacto sin importar cuánto polvo se haya posado encima.

Su gatita Annabell, por ejemplo, todavía seguía despertando su rabia hacia toda la especie con solo pensar en ella.

Muchos años antes, cuando aún eran niños, la gata tricolor de la granja había tenido exactamente cinco crías y no las amamantó. Wetti encontró a las criaturitas ciegas entre el heno y se las llevó a sus hermanos. Nenerl enseguida vio el potencial para su futuro circo, y les suplicó a sus hermanos que cada uno adoptara una cría y la alimentara con leche hervida.

A Mirl le tocó un gatito atigrado negro y castaño, y a pesar de que todavía no se reconocía el sexo, lo llamó Annabell. Mirl sabía que sería la mejor madre de todos sus hermanos. Era la única que se levantaba por las noches para ver si los gatitos, especialmente Annabell, tenían todo lo que necesitaban. Nunca llevaba a Annabell sobre el hombro, como hacía su hermano mayor Sepp con su gatito de rayas rojas. Tampoco se sentaba durante horas sobre el frío rocío de la hierba, como hacía Wetti con el suyo. Mirl hacía todo lo posible para que Annabell estuviera bien ya que, para ella, Annabell era una muñeca que había cobrado vida y con la que podía practicar para ser una buena madre. Pero precisamente fue el gatito de Mirl el único de la camada que murió. Una mañana, cuando los demás ya rondaban por ahí buscando comida, Annabell seguía en la caja de madera con el vientre hinchado y la lengua colgando. Mirl se negó a salir del ático durante días,

enfadada por que el gatito hubiera muerto, de manera que la madre incluso le pidió al veterinario que subiera a hablar con ella. A Mirl nunca le había caído bien el veterinario, y realmente no entendía por qué Wetti, siempre que oía el rugido del motor de su coche en la carretera, parecido al de un ciervo en celo, corría al establo para ayudarlo. La barba le olía a pescado podrido y tenía la mirada turbia. Por lo tanto, le dio igual que tanto él como el párroco en la letanía dominical le repitieran que Annabell estaba enferma y que seguramente sus órganos no se habían desarrollado como debían. Que por desgracia Annabell no había tenido ninguna posibilidad, esas cosas sucedían en la naturaleza. Que solo los más fuertes salían adelante. Y que no estuviera triste.

Mirl no estaba triste porque Annabell hubiera muerto, estaba furiosa. Furiosa porque Annabell le hubiera arrebatado la oportunidad de demostrar lo buena madre que era. Que el gatito de Sepp también muriera poco tiempo después tampoco cambió nada. Y así fue como Mirl decidió que los gatos no le gustaban. Se convirtió en una amante de los perros, porque los perros eran robustos. Obedecían. Y se podía confiar en ellos.

Menuda faena que Gottfried no fuera un perro.

Sino el marido de Mirl.

Y eso que las cosas empezaron bien. Al principio, Gottfried se había comportado como el caballero de los sueños de Mirl. O mejor dicho, el caballero de las novelas baratas que circulaban por las noches en los dormitorios de la escuela de economía doméstica a la que Mirl había asistido durante cinco años.

Durante la visita de Pascua de los Oberhuber, tras la comida, preparada por Mirl como cada año desde la muerte de Nenerl, Gottfried se levantó con un gesto trascendental. Primero elogió la cocina de Mirl, como lo había hecho antes el señor Oberhuber, y la ensalzó como una cocinera aún mejor que su madre, que por desgracia siempre caía enferma por Pascua. Después le pidió oficialmente permiso a Sepp, como hombre de mayor rango de la familia, para llevar de paseo a Mirl. Sepp no supo qué decir de puro estupor, y Mirl se sintió profundamente avergonzada.

A partir de entonces, cada dos domingos, Gottfried llegaba en su automóvil a la granja para acompañar Mirl a la iglesia. Al principio a ella le resultaban algo embarazosas su corpulencia, su rostro enrojecido y aquellas

manos grandes y carnosas con dedos como salchichas. Los caballeros de sus amigas de la escuela eran esbeltos y sus manos reflejaban un trabajo de verdad. Bajo las uñas llevaban una orla negra, incluso el domingo. Pero entonces Mirl se dio cuenta de que sus amigas ni siquiera se fijaban en los dedos salchicha de funcionario de Gottfried, solo tenían ojos para el automóvil con el que la llevaba de aquí allá, cuyo parabrisas lucía recuerdos de distintos destinos. Gottfried ya había recorrido incluso la ruta alpina del Großglockner en dos ocasiones. Y el relato que hacía del viaje, las empinadas serpentinas, las curvas cerradas, los silbidos de las marmotas, no solo impresionaban a las amigas de Mirl, sino también a sus novios. Para los habitantes de la región boscosa, que solo conocían las montañas por el periódico, las fotos o las películas, todo aquello era espectacular. Y eso sí que le gustaba a Mirl.

Gottfried la conquistó enseñándole una nueva expresión: excursión dominguera.

Mirl aguantaba toda la semana a que llegara el domingo de una vez para poder escapar de la monotonía, el silencio y la soledad de la granja. De niña siempre había albergado la esperanza de que todo volviera a ser como lo describía la abuela, aunque Mirl no lo hubiera vivido: que llegaran extranjeros de todo el mundo para comer en la fonda. Pero desde la muerte de Nenerl, no solo no había aparecido por allí el ancho mundo, sino que había desaparecido lo que quedaba de vida. A Mirl le costaba soportar el silencio. Las miradas ausentes e inquietantes de la madre, que rehuía gracias a las labores domésticas. Sepp llevaba ya mucho tiempo trabajando en Krems. Wetti se pasaba el día entero quién sabe dónde. Hedi había sentido la vocación de hacer el bien y había entrado en el convento a cuidar enfermos. Ya ni siquiera respondía a las cartas que le enviaban. Lo único que alegraba ya a Mirl eran las excursiones domingueras con Gottfried. Se tomaba su tiempo para escoger la ropa adecuada, y arreglaba viejas blusas y vestidos de su madre para ir siempre bien vestida cuando disfrutaban juntos del paisaje o paraban en fondas rurales.

Durante el invierno, Gottfried la visitó menos, porque en cuanto hubo nieve dijo que su automóvil tenía problemas en las carreteras. A cambio, cuando llegó la primavera, la visitó cada vez más, y antes de Pascua, un día la

recogió con las siguientes palabras:

—¡Hoy haremos algo especial, mi queridísima Mirl!

Gottfried había escogido un local de Klein-Wien, un pueblo a los pies del Göttweiger, al otro lado del Danubio. Mirl quiso explicarle cómo llegar allí lo antes posible, pero Gottfried le dio palmaditas en el muslo como si fuera una niña que todavía no hubiera entendido que Santa Claus no era otro que el párroco disfrazado.

—No se trata del camino más rápido, sino del más hermoso.

Así que Gottfried no fue por Egelsee, sino que atravesó Spitzer Graben y después descendió hacia el Danubio. Recorrieron el precioso valle de Wachau hasta el puente de Mautern, y Mirl, que nunca antes había cruzado un puente en coche y no confiaba del todo en aquella estructura de acero, no pudo evitar cerrar los ojos. Gottfried se echó a reír.

—Venga, no me seas pueblerina —dijo.

Mirl sintió una gran vergüenza y se obligó a hacer de tripas corazón y contemplar el Danubio, bañado por la suave luz del sol.

El automóvil se deslizó por los viñedos de Mautern pasando junto a las antiguas callejas de bodegas, en cuyos bancos los viticultores que regresaban de la iglesia se emborrachaban como todos los domingos, hasta llegar a una vieja fonda donde aparcaron bajo un castaño centenario.

Al entrar, Mirl se quedó impactada: nunca antes había estado en una fonda tan elegante. Los camareros llevaban incluso uniforme, los menús estaban encuadernados en piel, manteles blancos, servilletas de tela y velas auténticas en las mesas. El camarero con el uniforme más vistoso los condujo a su mesa, y Mirl se quedó asombrada de que conociera a Gottfried por su nombre.

—Bienvenido, señor funcionario Oberhuber.

Mirl casi se sonrojó cuando se dirigió a ella:

—¿Y qué desea la dama?

Antes de que se viera en un apuro, Gottfried ya había pedido por ella. El camarero le hizo una reverencia.

—Magnífica elección, señorita.

Quiso preguntarle a Gottfried qué era lo que le había pedido. El dueño del local se acercó a su mesa. Él también saludó afectuosamente a Gottfried.

—Qué alegría que haya decidido visitarnos en este día tan importante —dijo. Mirl no entendía nada.

Cuando trajeron la comida, no se atrevió a preguntar qué era un «áspic», una «mousse», o ese «bouquet» que Gottfried mencionaba cada vez que bebía

de su copa de vino. Mirl no quería que volvieran a llamarla pueblerina. Ya de pequeña había tenido cuidado de no encallecerse las manos. Después de largos días de trabajo, las sumergía en agua caliente y después se las untaba con grasa. Mirl sabía cocinar, hornear, planchar, bordar, limpiar y escribir correctamente. Era una ama de casa idónea para la ciudad, no una pueblerina.

Comió en silencio, con cuidado de sentarse erguida, y se asombraba una vez más de que Gottfried fuera capaz de hablar sin cesar mientras masticaba. No importaba cuánta carne tuviera en la boca, de todos modos seguía contándole sin interrupción detalles de su trabajo en el ayuntamiento, de su voluntariado en la unión deportiva y de los grandes progresos que estaba haciendo la sección de baile deportivo gracias a su labor como tesorero. Mirl se fijó en algunas palabras: subsecretario, consejo ministerial, jefe de sección, secretario, representación proporcional, y se propuso buscarlas en el diccionario la próxima vez que fuera a Krems. O preguntarle a Sepp, que con el tiempo había aprendido a hablar el dialecto funcional de forma tan incomprensible como Gottfried.

El plato principal se llamaba «solomillo Wellington»; Mirl aprendió que se trataba de una pieza de ternera demasiado cruda para su gusto, cubierta de una mezcla de cebolla y champiñones, y envuelta en hojaldre, que por desgracia se servía con espárragos. Mirl odiaba los espárragos como el diablo el agua bendita. Era muy sensible a los olores, por lo que con solo pensar en la siguiente visita al lavabo, le entraron ganas de vomitar.

—¡Delicioso! —exclamó Gottfried, mientras Mirl se esforzaba por tragar la comida consciente de su deber. Por suerte, el tenedor de Gottfried exploraba constantemente su plato.

—¿No te gusta? —le preguntó, y antes de que ella pudiera responder, ya se había llevado media ración de Mirl a la boca.

Después de dejar limpios ambos platos, se aflojó un agujero el cinturón. Se recostó satisfecho y Mirl constató una vez más que Gottfried, que ya de niño, durante la peor hambruna de Austria, tenía una barriga descomunal, se convertiría en un hombre obeso con la edad. Su camisa estaba tan tensa que se le veía el vientre entre los botones; Mirl se asustó, porque tenía la barriga llena de pelos que incluso asomaban por entre los ojales de la camisa. Cuando los soldados rusos se quitaban las camisas en los días calurosos para lavarse con el agua helada del pozo, había descubierto que los hombres a

veces estaban cubiertos de vello. Pero Gottfried era distinto a los rusos. No tenía una poblada barba negra ni pelo negro rizado, sino que se estaba quedando calvo. Mirl se preguntó por qué la naturaleza era tan injusta con Gottfried, haciendo que le creciera en el vientre lo que en realidad correspondía a su cabeza.

Por suerte, el camarero enseguida sirvió el postre y distrajo a Mirl de mirar la barriga de Gottfried tan indisimuladamente. Se trataba de una crema de color chocolate en un vaso alto. Mirl cogió la cuchara y se llevó a la boca una buena cantidad del dulce, pero de pronto sintió algo raro.

Tenía metal en la boca.

Mirl entró en pánico.

¿Cómo reaccionaría Gottfried si escupía en la servilleta en un restaurante en el que lo conocían? Por el rabillo del ojo vio que, justo en ese momento, todo el personal la estaba mirando.

—¿Te pasa algo? —preguntó Gottfried.

Mirl esbozó una sonrisa torturada y pensó en tragarse el metal sin más. En una ocasión, Nenerl había convencido a Wetti para apostar quién recuperaba antes unas fichas de parchís que debían tragarse. Y había ganado él, porque antes les había birlado a los rusos ciruelas secas, que aceleraban muchísimo la digestión.

Mirl decidió masticar el objeto extraño. Al apretar la mandíbula con decisión, se le rompió un diente. Torció el gesto con gran dolor y sin embargo, se sintió orgullosa de no haber gritado.

—Mirl, querida, ¿tienes algo en la boca? —preguntó Gottfried.

Mirl negó con la cabeza. Se le inundaron los ojos de lágrimas cuando el azúcar del postre le llegó al nervio.

—Por el amor de Dios, Maria Josefa, escúpelo —dijo Gottfried con seriedad, y cuando Mirl obedeció, vio un anillo embadurnado de chocolate en su servilleta, con una enorme piedra brillante engastada. Y a pesar de que tendría que haber sido el momento más feliz de su vida, no pudo evitar pensar en Nenerl corriendo triunfalmente por ahí con las fichas recién expulsadas sobre una servilleta.

—Jesús —dijo.

—Jesusmariayjosé —dijo él—. ¿Y bien, aceptas?

Y cuando Mirl asintió patidifusa, Gottfried se inclinó para besarla. Sabía a espárragos y ajo. Todo el local aplaudió.

La vida de Maria Josefa Prischinger como señora Maria Josefa Oberhuber

comenzó con un dolor de dientes.

En sus cartas a Hedi, Mirl naturalmente aseguraba que enseguida había sabido que el metal que tenía en la boca era un anillo, y que no podía creer su suerte, y que después Gottfried se había arrodillado, y que había sido la pedida de mano más perfecta del mundo.

Por desgracia no había podido contarle esa historia a Wetti. Inmediatamente después de que se anunciara el compromiso, su hermana había exclamado:

—¡Pues nada, márchate tú también! ¡Dejadme todos en paz!

Y acto seguido había salido de la casa y se había escondido durante días. Mirl se lo tomó bastante a mal. Sepp no tenía sentido alguno del romanticismo. Recibió la noticia del compromiso de Mirl con una simple sonrisa para después volver a desaparecer tras el periódico. Y la madre año tras año se distanciaba más del mundo; parecía más interesada en arrancar a cámara la lenta las hojas de un ramo de flores seco que en la noticia de su hija.

Sin embargo, todo iba según el plan de Mirl. Había conseguido su boda de ensueño, su esposo bien situado salido de los mejores círculos sociales, y sobre todo: pudo trasladarse a la ciudad.

El ajuar de Mirl consistía en un par de pacas de lino de la región boscosa. La tía Christl, que se encargó de prepararlo, quiso darle también las sillas buenas del comedor de la fonda, así como un armario de madera de casi doscientos años. El padrino de Mirl se había ofrecido a construirle una cama de matrimonio maciza. Una tan fuerte y enraizada en la tierra como el roble que utilizaría, para que el matrimonio fuera tan estable como sus raíces y fértil como las hojas verdes que brotaban año tras año. Mirl no podía creer su suerte, pero Gottfried la había rechazado.

—En nuestra casa de Viena ya habrá suficientes muebles —se limitó a decir.

La familia de Gottfried había comprado a la joven pareja un piso antiguo en Wiedner Hauptstraße que estaba vacío desde la guerra y que ya entonces llevaba mucho tiempo sin rehabilitarse. Pero con una buena obra, decían, seguro que se convertiría en un magnífico *bel étage*. Mirl no sabía lo que era un *bel étage* ni dónde quedaba Wiedner Hauptstraße, solo pensaba que todo

aquello sonaba muy elegante.

En cambio Gottfried no dejaba de quejarse sobre el estado de las paredes, las tuberías, el dinero que costaría renovarlas y que él habría preferido vivir en un edificio nuevo. A Mirl le daba igual si era nuevo o antiguo, lo importante era que estuviera lejos, muy lejos de su hogar hasta entonces, donde todavía veía la sombra de Nenerl demasiado a menudo. Incluso ahora, más de quince años después de su muerte, a veces olvidaba que el ruido de ramas partidas no lo causaba Nenerl haciendo malabarismos sobre ellas para recoger las frutas más maduras de los árboles antes de que las descubrieran los pájaros.

A Mirl le dolía haber rechazado la cama de su padrino. Intentó que Gottfried cambiara de opinión en varias ocasiones, pero él le aseguró que ya había encontrado y pedido la cama de matrimonio perfecta. No quiso desvelarle si era maciza ni de qué madera, como tampoco le dio ningún otro detalle de la decoración. Gottfried pretendía sorprenderla con la casa terminada. Y cuando cruzaron el umbral en su noche de bodas, Mirl vio confirmada su animadversión.

Gottfried daba mucha importancia a estar a la última, como él decía. Solo que «a la última» no era necesariamente aquello que Mirl consideraba «acogedor». El inmenso sofá de piel sintética del salón era pegajoso al tacto, y no quiso ni imaginarse cómo sería sentarse en él en verano con los muslos desnudos. El papel pintado tenía un estampado naranja y marrón, la cocina era verde menta y la cama, para espanto de Mirl, era redonda. Enfrente había un espejo inmenso. Enseguida intuyó que todas las noches le quitaría el sueño la pregunta de si la lámpara de araña que colgaba sobre la cama estaría bien atornillada. La espada de Damocles personal de Mirl tenía ocho engastes para bombillas con forma de vela y tres pisos de colgantes de cristal.

—¿Dormiremos los dos en esta cama? —preguntó con voz ronca.

—No dormiremos mucho, te lo prometo —dijo Gottfried, y la lanzó sobre la cama mientras ella gritaba del susto—. En la alcoba soy un animal.

De todas las promesas que Gottfried le hizo a su esposa el día de su boda, la mayoría resultarían ser mentira. Pero esa promesa sí la cumplió.

Gottfried no solo quería hacerlo en el dormitorio. Gottfried quería hacerlo en todas partes. Hasta entonces, Mirl había creído que las obligaciones

conyugales se cumplían en la cama, y además con la luz apagada, antes de dormir y, sobre todo, lo más silenciosamente posible. La tía Christl le había explicado que era así como se tenían niños.

Y al no haberse quedado embarazada medio año después de casarse, Mirl se preguntó si la bendición de los niños se les negaba porque Gottfried deseaba todas aquellas obscenidades, en lugar de cumplir con su obligación por las noches antes de dormir, con la luz apagada y en silencio, como un buen esposo.

Lo que más le gustaba era que se arrodillara delante de él.

—Un pandero espectacular —decía con un gruñido de satisfacción, y Mirl hacía un gran esfuerzo por no pensar en los ruidos que hacían los cerdos en la pocilga cuando les echaban corazones de manzana en el comedero.

A veces no lo oía llegar a casa porque había subido el volumen de la radio. En cuanto sentía su mano en la falda y oía cómo le susurraba al oído «un pandero espectacular», incluso antes de pronunciar su nombre o de preguntar qué tal le había ido el día, sabía que no podría descansar hasta que no oyera su gruñido. En los días buenos, una vez. En los días malos, tantas veces que no parecía un animal, sino una manada.

Mirl pensaba que eso no podía ser sano y se alegraba de que el sacerdote de su nueva parroquia en Paulanergasse al menos le diera la razón cuando se confesaba. Le pedía que le contara con detalle el alcance de las obscenidades. Estaba de acuerdo con ella en que rozaba el límite de la sodomía, pero la animaba diciéndole que por lo menos no vería comprometida su salvación siempre que se confesara a menudo con él y diera cuenta de todo de forma detallada.

Mirl sabía por las conversaciones nocturnas en el internado de economía doméstica que la noche de bodas sería desagradable. Había sido mucho menos terrible de lo que se temía, pero desde entonces esperaba con ansias ese «dulce momento» que las chicas más experimentadas habían prometido como recompensa por el sufrimiento inicial. Una vez instalados en la rutina conyugal, nada era dulce excepto la esperanza de verse recompensada por todos sus esfuerzos con un hijo. En lugar de la ansiada descendencia, sobre todo obtenía incontables oportunidades de lavarse. Porque Mirl odiaba todo tipo de secreciones y, por encima de todo, el olor de Gottfried.

Mirl siempre había tenido un olfato extremadamente sensible. No solía

recordar detalles visuales de las personas, sino sus olores. El veterinario olía a pescado podrido. El párroco, a musgo en descomposición. Wetti olía a heno fresco. Hedi, a azúcar gelatinizante cuando se calentaba para preparar mermelada. Sepp, a calcetines poco usados, su madre, a pelargonias, y Nenerl siempre solía estar envuelto en un delicado aroma a sangre caliente. En cambio Gottfried tenía un olor muy particular.

Un cálido día de verano, cuando Mirl todavía vivía en su casa, fue a la despensa y un olor penetrante casi la derribó. Tenía un toque profundamente ácido y a Mirl le resultaba familiar, pero no era capaz de identificarlo. Estaba sola en casa, porque el internado de economía doméstica había cerrado durante dos semanas por piojos, y tenía que preparar la comida. La madre ya apenas podía mover un dedo sin que el cansancio o el dolor de cabeza le impidieran seguir trabajando. Además, comía menos que un pajarito enfermo. Mirl sabía que nadie se ocuparía de la comida si no lo hacía ella; ni tampoco del hedor en la despensa. Así que se ató el pañuelo sobre la boca y la nariz tan fuerte que le hacía daño, y buscó la fuente de aquel olor fétido. Primero miró debajo de los estantes, en las cazuelas y las cajas, para ver si había algún ratón muerto. Tenía que salir de vez en cuando para coger aire y recomponerse antes de seguir buscando entre las latas, los botes y los sacos, y tardó un buen rato en descubrir la fuente de aquel olor acre y ácido: era una cabeza de repollo que había comenzado a fermentar, ya que estaba colocada de tal forma en la cesta de las verduras que quedaba iluminada por una estrecha franja de sol que entraba por la ventana.

Y exactamente así huele Gottfried cuando está desnudo, pensó Mirl un día.

El aroma a chucrut fue empeorando a medida que Gottfried engordaba. Nunca había sido delgado, pero desde la boda, Gottfried crecía como una masa de pan a la que se había añadido demasiada levadura. Tras el copioso desayuno que Mirl le preparaba todos los días, iba al ayuntamiento, donde acompañaba el almuerzo de la cantina con al menos dos cafés con tarta en la pastelería contigua, para después volver a casa y degustar varias raciones del menú nocturno de tres platos cocinado por Mirl.

Los apetitos de Gottfried colocaron a Mirl frente a un dilema: Gottfried, que parecía carecer de cualquier tipo de sensación de saciedad, caía en un estado comatoso cuando ingería cantidades ingentes de alimentos grasientos. Así Mirl tenía la oportunidad de pasar la velada frente al flamante televisor. Pero para eso tenía que aceptar que engordara más rápidamente aún y oliera

aún más fuerte.

*

Diez meses después de la boda, Gottfried había engordado siete orgullosos kilos y Mirl ya percibía su aroma a repollo fermentado incluso cuando estaba recién duchado. Entonces Mirl empezó a manipular el libro de contabilidad en el que Gottfried anotaba hasta el último chelín que gastaban. Se pasaba días calculando, encarecía los tomates y las patatas, apuntaba productos de limpieza que ni siquiera existían, para ocultar un nuevo gasto: sus compras en la farmacia, donde adquiría todo tipo de hierbas y tinturas que añadía a las comidas, las pomadas o la pasta dentífrica de Gottfried con la esperanza de hacer su olor corporal más soportable. Nada funcionaba. Mirl se planteó incluso llamar a Wetti, que disponía de un conocimiento asombrosamente extenso sobre plantas curativas y sin duda tendría una idea de qué podría mejorar el olor de Gottfried. Pero no lo hizo. Wetti y Mirl apenas habían hablado desde el compromiso. Y Mirl no quería ponerse en contacto con ella solo para pedirle algo.

Gottfried fermentaba. Por las mañanas el olor era tan penetrante que cuando restregaba contra su esposa su barriga aún caliente de la cama, Mirl vomitaba en el fregadero. Eso sucedió varios días seguidos, de manera que Mirl, que jamás se había quejado de Gottfried, decidió por fin explicar la situación a su hermana pequeña, que trabajaba de enfermera en un hospital en el sur de Estiria. Un año antes, Hedi había dejado el convento en el que había creído tener que entrar por la muerte de Nenerl, y ahora vivía en una residencia de enfermeras, así que por fin podía telefonarla.

—Hedi, por favor, ¿puedes preguntar a algún médico? Cuando lo huelo me entran ganas de vomitar —susurró Mirl al teléfono.

—Mirl, ¿cuándo sangraste por última vez? —respondió Hedi, y Mirl se atragantó.

—Ay, Hedi, no.

—Déjate de remilgos. ¿Cuándo sangraste por última vez?

Mirl pensó en la última vez que había pasado toda una semana sin el gruñido de Gottfried.

—Hace mucho.

—Creo que no es cosa de Gottfried. Puede que estés embarazada, Mirlita.

Y de pronto Mirl estaba tan contenta que ni siquiera le molestó que su

hermana pequeña hubiera utilizado ese estúpido diminutivo.

Mirl tardó unos días en informar a Gottfried de que iba a ser padre. Hasta entonces rehuyó sus caricias advirtiéndole de que estaba enferma. Como seguía vomitando por las mañanas, Gottfried la creyó cuando le dijo que algo no iba bien, pero no se le ocurrió que podía deberse a que pronto serían tres. Cuanto más corpulento se hacía, más lento le funcionaba el cerebro. Y sin embargo, parecía que en el ayuntamiento trabajaba bien, porque recientemente lo habían ascendido a subsecretario y ahora tenía poder para gestionar las entradas al despacho del secretario.

Y cuando Mirl, ahora la señora del subsecretario Oberhuber, recibió la confirmación del médico de que efectivamente estaba embarazada, le preparó a Gottfried una comida especial. Cordero con guisantes nuevos, zanahorias baby, maíz dulce y brotes de espinacas. Sacó la porcelana buena, le sirvió una copa de vino tinto, algo que solo hacía los fines de semana, y puso en los platos una servilleta rosa y otra azul claro.

—Imagínate, ¡el nuevo consejo del departamento quiere una libreta de asistencia a la cantina! Realmente quieren que se fiche en los descansos — voceó Gottfried mientras se sentaban a la mesa.

Mirl le sonrió y empezó a comer.

—¿Te gustan los guisantes nuevos? —le preguntó después de un rato.

—Sí. El problema es que a veces hay que esperar una hora en la cantina porque la sopa se ha acabado y tienen que preparar más. O las patatas.

—Hablando de patatas, hoy he preparado maíz dulce, además de los guisantes nuevos y las zanahorias baby.

Gottfried se sirvió un trozo de cordero. Lo cortó apresuradamente.

—En nuestra oficina los descansos no son como en otros sitios. En las instituciones también hablamos de trabajo en las comidas. Nunca puedo descansar. Da igual si es al mediodía o durante el café de la tarde, siempre son cosas de trabajo. ¡Eso no son descansos, son reuniones en marcha!

Mirl puso los ojos en blanco.

—Por cierto, el cordero es la cría de la oveja. A mucha gente no le gusta porque dice que no quieren comer bebés; sobre todo les resulta repugnante a los futuros padres.

Gottfried se detuvo y Mirl pensó que por fin había entendido la alusión, pero se llevó a la boca otro enorme bocado de cordero.

—En la cantina, si tuviera que elegir entre cordero y pescado, escogería el pescado, porque para una carne tan exigente hace falta una cocinera de tu

nivel, cariñito, allí no saben prepararla. Hay días, sobre todo cuando solo hay húngaros en la cantina, en los que la comida es hasta desagradable. Es una vergüenza que el consejo piense que perdemos el tiempo allí voluntariamente.

Mirl suspiró.

—Gottfried, quizá sea bueno que en el futuro hagas menos descansos y trabajes más rápido para llegar antes a casa. Porque vamos a tener un churumbel —dijo. Gottfried se puso rojísimo.

—¿Crees que hago demasiados descansos?

—Señor, dame paciencia —susurró Mirl, antes de exclamar—: Gottfried, me importa un comino si trabajas, llamas por teléfono o te pasas el día entero comiendo tarta, haz lo que quieras. Yo voy a tener un hijo.

Y entonces Gottfried dejó de masticar. La miró fijamente. Siguió masticando, tragó, se levantó, rodeó la mesa, levantó a Mirl y la abrazó tan fuerte que la dejó sin aliento.

—Gottfried, nos vas a ahogar a mí y al bebé —dijo, y Gottfried la soltó con una disculpa y corrió al fregadero para traerle un vaso de agua.

—Perdona, cariñito.

—Gottfried, ¿estás llorando? —preguntó Mirl. Él se limitó a asentir y se pasó el dorso de la mano por los ojos.

—Venga, Gottfried, ¡no es motivo para llorar! —le reprendió cariñosamente, pero Gottfried ya sollozaba a lágrima viva.

—Me alegro tanto —dijo, y la abrazó de nuevo.

Y así abrazados, de forma íntima y cariñosa, Mirl por fin sintió que tenía la vida con la que soñaba desde que era niña.

A partir de entonces Gottfried parecía otro. No volvió a decirle con un gruñido lo espectacular que era su panderero. Cuanto más se redondeaba su vientre, más cariñoso era como marido. Un par de días más tarde, cuando Mirl se levantó por la mañana para prepararle el desayuno, la sujetó de la muñeca, la devolvió con cuidado al colchón, le besó el hombro y dijo una frase que ella jamás habría esperado oír de él:

—Quédate en la cama, tienes que descansar, puedo prepararme el café yo solo.

Aunque diez minutos más tarde volvió a despertarla porque al intentar preparar el café, había decidido prescindir del filtro.

Cuando Mirl estaba de diecisiete semanas, Gottfried no solo había aprendido a preparar café, sino que también sabía dónde estaba la panadería más cercana. A partir de entonces todas las mañanas le traía bollos recién hechos, y cuando Hedi los visitó un par de días en la semana veinte y le explicó que Mirl no debía levantar pesos, Gottfried se hizo cargo de todas las compras.

Hedi también le había dicho a Mirl que debía cuidarse y que ya no debía limpiar tanto, que la casa estaba lo bastante limpia, pero Mirl no era capaz. Cuanto más se acercaba la fecha del parto, más sucia le parecía que estaba la enorme casa. Gottfried tenía la incómoda costumbre de llevar constantemente a casa nuevos adornos y figuras que compraba en subastas de Dorotheum o encontraba en tiendas de antigüedades. Alfombras persas, pantallas de lámparas y aquellas indescriptibles figuritas de porcelana que recibían los elogios de todos los invitados, a pesar de que en realidad lo único que hacían era acumular porquería.

Y como estaba embarazada, pero no enferma, Mirl decidió no dar tregua al polvo tampoco entonces. No aflojaría, no cedería.

Cuanto más le crecía la barriga, con más vehemencia limpiaba. Y un día se dio cuenta de que tenía la tripa tan grande que ya no veía el polvo. Se puso tan furiosa que pasó la aspiradora como si tuviera que castigar al suelo por sus pecados. Hundió el cabezal en las alfombras, apartó las vitrinas para aspirar por detrás, quitó todas las cortinas y las metió en la lavadora.

Cuando Gottfried llegó a casa, corrió asustado por todas las habitaciones hasta encontrar a Mirl en la cama, tumbada con una compresa fría sobre el rostro acalorado.

—Cariñito, ¿qué ha pasado? —preguntó, y comprobó que estaba muy caliente—. Por el amor de Dios, vamos al hospital.

Mirl negó con la cabeza.

—No, todavía no he terminado de limpiar —dijo, y se incorporó—. ¡Estoy estupendamente!

Y justo cuando Mirl estaba de pie sobre la alfombra persa del abuelo de Gottfried, rompió aguas.

Mirl miró hacia abajo.

Gottfried miró hacia abajo.

Mirl permaneció impassible y fue hacia el armario a coger el cubo y el trapo.

—Mirli, ¿qué estás haciendo? —preguntó Gottfried con cautela.

—Si la pongo a remojo enseguida, puedo salvar la alfombra.

—Mirli, ¿acabas de romper aguas? —preguntó Gottfried pálido como un fantasma.

—Primero la alfombra, luego el resto —dijo, y se puso de rodillas para esparcir el producto. En ese momento tuvo una contracción tan fuerte que se puso a gritar y a Gottfried le entró el pánico.

—Se acabó, nos vamos al hospital —dijo, y la levantó.

Mirl quiso protestar, pero Gottfried la agarró e hizo aquello que no había podido hacer la noche de bodas por lo mucho que había comido: atravesó el umbral con su esposa en brazos, con la dificultad añadida del peso del embarazo, además de que Mirl se resistía con uñas y dientes.

Gottfried había elegido el momento preciso para meter a su esposa en el coche y llevarla al hospital. Porque, aunque al principio Mirl se negaba a empujar, veinte dolorosas horas después trajo al mundo a una niña. Gottfried no se enteró de nada, justo después de dejar a Mirl en la sala de partos, tuvieron que tratarlo por un terrible lumbago.

Y así, la vida de la familia Oberhuber comenzó del mismo modo que acabaría más adelante: por separado.

Mirl perdió mucha sangre y se desgarró, así que tuvieron que operarla.

Gottfried estaba tumbado en la sala de ortopedia y se quejaba a la enfermera de que su dolor sin duda era peor que las contracciones de su mujer.

Y la niña, que todavía no tenía nombre porque Gottfried pensaba que sería un niño al que llamarían como él, saludaba al mundo tras los barrotes de una cuna.

No, aquello no era como Mirl se lo había imaginado.

Quizá la vida era como el polvo.

Un adversario contra el que no se podía luchar.

Pasaportes austriacos y extranjeros (del kilómetro 1 al 10)

—Un último repaso antes de que lleguemos a la autopista —dijo Lorenz cuando llegaron a Triester Straße.

—El paquete de provisiones está completo —contestó Hedi.

—Yo también lo he comprobado por si acaso —dijo Wetli.

—No, no me refiero a eso —dijo Lorenz, y miró instintivamente hacia los pies de Willi: sí, sus bebidas energéticas estaban a bordo.

—Las pieles nos dan un calor estupendo. Tenemos mudas y ropa para cambiarnos, y guantes por si tenemos demasiado frío en el coche —dijo Mirl.

—Lo importante son los pasaportes. ¿Tenéis los pasaportes? —preguntó Lorenz.

—Por supuesto —respondieron las tías.

—Están en la guantera —dijo Hedi.

Lorenz se inclinó y abrió la guantera. La barriga de Willi se le apoyaba fría en el hombro. Se dio prisa en encontrar los pasaportes. Hedi los había atado con una goma y les había puesto tres post-its de colores. «Hedi», «Wetli», «Mirl».

—¿Dónde está el pasaporte del tío Willi? —preguntó.

—Lorenz —dijo Mirl en tono suave—, Willi está muerto, ya no necesita pasaporte.

Lorenz pisó el freno, giró el volante a la derecha, el coche que tenían detrás los esquivó con un bocinazo, las tías chillaron, Lorenz enfiló un pequeño apeadero y el Panda se detuvo a tres palmos del quitamiedos.

—¿Te has vuelto loco? —gritó Hedi.

—Una maniobra así podría provocar un terrible latigazo cervical —dijo Wetli, y se llevó las dos manos a la nuca.

—¡El tío Willi necesita el pasaporte! —gritó Lorenz.

—¿Para qué? —preguntó Mirl.

—¡Porque nadie puede enterarse de que está muerto! Trasladar un cadáver es delito. Habíamos acordado que diríamos que está dormido.

—Ay —dijo Wetti—. Con todo el lío, se nos ha olvidado.

—Pues da la vuelta, cogeremos el pasaporte —dijo Hedi.

—Todo esto es una malísima idea —dijo Lorenz.

—No, todo saldrá bien —replicó Hedi—. Piensa en la cafetera.

—Además, ya es demasiado tarde. ¿Cómo vas a explicar ahora que Willi esté congelado? —dijo Mirl.

Lorenz apoyó la cabeza en el volante. Sentía el frío que le llegaba desde el asiento del copiloto y recordó un poema que Stephi había incluido en su tesis: Propertio, 4, 7, «la despedida de Cintia». *Sun aliquid manes: letum non omnia finit, luridaque exstinctos effugit umbra rogos*, comenzaba la elegía de Propertio, «Algo queda de las almas: la muerte no lo acaba todo, y la sombra amarillenta escapa de la pira vencida»². En dicha elegía, Cintia visita a Propertio en sueños para reprenderle por no haberla acompañado en su último viaje. La había olvidado de inmediato, no la había velado como debía e incluso se había ausentado de su entierro.

Los romanos consideraban un deber sagrado enterrar correctamente a los suyos, y si no lo cumplían, los espíritus de los muertos no los dejaban en paz jamás. Al pensar en ello, a Lorenz el rodeo le pareció aceptable. Se recompuso.

—Agárrense, señoras —dijo, metió marcha atrás y condujo hasta el final del apeadero. Triester Straße tenía seis carriles. El tráfico matutino ya había comenzado.

—Por todos los cielos, no puedes girar aquí —dijo Hedi antes de que Lorenz pisara el acelerador, aprovechara un hueco y se incorporara al otro lado de la calzada con un giro en U. Las tías chillaron otra vez y se taparon los ojos.

Diez minutos después Lorenz detuvo el Panda delante del edificio de Dionys Schönecker Gasse. Las cortinas se abrieron de inmediato.

—Date prisa, por favor —dijo mientras Hedi se soltaba el cinturón. Mirl también se bajó.

—Voy un momento al baño —dijo.

—Vale, pero deprisa —respondió Lorenz—. Dejo el motor en marcha.

Wetti se quedó sentada. La imagen era grotesca: la vieja y pequeña Wetti con un abrigo de piel demasiado grande en medio del asiento trasero.

—¿Qué pasa? —dijo Wetli al darse cuenta de que Lorenz la miraba—. Tengo todas mis necesidades cubiertas.

De pronto alguien llamó al cristal del copiloto. Lorenz y Wetli se sobresaltaron al ver a la señora Bruckner con el gato de la correa.

—Señor Markovic, ¿no se encuentra bien? ¡Está usted muy pálido! —gritó contra la ventanilla.

—La que nos faltaba —suspiró Lorenz.

Fuera, el gato bufaba.

—¿Qué haces, Minki? —dijo la señora Bruckner—. Esto no lo haces nunca.

—Deja el motor en marcha —dijo Wetli mientras se bajaba—. ¡Señora Bruckner! ¿Cómo está usted hoy?

—Pues mal. Con este tiempo me duele muchísimo la cadera. ¡Y la ciática! Se lo digo yo, señora Prischinger, la ciática es el azote de la humanidad. —El gato volvió a bufar—. ¿Qué le pasa al señor Markovic? No tiene buen aspecto —dijo, y trató de mirar por encima de Wetli, que se había apoyado en la ventanilla para ocultar a Willi—. Minki solo bufa cuando algo no va bien. Es un animalito muy inteligente, ¡lo entiende todo! Le digo yo que si Minki supiera hablar, ¡haría tiempo que sería presidente! ¿Señor Willi? —La anciana intentó alcanzar la manilla apartando a Wetli.

—Creo que su gato solo bufa así porque Willi es yugoslavo y a su gato no le gustan los extranjeros —dijo Wetli beligerante. Lorenz se quedó admirado por la maniobra de distracción.

—¡Willi es un vecino amable y caritativo! ¡No es extranjero! —se indignó la señora Bruckner.

—No nació en Austria, sino en otro país. Así que es extranjero.

—Pero tiene la nacionalidad.

—¡Una categoría que Minki jamás le habría concedido si fuera presidente!

—Pues claro que sí, Minki dejaría que se quedaran los buenos extranjeros, los que trabajan y se portan bien, y solo echaría a los delincuentes. ¡Esos parásitos que nos quitan el dinero a los pobres jubilados y nos roban y tienen cincuenta hijos por las ayudas sociales! ¡Minki solo se pondría serio con ellos!

El gato arqueó el lomo tanto como pudo.

—¡No puede decirlo en serio, señora Bruckner! —exclamó Wetli. Lorenz se dio cuenta de que ahora estaba indignada de verdad—. ¡No es usted ni un ápice mejor que los antiguos nazis! ¡Qué vergüenza!

La vecina jadeó como si le estuviera dando un infarto, Lorenz rezó por que no se desplomara allí mismo, porque dos cadáveres ya eran demasiado.

—¿Cómo se atreve! ¡Mis padres no estuvieron involucrados en nada de todo aquello!

—¡Venga ya! Estoy segura de que de niña estaba con sus padres en primera fila en Heldenplatz.

—¡Pero solo porque había que ir! No teníamos elección. ¡Obligaron a mi padre!

—¡Tonterías! —gritó Wetti—. ¡No obligaron a nadie! ¡Estabais todos allí voluntariamente!

—No tengo por qué tolerar nada de esto. Vámonos, Minki.

La señora Bruckner se volvió y se alejó furiosa.

—Gracias a tu pequeña competición de gritos, nos está mirando medio vecindario —dijo Lorenz cuando Wetti volvió a sentarse detrás.

—Que miren —dijo Wetti—. Lo mismo le decía a Susi cuando la gente se le quedaba mirando por la calle. Cuando alguien es tan imbécil que no tiene nada mejor que hacer que mirar como un idiota, pues que lo haga. Al final es solo problema suyo.

Mirl y Hedi salieron del edificio justo después y se subieron a izquierda y derecha.

—Bravo, Wetti —dijo Hedi—. No sé qué le has dicho, pero la señora Bruckner estaba completamente fuera de sí y ha dicho que te denunciará.

—¡Soy yo la que va a denunciarla! —replicó Wetti.

—Si es que no nos denuncian antes a todos —se lamentó Mirl.

—Aquí está el pasaporte —dijo Hedi, y se lo tendió a Lorenz.

Lorenz pisó el acelerador con ganas, enfiló Triester Straße, cambió de carril cuatro kilómetros después y por fin entró en la autopista. Ya solo quedaban 948 kilómetros para Montenegro, 948 kilómetros para que su tío descansara en paz.

² Traducción de Antonio Tovar y María T. Belfiore Mártire (*N. de la T.*).

Los hábitos reproductivos de patos y mariquitas (1973)

La tía Christl pellizcó las mejillas de Wetli como si aún fuera pequeña y no una mujer adulta. Wetli ladeó la cabeza porque los dedos le olían a azufre. En casa de la tía Christl se comían albóndigas de patata a diario, que preparaba siguiendo el método tradicional, esto es, pelando las patatas en frío, machacándolas y encendiendo una lámina de azufre en una cazuela para que conservaran el color. La fama de las albóndigas de patata de la tía Christl se extendía hasta Gföhl. Cada par de días les traía unas cuantas. Y cuando Wetli olía los dedos azufrados de la tía Christl, constataba que estaba hasta el moño de las albóndigas; daba igual si las comían con restos de salchichas o rellenas de fruta, fundidas con huevo o empapadas en jugo de asado.

—¿Wetli? —preguntó la tía Christl. Wetli no reaccionó. ¿Para qué? Si lo hacía, la tía Christl se limitaría a preguntarle si por fin se había decidido a trasladarse a la granja de los Eberhelbiger para trabajar a cambio de comida y alojamiento. Wetli sabía que su tía esperaba que surgiera el amor entre ella y el hijo de los Eberhelbiger. Esas cosas siempre sucedían cuando un macho y una hembra pasaban tiempo a solas en una de aquellas aisladas granjas de las colinas, donde trescientos días al año la niebla sobre los campos era tan densa que podía cortarse con un cuchillo. En esas situaciones, daba igual si la mujer era rara o el hombre patizambo y encanecido antes de los treinta. Si se encerraba juntos a un macho y a una hembra en edad de procrear, antes o después la hembra tendría crías. Al fin y al cabo, el ser humano no era más que un animal. Y Wetli no tenía absolutamente ningún interés en trabajar gratis en una granja maloliente para acabar embarazada de un animal y para que, además, en cuanto su barriga creciera, la enviaran al altar con el pretexto de evitar el escándalo que en realidad se había provocado a sabiendas, de manera que acabara matándose a trabajar gratis durante toda su vida en

aquella granja apestosa, y que aquel hombre cada vez más feo la montara regularmente para que tuviera más niños y más trabajo y no se diera cuenta de que él toqueteaba a jovencitas en la taberna con la esperanza de que alguna otra lo dejara arrimarse.

No, Wetti no se dejaría enviar a la granja de los Eberhelbiger. Sabía que la tía Christl había ideado el plan para poder vender la fonda de una vez. Y para recibir el dinero de la venta cuando se hiciera cargo de la madre. Aunque Sepp no lo dijera en voz alta, Wetti sabía que él también quería vender lo antes posible y mudarse a Krems, para poder descansar después del trabajo y no tener que reparar cualquier cosa en aquella granja que se desmoronaba. Sepp no era campesino, ni artesano, ni mucho menos posadero. Sepp era funcionario de vocación.

—¿Wetti?

La tía Christl seguía delante de ella. En la Biblia se decía que el diablo olía a azufre. Sus autores no conocían a la tía Christl.

—Jesús, es como hablar con alguien de otro planeta —dijo la tía Christl, y se marchó por fin con sus albóndigas.

Aunque ya solo vivían ellos tres en la granja —la madre, Wetti y Sepp—, a Wetti le llevaba más tiempo que antes colgar la colada. Cuando algo se movía entre la hierba, dejaba de trabajar. Era la época en que las limoneras salían de sus larvas, y le parecía fascinante cómo las pequeñas orugas luchaban pacientemente por llegar hasta el extremo de una brizna de hierba.

A lo lejos se oyó un motor familiar. Un rugido como de venado en celo, con cadencia, como una fiera en busca de botín. Wetti echó la mano a la cesta de la colada, sacó una de las sábanas húmedas y se la apretó contra la boca. Pensó en correr hacia el bosque y esconderse. Ya no les quedaban animales excepto cuatro vacas y las gallinas. Ninguna de las vacas estaba enferma y a las gallinas tampoco les pasaba nada. Pero Wetti ya sabía que el veterinario no había venido por los animales.

—¡Barbara! —gritó al apearse—. Barbara, ¿me ayudas en la vaqueriza? —El veterinario era el único que llamaba a Wetti por su nombre de pila. Cuando lo oía, sentía un escalofrío.

Colgó la sábana, cogió el cesto y subió por el prado hacia la granja. El veterinario se adelantó hacia el establo de las vacas.

Había dejado el maletín en el asiento del copiloto.

Desde que Hedi y Mirl la habían dejado sola, Sepp se iba a trabajar durante el día y la madre se limitaba a sentarse delante del televisor que Sepp le había comprado para que no se levantara de un salto a buscar a Nenerl varias veces al día, el veterinario ni siquiera se molestaba en fingir que estaba allí por los animales. De niña, Wetti siempre se alegraba de tener el honor de asistirle. Y eso que entonces su madre ya tendría que haber desconfiado, o eso pensaba ahora. El veterinario siempre pedía explícitamente la ayuda de Barbara, a pesar de que Sepp y Mirl eran mayores. Pero la madre no desconfió nunca, siempre la enviaba a ella, también cuando creció y ya no quería, porque sabía que aquello no estaba bien, sin importar cuántas veces le asegurara el veterinario que sí lo estaba.

Wetti deseó poder dar media vuelta sin más, o reunir el valor para decir que no. Pero ¿cómo se decía que no a algo a lo que tendría que haber dicho que no diez años atrás?

Wetti dejó el cesto de la colada y entró en la vaqueriza.

—¿Me has echado de menos? —preguntó el veterinario.

Wetti apretó los puños mientras él le pasaba la mano por el pelo.

—Pronto me iré de aquí.

—No te preocupes —respondió él—. También soy el veterinario de los Eberhelbiger. Te visitaré a menudo, incluso más que ahora. Tienen muchos animales, y a los animales siempre les pasa algo.

Esa tarde, mientras se dejaba hacer, Wetti pensó en la limonera. Como larva pasaba inadvertida, su crisálida era rígida y débil. Pero en cuanto se convertía en mariposa, la inmensidad del cielo se abría ante ella.

Wetti observaba la naturaleza desde que tenía uso de razón. Todas las especies, rocas, árboles y arbustos, plantas útiles y malas hierbas, ya estaban allí antes que ella y seguirían allí mucho después de que se marchara. Solo había que prestar atención para aprender de todo ello.

Wetti tomaría ejemplo de la limonera. Solo necesitaba la brizna adecuada que la condujera a la libertad.

Cuando el bebé de Mirl tenía dos meses y Mirl y Gottfried todavía no habían hecho ninguna excursión a la granja para presentar su hija a Sepp, a Wetti y a su madre, Wetti intuyó que algo no iba bien. Normalmente Wetti se obligaba a no pensar mucho en sus hermanas. Hedi y Mirl la habían abandonado. Pero Wetti quería conocer a su sobrina. Y así, un domingo, superó el rencor que

había alimentado durante años y fue en bicicleta a la fonda más cercana con un teléfono de monedas para llamar a Mirl.

—¿Oberhuber? —ladró Mirl al auricular. Al fondo se oía berrear a la bebé como si la estuvieran torturando. Wetti se enterneció al oír el lloro: ¡era su sobrina!

—Mirl, soy yo, Wetti.

—¡Oh, Wetti! —Mirl sonó alegremente sorprendida.

Mirl no se concentraba, quería hablar con Wetti, se notaba, pero la niña chillando y Gottfried gritando por qué berreaba así su hija les hicieron colgar pronto. Wetti estaba molesta. Después de pensarlo un poco, marcó el número de la residencia de enfermeras donde vivía Hedi desde que había dejado el convento.

Tuvo que esperar. Primero tuvieron que ir a buscar a Hedi, que por supuesto tardó una eternidad, y cuando esta cogió el auricular sin aliento, exclamó enseguida:

—¿Wetti? ¿Va todo bien? ¿Ha pasado algo?

A Wetti casi no le quedaban monedas, así que no tenía tiempo para explicarse, sino que tuvo que concentrarse en lo esencial:

—Hedi, ¿nuestra hermana está bien? —Hedi pareció titubear—. Contesta rápido, por favor.

—Creo que no —dijo finalmente—. Mirl jamás lo admitiría, ya la conoces, pero algunas mujeres se ven superadas después del parto, sobre todo aquellas que siempre buscan la perfección... —Se oyó un clac, se había cortado la conexión.

Wetti ya había recibido toda la información necesaria. Había encontrado la brizna de hierba.

Cuando volvió a casa, Wetti le escribió una carta a Gottfried en la que le pedía que fuera su «generoso salvador» de un matrimonio con un Eberhelbiger y la acogiera en Viena. Prometió ayudar en la casa y a Mirl con la niña. Y juró que se marcharía cuando le resultara una carga.

La propia Wetti se sorprendió de lo rápido que respondió Gottfried, aunque ya había sospechado que no dejaría pasar ninguna oportunidad de ser un «generoso salvador». Su oficio consistía en dar aprobación. Con muchas de sus visitas presumía de que sin él y su cojín de tinta, toda la economía de la ciudad de Viena se iría a pique.

Wetti se sorprendió aún más de lo fácil que fue marcharse.

El fin de semana siguiente, Wetti y Sepp le llevaron los animales que quedaban a la tía Christl, que se frotó las manos pensando en el olor del dinero de la venta de la granja, más intenso aún que el del azufre. Durante los días siguientes, Wetti empaquetó la escasa ropa que poseía, algunos enseres y una Biblia en la que había metido una hoja o una flor de todas las plantas de la zona para secarlas. El sábado siguiente, Sepp la llevó a Krems, le metió la maleta en el compartimento de tren, la subió al portaequipajes, la abrazó, se apeó y se marchó de allí sin mirar atrás. Wetti sabía lo aliviado que estaba de que todas las hermanas se hubieran marchado por fin. Seguramente ya le había echado el ojo a alguna casa en la ciudad. Desde luego, Wetti esperaba que Sepp aprovechara su recién adquirida libertad. Se lo deseaba de corazón.

Dos horas después, Gottfried se subió al mismo vagón, la saludó, bajó la maleta del portaequipajes, la metió en el coche y dio una generosa vuelta por la ciudad. Wetti estaba asombrada: edificios altísimos, muchísima gente, poquísimos árboles. Pero Wetti se veía como un animal al que habían liberado en un nuevo entorno. Podía evolucionar o morir. Aquel nuevo biotopo no le era hostil, ella misma podía decidir si se adaptaba o lo rechazaba.

Y Wetti, a la que habían subestimado durante toda su vida y jamás había sentido la necesidad de probar lo equivocados que estaban, decidió que había llegado el momento de demostrar su valía. Saldría adelante en la ciudad. Y lo haría sola.

*

Al principio a las dos hermanas les resultó extraño volver a vivir juntas de repente. Y eso que sobre todo se veían en las comidas, porque por un lado la casa de los Oberhuber era tan grande que era fácil evitarse, y por otro, se dividían el trabajo, como ya hacían antes.

Gottfried le preparó a Wetti una de las habitaciones vacías, en concreto la que estaba situada al otro lado de la casa. Era la que más lejos estaba del baño, pero también de la habitación de la pequeña Christina, para que Wetti durmiera por las noches. La niña lloraba sin descanso. ¿Cómo podía algo tan pequeño ser tan infeliz?

Mirl se hacía cargo de las noches, principalmente para no tener que compartir cama con Gottfried. Durante el día Wetti se ocupaba de la niña

para que Mirl pudiera limpiar, cocinar o descansar. Esto último apenas lo hacía, pero al menos tenía la oportunidad, en caso de que quisiera reconocer que ella también era un ser humano de carne y hueso.

Uno de los grandes misterios de este mundo era por qué la pequeña Christina lloraba como una descosida. Gottfried y Mirl estaban desesperados, y después de seis semanas con ellos, Wetti también estaba agotada. Mirl había acudido ya a tres pediatras distintos. A Wetti le habría gustado estamparle al último matasanos una boñiga de vaca en la cara.

—Está sana y no tiene ningún problema.

—¿Entonces por qué chilla tanto? —preguntó Mirl.

—Las madres jóvenes cometen muchos errores —dijo el médico—. Pida consejo a su propia madre. En muchos casos es lo mejor.

Mirl no supo qué decir.

Wetti no supo qué decir.

Y una vez fuera, de pronto Mirl se echó a llorar. Mirl era la hermana mayor, la que había ayudado a criar a los pequeños. Mirl se tragaba sus preocupaciones, Mirl nunca dejaba que se le notara nada, Mirl era la más fuerte de todos ellos. O al menos eso pensaba Wetti hasta entonces.

—Madre —acertó a decir entre lágrimas—, madre siempre quiso que Nenerl llorara.

Y entonces abrazó a Wetti. Wetti estaba tan desconcertada que tardó un buen rato en responder al abrazo.

Tras las frustrantes experiencias con los médicos vieneses, Wetti decidió hacer lo que siempre había hecho hasta entonces: recurrir a la naturaleza. Le metió perejil en el pompis por si era el estreñimiento lo que la hacía llorar. Le masajeó el vientre con aceite de alcaravea por si tenía gases. Le dio infusión de hinojo y anís, le cosió un cojín de granos de espelta, utilizó aceite esencial de menta y en algún sitio leyó que, en casos muy raros, los niños no toleraban la leche materna y era mejor darles papilla de chirivía.

Una tarde de miércoles, Christina lloraba de forma especialmente lastimera. La niñita de cabecita perfecta y bien formada berreaba como un cochinito en el matadero, aunque con la piel mucho más enrojecida. Mirl estaba exhausta y pálida.

—No lo aguanto más —dijo con amargura, y en lugar de cogerla en brazos para tranquilizarla, Mirl se dio media vuelta y fue al cuarto de baño,

sacó un cubo, una esponja y productos de limpieza de debajo del lavabo, y se puso a limpiar una vez más el baño, que ya estaba reluciente. Entretanto la niña lloraba en los brazos de Wetti como si ya no hubiera alegría alguna en este mundo.

—Pues nada, pequeñuela, vamos a por un par de chirivías, quizá sea esa la solución —dijo Wetti, y decidió llevarse a la niña de compras por primera vez. Como un invierno especialmente duro azotaba todo el país desde noviembre, normalmente no salían a la calle con la pequeña, sino que solo se asomaban un ratito al balcón con ella para que respirara aire fresco. Sin embargo, esa tarde de miércoles no soplaban el viento y hacía sol. Según el plano de la ciudad de Gottfried, desde Wiedner Hauptstraße tardaría menos de un cuarto de hora en llegar a Naschmarkt, siempre que la escala del mapa fuera correcta. Antes de salir con Christina a la calle, Wetti la empaquetó como a una taza de porcelana que fuera a enviarse a China en avión. Le puso varias capas de ropa, la envolvió en dos mantas, puso la chaqueta de pieles de Mirl en el cochecito, metió al bebé, le puso encima un edredón, y cuando ya apenas se veía a Christina entre tanta tela y solo se oían sus lloros, Wetti decidió que así ya podía aventurarse fuera durante media hora.

Cuando Wetti bajó las escaleras y salió a la calle con el cochecito, sucedió algo inesperado. La niña, que nunca dormía, y si lo hacía era solo una cabezada de puro agotamiento, se tranquilizaba a cada metro que avanzaban, hasta que por fin se durmió apaciblemente. Wetti empujó el cochecito hasta Naschmarkt, compró chirivías y dio una vuelta más a la manzana. Christina no decía ni mu mientras estuviera en movimiento. Solo se despertaba si Wetti se detenía. Cuando regresaron a casa dos horas después, al principio Mirl estaba furiosa porque se había preocupado, pero al ver a la niña dormida tranquilamente en el cochecito, se tranquilizó al instante e incluso logró echarse ella misma un par de horas. Mientras tanto Wetti dio vueltas con el cochecito por la casa, hasta que Christina se despertó feliz y hambrienta de una siestecita de cinco horas.

Este descubrimiento casual se convirtió en rutina. Por la mañana daban de comer a Christina, le cambiaban el pañal, la vestían, y entonces Wetti se la llevaba a pasear por la ciudad en el cochecito hasta el mediodía, cuando la niña empezaba a tener hambre. Por las tardes lo mismo.

Wetti disfrutaba descubriendo Viena así. Por la mañana recorría Wiedner

Hauptstraße con Christina hacia el norte, en dirección al centro de la ciudad, daba la vuelta a la ópera y regresaba. Por la tarde, bajaban por una calle paralela a Wiedner Hauptstraße y regresaban por otra. Christina dormía el sueño de los justos, Wetli exploraba su nuevo biotopo. Pronto también llevaba el cochecito por bocacalles. Wetli medía el cuarto distrito. Una noche, Gottfried contó durante la cena que su tienda de tirantes favorita se había incendiado.

—Tubendorfer, en la calle... —Se detuvo—. Maldita sea, ahora no me acuerdo.

Y Wetli contestó:

—¿Te refieres a Pilgramgasse?

—¡Sí, exacto, en Pilgramgasse! ¿Cómo sabes tú eso?

Wetli no sabía quién la miraba más atónito: el obeso Gottfried, que incluso había dejado de prestar atención a la montaña de chuletas de ternera que tenía en el plato, o Mirl.

—Todos los días salgo a pasear con la niña durante ocho horas —respondió indiferente—. Y suelo hacerlo con los ojos abiertos.

Entonces ella también pinchó con ganas una chuleta. Tanto movimiento la dejaba hambrienta.

Al frío y despejado invierno le siguió una primavera cálida y seductora. A falta de árboles característicos u otras formaciones en el paisaje que le habrían servido para orientarse, Wetli se había comprado un plano plegable propio y, cuando el cielo estaba azul, se aventuraba a hacer excursiones más largas con el cochecito. Era mucho más divertido tomar el tranvía a algún lugar y encontrar el camino de regreso desde allí que recorrer siempre el mismo trayecto en una dirección y en la opuesta. Cuando un lobo ampliaba su territorio, también lo hacía saliendo de los senderos ya transitados. Y cuando Wetli no sabía cómo seguir, consultaba el plano.

Un domingo de mediados de abril, el tiempo no invitaba realmente a pasear. El viento soplaba con tanta fuerza entre los edificios que el par de viandantes que se habían atrevido a salir corrían de portal en portal sujetándose el sombrero con la mano y mirando hacia el suelo. Pero era domingo, una conocida había invitado a Mirl a tomar café, y Gottfried estaba libre. Por muy agradecida que le estuviera Mirl a Gottfried por haberla traído a Viena y por darle dinero para que fuera al museo o se comprara un helado,

a Wetti no le gustaba cómo la miraba cuando él estaba en casa y Mirl no. Wetti no le había contado a su hermana que Gottfried se le había arrimado demasiado en una ocasión. Mirl estaba en la peluquería, Wetti planchaba la colada, cuando de pronto sintió los dedos carnosos de Gottfried en su trasero. «Un pandero espectacular», le susurró al cuello con su aliento a cebolla; Wetti se volvió con la plancha en la mano y, del susto, le quemó el brazo. «¡Como vuelvas a hacerlo, se lo contaré a Mirl!», le gritó entonces. Gottfried le dijo a Mirl que la quemadura era de la tetera caliente, y a partir de entonces había dejado en paz el trasero de Wetti. De todos modos, no se sentía cómoda a solas con él.

Por eso aquel día, a pesar del mal tiempo, también salió a pasear. El centro de la ciudad era un laberinto de callejuelas. Wetti sacó el plano, lo abrió encima del cochecito, e intentaba encontrar el cruce en el que se encontraba cuando se levantó una ráfaga de viento y, antes de que Wetti pudiera darse cuenta, le arrancó el mapa y lo elevó hacia el cielo, donde echó a volar como un pájaro liberado tras un largo cautiverio.

—Caca de vaca —murmuró Wetti, y llevó a Christina hasta un portal.

Poco después, un hombre alto cruzó la plaza. Wetti lo vio solo por detrás, llevaba una gabardina hasta el suelo y se sujetaba el sombrero con unos guantes negros.

—¡Disculpe! —gritó—. ¡Oiga, disculpe! ¿Puede ayudarme?

El hombre se detuvo bruscamente y se volvió. Wetti se quedó perpleja: no llevaba guantes negros. Su piel era negra, y hasta que no se acercó, no vio su bigote finamente recortado.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Me he perdido —balbuceó—. ¿Sabe cómo llegar al tranvía de circunvalación?

—¡Por supuesto! —dijo con acento extranjero, que Wetti creyó reconocer como francés gracias a uno de los personajes de la radionovela preferida de Mirl—. Siga recto por aquí, en la segunda bocacalle a la izquierda, después a la derecha, después a la izquierda, y tendrá delante la estación Stubenring.

Wetti quedó cautivada por la elegancia con la que dijo estación, sin pronunciar la N final. Y después le sonrió, tenía los dientes muy cuidados y rectos, mirada amable.

—Muchas gracias —balbuceó Wetti. El hombre se disponía a marcharse, pero era la primera vez desde que Wetti había llegado a Viena que un habitante del biotopo despertaba su interés. Así que se armó de valor y le

preguntó:

—¿Le interesaría tomar conmigo una bebida caliente sin cafeína en un futuro no muy lejano? ¿Té o chocolate, por ejemplo?

—¿Cómo dice?

Wetti se esforzó por hablar alto y claro.

—También podríamos tomar bebidas frías.

—¿Quiere ir a tomar una bebida caliente conmigo?

El viento dificultaba enormemente la conversación.

—También puede tomar una bebida caliente con cafeína si lo desea. Yo suelo tener cuidado, por su efecto excitante.

Wetti no entendía por qué la miraba tan desconcertado. Había formulado su deseo con claridad y había hablado de forma inteligible. ¿Por qué no le respondía?

—¿Le importaría tomar una decisión? El tiempo no invita precisamente a demorarse. Como ve, mi sobrina todavía es un bebé.

—¿Su sobrina?

Wetti señaló el cochecito. El hombre se acercó, miró a Christina. Wetti nunca había visto un hombre con uñas tan limpias y cuidadas. Además, olía como imaginaba que olería la peluquería masculina del programa de las tardes de Mirl: fresco como el follaje húmedo, aunque quizá un poco demasiado artificial para el gusto de Wetti. Bajo todo aquel perfume, Wetti no percibía su aroma corporal. Por fin dijo:

—Me gustaría tomar algo con usted.

Wetti evitó sonreír de forma exagerada. Sus dientes no eran ni por asomo tan blancos y rectos como los de él. En muchas especies, la capacidad de procreación de la posible pareja se medía por sus dientes.

—Me alegro mucho —dijo, y sacó un recibo arrugado del bolsillo del abrigo para apuntar el número de teléfono de Mirl.

—¿Puedo acompañarla al tranvía? —preguntó el hombre, e incluso se ofreció a empujar el cochecito de Christina. Normalmente a Wetti le repugnaban las lisonjerías de las que hacían gala los machos de la ciudad. Le espantaba que un extraño quisiera rozarle el dorso de la mano con un bigote repleto de migas, y no sufría ningún retraso mental ni físico, así que se veía completamente capaz de ponerse y quitarse el abrigo por sí misma. Sin embargo, ese día permitió todos aquellos gestos sin hacer ningún comentario e incluso le agradeció la ayuda, ya que aquel ejemplar de la especie masculina le recordaba al urogallo. Sin duda la urogallina era lo bastante

inteligente para saber qué urogallo prefería. Pero de todos modos, el macho en celo se subía a los árboles, abría la cola y cantaba sus arias con la cabeza muy estirada. Wetti dejó que la acompañara al tranvía, que le subiera el cochecito al vagón, que le besara el dorso de la mano, y decidió darle a aquel macho la oportunidad de cortejarla, además de agradecerle que al menos no le hubiera desplegado la cola.

Al principio, Wetti se guardó aquel encuentro para sí. Tuvo la suerte de que Jacques, así era como se llamaba su caballero, llamara justo cuando Mirl había salido de casa. En lugar de acordar un encuentro informal para tomar algo, él la invitó a cenar. Al principio a Wetti le molestó que la invitara directamente a comer juntos sin informarse primero de cuáles eran sus preferencias o su dieta, pero las radionovelas, los programas de televisión y las revistas de Mirl le habían enseñado que el cortejo en la ciudad era bastante menos eficiente de lo que había observado durante el último cuarto de siglo en el reino animal y entre los machos del campo.

El día anterior a la cena con Jacques, Wetti ya no pudo seguir ocultando la relación. Y cuando Mirl le preguntó si al día siguiente prefería cenar gratinado de brócoli o pimientos rellenos, Wetti le habló con franqueza:

—Mañana no cenaré con vosotros —dijo tan a la ligera como le fue posible. Mirl cerró la revista en la que buscaba inspiración para el postre y la miró con atención.

—Si estás enferma, lo mejor será que te vayas a la cama enseguida.

—No estoy enferma, no te preocupes.

—¿Es que ya no te gusta mi comida?

Wetti puso los ojos en blanco.

—Cocinas muy bien. Pero mañana ceno en otro sitio.

—¿Dónde?

—Todavía no lo sé.

Mirl se levantó y puso los brazos en jarras.

—¿De pronto quieres irte a cenar sola a pesar de que aquí te damos de todo? ¿Ya no somos una compañía lo bastante agradable?

Wetti hizo de tripas corazón.

—He conocido a un hombre. Y mañana quiere invitarme a cenar.

—¿Y eso?

—Yo tampoco lo sé, me habría dado por satisfecha con un refrigerio.

—Seguro que no tiene buenas intenciones. No deberías ir.

—¡Es un caballero! Trabaja en la embajada francesa y tiene una cartera de cuero auténtico. Se llama Jacques y me besa la mano sin tocarme con la boca. Creo que te caería bien —dijo Wetti.

—Si tú lo dices —contestó Mirl—. ¿Y qué quiere de ti semejante caballero?

Wetti empezaba a perder la paciencia.

—Quizá me encuentre interesante —dijo.

—Venga, no seas ridícula. Un diplomático puede aspirar a algo mejor que tú —respondió Mirl.

—¿Y qué? Gottfried también podría aspirar a algo mejor que tú y, de todos modos, se casó contigo —dijo Wetti, aunque no pensaba en absoluto que Gottfried fuera mejor que su hermana en ningún aspecto.

—¡Haz lo que quieras! Solo te digo una cosa, aquí en la ciudad los hombres no son tan buenos como en casa —dijo Mirl, y no dijo ni una sola palabra más sobre el tema.

Wetti negó con la cabeza y salió de la habitación. Mirl es todo un personaje, pensó. Siempre creía saberlo todo y en realidad no tenía ni idea. Porque los muchos años de relación con el veterinario, con quien de vez en cuando tenía pesadillas, le habían enseñado a Wetti que los hombres de la ciudad no podían ser peores que los del campo.

La noche siguiente, Wetti se puso una falda color burdeos y una blusa limpia blanca con motas verdes. Se cepilló el pelo con esmero y se sujetó con un gancho detrás de la cabeza los mechones que normalmente le caían sobre la cara. No usó perfume ni desodorante para ocultar su olor propio. ¿Cómo iba a saber él si no que la estaba oliendo a ella?

—¿Así vas a salir? —preguntó Mirl al verla en el pasillo.

—¿Te importaría dejarme en paz? —siseó Wetti.

—Solo era un comentario. ¿No quieres que te preste un vestido bonito? ¿Y unos zapatos buenos?

—No, gracias.

—Pero es que es un diplomático —insistió Mirl.

—Si realmente le gusto, le dará igual el aspecto que tenga —dijo Wetti obstinada.

—Entonces ponte por lo menos mis pendientes —dijo Mirl, y dejó a

Christina en la alfombra para ir a buscar sus piedras azules. Se las tendió a Wetti. Esta solo las cogió porque Christina comenzaba a lloriquear.

—Gracias.

—De nada —dijo la hermana mayor, y antes de que Wetti saliera por la puerta, añadió—: ¡Diviértete! Te lo deseo de verdad.

Fuera ya la estaba esperando un coche con matrícula diplomática. Jacques no estaba al volante, sino que le estaba sujetando la puerta. Le brillaban los zapatos y llevaba frac. Wetti sospechaba que semejante aparición habría extasiado a Mirl. A ella toda aquella pompa ya le estaba resultando agotadora. Lo único que quería era conversar con él y averiguar si las sustancias aromáticas de cada uno seducían al otro.

—*Bonsoir*, Wetti —la saludó—. Está usted preciosa.

Cuando se acercaron el uno al otro, Wetti percibió que por lo visto debía de haberse bañado en perfume.

—¿Debería ponerme algo más elegante? —preguntó Wetti.

—¿Por qué? Me gusta su estilo, como una auténtica parisina —dijo con una sonrisa.

—Nunca he estado en París —respondió Wetti.

—Yo crecí en París —dijo Jacques, y la ayudó a subirse al coche, cuando en realidad podría haberlo hecho sola—. Las mujeres más bellas de la ciudad siempre aparentan estar recién levantadas y no haber pensado ni un segundo en su aspecto.

Y Wetti volvió a pensar en las pálidas urogallinas y los engalanados urogallos. París debía de ser su capital.

*

Durante los siguientes meses la vida de Wetti fue como un sueño, aunque no suyo. Jacques la trataba como a una princesa. La llevaba a comer a restaurantes en los que los precios le quitaban el apetito. Compraba entradas para óperas que la hacían llorar porque las arias de las cantantes le recordaban a los maullidos de los gatos cuyas crías había ahogado el profesor en el barril de agua de lluvia. En los conciertos de música clásica, al principio admiraba la sala, después la cantidad de instrumentos, y enseguida se quedaba dormida. Los pequeños sótanos donde escuchaban jazz, a los que Jacques la llevó después algo desesperado, la entusiasmaron, para alivio de ambos. Wetti acabó adorando el jazz, se reconocía en aquella música. Al

principio quizá parecía confusa, pero en realidad era completamente armónica. Un poco como Jacques y Wetti juntos, que a primera vista no parecían encajar, pero a los que nunca se les acababan los temas de conversación. Además, compartían una pasión: la observación de las especies locales del biotopo de Viena y los comentarios sobre su extraño comportamiento. A Jacques le parecía que los vieneses comían exageradamente temprano. Wetti opinaba que siempre ponían mala cara, incluso cuando decían algo agradable. A Jacques le divertía lo poco que disfrutaban de la vida en general. Wetti se burlaba de que apenas hubiera verde en la ciudad y de que todas las superficies libres se cubrieran con más hormigón. Y Jacques añadía que todas las nuevas construcciones de hormigón hacían tanto daño a los ojos como una tormenta de arena sin gafas protectoras.

Se vieron en el zoológico de Schönbrunn. Jacques le mostró qué animales vivían en libertad en su país de origen, Camerún. Lo hermoso que era poder admirar esas majestuosas criaturas desde tan cerca. Y lo triste que le resultaba saber que estaban entre rejas. Caminaron juntos y melancólicos. Donde las jirafas, Jacques le tomó la mano, y junto a la zona de los elefantes la besó durante tanto tiempo que se perdieron cómo alimentaban a los paquidermos.

Jacques viajaba mucho por trabajo, por lo que se escribían cartas. Siempre que Wetti desaparecía en su habitación con una carta de Jacques, Mirl le preguntaba a gritos por qué ese señor viajaba tanto, por qué no veía a Wetti más a menudo y cuándo pensaba presentarse a la familia. Wetti no respondía a ninguna de sus preguntas. Le gustaba que se vieran tan poco, porque tener un hombre siempre a su lado, como Mirl con Gottfried, le parecía un poco agobiante. Incluso aunque se rieran más juntos que Mirl y Gottfried. Y Jacques necesitaba sus viajes para respirar, no dejaba escapar ninguna oportunidad de huir de Austria.

Cuando Wetti y Jacques paseaban de la mano, era cuando mejor entendía ella por qué ese país amenazaba con asfixiarlo. Ella se avergonzaba de sus compatriotas cuando miraban a Jacques como si fuera una atracción de feria.

—Negro —susurraba alguien a veces.

Wetti a menudo tenía ganas de saltar y darles su merecido con el bolso, pero Jacques la sujetaba del brazo.

—No merece la pena —decía—. Nunca aprenderán. Mejor reza por sus

almas.

Wetti adoraba su nobleza, su inteligencia, su saber estar, pero le suponía un problema lo religioso que era. Los animales no creían en dioses, y no por eso les faltaba algo.

Una tarde, tras una hora de besos apasionados en un banco de Heldenplatz, Jacques le preguntó a Wetti si el domingo lo acompañaría a la iglesia. Wetti accedió, dispuesta a soportar otra veneración más de un constructo imaginado, como ya lo hacía de pequeña, pero no había contado con que Jacques la arrastraría a una misa en latín, en la que se pasaba la mayor parte del tiempo de rodillas, el sacerdote les daba la espalda, y la comunión no se tomaba en las manos, sino que se recibía directamente en la boca. Y encima el espectáculo duraba casi tres horas.

Jacques era un hombre viajado y divertido que giraba con ella en las pistas de baile de los clubs de jazz. Y a pesar de ello, insistía en que fuera a confesarse.

Naturalmente, Wetti no iba a confesarse, y pronto se inventó también excusas para no tener que ir a la iglesia con él. Jacques le había hablado mucho de su infancia en Camerún, por lo que ella entendía que sintiera cierto agradecimiento hacia la Iglesia. Al fin y al cabo, habían sido los misioneros salesianos los que le habían dado la oportunidad de llegar al instituto, estudiar en un internado en París e incluso ir a la universidad. También le había contado al detalle lo mucho que había reflexionado sobre cuál era su camino, si los estudios o el sacerdocio. En cualquier caso, Wetti opinaba que Jacques iba lo bastante a misa para tener la conciencia tranquila. Había tomado una decisión. Se había convertido en diplomático y no en sacerdote; y sin embargo, se comportaba como si le hubiera prometido celibato a su dios. Porque Jacques ni siquiera había hecho el amago de tocar a Wetti como los hombres tocaban habitualmente a las mujeres. ¿Para qué la cortejaba si luego no quería recoger los frutos? Era un macho, y Wetti, una hembra. Tenían más o menos la misma edad y la misma idea de la procreación. Y cuando se besaban, en sus cuerpos tenían lugar intensas reacciones bioquímicas que podrían considerarse atracción o amor. ¿Entonces por qué titubeaba Jacques en hacer con Wetti aquello para lo que estaban diseñados los machos y las hembras?

En noviembre llegó el empujón que Wetti necesitaba para cambiar

activamente las cosas con las que no estaba satisfecha.

Estaba sentada con Christina en el suelo del salón. Como siempre, la televisión estaba encendida de fondo. El bebé llorón había crecido hasta convertirse en una niña feliz, sana y sobre todo regordeta que descubría el mundo. Wetti había sacado varios bloques de madera y los apilaba mientras Christina la observaba atentamente, para después derribar la torre con un grito de alegría, a lo que Wetti la levantaba una vez más.

Wetti no estaba atenta a la televisión, pero Christina de pronto quedó fascinada por el aparato porque mostraba un gato que perseguía a su presa entre la hierba alta.

—Un gato —dijo Wetti.

La mofletuda niña balbuceó:

—¡Ato, ato, ato!

Ahora maullaba desde la pantalla.

Y de pronto Christina hizo algo que no había hecho hasta entonces: se puso de pie y se tambaleó hacia el televisor.

—¡Mirl! ¡La niña está andando! ¡Gottfried!

Christina, que había llegado al televisor, se volvió, estiró los brazos, caminó radiante hacia Wetti, que también extendió los brazos, pero justo en ese momento entró Mirl en la habitación. Cuando Christina vio a su madre, se apartó de Wetti, fue hacia Mirl y se le echó en los brazos; Mirl reía y lloraba de alegría. Levantó a Christina y salió con ella del salón.

—¡Gottfried, nuestra niña ha echado a andar!

Wetti se quedó sola en el suelo.

Desde que Christina tenía once semanas, Wetti había pasado todos los días con ella. Le daba de comer, le cambiaba los pañales y estaba allí cuando dijo «mamá» por primera vez.

Pero, efectivamente, no había dicho «tía», sino «mamá». Mirl era su madre y siempre lo sería.

Y fue entonces cuando Wetti se decidió: ella también quería un hijo. Y pronto. Los sentimientos que hervían en su interior en ese momento le parecieron una señal inequívoca de su organismo de que había llegado el momento de traer al mundo una cría.

Sin embargo, tardó unos días en reunir el valor suficiente para dar los primeros pasos en esa dirección. Era sábado. Gottfried estaba en el salón con el café de la tarde y estudiaba los periódicos. Christina estaba dormida y Mirl había ido a la modista para arreglarse un vestido.

Gottfried estaba enfrascado en el *Wiener Zeitung* cuando Wetti se le sentó enfrente. Tuvo que llamarle tres veces hasta que por fin bajó el periódico.

—¿La cena ya está lista? —preguntó. Wetti se relajó al darse cuenta de lo tenso que estaba él. Desde que le había quemado el brazo con la plancha, se ponía nervioso en su presencia.

—Gottfried, tienes que hacerme un favor —dijo.

—¿Cuál? —respondió enseguida.

—Tienes que conseguirme una casa —dijo Wetti—. Y prestarme el dinero para que pueda amueblarla y pagarla hasta que encuentre trabajo.

Gottfried estalló en una carcajada como un hipopótamo que hubiera pasado demasiado tiempo sumergido.

—¿Algo más? ¿Te apetece un coche?

—No tiene que ser una casa grande. Me basta un estudio con baño compartido en el pasillo. Lo importante es que tenga cocina propia. También me da igual dónde esté.

Gottfried negó con la cabeza.

Wetti se inclinó hacia delante y puso la mano sobre la cicatriz. Había tardado diez semanas en curarse. Ahora ya solo quedaba una enorme cicatriz rosa que parecía una loncha de embutido, pero Gottfried todavía tenía dolor fantasma, y en esa ocasión también se estremeció instintivamente.

—Gottfried, vas a conseguirme esa casa, o le contaré a Mirl cómo te hiciste realmente esa quemadura.

—¡Teníamos un acuerdo! —protestó.

Wetti lo miró inflexible. Aguantaron un buen rato como dos perros cuya jerarquía no estuviera clara. Fue Gottfried quien se tumbó boca arriba y recogió la cola.

—¡La amo! ¡No puede enterarse jamás! —Gottfried tenía lágrimas en los ojos—. Estoy loco por tu hermana. Sueño con hacerla feliz. Pero ella nunca tiene ganas. ¿No entiendes lo desesperante que es? No quería seducirte. ¡Solo tocarte el pandero!

—La casa, Gottfried —dijo Wetti impasible.

Gottfried gimoteó y asintió.

Solo tres semanas después Wetti ya tenía las llaves de su primera casa propia. Gottfried se había tomado en serio lo que había dicho sobre el tamaño y el aspecto, y le había conseguido un zulo en Novaragasse, cerca de Praterstern,

rodeado de lo que Mirl llamaba sin piedad «rameras y rufianes».

—¿Te vas a mudar precisamente ahí? —le gritó Mirl a Wetli—. ¿Y tú encima vas a pagárselo? —le gritó a Gottfried.

—Tu hermana ha pasado un año con nosotros, ¡ya es suficiente! —dijo Gottfried con severidad—. Si necesitas ayuda, estaré encantado de pagar a una niñera y a una señora de la limpieza. Quiero poder volver a pasearme desnudo por mi propia casa de una vez. ¡Fin de la discusión! —Y se escondió tras el periódico. Lo sostenía al revés, pero, de todos modos, fue un gesto lo bastante claro de que no permitiría más protestas.

El estudio estaba en el primer piso y la mitad de la delgada puerta era de cristal traslúcido. Nada más entrar se llegaba a la cocina, que incluía también una ducha separada por una cortina de plástico. Después había una habitación lo bastante grande para una cama plegable, un sofá y una mesa de comedor. Por las noches Wetli oía tanto a las prostitutas llamando a los clientes como a distintos maleantes. Pero, a pesar de todo, le encantaba su casa. No le importaba oír al hampa desde el dormitorio o el tránsito intestinal de sus vecinos desde la cocina: ese era su territorio. Allí era el macho alfa.

El primer impulso de Wetli fue buscar trabajo con animales. Por desgracia, en el zoológico de Schönbrunn no había ningún puesto libre para ella, pero el destino quería lo mejor para ella, o eso pensó Wetli un lunes hojeando los periódicos de la cafetería. El Museo de Historia Natural buscaba personal de limpieza. Ni siquiera se terminó el café con leche, sino que corrió al museo, se permitió incluso un billete de tranvía para llegar antes, y por la noche admiró satisfecha el nuevo rumbo que había tomado su vida: no solo tenía su propio hogar, sino también un empleo.

No podía volar como la limonera, pero una casa e ingresos propios eran lo más parecido a volar dentro de las posibilidades del ser humano.

Como Jacques estaría de viaje las siguientes semanas, por el momento Wetli no le puso al corriente de las novedades. Prefería familiarizarse con su nueva vida antes de compartirla con otros. Cuando él le escribió en una carta que pronto regresaría a Austria, aprovechó la oportunidad para comunicarle que a partir de entonces ya no podría llamarla por teléfono a casa de Mirl, porque ahora tenía su propia casa, a la que lo invitaba a cenar el viernes, cuando regresara. Wetli opinaba que era más que apropiado. Él se había esforzado mucho para cortejarla, ahora le tocaba a ella demostrarle lo mucho

que se había esforzado en construir un nido.

El viernes, Wetti miró el reloj cada par de horas hasta que por fin llegó el momento de irse a casa a preparar la cena. Normalmente recorría a pie la media hora que había desde el Museo de Historia Natural hasta su casa de Novaragasse, en el primer distrito. Pero como el plato de ternera que había pensado cocinarle a Jacques, el *tafelspitz*, necesitaba cuatro horas de cocción, no quiso perder el tiempo y cogió el tranvía. Había hecho la compra el día anterior y la carne estaba pedida desde el lunes: una pieza de cadera con un dedo de grasa, para que no se secara al cocerla en el caldo. Y por supuesto el tuétano. Sin tuétano no era *tafelspitz*.

Una vez en casa, preparó las cebollas en la sartén de hierro colado que se había llevado de la cocina de la fonda. Metió la carne en una gran cazuela que había comprado con su primer sueldo, la cubrió con agua, y metió el tuétano y las cebollas. Lo más importante era espumar regularmente el caldo para que la sopa no se amargara y añadir la verdura en el momento justo para que no se cociera demasiado, pero sí desarrollara sabor. Para preparar el *tafelspitz*, la combinación de cocina y ducha era ideal, ya que permitía a Wetti dedicarse alternativamente a su higiene corporal y a preparar la carne. Cuando todo estaba hirviendo a fuego lento, se metió rápidamente en la ducha. Picó el perejil, después se echó crema en la cara. Cocinó las patatas para la guarnición antes de afeitarse las piernas, algo que le resultaba extremadamente antinatural, pero que según Mirl era una medida imprescindible para las mujeres de ciudad. Antes de preparar las salsas de manzana y de rábano picante, se secó el pelo con los rulos que le había prestado Mirl y después metió la verdura en la sopa.

Llamaron a la puerta con quince minutos justos de retraso, un gesto de educación en Francia, como Jacques le había explicado. Wetti se miró en el espejo. Jamás se había arreglado tanto.

Jacques también se quedó asombrado cuando ella le abrió la puerta. Incluso se olvidó de darle el ramo de flores que llevaba en la mano.

—Wetti —balbuceó—. Estás muy guapa.

—*Merci!* —respondió Wetti orgullosa, y extendió la mano hacia el colorido ramo de flores.

Mientras Wetti, a falta de un jarrón, llenaba con agua un cubo de fregona, Jacques inspeccionó el estudio.

—El chófer de la embajada, Louis, vive en la casa que hace esquina con Praterstraße —dijo cuando ella sirvió la sopa, y miró con desprecio por la ventana—. Wetti, esta no es zona para una mujer soltera.

—A mí me gusta —dijo, y se sentó—. Además el alquiler es barato y tengo todo lo que necesito. Una mujer tiene que valerse por sí misma en algún momento.

En lugar de contestar, Jacques sorbió la sopa. Wetti no estaba enfadada, había visto París en las revistas ilustradas de Mirl y había llegado a la conclusión de que las condiciones de vida eran bastante mejores allí. Pero dio por supuesto que a Jacques le sucedería lo mismo que a ella: a veces llevaba tiempo acostumbrarse a ciertas características de un biotopo.

—Tengo trabajo —espetó orgullosa.

Jacques la miró con gesto interrogante.

—Formo parte del personal de limpieza en el Museo de Historia Natural —dijo Wetti.

Jacques se secó las gotitas de su bonito bigote con la servilleta, se recostó, la miró largo rato y dijo:

—Wetti, lo siento muchísimo.

A Wetti, que normalmente era muy tranquila, le molestó el giro que había tomado la conversación.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó.

—Parece que te he enviado señales equivocadas.

—Vaya —dijo Wetti decepcionada. Habría apostado toda su colección de flores secas a que Jacques la estaba cortejando. Pero también sucedía a veces que un gallo que cortejaba a una gallina al final del día se decidiera por otra. ¿Cuántas veces le había repetido Jacques que no se encontraba a gusto en Austria? Aparte de su hermana, él era su única relación social. Y para él, ella era su única relación social fuera del trabajo. A diferencia de lo que sucedía entre animales, entre personas eso no tenía que resultar necesariamente en un emparejamiento. Por desgracia.

—¿Quieres un trozo de carne de todos modos? —preguntó Wetti con valentía, y Jacques asintió.

—Me gustaría comer de tu *tafelspitz* durante el resto de mi vida —dijo él antes incluso de probarlo. Wetti se enfadó un poco.

—No te lo tomes a mal, Jacques —dijo amable pero decidida—, a diferencia de mi hermana Mirl, yo no me considero un restaurante. Podemos seguir yendo al zoológico o a tomar café como amigos, pero tendrás que

ocuparte tú mismo de tu alimentación.

Jacques se echó a reír y se atragantó con la salsa de rábano picante.

—Ay, Wetti, mira que eres especial —dijo después de haberse enjuagado la boca con medio vaso de agua. Y después se llevó a Wetti de la silla al sofá y la besó. Tenía los labios suaves y gruesos, la piel completamente rasurada aparte del cosquilleante bigote. Le puso la mano detrás de la cabeza y la sujetó con suavidad mientras le acariciaba la nuca con la otra mano. Ahora Wetti estaba completamente confundida por las señales contradictorias, pero decidió disfrutar sin más. Le llevó la mano a su pecho. Jacques se apartó un poco.

—No te preocupes —susurró ella, y lo besó con más decisión—. Aquí no nos molestará nadie.

Los besos cada vez eran más intensos; Jacques apoyó su peso sobre ella y Wetti sintió con el hombro izquierdo que habían llegado al extremo del sofá.

—Espera un momento —dijo, y se escabulló por debajo de él. Apartó la mesa hacia la pared y desplegó la cama. Se sentó en ella apresurada y dio golpecitos sobre el espacio que había a su lado.

Jacques la miró fijamente.

No se movió ni un milímetro.

—¿A qué viene esto?

Qué diablos le pasaba a la humanidad, se preguntó Wetti, y por qué precisamente la especie que se consideraba la reina de la creación todavía no había redactado un manual para que los machos y las hembras se entendieran. El ser humano había descrito el apareamiento del cocodrilo del Nilo, pero no había escrito ningún libro que ayudara a Wetti a entender a Jacques.

—Wetti, me gustas muchísimo —dijo.

—Tú a mí también —respondió ella.

—Me arrepiento de no habértelo demostrado más. Pensabas que no me gustabas, así que has buscado casa y trabajo. ¡Lo siento mucho!

—¡Claro que no, ya sabía que te gustaba! —contestó.

Wetti se sentía como un tejón en una madriguera en la que no debería estar, que se encuentra con un topo que tampoco debería estar allí, y los dos sufren un incómodo silencio por no poder comunicarse entre especies.

—No quiero que seas mi amante, quiero te conviertas en mi esposa y vengas conmigo a París. En febrero puedo pedir el traslado.

—¿Y qué voy a hacer yo en París? —preguntó Wetti perpleja.

—Tú misma dices que Viena es una ciudad cruel.

—Pero tú me contaste que la sabana es cruel con los antílopes. Y eso no hace que los antílopes se trasladen a París.

—Pero tú no eres un antílope. —Jacques la tomó de la mano—. Wetti, eres maravillosa tal como eres. Y prometo ser siempre bueno contigo. Si quieres, también puedes trabajar en París. Nos conseguiremos una casa preciosa. Todo lo que tú quieras.

Wetti se dejó caer de espaldas sobre la cama, su mano se soltó de la de él. No le gustaba reconocerlo, pero a menudo se veía superada por las personas y por lo que querían o no querían. Lo que aseguraban que querían y lo que querían en realidad. ¿Por qué no podía ser una hembra de urogallo?

—¿Quieres quedarte esta noche conmigo? —preguntó Wetti, que de pronto estaba muy cansada.

—No quiero aprovecharme de ti, quiero tratarte con respeto. Y quiero hacerlo con la bendición de Dios. Como tu esposo.

—¿Quieres que sea tu esposa? —preguntó Wetti, se incorporó y sonrió torturada—. ¿Yo? ¿Esposa de alguien?

—Eso pensaba hasta hace quince minutos.

Jacques la miró decepcionado. Wetti miró hacia el suelo decepcionada.

—Disculpa, será mejor que me vaya —dijo él enseguida, cogió su abrigo y se marchó a toda prisa.

Wetti se tapó la cara con la almohada y se preguntó si acababa de cometer o si acababa de evitar un gran error.

Por Navidad, Jacques voló a Camerún sin volver a ver a Wetti antes de irse. Esta le había expuesto en una larga carta sus reservas hacia el matrimonio. Que entre un veinte y un treinta por ciento de todos los hijos de la humanidad no eran de su supuesto padre, y que un noventa y siete por ciento de las especies del reino animal eran polígamas, incluidos los animales preferidos de Jacques, las mariquitas, que lo hacían cada dos días con una pareja distinta. En el lado opuesto estaban las cigüeñas, los petreles y los patos. Cuando un pato y una pata se identificaban mutuamente como compañeros adecuados para la procreación y la cría conjunta de la descendencia, formaban una pareja monógama para toda la vida. Wetti le pedía a Jacques que le diera tiempo para averiguar si era una mariquita o una pata.

Pasó la Nochebuena con Mirl y Gottfried. Habían invitado a varios

Oberhuber, lo que habría supuesto un martirio de no ser porque Mirl y Wetti se burlaban sin medida en cuanto estaban a solas.

—Me gustaría saber si una mutación genética les ha dado a los Oberhuber dos o tres estómagos —dijo Wetti cuando llevó los platos relucientes a la cocina para que Mirl los fregara.

—Los estómagos no son el secreto —dijo Mirl, se quitó el guante izquierdo y lo infló—. Después de todos estos años de matrimonio me he dado cuenta de que su piel tiene una elasticidad infinita. No importa cuánta comida engulla un Oberhuber, simplemente sigue ensanchándose.

En la cocina, bebieron demasiado licor de huevo y se hartaron a reír mientras los Oberhuber, pesados después de ventilarse tres gansos navideños, se sentaban en el sofá y se adormilaban uno tras otro.

El día de Navidad, Wetti tenía una resaca espantosa.

Y el día de san Esteban, prosiguió con sus cavilaciones. ¿Era una mariquita o una pata? Y si era una pata, ¿estaba su lugar en el Danubio o en el Sena?

Wetti todavía no había obtenido una respuesta cuando, poco antes de Nochevieja, después de otra velada regada con licor de huevo en casa de Mirl, se encontró en Novaragasse con un rostro conocido: el chófer de Jacques, Louis.

—Hola, señora Wetti —dijo este, y saludó con el sombrero.

—Qué sorpresa —respondió ella, y tuvo que apoyarse un momento en la pared—. ¿No está con su familia?

Louis negó con la cabeza y sonrió triste.

—No, el vuelo era demasiado caro —dijo abochornado. Wetti titubeó.

—Louis —dijo entonces—. ¿Quiere subir a tomar un trago de licor de nueces?

—Gracias, señora Wetti. Pero no bebo alcohol.

—Entiendo —murmuró Wetti, y agarró con más fuerza el asa de su bolso. Se volvió y estaba a punto de marcharse, cuando Louis dijo de pronto:

—Pero me encantaría subir.

Cuando sacó la llave del bolso, Wetti supo que nunca volvería a ver a Jacques. No se casaría con él ni iría a París.

Wetti abrió la puerta y dejó pasar a Louis.

¿Qué se le había perdido en París, si su hermana estaba allí? ¿Si su sobrina

estaba allí? ¿Si su hermano no estaba lejos? Y su otra hermana tampoco. «Nadie se quedará atrás», había dicho Nenerl en una ocasión. Las dos hermanas habían abandonado a Wetti en la granja. Pero Wetti las había perdonado. Ella, en cambio, no las abandonaría. Jamás.

Cómo cuidar a vivos y muertos (del kilómetro 11 al 213)

Por fin habían dejado atrás Viena. El aire acondicionado enfrió el Panda hasta los dieciséis grados, y Lorenz sintió que los cercos de sudor de la camiseta bajo el jersey de alpaca se le secaban. Habían pasado a toda velocidad por la carretera de circunvalación. Lorenz se había mantenido a la derecha, ya que las pantallas que protegían las viviendas contra el ruido de la carretera no se sorprenderían de que el copiloto estuviera algo pálido y se sentara en su asiento con una rigidez poco natural.

Lorenz se apoyó en el respaldo y miró pasar las poblaciones del sur de la cuenca vienesa, Wiener Neudorf, Baden, Bad Vöslau, Laxenburg, Kottlingbrunn, Leobersdorf. Los cuatro carriles de la A2 conducían en línea recta hacia el sur. Lorenz se mantuvo en el carril derecho, solo pasaba al centro para adelantar. Cuando el Panda pasó por Baden, la famosa ciudad balneario y antigua residencia de verano del emperador, las tías, que hasta entonces habían permanecido sentadas en un silencio melancólico, como gallinas en una percha, reaccionaron.

—Cuántas veces vine con Gottfried a la bodega de Baden —dijo Mirl—. Qué tiempos aquellos. Orquestinas y buena comida.

—Y después siempre te quejabas de que él comiera y bebiera tanto, y te hiciera pasar vergüenza —dijo Hedi.

—Bueno, al menos Gottfried venía conmigo. Tú y Willi siempre os quedabais en casa —se vengó Mirl.

—Porque todavía teníamos conversación —replicó Hedi—. No como Gottfried y tú, siempre por ahí, lo importante era no estar los dos a solas.

—El ser humano a veces necesita estar solo —dijo Wetti.

—Mejor un matrimonio solitario que la soltería solitaria —dijo Mirl.

—¡Ya basta! —dijo Lorenz—. No llevamos ni media hora de viaje ¿y ya

os estáis peleando?

—¡Ha empezado ella! —dijo Mirl.

—Me da igual quién haya empezado. Estamos acompañando a un muerto en su último viaje, ¿podéis mostrar un poquito de respeto?

—Lorenz, ya sabemos que Willi está muerto. Es difícil olvidarlo —dijo Wetti.

Lorenz clavó las uñas en el volante, miró fijamente hacia delante y se obligó a mantener la calma. El estrés se manifestaba de un modo distinto en cada persona. Cuando su padre Sepp estaba tenso, creía que sufría una grave enfermedad. El propio Lorenz, cuando se agobiaba, solía salir mucho y beber demasiado. En cambio las tías se peleaban entre ellas. El tío Willi ya lo había observado. En realidad, había sido una especie de etnólogo aficionado de las tías. Y también su misionario personal. Durante el primer año en Viena, poco después de conocer a las tías, a Willi se le había metido en la cabeza que las tres debían sacarse el carnet de conducir para ser independientes. Y quiso enseñarles a conducir él mismo, porque opinaba que era la única manera de asegurarse de que aprendían como es debido. Willi le había contado a Lorenz en alguna ocasión cómo les había dado la primera clase: sentó a las hermanas en tres sillas, les dio una tapa de cazuela a modo de volante y les puso a los pies tres libros de cocina como sustitutos de los pedales, para practicar en frío la coordinación del acelerador, el freno y el embrague. Sin embargo, ese simple ensayo ya las agotó tanto que empezaron a pelearse entre ellas. «Estás sujetando mal el volante», le corrigió Hedi a Wetti, que replicó que no era más que una tapa de cazuela y que por lo tanto daba igual; entonces Mirl comentó que, ya de pequeña, Wetti era incapaz de tomarse en serio algo que no fueran los animales, y que por eso no había encontrado un empleo mejor que el de limpiadora; entonces Wetti respondió lapidaria que al menos limpiaba objetos valiosos y servía así a la ciencia, mientras que Mirl no era más que la limpiadora personal de Gottfried; entonces Hedi dijo que tenían que dejar de discutir y concentrarse en conducir, porque al fin y al cabo su compañero de vida se había tomado el día libre expresamente para eso; entonces Mirl y Wetti riñeron a Hedi por volver a hacerse la santa, cuando en realidad ella tampoco quería ponerse al volante.

Willi le había relatado divertido las peleas entre hermanas durante las clases de conducir, y Lorenz lo admiró por haber logrado imponerse, porque hasta donde Lorenz sabía, las tres hermanas aprobaron el examen. Aunque nunca más condujeron. Willi las llevaba a todas partes, solícito y paciente.

Lorenz miraba de reojo el cadáver de Willi una y otra vez, intentaba acostumbrarse a la imagen. ¿Sería casualidad que Lorenz hubiera terminado de leer la *Ilíada* precisamente la semana anterior? La había rehuído durante toda la carrera de Filología Clásica, porque las epopeyas homéricas le parecían demasiado largas y los resúmenes de la Wikipedia le habían sido de sorprendente utilidad. La *Ilíada* acababa hablando del enterramiento adecuado. En el penúltimo canto, a Aquileo se le aparecía en sueños el espíritu de su mejor amigo Patroclo y lo regañaba. «¿Duermes, Aquileo, y me tienes olvidado? Te cuidabas de mí mientras vivía, y ahora que he muerto me abandonas.»³ Patroclo exigía a Aquileo que lo enterrara, ya que de lo contrario tendría que permanecer en un estado intermedio y jamás podría pasar las puertas del Hades y vadear el río que las atravesaba.

Además, enterrarlos de un modo adecuado es sobre todo un acto de amor a los fallecidos. En el último canto de la *Ilíada*, el anciano rey de Troya, Príamo, se aventura en el campamento de los griegos para pedir que le devuelvan el cuerpo de su hijo Héctor. Se expone a que el enemigo se burle, lo torture o incluso lo mate, con tal de que Héctor reciba un entierro digno. Lorenz solo tenía que recorrer 1029 kilómetros en coche, un esfuerzo ridículo en comparación con lo que los antiguos héroes habrían estado dispuestos a hacer para que sus seres queridos descansaran en paz.

En Neunkirchen, la autopista se dividía, a mano derecha pasaba por Gloggnitz y Semmering hacia Alta Estiria, después Mürzzuschlag, Kapfenberg, Bruck an der Mur. En Mürzzuschlag había nacido la premiada con el Nobel Elfriede Jelinek, y en la zona de Semmering se encontraba antiguamente el balneario más exclusivo de la monarquía: allí se recuperaban de los estragos de una vida de lujo tanto el emperador Francisco José y el príncipe heredero Rodolfo, como Arthur Schnitzler o Peter Altenberg. Heimito von Doderer tuvo allí una residencia de verano, y la famosa villa Loos también se encontraba en las faldas del Rax. En esa zona fue donde Wittgenstein se dedicó a los alumnos de primaria, porque durante un tiempo pensó que su vocación residía en educar a niños indefensos del campo de Baja Austria. Un par de años antes, habían contratado a Lorenz para el festival de verano de Reichenau, y durante ese tiempo lo había aprendido todo sobre la región y sus ilustres invitados, también que Wittgenstein había tenido que renunciar a ser profesor porque golpeó en la cabeza a uno de sus

alumnos. Lorenz imaginó que esa historia habría divertido mucho a Willi, al que siempre le gustaban las historias de intelectuales majaras. «Un hombre tan inteligente —habría dicho seguramente—, uno de los filósofos más importantes del siglo xx, y ni siquiera fue capaz de enseñar a unos niños a sumar.»

Lorenz no viró el Panda hacia la derecha, hacía el territorio fronterizo de Estiria y Baja Austria de carácter cultural e intelectual, sino hacia la izquierda, en dirección a la zona de las colinas, donde Baja Austria desembocaba en la tierra de nadie entre Estiria y Burgenland, el que había sido el último bastión del Telón de Acero. La carretera ascendía y se estrechaba hasta reducirse a dos carriles que serpenteaban en curvas cada vez más cerradas a través de los montes de Wechsel. Por el carril derecho avanzaba pesadamente una hilera de camiones que, debido a las pendientes y las curvas, se arrastraban más que otra cosa. Lorenz se pasó al carril de adelantamiento.

—Lorenz, no vayas tan rápido, por favor —pidió Hedi.

—¡Por Dios, que no eres Niki Lauda! —exclamó Mirl.

—Estas curvas a la izquierda y a la derecha me están destrozando el oído interno —se quejó Wetli.

Mirl y Hedi, sentadas junto a las ventanillas, se agarraban a los asideros, mientras que Wetli se aferraba a su cinturón de seguridad y miraba fijamente hacia delante.

Frenó un poco, pero no pasó mucho tiempo hasta que el primer Audi se le pegó al culo y le dio las luces furioso porque Lorenz conducía a noventa en lugar de los cien kilómetros por hora permitidos. Lorenz miraba nervioso los espejos laterales, el retrovisor y el parabrisas. En la siguiente curva contó ya diez coches apiñados detrás del suyo. A la derecha una hilera de camiones que no dejaba espacio para meterse entre ellos. El coche que tenían detrás encendió las largas.

Lorenz pisó el acelerador.

—Jesús —dijo Mirl.

—¡Lorenz, me estoy mareando! —exclamó Wetli.

Los coches pitaban. Lorenz ignoró a sus tías. Consiguió distanciarse un poco, pero ahora tenía que concentrarse en la carretera. Curva a la izquierda, curva a la derecha, el Panda era un coche cuadrado y alto, a Lorenz le

preocupaba que volcara si tomaba las curvas demasiado cerradas. El Audi se le había vuelto a pegar al culo, pero había apagado las luces.

Cuando ya había acelerado hasta los ciento dieciséis kilómetros por hora, Lorenz por fin alcanzó el final de la hilera de camiones y cambió de carril sin poner el intermitente. Las tías chillaron una última vez desde el asiento trasero. Cuando se dieron cuenta de que Lorenz frenaba y conducía el Panda a ochenta y seis por hora a través de curvas cada vez más suaves, se tranquilizaron. Lo que no les impidió echar pestes.

—Por el amor de Dios, ¿quieres matarnos a todos? —preguntó Mirl.

—Uno de nosotros ya lo está —refunfuñó Lorenz.

—Muestra un poco de respeto, a Willi no le gusta cómo hablas de él —dijo Hedi en tono severo.

—La muerte no es ninguna broma—añadió Wetli.

—¿Soy yo el que no tiene compasión? —exclamó Lorenz incrédulo.

—¿Y quién va a ser si no? —dijo Mirl.

—No me lo puedo creer —dijo Lorenz.

Mirl miró hacia la izquierda, Hedi, hacia la derecha, Wetli se miró los dedos.

Lorenz encendió la radio en señal de protesta. En Radio Burgenland el presentador tenía como invitado al organizador de un mercado local. En FM4 escuchó varias canciones que sonaban como si tuviera el intermitente encendido, así que cambió a Ö3, y después rápidamente a Ö1, porque la presentadora de Ö3 sonaba tan acelerada como si hubiera comido setas y siguiera de subidón. También tuvo que quitar Ö1 enseguida, la locutora hablaba tan despacio que tuvo miedo de quedarse dormido.

—Creo que el silencio será lo más oportuno durante un tiempo —dijo Lorenz.

Las tías no respondieron.

El tío Willi tampoco.

Después de Sinnersdorf, la carretera comenzó a descender. Se acabaron las curvas. El Panda pasó por Hartberg, en Alta Estiria, el grupo contemplaba el paisaje.

Solo habían tardado dos horas y once minutos de viaje en recordarlo. Aquello no era una excursión de jubilados, era el traslado de un cadáver. Y además un crimen por el que todos, pero especialmente Lorenz, podían acabar entre rejas. En el coche por fin reinaba la calma que Lorenz consideraba adecuada para un viaje así.

La cordillera dio paso a las suaves colinas de Estiria. A partir de Hartberg, el firme era mejor, el Panda se deslizaba tranquilamente. Saliendo de la autopista se llegaba a la región de los baños. Bad Waltersdorf, Bad Blumau, Loipersdorf... Los manantiales se sucedían aquí como perlas de un collar. En su último cumpleaños, Lorenz le había regalado a Stephi un vale para un fin de semana en las termas. Habían pasado casi diez meses desde entonces y el vale seguía pegado a la nevera de su casa. Lorenz se preguntó qué pasaría si no volvía a conocer a nadie como Stephi. Tenía algo más de treinta años y bastantes manías. ¿Y si ya estaba demasiado estropeado para ser feliz en esta vida?

Los carraspeos de Hedi lo sacaron de sus oscuros pensamientos.

—Perdona, Lorenz, pero tengo que ir al baño urgentemente —dijo.

—¡Gracias al cielo, yo también! —añadió Mirl.

—¡Y yo! —dijo Wetti.

—¡Todas esas curvas!

—¡Y los nervios!

—¡La velocidad!

Hablaron unas por encima de otras hasta que Lorenz accedió:

—Pararé en cuanto pasemos Graz.

La zona de Graz se prolongó hasta que por fin vieron el letrero salvador de una gasolinera Shell, en la que también había un área de servicio Rosenberger. El pueblo se llamaba Gralla, a Stephi le habría gustado. Le gustaban los nombres austriacos absurdos.

—¡Date prisa, por favor! —dijo Hedi cuando Lorenz puso el intermitente.

—Primero corres como Niki Lauda y ahora vas tan despacio como Willi —se quejó Mirl.

En cuanto se detuvo en el aparcamiento, las tías se bajaron del coche de un salto.

Lorenz apagó el motor.

—¿No te volvían loco a veces? ¿Cómo podías estar siempre tan tranquilo? —se lamentó Lorenz mirando de reojo a Willi.

Aparcó en el rincón más alejado. Lo más apartado posible de todas las personas que entraban en el área del servicio.

A Lorenz le habría gustado bajar la ventanilla, estaba helado. Cogió una bebida energética de entre los pies del tío Willi, bebió un sorbo y se dio cuenta de que él también necesitaba ir al baño urgentemente.

—Tú las conoces mejor. ¿Debería esperar a que volvieran? ¿O crees que

van a tardar mucho?

Lorenz recolocó la gorra y las gafas de sol de Willi.

—Tienes razón, quién sabe cuánto tardarán.

El coche estaba en el rincón más apartado del aparcamiento, con el morro hacia la autopista. En el lado de Willi solo había una estrecha franja de hierba marrón.

—Aquí nadie te verá. Te prometo que volveré enseguida y seguiremos hacia Montenegro —murmuró Lorenz a modo de disculpa, se soltó el cinturón y se bajó.

Comprobó hasta tres veces que el coche estaba cerrado con llave y después echó a correr hacia el área de servicio.

Cuando regresaba, vio a sus tías en medio del aparcamiento. Estaban inmóviles y muy juntas, como arbustos, y miraban fijamente el Panda. Lorenz siguió su mirada y descubrió por qué estaban paralizadas: en torno al coche se había reunido un grupo de personas.

Lorenz saltó los cuatro peldaños de golpe, corrió hacia allí, pero poco antes de llegar ralentizó el paso y avanzó despacio los últimos metros porque se dio cuenta de que era mejor mantener la calma y no dejar que se le notara nada.

—Buenos días —dijo—. ¿Puedo ayudarles?

Junto a la ventanilla del asiento del copiloto en el que descansaba Willi había media docena de mujeres de distintas edades, mayores que él pero más jóvenes que sus tías. Hablaban en una lengua que Lorenz no supo identificar, pero que, en cualquier caso, era de Europa del Este. Iban vestidas con chalecos de punto y camisetas decoradas con piedritas de cristal o estampados salvajes.

—¡Está muerto! —dijo una mujer con un fuerte acento eslavo.

—No, solo está durmiendo —se apresuró a decir Lorenz.

—¡Tonterías! —dijo la desconocida.

—¡Pero qué dice! Es mi tío Willi, lo conozco desde pequeño, ¿y quién es usted?

—Sonia —respondió la mujer.

—De acuerdo, Sonia, soy Lorenz Prischinger. ¡El famoso Lorenz Prischinger! ¡He sido protagonista de una serie!

—El hermano de la inspectora jefe —añadió otra mujer.

Varias de ellas cuchichearon emocionadas.

—¡Sí, gracias! —dijo Lorenz.

—No era un halago —dijo la mujer que se había presentado como Sonia.

—Como quiera —dijo Lorenz—. En cualquier caso, se trata de mi tío Willi, que sufre un caso grave de narcolepsia. Eso significa...

—¿Que tiene que dormir todo el rato? —lo interrumpió la tal Sonia. A Lorenz no le gustaba la mujer. Pero de todos modos intentó esbozar su sonrisa más seductora. Sonia tenía aspecto de estar exhausta. Tenía unas profundas ojeras, el pelo grasiento y el flequillo ajado, que seguramente en algún momento había estado teñido de rojo, le colgaba apelmazado sobre las cejas.

—Exacto, usted misma lo ha dicho —dijo esforzándose por ser amable.

—Somos cuidadoras a tiempo completo de camino a casa. Somos expertas con mucha experiencia y sabemos distinguir a alguien durmiendo de alguien muerto.

Al decir «muerto», Sonia se pasó el índice por el cuello. Lorenz empezaba a estar preocupado. Miró de reojo por encima del hombro, sus tías habían echado raíces en su puesto de vigías.

—Estoy seguro de que todas hacen un trabajo excelente y, desde luego, prestan un gran servicio a la sociedad.

—Efectivamente —dijo una mujer con pelo corto lila.

—¿Quién cuidaba a su tío? —preguntó Sonia muy seria.

—Mi tío está durmiendo —insistió Lorenz.

—Vale, pues despertémoslo —dijo Sonia, golpeó la ventanilla con la mano abierta y sacudió la puerta—. ¡Arriba, tío!

Lorenz se precipitó al otro lado del coche y se interpuso entre Sonia y el Panda.

—Mi tío necesita horas de sueño. Sufre de un terrible síndrome de piernas inquietas, así que apenas duerme por las noches, pero en el coche sí. Le gusta el movimiento.

—Ay, piernas inquietas, eso me lo conozco —dijo otra de las cuidadoras, y le sonrió embelesada a Lorenz.

—¡No soy idiota! —dijo Sonia, y volvió a golpear la ventanilla.

—No, pero bruta sí —replicó Lorenz.

—¡No soy bruta! ¡Soy cariñosa con todos los pacientes! Todos tienen familia. Pero nadie va a visitarlos. Solo por Navidad y en los cumpleaños, y entonces quieren que el abuelo y la abuela les den dinero. Yo me paso todos

los días con el abuelo y la abuela, y mis hijos están en casa con mi marido porque yo tengo que trabajar. ¡No soy bruta! —dijo. Aquella palabra la había molestado tanto que le brotaron lágrimas de los ojos.

Una cuidadora le acarició la espalda para tranquilizarla, otra la consoló en aquel idioma que Lorenz no entendía. ¿Ruso? ¿Rumano? ¿Búlgaro? ¿Serbio? ¿Bosnio?

—Perdón —murmuró.

—Por el amor de Dios —dijo Mirl. Las tías por fin habían despertado de su parálisis y se habían unido a él.

—¿Hay algún problema? —preguntó Hedi.

—No —dijo enseguida Lorenz—. Estas encantadoras mujeres son cuidadoras a tiempo completo de...

—Bulgaria —dijo la del pelo corto rojo, que llevaba sonriéndole desde el principio.

—¡Bulgaria! —repitió Lorenz con énfasis—. Y cuidan de ancianos de los que no cuida nadie más. Y como tienen tan buen corazón, querían asegurarse de que el tío Willi tiene todo lo que necesita. ¡Qué amables! Pero ya les he dicho que solo está durmiendo.

—Venga, Lorenz —dijo Hedi—. ¡No les tomes el pelo a estas mujeres! Willi está muerto. Son expertas, ¡saben distinguir a una persona muerta de una dormida!

—¡Gracias! —dijo Sonia triunfal.

Hedi, que gracias a su sexto sentido para las personas enseguida había entendido que era la líder, se dirigió a ella directamente.

—Mi querido esposo, Wilhelm, nació en Montenegro. Y deseaba ser enterrado allí. Pensábamos que aún teníamos algo de tiempo, al fin y al cabo es más joven que yo, pero hace un par de días de pronto no se despertó. Y en fin, no puedo permitirme trasladarlo allí. Yo también fui cuidadora, con las monjas. Pero por desgracia tengo una pensión ridícula. Ustedes lo sabrán bien.

Lorenz observó cómo Hedi mantenía el contacto visual con las mujeres. Todas asintieron comprensivas.

—¿Está congelado? —preguntó Sonia—. Lo digo por los abrigos de piel. Las tres asintieron.

—Quizá sea mejor que le pongan un poco más de color en la cara —dijo una castaña, cuyas cejas parecían tatuadas.

—Resulta que mis polvos de bronceado no se pegan a la piel congelada —

dijo Wetti—. No lo tuve en cuenta.

—Póngale vaselina debajo, así quedará perfecto —dijo la del accidente lila en el pelo. Y antes de que Lorenz pudiera protestar, dos de las cuidadoras sacaron sus neceseres del autobús. Lorenz no pudo negarse a abrir el Panda y contempló a la media docena de cuidadoras ocuparse del tío Willi junto con sus tías.

Cuando terminaron, Willi parecía recién llegado de uno de los primeros días de piscina de la temporada. Casi relucía.

—¡Buen viaje! —dijo la castaña, y el rebaño de cuidadoras se despidió. Lorenz retuvo a Sonia.

—¿Significa esto que no nos delatará a la policía? —preguntó.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—¿Porque se trata de un cadáver?

—¿Y bien?

Lorenz se preguntó si sería la única persona del planeta a la que le resultaba problemático cruzar media Europa con un cadáver en el coche.

—Ya hemos llevado cadáveres en el autobús a Bulgaria en otras ocasiones. El traslado es para los ricos. La carretera, para los pobres.

—Vale, pero ¿por qué me lo preguntaban antes tan serias?

—Simplemente queríamos enterarnos.

—¿Enterarse?

—Enterarnos. El viaje a Bulgaria es largo. Un poco de distracción.

Lorenz asintió.

—Buen viaje —le deseó, y le estrechó la mano a la mujer—. Y mucha suerte —añadió sin poder evitarlo.

—Mucha suerte a ti. ¡La necesitas más que yo!

Pocos minutos después, Lorenz arrancó de nuevo el motor.

—Pues ya estamos —dijo. Y entonces se dio cuenta de que a Hedi se le habían humedecido los ojos.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Sí, sí —respondió Hedi.

Wetti le cogió la mano. Mirl le cogió la mano a Wetti.

—Al ver a las cuidadoras, me he dado cuenta de dónde estamos. Aquí cerca fue donde trabajé de cuidadora yo también y donde conocí a Willi. Y desde aquí nos mudamos a Graz y después a Viena. Siempre hacia el norte, nunca hacia el sur. Siempre hacia delante. Nunca hacia atrás. De vez en

cuando hablábamos de irnos juntos a Montenegro. Solo que no pensé que sería así.

Lorenz no supo qué contestar, así que puso el Panda rumbo al sur. Condujo cinco kilómetros por debajo del límite e intentó que el coche se deslizara de la forma más controlada posible.

Guardaron silencio, absortos en sus pensamientos, hasta cruzar la frontera eslovena.

³ Traducción de Luis Segalá y Estalella (*N. de la T.*).

Sobre todo, que no sea pelirrojo (1978)

—La lección más importante: no tenéis que conducir rápido, sino seguro. ¿Entendido? —preguntó Willi.

Su novia Hedi y sus hermanas Mirl y Wetti asintieron. Sin embargo, llevaban toda la mañana de sábado prestando más atención a cualquier bolsa de plástico que pasara volando que a Willi y su Kadett. Mirl miraba a los viandantes que pasaban junto al aparcamiento del taller mecánico. Wetti tenía la cabeza echada para atrás la mayor parte del tiempo: observaba las aves que volaban bajo ese día nublado aunque ya veraniego. Hedi, absorta en sus pensamientos, se acariciaba el vientre redondo, que ya se le había abombado tanto que había tenido que coserles gomas a unos viejos pantalones. Willi se esforzaba por no perder la paciencia. Estaba muy cerca del objetivo. Llevaba meses convenciendo a las hermanas de que se sacaran el carnet de conducir. Se había ofrecido voluntario para darles las horas de clase necesarias. Había dejado que su concuñado Gottfried se riera y se burlara de él en numerosas ocasiones. Había rebatido durante semanas los pretextos y las excusas de las hermanas sobre por qué no necesitaban el permiso:

—Puede llevarme Gottfried —protestaba Mirl.

—¿Y cuando Gottfried se ponga enfermo o, Dios no lo quiera, ya no esté? —reponía Willi.

—El transporte público de Viena funciona muy bien. Y además es mejor para el medio ambiente —argüía Wetti como pretexto.

—Para ti puede que sí, pero ¿y si Susi se rompe una pierna o hay que llevarla en coche por algún otro motivo? —replicaba Willi.

—¡Estoy embarazada de tu hijo! —intentaba escaquearse Heidi.

—¡Precisamente! Solo estás embarazada, no tienes una incapacidad mental ni estás enferma —suspiraba Willi.

A cada argumento le seguía un contraargumento, hasta que Willi cambió de táctica. En lugar de utilizar motivos racionales, apeló a su orgullo.

—Te entiendo. Al fin y al cabo conducir es cosa de hombres. Está claro que no te ves capaz —le dijo a Wetti una tarde en que la familia se había reunido a tomar café en casa de Mirl y Gottfried, en Wiedner Hauptstraße.

—Venga ya, Willi —respondió Wetti acalorada—. Las mujeres son más capaces por naturaleza de prestar atención a varias cosas a la vez. Esa habilidad les permite proteger a su descendencia de los peligros. Estoy segura de que también las convierte en mejores conductoras.

A continuación, Willi fue a la cocina con Mirl, que en ese momento estaba cortando la tarta que había preparado.

—Entiendo que no te atrevas a conducir, Mirl. Al fin y al cabo eres una ama de casa de la región boscosa. Es comprensible que pienses que no te las apañarías entre el tráfico de la capital —dijo, y mordió un trozo de tarta con actitud provocadora.

—Menudas tonterías dices —dijo furiosa, y le quitó el trozo de tarta de la mano—. ¡Si quisiera, podría conducir a la perfección! ¡Y me las apañaría en cualquier parte! ¿Quién crees que mantiene limpia esta casa inmensa, a pesar de que en este viejo edificio el polvo se multiplica cada segundo? La porquería entra por todas partes y yo la mantengo a raya. Pues claro que podría conducir si quisiera —se indignó. Willi se asustó al verla mover el cuchillo delante de él con pose amenazadora.

Por la noche, cuando Hedi y Willi ya estaban de nuevo en casa, tumbados en la cama, Willi pensó en cómo convencer a su compañera.

Hedi y Willi se conocían. Puede que nunca hubieran estado tan enamorados como Gottfried y Mirl, los vecinos del sexto o las parejas de las películas. Pero tenían algo más importante: eran amigos, aliados. Conocían los secretos del otro. Al menos la mayoría. Hedi y Willi sabían lo que significaba vivir con una culpa eterna. Eso también los unía.

Willi se volvió hacia Hedi y le acarició la barriga.

—Bueno, pues será nuestro hijo el que se saque el carnet de conducir —dijo.

—Tú y tu maldito carnet —dijo Hedi, y cogió el frasco de aceite de almendras que le había dado Wetti para prevenir las estrías del embarazo. Según ella era el remedio definitivo. Willi sabía que a Hedi no le gustaba cómo olía, pero también sabía que lo soportaba por Wetti, a la que había prometido usarlo.

—Bueno, nuestro hijo se sacará el bachillerato. Y así estará perfectamente preparado para el permiso de conducir.

Hedi se incorporó en la cama.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó muy seria.

—Pues que seguramente es más fácil sacarse el carnet cuando se ha aprobado el bachillerato.

—¡Tú tampoco tienes el bachillerato! —exclamó con los ojos echando chispas.

—Pero yo me formé como mecánico de coches. Ya conducía un jeep Willys cuando las piernas todavía no me llegaban al acelerador —mintió Willi. Hasta que las piernas le crecieron lo suficiente, Rudolph lo llevaba en el regazo y solo le dejaba manejar el volante.

—¿Con eso quieres decir que yo no aprobaría el carnet de conducir porque no me saqué el bachillerato?

Willi se encogió de hombros con un gesto exageradamente indiferente.

Hedi se arrastró fuera de la cama indignada.

—¡Pero qué desfachatez! —dijo—. Antes las cosas eran distintas, no todos podíamos estudiar el bachillerato. No había ningún Kreisky que regalara la educación a todo el mundo. ¡Antes podíamos darnos con un canto en los dientes si teníamos de comer!

En ese momento, a Willi le costó no abrazarla y tranquilizarla. Hedi se puso los zuecos de enfermera y la bata, y antes de marcharse al salón, donde seguramente se sentaría delante del televisor con algo de comer, dijo:

—Puede que no tenga el bachillerato, pero en el hospital sin duda era mejor que esas enfermeras pardas, ¡precisamente tú deberías saberlo! —Y añadió altiva—: Me sacaré el carnet de conducir con la manga, ya lo verás. ¡Y sin bachillerato!

Y ahí estaban. Hedi, Wetti y Mirl, que ya habían superado el curso teórico, junto a su profesor Willi, que se había jurado proporcionarles la mayor independencia posible. Desde que Hedi y él se habían mudado a Viena, observaba preocupado que a menudo se sentaban juntas y recaían en antiguos patrones que seguramente habían aprendido de niñas. Willi sabía que, antes de que naciera Christina, Mirl iba a menudo sola al centro de la ciudad para hacer recados de todo tipo, pero desde que sus hermanas vivían cerca, tenían que acompañarla incluso a cambiar unos zapatos. Wetti, por su lado, solía recorrer a pie la ciudad con el cochecito de Christina, pero desde que volvían a ser un trío, solo salían a pasear en rebaño. Y desde que se habían mudado a

Viena, Hedi parecía necesitar la presencia de sus hermanas para cualquier cosa que tuviera que hacer en la casa. Y todo aquello que ellas no podían hacer, debían hacerlo Willi, Gottfried o los vecinos de Wetti. Eso contrariaba a Willi. No era ciego ni sordo y leía el periódico regularmente. La sociedad estaba cambiando. Hacía ya tres años que el aborto era legal y las mujeres también podían trabajar sin el permiso de su marido. El año anterior se habían aumentado la prestación y la protección por maternidad. Las mujeres tenían cada vez más derechos, más independencia. Y Willi quería que su compañera y sus hermanas se adaptaran a ese nuevo mundo. Quería que ellas también fueran independientes. Porque a Fanny le habría gustado.

Echaba muchísimo de menos a Fanny. Le dolía pensar que nunca conocería a Hedi y a sus hermanas. Ni a su hijo. Jamás se lo perdonaría, jamás podría remediarlo. Pero un día lo enterrarían a su lado, para que no estuviera sola en la oscuridad. Ya lo había acordado con Hedi. Y hasta entonces, viviría tal como le habría gustado a Fanny. Aunque eso significara convertir en conductoras a esas tres mulas tercas que tenía delante.

—Bueno, ¿quién quiere ser la primera?

Las tres intentaron fingir que estaban allí por casualidad, como si todo aquello no fuera con ellas.

—¡Mirl, tú eres la mayor!

—¡Siempre yo! ¿Quién tenía que ayudar siempre a madre a cocinar y a limpiar? Yo, claro, porque soy la mayor. —Mirl pataleó con el pie.

—Pero a cambio siempre tenías ropa nueva y Wetti solo se la ponía cuando a ti ya no te entraba. Y a mí me llegaba cuando Wetti ya la había destrozado —replicó Hedi.

—Sin embargo, está demostrado que el hijo menor es a quien más se cuida y quien recibe los mayores privilegios en todos los ámbitos —respondió Wetti—. Es un reflejo biológico de los padres.

—Ya basta, se acabó la discusión —las interrumpió Willi. Por mucho que le gustaran sus cuñadas, que durante el último año lo habían acogido como a un hermano y nunca lo habían tratado de forma distinta, sus pullas lo volvían loco. Ellas, en cambio, parecían necesitarlas. Parecían darles energía y aliviarles el estrés. Cuando comenzaban a discutir unas con otras a la mesa, Willi solía levantarse y salir a hurtadillas sin que se dieran cuenta. De todos modos, si se tenían unas a otras, no necesitaban a nadie más.

—Lo echaremos a suertes —dijo Willi, y arrancó tres briznas de hierba de una pequeña zona verde junto al aparcamiento asfaltado. Dejó dos de ellas

largas, acortó una, las mezcló en la mano y se las tendió a las hermanas. Hedi sacó la más corta.

—Hoy dormirás en el sofá —dijo ella, y se sentó en el asiento del conductor. Mirl y Wetti se acomodaron en el asiento trasero, Willi en el del copiloto.

—Primer paso: ajustar asiento, comprobar distancia con el volante y controlar los espejos —dijo Willi, y observó a Hedi adelantar el asiento, recolocar los espejos laterales y bajar un poco el retrovisor.

—Fantástico —comentó Willi—. Ahora pisa el embrague con el pie izquierdo, el freno con el derecho y colocas la palanca en punto muerto. ¡Bien hecho! Y ahora puedes arrancar.

Hedi hizo lo que le decían. El motor se encendió y las hermanas aplaudieron. Hedi sonrió.

—Ahora quita el freno de mano y mete primera.

Hedi siguió sus instrucciones concentrada.

—Y ahora levanta el pie derecho del freno y después suelta muy lentamente el embrague con el pie izquierdo.

El coche echó a rodar.

—¡Estoy conduciendo! —exclamó Hedi entusiasmada mientras el coche aceleraba. Entonces levantó el pie del embrague; el coche alcanzó los cinco kilómetros por hora y Hedi chilló.

—No pasa nada, Hedi —la tranquilizó Willi—, mueve el volante como hemos practicado con la tapa de la cazuela. ¡El volante!

Hedi giró demasiado bruscamente hacia la derecha, Mirl y Wetti gritaron desde el asiento trasero.

—Vale, pisa el embrague y el freno.

Hedi se atolondró y pisó el acelerador.

—¡EMBRAGUE Y FRENO! ¡EL FRENO ESTÁ EN MEDIO! —gritó Willi, pero justo después el coche frenó de forma tan brusca que las dos hermanas chocaron contra los asientos delanteros y Willi, contra el salpicadero.

Willi puso el freno de mano, que chirrió con fuerza. El motor se apagó.

—¿Estás bien? —le preguntó a Hedi, que se aferraba al volante como un gatito a una rama en lo alto de un árbol. Se soltó, se llevó las manos a la barriga y a la cabeza.

—¿Hedi? ¿Hedi? ¡Di algo! ¿El niño está bien? —preguntó Willi asustado. Sin decir ni una sola palabra, Hedi se soltó el cinturón y se bajó del coche.

Sus hermanas la imitaron. Willi se apresuró a salir también del Kadett, pero para cuando lo consiguió, las tres ya se alejaban a paso rápido agarradas del brazo.

—¿Hedi? ¡Hedi! ¡Mirl! ¡Wetti! —las llamó en vano.

Willi esperó durante una hora en el coche. Estaba seguro de que buscarían la pastelería más cercana, pasarían el susto con unos buñuelos y un café con leche, y se pelearían un poco para liberar el estrés antes de regresar.

Más de una hora después, Willi constató que se había equivocado, así que no le quedó otra opción que conducir de vuelta a casa, donde se encontró a las tres sentadas satisfechas comiendo helado en la mesa de la cocina. Bajo la mesa descubrió tres palanganas en las que se habían preparado un baño de pies.

Se dio cuenta de que realmente le guardaban rencor porque no le ofrecieron helado.

Willi recordaría el día de la clase de conducir frustrada como el único día en que las tres hermanas Prischinger se sentaron a la mesa juntas y él no recibió nada de comer.

Ninguna de las hermanas volvió a hablar con Willi sobre el tema del permiso de conducir. Y sin embargo, las tres lo obtuvieron, pero con un profesor de la autoescuela de Wiedner Hauptstraße contratado por Gottfried.

Mirl fue la única de las hermanas que recogió su carnet de conducir. Y ni siquiera ella lo habría hecho de no ser porque a Gottfried le produjo una gran satisfacción realizar un trámite administrativo con su «cariñito».

Willi aprendió que, al final, esas tres mujeres siempre harían lo que quisieran. Tenía dos opciones: resignarse u oponerse. La segunda opción era una posibilidad, pero una posibilidad extremadamente fatigosa y de resultado incierto. Así que decidió resignarse.

*

Al principio, después de que Willi y Hedi se mudaran a Viena desde Graz, donde habían vivido los primeros años después del alta de Willi, el centro neurálgico de la familia Prischinger-Oberhuber-Markovic se encontraba en el inmenso piso antiguo de Mirl. Pero las hermanas cada vez se veían más en casa de Hedi y Willi, en Liesing. Allí Christina y Susi podían corretear sin

peligro de que empujaran de sus pedestales alguno de los jarrones, figuras de porcelana u otros objetos decorativos de Gottfried. Y sobre todo le facilitaba la vida a Hedi, que durante el tercer trimestre sufrió agotamiento y diabetes gestacional. Los médicos habían insistido desde el principio en que tenía que cuidarse. Al fin y al cabo, a sus treinta y dos años, era una primeriza añosa. Eso le había dolido. Nunca lo habría reconocido, pero sufría por ser mayor que Willi.

—Por lo menos me sobrevivirás —decía siempre que salía el tema de la edad.

—Espero que no —respondía Willi.

Cuando Hedi estaba embarazada de nueve meses, cualquiera habría pensado que Mirl y Wetti también vivían en Dionys Schönecker Gasse. A veces una de ellas ya había llegado cuando Willi se levantaba, a veces las dos se quedaban allí sentadas aunque Hedi ya se hubiera ido a la cama mucho antes y él también se fuera a dormir. La pequeña Christina dormía en el sofá del salón como si lo hubiera hecho desde siempre, y trasladó parte de su colección de juguetes al distrito veintitrés. Susi dormía en la cunita como si estuviera en casa.

¿Cuál era el lugar de Willi en aquella familia?

Veinte años antes, cuando Willi se había mudado con sus padres de las montañas a la costa, había aprendido a ser de utilidad. Se avergonzaba muchísimo de su padre Vlad, que dejaba que su madre hiciera todo el trabajo. Pero a medida que se hizo mayor, la vergüenza se fue transformando en desprecio, e hizo que Willi se propusiera firmemente que, si algún día se casaba, jamás dejaría que su mujer lo hiciera todo sola. Hedi y Willi no estaban casados, pero Willi quería ser de ayuda en la casa de todas formas. Quería ser el tipo de hombre que recogiera sus porquerías y que también supiera prepararse unos huevos o unas gachas si su mujer no estaba. Hedi y él lo habían hablado. Él se había mostrado dispuesto a que ella se sacara el bachillerato en cualquier momento y se convirtiera en enfermera titulada. Durante un tiempo incluso la presionó para que lo hiciera, pero Hedi decía que era feliz tal como estaba. Pero que si cambiaba de opinión, él podría tomarle el relevo. Y Willi le había contestado: «Cuando quieras». Y ahora que había llegado su gran momento, Mirl y Wetti rondaban por la casa como si fuera suya.

En cuanto Willi intentaba hacer algo, lo criticaban y preferían hacerlo ellas mismas a explicarle cómo colaborar.

—¿Tú también, Wetti? —le preguntó a su cuñada menor una vez que ella le reprochó haber guardado los restos de ensalada de patata en una tartera demasiado grande.

Wetti lo miró brevemente, después se explicó:

—Si hay demasiado oxígeno en el recipiente, aumenta el riesgo de que le salga moho a la ensalada. Y las tarteras pequeñas son más eficientes, porque vuestra nevera no tiene la capacidad óptima.

Willi ondeó un pañuelo blanco que encontró en sus pantalones y se marchó.

Tres semanas antes de la fecha prevista de parto, en septiembre, la ginecóloga envió a Hedi al hospital debido a la diabetes y a su edad avanzada.

La noticia fue un duro golpe para Willi. No porque le preocupara Hedi, que era valiente y robusta como una sartén de hierro colado. Sino porque él mismo se sentía en los hospitales como un suflé que podía desmoronarse al menor descuido.

El mismo día en que Willi llevó a Hedi al hospital, su jefe en el taller se rompió el brazo jugando a tenis y Willi tuvo que sustituirlo porque en ese momento habían contratado sobre todo a aprendices y no tenían a nadie formado. Willi se sentía fatal, pero al mismo tiempo muy aliviado de poder evitar el hospital por una razón de peso. Además, Wetti y Mirl acompañaban a Hedi todos los días, le llevaban comida, revistas y la entretenían mejor de lo que lo habría hecho él. Cuando iba a visitarla los fines de semana, casi se sentía fuera de lugar. Y una vez que quiso verla, no le dejaron entrar.

—Su mujer ya está dormida. No quiere más visitas por hoy —le dijo la enfermera, y le explicó que Mirl y Wetti la habían llevado a dar un largo paseo por el jardín del hospital.

Sin embargo, esa misma noche, Mirl lo llamó y le dijo que fuera enseguida.

—¡Hedi está de parto!

Willi, que después de su grave accidente se había jurado conducir siempre diez kilómetros por debajo de lo permitido, ignoró cualquier límite de velocidad y fue como un rayo a donde Hedi.

Cuando vio a su hija por primera vez, al principio pensó que sus ojos le estaban jugando una mala pasada. La matrona le dio unas tijeras para cortar el

cordón umbilical, pero le temblaban tanto las manos que Hedi se incorporó con sus últimas fuerzas y le preguntó con el rostro empapado de sudor:

—Willi, ¿va todo bien?

—¡Mi hija tiene el pelo rojo! —dijo, y dejó caer las tijeras. Acto seguido salió a la calle.

Una vez fuera, vomitó en un arbusto sin sospechar que, dentro, Hedi estaba a punto de sufrir un ataque de nervios por miedo a que Willi creyera que la niña no era suya. Ni Willi ni Hedi eran pelirrojos.

Sin embargo, en ese momento Willi supo con toda seguridad que era hija suya. En ese momento lo supo todo. Y también supo que todo lo que había creído acerca de su origen hasta entonces era falso.

De pronto todo cobró sentido. Pero ¿de qué sirve saber la verdad sobre una familia que ya no existe?

El extranjero no extranjero (del kilómetro 214 al 292)

Junto a la carretera, los anuncios de casinos fronterizos y tiendas *duty-free* se alzaban hacia el cielo. Lorenz encendió la radio, se captaba Ö3.

—¿Ya estamos en Eslovenia? —preguntó Mirl.

—No estoy seguro —contestó Lorenz. El paisaje no había cambiado, las carreteras eran notoriamente mejores. Lorenz veía pocos coches con matrículas austriacas o eslovenas.

Junto a la autopista se elevaban colinas ligeramente boscosas, campos dorados y viñedos. Si el horizonte no estuviera cubierto de letreros que anunciaban mesas de blackjack con chicas de catálogo eslovenas, Lorenz habría dicho que habían llegado al idílico sur de Estiria del que el tío Willi siempre hablaba maravillas.

A la derecha de la carretera, un rótulo gigantesco anunciaba un restaurante con los buñuelos más grandes de Eslovenia. El cartel estaba escrito en alemán y esloveno. Lorenz se mantuvo a la izquierda, en dirección a Ptuj y Zagreb.

Apagó y encendió el móvil. Por fin cambió de la red de A1 a Mobitel.

—Sí, ya estamos en Eslovenia —dijo.

Por el retrovisor vio a las tías erguirse. Con sus gruesos abrigos de piel, parecían lechuzas que podían girar la cabeza hacia la espalda sin necesidad de mover el cuerpo ni un milímetro.

Pasaron junto a un pueblo del que, tras la pantalla protectora, solo sobresalían la torre de la iglesia y los tejados de algunos edificios.

—Todo parece como en casa —constató Mirl.

—Nadie diría que hemos salido de Austria desde el punto de vista climático, constructivo ni topográfico —añadió Wetti.

—Ya podrían haber dejado los letreros en alemán —dijo Mirl.

—Pero los eslovenos hablan esloveno, no alemán —respondió Wetti—. El esloveno es una de las lenguas eslavas, hablado por más de dos millones de personas.

—Ay, Dios mío, Wetti —dijo Mirl—, no era más que una broma. No solo porque esto se parece a Austria, sino porque seguro que por aquí pasa más gente que habla alemán que esloveno.

—No te enfades conmigo, tía Mirl —intervino Lorenz, que empezaba a sentir las primeras señales de cansancio—, pero no ha sido especialmente gracioso.

—Puede que el doctor Goldmann me haya robado el dinero, pero al menos con él podía contar chistes. Él sí que entendía mi humor —dijo Mirl.

—Cambiemos de tema —propuso Wetti. Pero Mirl no le hizo caso.

—Dos policías pescan en el Danubio a un rumano muerto con una mordaza, una cadena rodeándole el cuerpo y los pies metidos en un bloque de cemento. «Típico —le dice uno al otro—, siempre roban más que lo que pueden llevarse.»

Rio con tantas ganas que Lorenz le vio la campanilla por el retrovisor. Wetti se tapó la cara con las manos.

—Tía Mirl, eso no era un chiste, sino un comentario de mal gusto —dijo Lorenz.

—¡La juventud de hoy en día es demasiado políticamente correcta! Al doctor Goldmann le hizo gracia.

—Ay, Mirl querida, el doctor Goldmann se llama Hans Bauer y le quedan veinte años en la cárcel por estafa —comentó Hedi, que poco a poco parecía despertar de la tristeza.

—Os voy a decir una cosa. ¡Soy la mayor defensora de Europa del este! Le dije a Christina miles de veces que estudiara algo con fundamento, ¿y qué hizo ella? Magisterio de Italiano y Psicología. ¿Y de qué le ha servido? Ahora puede pedir en italiano en cualquier pizzería, pero da igual porque ya solo hay albaneses trabajando en ellas. Ni siquiera se ha ligado a un italiano. Si yo pudiera, aprendería ruso o chino ahora mismo. ¡Son idiomas útiles! ¡Tenemos que mirar hacia el este!

—¡No seas tan estrecha de miras! —dijo Hedi—. A Christina le gusta Italia.

—Sí, pero ¿de qué le sirve? —exclamó Mirl—. Donde me hago la manicura, la chica de las pedicuras es de Bosnia, pero de la parte serbia. La de las pestañas es serbia, criada en Hungría. Las que hacen las manicuras son todas serbias de Serbia, y las peluqueras, húngaras, pero también hablan rumano. O son rumanas y hablan húngaro. No estoy muy segura. En cualquier caso, ¡todas hablan serbio, húngaro, rumano, croata, bosnio y un

perfecto alemán! ¡Son mujeres aplicadas! Utilizan sus idiomas para avanzar en su profesión. Ninguna de ellas necesita un grupo de autoayuda con un *personal coach* o psicoterapeutas, como Christina. En cambio, mi hija va con su italiano una vez al año a Venecia y se enfada porque allí todo el mundo le habla en inglés o alemán.

—¿Y qué tiene eso que ver con Eslovenia? —preguntó Hedi.

—Y yo qué sé —respondió Mirl—. Me aburro.

—Yo también —dijo Wetti.

—Pensaba que el extranjero parecería un poco más extranjero —dijo Mirl.

—Un momento —la interrumpió Lorenz—. ¿Nunca antes habías estado en otro país?

Las tres hermanas negaron con la cabeza al unísono.

—¿Ninguna de las tres? Mirl, yo pensaba que Gottfried y tú viajabais mucho.

Mirl se echó a reír.

—En invierno íbamos a esquiar a Salzburgo o al Tirol, y en verano o a Salzkammergut o a Carintia. ¡Ya conoces al subsecretario Gottfried Oberhuber! No se va de vacaciones a ningún sitio en el que una autoridad austriaca no haya comprobado antes que las mesas de las terrazas se han colocado a la distancia precisa.

Las hermanas se recostaron y Lorenz pensó en la novia del tío Gottfried. ¿Qué pensaría Mirl de ella?

Media hora después se oyeron ruidos en el asiento trasero y el olor a carne especiada le reveló a Lorenz que las tías estaban preparando el primer almuerzo. Ya eran casi las diez; la cordillera fronteriza entre Eslovenia y Croacia se acercaba por el horizonte.

—Lorenz, ¿tú también quieres un bocadillo de embutido? —le preguntó Hedi, y le tendió uno. Lorenz estaba a punto de cogerlo cuando se dio cuenta de que la carretera cambiaba. Primero el límite de velocidad se redujo a cien, después a ochenta. Hizo un esfuerzo por respetar los dos límites enseguida, lo último que necesitaba era un agente de tráfico que le diera problemas. Aunque no vio ningún letrero que lo indicara, Lorenz sabía que debían de haber llegado a Draženci, donde acababa la autopista de Eslovenia. Los siguientes veinticinco kilómetros hasta el paso fronterizo de Macelj no estaban arreglados. En internet había leído que, si había atascos, se podía dar

un rodeo por el paso de Dubrava Križovljanska, pero no parecía que hubiera mucho tráfico.

—No quiero bocado, gracias, enseguida llegaremos a la frontera con Croacia —dijo Lorenz, y se concentró en la carretera.

—¿Ya? —preguntó Hedi con la boca llena.

—Sí —dijo Lorenz—. Eslovenia no es especialmente grande.

—¿Entendéis ahora mi broma de los letreros? —preguntó Mirl también con la boca llena.

Nadie contestó.

La autopista se acabó y ahora conducir requería una gran concentración. La carretera tenía dos carriles y el firme era bastante irregular, la vegetación de los arcenes parecía salvaje.

En un apeadero sin asfaltar había un campesino con melones.

—¡Mira qué melones tan grandes! —dijo Hedi.

—En el viaje de vuelta no deberíamos dejar pasar la oportunidad de comprar especialidades locales. Por motivos ambientales estoy en contra de importar frutas exóticas, pero como en este viaje de todos modos estamos emitiendo cantidades ingentes de dióxido de carbono, también podríamos promover la economía local —dijo Wetli.

—¡Que quieres melones y ya está! —dijo Lorenz tenso.

—¿Estás bien, chico? —preguntó Hedi.

—Sí —dijo—. Estamos a punto de llegar a la frontera. ¡Por favor, no llaméis la atención!

Las tías enmudecieron, se sentaron derechas y comprobaron su maquillaje en pequeños espejos de bolsillo. Wetli estiró la mano con el espejo hacia la zona delantera, Hedi se inclinó hacia delante y con el dedo pulgar levantado dio a entender que el maquillaje de Willi también seguía en su sitio.

Después de la siguiente curva aparecieron los letreros de reducción de velocidad. El Panda mal amortiguado rebotó sobre los badenes.

Había cuatro coches esperando en la cola más corta, en la que también se colocó Lorenz.

Echó un vistazo al tío Willi: estaba en su asiento rígido, erguido y muy maquillado, con gafas de sol y gorra. Fuera estaba un poco nublado. ¿Levantaría eso sospechas?

—¡Por favor, no llaméis la atención y dejadme hablar!

Sus tías asintieron con vehemencia.

Lorenz abrió la guantera y sacó los pasaportes.

Solo quedaba un coche por delante.

Con el corazón a mil por hora, aceleró con cuidado para avanzar hasta la garita del agente de aduanas, que lo miró con ojos cansados. Lorenz le tendió los pasaportes por la ventanilla abierta, el policía sacó el móvil y le hizo una señal para que siguiera.

Se oyó un suspiro de alivio conjunto.

Lorenz aceleró, para después frenar bruscamente después de la siguiente curva: se había alegrado demasiado pronto. Eso solo había sido el control de salida de Eslovenia, ahora tenían que pasar el control de entrada a Croacia.

Una vez situados a la cola, a Lorenz le asaltó el miedo. Allí no había agentes desganados dormitando en sus garitas. Lo que parecían policías de élite estaban sentados erguidos en sus puestos, con chalecos antibalas. Los uniformes eran de color azul claro y en ellos relucían las banderas croatas. También había soldados patrullando en solitario con armas automáticas.

—Pues vaya —murmuró Mirl—. Antes los croatas querían irse a cualquier lado, y ahora no quieren que entre nadie.

—Shh —siseó Lorenz, e hizo avanzar el coche lentamente.

En la garita había una joven muy guapa, de ojos dorados y el largo pelo castaño recogido en una coleta.

Lorenz le tendió los cinco pasaportes.

—*Hello, how are you?* —le preguntó, y se esforzó por esbozar su sonrisa más encantadora.

—*What you do in Croatia?* —respondió ella severa.

—*We go to Montenegro* —dijo Lorenz.

Comprobó los pasaportes.

Se detuvo en uno de ellos.

—*Mr. Koviljo Markovic?* —preguntó.

—*He is my uncle* —dijo Lorenz.

—*Tell him to put away cap and glasses, I need to see his face!*

El tono era severo y exigente. Lorenz entró en pánico.

—*My uncle sleeps* —susurró.

—*Wake him up.*

Lorenz se asomó aún más por la ventanilla.

—*Listen. My uncle always gets sick when he drives in car. Then he needs to...* —Lorenz no recordaba la palabra inglesa para «vomitar». Así que imitó el gesto—. *Last time he went with other old people in a bus, he got so sick he...* —Lorenz imitó el ruido varias veces—. *He lost his teeth and all the old*

people had to look for the teeth in the grass. At least the ones with new hips.

Ahora la agente de aduanas no solo lo miraba con severidad, sino también con asco. Lorenz se preguntó si serviría de algo echarle un piropo. Antes de que pudiera decidirse, la puerta trasera derecha se abrió, y para su desesperación, Hedi salió del coche y se acercó al maletero.

—*What is she doing?* —preguntó la policía—. *Lady stay in car!*

Hedi no hablaba inglés, y Lorenz sabía que, aunque lo hablara, no haría caso de lo que le decían. Lorenz vio que los soldados se habían fijado en Hedi, agarraban sus armas y se gritaban palabras que sonaban amenazadoras; Mirl tenía razón, había que aprender una lengua eslava, por lo menos para saber si estaban a punto de dispararles o solo se preguntaban por qué esa anciana sacaba del maletero una bandeja con tres pasteles cortados: tarta de chocolate y cereza, bizcocho marmolado y pastel de ciruelas. Hedi le tendió la bandeja a la agente de aduanas. Lorenz tendría que habérselo imaginado. Las tías llevaban pasteles cada vez que iban a hacer algún trámite o al médico. Pues claro que habían preparado dulces para las aduanas.

—¡Lorenz, dile que coja uno!

—*What is this?* —preguntó la joven de la garita.

—*Cake, you like?* —preguntó Lorenz.

—*Is it with milk?*

Lorenz tradujo y Hedi asintió. La policía torció el gesto con asco.

—*No wonder uncle sick, lactose is very bad* —dijo—. *Tell uncle not to eat lactose, and he no more sick when driving!* —Acto seguido le devolvió los pasaportes a Lorenz.

Él los recogió aliviado, pero entonces la agente de aduanas salió de la garita y llamó a los soldados, que se acercaron con sus ametralladoras.

Lorenz empezó a sudar. Ya se veía con un disparo en el muslo en un calabozo croata, acusado no solo de transporte de cadáveres, sino también por intento de envenenamiento de una oficial aduanera.

Pero antes de que Lorenz pudiera enredarse más en sus turbios pronósticos, los hombres, fuertemente armados, se echaron las metralletas al hombro y se sirvieron de las tartas de Hedi. Las probaron, hablaron en croata y levantaron los pulgares. Hedi les ofreció más. Pero cuando uno de los agentes quiso coger la bandeja, que también era la parte inferior de una tartera de plástico para transportar tartas, Hedi gritó:

—*¡No, necesito my tupperware!*

Lorenz no podía creer lo que veía y oía. ¿Cómo podía preocuparse por su

tartera en una situación como aquella? Mirl y Wetti también se bajaron del coche, y entre las tres efectivamente consiguieron hacer entender con gestos al agente armado hasta los dientes de que necesitaban el recipiente de vuelta, de manera que los soldados desaparecieron con las tías en el edificio de aduanas.

—*Move, please, parking over there* —dijo la agente de aduanas, y echó a Lorenz de allí. Este llevó el coche a un pequeño aparcamiento y esperó a que las tías volvieran a subirse. La tartera estaba vacía e incluso limpia.

—¡Qué gente tan encantadora! —dijo Hedi mientras se ataba el cinturón.

—Imagínate, el calvo enorme y musculoso nos ha fregado la tartera —añadió Wetti.

—Lo que yo digo: esta gente sí que es trabajadora, muy trabajadora —dijo Mirl.

Cuando todas se ataron el cinturón, Lorenz metió la marcha sin decir nada y condujo fuera de allí.

Setecientos metros más allá vieron otro puesto de control.

—Jesús, ya no nos queda tarta —dijo Hedi.

—Ya os dije yo que tendríamos que haber hecho más —dijo Mirl.

Pero al acercarse, Lorenz comprobó aliviado que no era más que un peaje. Y por suerte allí no trabajaban personas, solo máquinas. Lorenz bajó la ventanilla y retiró el ticket.

Lo guardó en la guantera entre los pasaportes, se puso de nuevo el cinturón y aceleró.

Siete horas y cuarenta y dos minutos para llegar a Montenegro.

Los invertebrados (1986)

La pampa. La sabana. El desierto de Gobi. Todos aquellos secarrales le parecían más atractivos a Wetti ese ardiente mediodía de junio que la zona climática extrema de la cocina de su pequeño estudio de Novaragasse. Seguro que tanto en la pampa como en la sabana, y por supuesto en el desierto de Gobi, soplaba de vez en cuando el aire, y sobre todo había alguna que otra criatura interesante que observar. Mientras que allí, en la cocina, el aire estaba estancado e impregnado de los olores del baño del pasillo, y ese día hacía demasiado calor incluso para las moscas de la fruta. Wetti inspeccionaba una vez a la semana las muertes por calor en el alféizar de la ventana: avispas, polillas, escarabajos, arañas... Ni siquiera esos animales malditos sobrevivían al infierno en que se convertía la cocina en cuanto las temperaturas superaban los treinta grados fuera.

Había llegado el momento de que Wetti buscara otro sitio donde vivir. Susi tenía doce años, sin duda un poco de privacidad beneficiaría su desarrollo. Wetti no habría tenido ningún inconveniente en compartir cama con ella hasta que Susi cumpliera los sesenta, pero ni siquiera los elefantes mantenían a sus descendientes a su lado durante tanto tiempo.

Por lo menos solo quedaban un par de días de trabajo antes de las vacaciones de verano. Como cada año, Susi alternaría las semanas libres con Mirl y con Hedi, para que Wetti pudiera hacer turnos diurnos de limpieza normales, en lugar de los incómodos turnos de madrugada, para los que tenía que levantarse a las tres y media. Así ella pasaba el día en el fresco museo, Susi estaba con Mirl y Gottfried en el lago o con Willi en la piscina, y en la cocina solo quedaban los bichos suicidas. Wetti estaba convencida de que los animales con un sentido de la supervivencia íntegro no se aventuraban en su casa.

El hecho de que Wetti tuviera que preparar la comida para Susi y para sí misma no ayudaba precisamente con la temperatura. Pensó en prepararle un

bocadillo a Susi, pero una comida caliente al día era esencial para el crecimiento de una preadolescente. Wetti era como una madre leona. Preferiría sucumbir en el combate durante la caza que no dar de comer a su cría, así que puso a hervir una cazuela con agua y empezó a picar zanahorias. Oyó a Susi llegar.

—Qué dolor de cabeza tengo —dijo Susi a modo de saludo, y se dejó caer sobre la gran cama que compartían, que durante el día Wetti utilizaba como sofá.

Wetti se lavó las manos y se sentó junto a su hija, tumbada boca abajo y con la cara en una almohada.

—Gorrioncito, ¿qué te pasa?

—Estoy enferma.

Wetti le dio la vuelta a Susi y le puso la mano en la frente: ardía como la base de un cazo caliente. Pero no era solo la cabeza, también tenía las mejillas, la espalda y los hombros ardiendo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Estábamos en la piscina. De repente me he mareado y he vomitado.

—¿Tenías la gorra puesta? ¿Te has echado crema?

Susi se giró y le dio la espalda a su madre. Wetti estaba segura de que había sufrido un golpe de calor. Fue a la cocina, cogió un trapo, lo mojó con agua helada, sacó requesón de la nevera, puso dos capas sobre la tela, la dobló y se la puso a Susi en la frente.

—Ten, gorrioncito, enseguida te encontrarás mejor —dijo Wetti, y sintió a la leona que llevaba dentro preparándose para destruir al sol que había quemado a su pobre hija. Wetti siempre se había considerado una criatura pacífica, pero desde que la matrona había recibido a Susi con las palabras «pero bueno, ¿quién es este monito?», Wetti albergaba en su interior una violencia inimaginable lista para descargarse sobre cualquiera que hiciera sufrir a su hija.

—Gorrioncito, sabes que puedes contármelo todo, ¿verdad?

Susi asintió.

—¿Se han burlado de ti en la piscina?

Susi negó con la cabeza.

Wetti le acarició el pelo, encrespado en todas direcciones por el cloro del agua. Quizá tuviera que hacérselo trenzar otra vez. Costaba una fortuna, pero era lo más cómodo para la niña.

—Susi, ¿qué pasa?

—Hacía muchísimo calor en la piscina. He sido la primera en entrar y he conseguido sitio a la sombra. Pero entonces la profesora me ha hecho ponerme al sol para que Claudia pudiera sentarse a la sombra.

Wetti sentía la bilis subiéndole por la garganta.

—Y le he pedido crema de sol —musitó Susi—. Me ha dicho que no la necesito. Que eso es desperdiciarla.

La leona había despertado, y sus ojos encendidos y las garras afiladas indicaban que estaba sedienta de sangre. Wetti apretó los dientes.

—Ay, cariño, ya conociste a los neandertales en el museo —dijo—. Y sabes que tenían el cerebro más pequeño que el ser humano moderno. Por eso se extinguieron. Porque eran muy tontos. Pero un par de neandertales mezclaron su herencia genética con el ser humano moderno antes de extinguirse. Seguro que tu profesora es en gran parte neandertal.

—Mamá —dijo Susi—, prométeme que no le dirás eso a la profesora.

La leona había hecho algo mal al criar a su hija, porque a esta le espantaba la sangre. Ni siquiera Mirl, que había pasado toda su infancia preocupada por lo que otros pensarán de ella, había sido tan comedida como Susi. Mirl hacía todo lo que se esperaba de ella. Pero Susi hacía incluso cosas que pensaba que podrían esperarse de ella. Mirl nunca era descarada con los profesores o personas de respeto. Susi ni siquiera se defendía cuando los profesores o personas de respeto la trataban de forma claramente injusta. Wetti se preguntaba cómo había podido fracasar tanto como madre.

—Pero gorrioncito, tu profesora ha cometido un error. Tiene que rendir cuentas por ello.

—No, por favor. —Susi se incorporó—. El año que viene será nuestra tutora. No quiero llamar más la atención de lo que ya lo hago. ¡Por favor!

Wetti le prometió a su hija con dolor de corazón que no hablaría del tema con la profesora ni con el director.

Wetti se tomó el día siguiente libre para cuidar de Susi, que por la noche había tenido escalofríos. Dos días después, Susi insistió en volver al colegio. Decía que los últimos días antes de las vacaciones eran los mejores. Pero Wetti sabía que Susi no quería llamar la atención.

Así que Wetti también volvió al trabajo. Apenas podía concentrarse en la limpieza, sino que pensaba constantemente en lo sucedido en la piscina y en si no sería mejor intentar cambiarla de colegio. Susi afirmaba con rotundidad

que era feliz en su instituto. Wetti habría preferido llevarla a la escuela Rudolf Steiner de Maurer Schlössl, a la que iban muchos niños de sus conocidos de Hainburger Au y de las distintas manifestaciones antinucleares. Pero no podía exigirle a una niña de doce años que recorriera un camino tan largo para ir al colegio. Wetti estaba tan ensimismada que ni siquiera notó que a su lado había aparecido el doctor Alfred Sauermann, asistente de investigación del tercer departamento de zoología invertebrada.

—Alfred, aparece usted a hurtadillas como un armiño en busca de sus presas —dijo en tono de reproche cuando reparó en él.

Alfred clavó la mirada en la fregona en la que estaba apoyada ella.

—Disculpe, Wetti. Crecer en el museo deja secuelas.

Alfred era hijo del antiguo director del segundo departamento zoológico. A pesar de tener solo cuarenta y cinco años, ya tenía una pequeña chepa de pasar tanto tiempo inclinado sobre preparados y libros, y estaba tan pálido como una rata topo desnuda que nunca hubiera visto la luz del sol.

—Wetti —dijo—, me gustaría mucho enseñarle algo.

—Enseguida, Alfred, tengo que terminar de fregar el suelo rápidamente —dijo Wetti, y miró la hora. Eran casi las cinco de la mañana. Alfred Sauermann tenía copias de los turnos del personal de limpieza, para presentarse allí temprano los días en que Wetti comenzaba a las cuatro. A veces se encontraban. Otras veces no. Pero se sobreentendía que cuando Wetti estaba en el museo, Alfred también—. Cuando termine aquí iré a verlos a usted y a sus invertebrados, ¿de acuerdo?

Wetti metió la fregona en el agua y ejecutó sus piruetas dibujando grandes arcos sobre el parqué, que crujía, pasando junto a las vitrinas de marcos de madera oscura. No necesitaba levantar la mirada para saber que Alfred la observaba. Le había dicho en numerosas ocasiones que la forma en que fregaba el suelo del museo le recordaba a una bailarina, y que resultaba más elegante que cualquier miembro del ballet de la ópera. Escurrió la fregona y empujó hasta la siguiente sala el cubo, para el que ella misma había construido una pequeña plataforma con ruedas y así no tener que llevarlo a cuestas.

Una hora y media después el suelo estaba limpio, y Wetti podía hacer una breve pausa antes de atacar las vitrinas con limpiacristales y papel de periódico.

Llamó a la puerta para no asustar a Alfred y entró en su despacho, que también hacía las veces de almacén. La estancia era grande, por todas partes

había vitrinas y estanterías vacías, así que al entrar nadie sospechaba que en medio de aquel caos había un escritorio rodeado de archivadores y pilas de libros.

Wetti encendió el interruptor para que la sala no estuviera iluminada solo por el foco de la lámpara de mesa.

—Alfred, se va a quedar usted ciego —dijo en un fingido tono de reproche, entonces él se llevó las manos apresurado al interior de su chaqueta y ella se sentó en la silla junto al escritorio.

Hacía años que Alfred se había llevado una silla de la cafetería de la cúpula y la había colocado allí para que Wetti pudiera sentarse cuando lo visitaba. Ella había pasado semanas tranquilizándolo, asegurándole que no debía preocuparse. Nadie se daría cuenta de que arriba faltaba una silla.

—Se lo digo yo —se lamentó Wetti—. La gente en este país es lo peor. Estoy desesperada.

—Esto es lo que quería enseñarle —dijo Alfred, abrió un cajón y sacó un fragmento de piedra—. He encontrado esto abajo, en el cuarto de las basuras. Los muy bárbaros ya han vuelto a intentar deshacerse de viejos preparados, pero por suerte he podido rescatar los tesoros más valiosos. ¡Este es para usted!

Wetti, que seguía pensando en Susi, se dio cuenta en ese momento de que Alfred estaba especialmente sucio, incluso para ser él, aunque ya estaba acostumbrada a que siempre tuviera un aspecto algo desaliñado. A veces el pelo le iba en todas direcciones, a veces tenía la cara embadurnada de comida, a veces tenía manchas en la camisa o un agujero en los pantalones. De hecho, así se habían conocido. Durante años habían convivido sin hablar entre ellos. Hasta una tarde en que Alfred tenía que dar una charla a los amigos del museo sobre el gusano de Guinea, un parásito con presencia en África y Oriente Próximo al que le había declarado la guerra el presidente estadounidense Jimmy Carter.

Unas horas antes, Wetti observaba a Alfred Sauermann ensayar nervioso e inseguro en el atril mientras ella limpiaba el polvo de las sillas, y entonces se dio cuenta de que tenía un agujero en los pantalones. La presentación le gustó muchísimo, porque no solo la exponía de forma objetiva y competente, sino que además era extremadamente interesante. Wetti aprendió que el gusano de Guinea, *Dracunculus medinensis* en latín, era un nematodo parásito cuyo huésped era el ser humano. Los machos y las hembras se apareaban en el estómago de las personas, y a continuación la hembra se desplazaba hacia la

pierna, donde alcanzaba hasta un metro de longitud y provocaba una úlcera del tamaño de un huevo que reventaba al contacto con el agua, para que la hembra pudiera expulsar allí las larvas. Estas anidaban en crustáceos diminutos que los humanos ingerían al beber, lo que cerraba el ciclo. Lo que más fascinaba a Wetti era que, tal como explicaba Alfred, el gusano de Guinea todavía se eliminaba enroscando su cabeza en un palito de madera en cuanto la úlcera del pie estallaba, girando el palito tres veces al día. Había que tener mucha paciencia, ya que si se giraba demasiado a menudo, el gusano podía desgarrarse y provocar infecciones graves. Por eso existía la teoría de que el símbolo de los médicos y farmacéuticos, conocido como la vara de Esculapio, en torno a la que se enrollaba una serpiente, en realidad era un trozo de madera con un gusano de Guinea. A Wetti le pareció obvio. Esa teoría era mucho más lógica que la de la serpiente con una vara; además, el gusano de Guinea ya se eliminaba con ese método en Mesopotamia, cuando los griegos ni siquiera habían llegado a la zona del Mediterráneo.

¿No sucede a menudo que el ser humano ignora la verdad para abandonarse a la explicación más agradable?, pensó Wetti, y se acercó a Alfred.

—Una exposición muy interesante —fueron las primeras palabras que le dirigió, y añadió—: ¿Va a cambiarse o llevará esta ropa?

Cuando él le reconoció que no tenía consigo nada más que ponerse, lo obligó a acompañarla al despacho y quitarse el pantalón, que le remendó hábilmente. De puro nerviosismo, Alfred le relató las historias más absurdas del tercer departamento de zoología invertebrada, pero Wetti las disfrutó. Alfred era la primera persona del mundo con la que podía hablar exclusivamente de temas que de verdad le interesaban. Nada de conversaciones tontas sobre el tiempo o las carreteras. Desde entonces eran amigos. Aunque amigos extraños, como recordó en ese momento, cuando Alfred le puso en la mano una piedra con forma de corazón.

—¿Un corazón? —preguntó Wetti titubeante.

—No, un fragmento de granito —subrayó Alfred. Wetti sabía que, allí donde ella reconocía un corazón, Alfred no veía más que un producto del moldanúbico con interés geológico.

—Ah —dijo Wetti. Alfred abrió un libro. Era difícil tratar con él. En cuanto tenía la sensación de estar haciendo algo mal, se retraía.

—El granito es en realidad una roca ígnea plutónica, rica en cuarzo y feldespatos. Pero también contiene minerales oscuros. Sobre todo mica —dijo

Alfred con la mirada puesta en el libro, que trataba sobre cascadas. Como si unas desconsideradas palabras sobre piedras pudieran hacer daño a Wetti.

—Feldespató, cuarzo y mica, eso no se me olvida —dijo Wetti con una sonrisa.

—Bueno, eso es una simplificación. Desde el punto de vista químico, el granito es más bien como una riolita volcánica —dijo Alfred, y Wetti suspiró.

—Lo sé. Solo repetía la frase que mi hija aprendió en Geografía —dijo enseguida.

Wetti se dio cuenta una vez más de lo mucho que sudaba Alfred y de cómo le temblaban las manos cuando se sentaban juntos en su despacho repleto, en el que en teoría se podía hacer de todo, en el que todo permanecía en secreto, y en el que, de todos modos, nunca había pasado nada a pesar de que durante los últimos años se habían sentado muy juntos en numerosas ocasiones. Como si vivieran en un terrario en el que la luz artificial matara cualquier instinto natural de machos y hembras.

—Gracias por la piedra —dijo Wetti después de un rato, y se la metió en el bolsillo de la bata.

—Espere —dijo Alfred cuando ella se levantó. Wetti lo miró sorprendida—. ¿Se encuentra usted bien?

—A decir verdad, no, no me encuentro bien —dijo Wetti—. Creo que estoy fracasando como madre. Mi hija es infeliz y no soy capaz de ayudarla. Ojalá pudiera protegerla mejor.

Alfred se aflojó la corbata. Tuvo que hacer tres intentos antes de conseguir pronunciar las palabras:

—Pensaba que tenía usted la gripe.

Wetti sonrió cansada.

—Mi hija es la niña más bonita del mundo, pero resulta que no parece de aquí. Tengo la sensación de que todo va a peor. No solo en el colegio, sino en todo el país. ¿No le parece?

Alfred tartamudeó.

—Me temo que no entiendo el subtexto de su argumentación.

Wetti levantó la voz:

—Mire a su alrededor. Hace unas semanas Waldheim salió elegido como presidente. ¡Era un nazi de primera línea! Lo sabía todo, estaba en el ajo, ¿y ahora es presidente? ¿En 1986? ¿Es que este país no ha aprendido nada? Una vez fui al médico con mi hija y la enfermera me dijo que parecía que me había dejado a la niña al sol. ¡Es como si todas las alcantarillas se hubieran

atascado y la mierda saliera de nuevo a la superficie!

Wetti paseaba furiosa de un lado a otro. Alfred seguía sentado y seguía sus pasos con la mirada.

—Una nueva especie normalmente necesita cierto tiempo para aclimatarse a un nuevo ecosistema. En este caso la aclimatación también implica que las criaturas nativas la acepten. Una adaptación por ambas partes, por así decirlo. Como en el caso de la babosa española, cuando...

Wetti cerró el puño sobre la piedra e interrumpió a Alfred:

—¿Acaba de comparar a mi hija con una babosa española? ¿Y qué quiere decir con eso de «nueva especie»? Mi hija es un ser humano con un poco más de melanina en la capa basal de su epidermis que los austriacos de piel lechosa, ¿qué más le dará a la gente? —preguntó furiosa. Alfred la miró con los ojos muy abiertos.

Wetti golpeó el escritorio con el granito y se precipitó fuera del despacho.

Naturalmente Susi, a pesar del episodio de la piscina, no quería cambiar de colegio. Discutía casi a diario con Wetti, que quería convencerla de echar un vistazo al menos a uno de los centros que rodeaban el complejo de la ONU. Susi seguía insistiendo en que era feliz en su clase. La preocupación por su hija atormentó a Wetti durante todo el verano.

Mientras tanto Alfred la evitaba. Durante años habían tomado café juntos cada dos o tres días; ella dejaba que él disertara sobre los fundamentos teóricos de lo que ella observaba en la naturaleza; él le hablaba de su investigación, de sus preparados favoritos y de los secretos del Museo de Historia Natural. Después de que evitara todo contacto con ella durante un par de semanas, Wetti se preguntó si todos aquellos años de pensar que algo los unía habían sido imaginaciones suyas. Wetti solía verse con hombres para satisfacer ciertas necesidades naturales que, a diferencia de su hermana mayor Mirl, ella sí reconocía gustosamente. Pero con Alfred era distinto. Realmente quería saber lo que pensaba. Si sentía algo o por dentro era tan frío como el frasco de un preparado de gusano de Guinea.

Cuando pasaron los meses de verano y Wetti comenzó a aceptar que Alfred había desaparecido de su vida tan silenciosamente como había llegado, un día encontró una piedra en el suelo de la sala XI. Al principio Wetti se enfadó y se temió encontrar un cristal roto cerca de allí. Pero cuando se agachó a

recoger el fragmento, vio que se trataba del trozo de granito con forma de corazón. Llevaba una nota pegada con la cinta adhesiva de dos caras con la que se fijaban a su sitio los preparados.

«Siento mucho haber dicho algo que no debía. La interacción humana no es mi fuerte —decía la nota. En el reverso del papel, Wetti leyó—: Además, la piedra parece un corazón. Llevaba año y medio buscando un corazón de granito. Porque usted proviene del mismo lugar que el granito. Firmado, Dr. Alfred Sauermann»

Wetti no pudo evitar echarse a reír. Alfred había necesitado tres años para colocar una silla en su despacho. Había buscado un corazón de granito durante dieciocho meses. Y ahora había tardado dos meses en formular una disculpa.

Lo buscó durante un buen rato para darle las gracias, pero no lo encontró. Imaginó que se escondía de ella y se rindió, porque tenía que llegar puntual al veintitrés a recoger a Susi, que ese día estaba con Willi, Nina y el pequeño Lorenz en la piscina. Sepp estaba de visita y su hijo estaba loco por sus primas mayores, sobre todo por Susi. Por Navidad, Lorenz había pedido ir a la piscina con Susi en verano y Sepp le había preparado un vale plastificado. Wetti se había peleado con Sepp porque, desde el punto de vista ecológico, le parecía una estupidez desperdiciar papel en semejante obviedad, y además envolverlo en plástico. En cambio a Sepp el medio ambiente le daba igual mientras su hijo estuviera contento. A veces Wetti se preguntaba cómo se las arreglaría en el mundo Lorenz con un padre así. Todos los progenitores del mundo animal querían proteger a sus crías, pero de todas formas había que prepararlas para las crueldades de la vida.

Cuando Wetti llegó a casa de Hedi, Willi y los niños todavía no habían vuelto.

—Espero que Susi se haya echado crema —dijo Wetti mientras se quitaba el sombrero.

—Seguro que Willi cuida bien de los niños —dijo Wetti.

Sepp llegó del salón y extendió las manos hacia Wetti a modo de saludo. Las tenía cubiertas de pintura roja, y la cara también.

—¡Hola, querida! —dijo, y abrazó a Wetti.

—¿A qué viene todo ese rojo? —preguntó.

—Dentro de dos días es el santo de Lorenz y le estoy haciendo una pancarta.

Wetti se asomó al salón, donde vio un lienzo pintado de rojo extendido

sobre la mesita del sofá, en el que se leía en letras doradas: «Feliz santo al mejor hijo del mundo».

—¿Y por qué es roja?

—En estos momentos el rojo es su color preferido. Y como no he encontrado papel rojo, he pintado esta tela.

Wetti le pellizcó la mejilla, pero se preguntó una vez más qué sería de Lorenz y fue a la cocina con sus hermanas; Hedi ya había preparado café y había servido pastel de frutas.

—No te preocupes, las frutas son de las conservas del año pasado —explicó cuando Wetti se sirvió un trozo.

—Con las frutas no hay ningún problema —dijo Wetti—. Solo la caza, las setas y la verdura pueden estar contaminadas de radioactividad.

—No —intervino Mirl—, ¡hace poco he leído en el periódico que hay que tener cuidado con la fruta! Porque la mafia intenta colarnos fruta de Ucrania llena de ese *celso* radiactivo.

—Cesio —la corrigió Wetti.

—¡Ya lo sé! ¡El caso es que hay que andarse con cuidado! —dijo, y se metió un trozo de pastel en la boca.

—En fin, seguro que ahora os alegráis de que aquí no haya centrales nucleares —dijo Wetti. Mirl y Hedi bajaron la cabeza abochornadas. Ocho años antes las hermanas se habían peleado como gallos sobre este tema, y después incluso habían dejado de hablarse durante un tiempo. Wetti se había comprometido apasionadamente con el movimiento antinuclear, mientras que sus hermanas se habían mostrado a favor de la puesta en marcha de la central de Zwentendorf, una central nuclear ya construida junto al Danubio. Mirl, porque Gottfried pensaba que era bueno para la economía, y Hedi, porque Kreisky había dicho que era bueno para el país. El referéndum había convertido a Austria en un país libre de energía nuclear y la central era una ruina industrial vacía. Wetti seguía sintiendo una gran satisfacción al ver, ocho años después, que efectivamente tenía razón.

—El pastel está delicioso —dijo enseguida para que el ambiente no quedara ensombrecido.

—Gracias —dijo Hedi.

Entonces Wetti decidió no perder el tiempo de nadie y plantear la cuestión que la había llevado allí. Wetti era pragmática: en lo que respectaba a la flora y la fauna, ella era la experta. Pero en el campo de los machos humanos, estaba dispuesta a reconocer que sus hermanas tenían mucha más

experiencia.

—¿Qué hacéis cuando vuestros machos no hacen lo que deberían? —preguntó Wetli.

—¿A qué te refieres? —respondió Hedi con otra pregunta.

—Pues a cuando quieres que Willi haga algo, pero no lo hace. ¿Qué haces para que lo haga?

Hedi se echó a reír.

—Enfadarse con él no sirve de nada, de todas formas no lo entiende —dijo.

—Gottfried tampoco. Ya puedes ponerle algo delante de las narices, que no pillaré la indirecta —dijo Mirl.

—En algún momento empecé a decirle a Willi directamente lo que tenía que hacer. Y normalmente suele hacerlo.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Wetli.

—Entonces se lo dices hasta que lo haga —respondió Hedi.

—Tuve que decirle a Gottfried cuarenta y siete veces que se hiciera una revisión médica. Pero no iba —dijo Mirl, se sirvió más café y le puso azúcar—. Así que concerté una cita y le dije que íbamos a una cafetería en la que tenían una tarta especial de catorce capas. Y cuando llegamos a la consulta del médico, me puse delante de la puerta y no le dejé salir.

Hedi se echó a reír y dijo:

—No se puede esperar de un hombre que haga lo que tú quieres. O le insistes hasta que lo haga o lo haces tú misma.

—O haces algo para que él haga lo que tiene que hacer —dijo Mirl, y las hermanas de Wetli se echaron a reír. En ese momento llegaron Willi y los niños.

—¡Tiastiastiastiastiastiastías! —exclamó el pequeño Lorenz, y se echó en los brazos de Mirl. El chico les contó atropelladamente los magníficos saltos que daba Susi, lo elegante que era Nina nadando y cuánto helado había comido él. Se le solapaban las palabras de puro entusiasmo, y su euforia aumentó cuando Sepp entró y lo elogió en el acto:

—¡Estoy seguro de que nadie en el mundo es capaz de comer tanto helado como tú!

Incluso Susi puso los ojos en blanco al escuchar semejante tontería.

—Mamá, Lorenz se ha comido media bola, las otras dos y media se le han caído del cucurucho porque se ha escapado corriendo de una avispa —le susurró Susi a su madre. Wetli le dio un beso en la cabeza.

—Me lo puedo imaginar —le contestó en susurros—. Los hombres son criaturas extrañas.

Alfred Sauermann, que conocía el Museo de Historia Natural mejor que Wetti, consiguió esconderse de ella durante una semana más.

El viernes siguiente, poco antes de irse para el fin de semana, Wetti decidió que aquel juego del escondite era una bobada. Cuando acabó el turno, le preguntó por si acaso al portero si el doctor Sauermann seguía en el edificio y este lo confirmó, como ella esperaba. Se peinó, se pintó los labios con manteca de jojoba teñida con zumo de remolacha y fue al despacho de Alfred. Naturalmente, estaba vacío. Wetti se sentó en la silla de la cafetería y esperó. Él le había explicado todo lo que había allí, desde los distintos estados de crisálida de los insectos hasta los hábitos reproductivos de los parásitos. Allí le había regalado libros que pensó que le interesarían. Allí le había regalado preparados desechados que pensó que le gustarían. Wetti recordó cómo le había remendado el pantalón. Él estaba tan nervioso que le había contado todo lo que se le ocurrió sobre el gusano de Guinea. «El gusano de Guinea presenta un pronunciado dimorfismo sexual. El macho es pequeño y crece hasta los cuatro centímetros como máximo, la hembra es fuerte y puede superar el metro de longitud.»

Una hora y media después, Alfred abrió la puerta del despacho. Fuera hacía un cálido día del veranillo de San Martín, el sol inundó la estancia con una luz dorada.

—Hola, Alfred —dijo Wetti, y vio que él temblaba. Ella también estaba inquieta. Muy pocas veces se sentía insegura en presencia de un macho. Puede que, al ser hembra, fuera más fuerte, pero eso no quería decir que no pudiera ponerse muy nerviosa.

—Su presencia me honra, señora Wetti —dijo Alfred tironeándose de la corbata.

—Gracias por el granito. Me hizo mucha ilusión. Es mi nuevo pisapapeles —dijo.

Alfred se puso más radiante que el cristal de roca iluminado de la colección de minerales.

—¡Eso pretendía! —dijo—. Mi intención con ese regalo sin valor económico era darle una alegría inmaterial.

Wetti sonrió.

No sabía qué decir.

Alfred tampoco sabía qué decir.

Y después de sonreírse en silencio durante varios minutos, Wetti decidió que, si él no hacía por sí solo lo que ella quería que hiciera, ella tendría que hacer lo que quería.

Así que se levantó, se puso de puntillas y le empujó la cabeza hacia abajo, porque era realmente alto.

—Wetti, ¿qué hace? —preguntó él.

—Me gustaría besarle —contestó Wetti, y se arrepintió en ese mismo momento.

—¡Ah, qué bien! —dijo él, y por fin se inclinó torpemente hacia ella, sus narices chocaron, rieron abochornados, Wetti se frotó la nariz, él quiso apartarse, pero entonces ella le agarró la corbata y pegó sus labios a los de él.

Cuando Wetti Prischinger y el doctor Alfred Sauermann se separaron para coger aire, Alfred dijo:

—Fascinante. No tenía ni idea de que las mujeres sabían a remolacha.

Wetti se echó a reír y lo abrazó.

—Normalmente no es así. Soy solo yo —contestó.

—¿Sabe que...? —musitó él.

—Creo que podemos tutearnos —susurró Wetti.

—Nunca he estado de verdad con una mujer —dijo.

—Nunca he estado de verdad con un hombre —dijo Wetti, y añadió—: Creo que hemos entrado en terreno desconocido para ambos.

*

Wetti y Alfred se propusieron dedicar mucho tiempo a la exploración del terreno desconocido y no precipitarse. Wetti no quería pillar a Susi por sorpresa con la nueva situación. Y Alfred, en fin, había necesitado tres años para ponerle a Wetti una silla en su despacho. De todos modos, teniendo en cuenta sus ritmos hasta entonces, a partir de ese momento todo fue bastante rápido. Wetti era feliz. Cuando abrazaba a Alfred, tenía la oreja justo a la altura de su corazón. Y su calor corporal la hacía sentirse un poco más enraizada en el mundo. ¿Y no era esa la razón de ser de las parejas? ¿Estar un poquito más arraigado en aquel mundo en que cualquier organismo no era más que un invitado pasajero?

—Wetti, ya sé que es un poco pronto —balbuceó solo tres meses después de su primer beso, la segunda semana de diciembre, durante el descanso de mediodía—. Y entenderé que digas que no —murmuró—. Pero ¿quieres que vayamos juntos esta tarde al mercado de Navidad?

—Esta tarde ya he quedado para ir con mis hermanas y mi hija —dijo Wetti.

—Lo sé —acertó a decir Alfred—. Me lo has contado esta mañana.

Tenía el bocadillo que le había traído Wetti envuelto a medias en el papel y apoyado en el regazo con gesto respetuoso. Respiró hondo tres veces, después bebió un trago de agua y dijo:

—¿Sería mucha molestia que os acompañara? Creo que debería presentarme a tu familia. Y a tu hija.

Alfred sacó de una carpeta, sorprendentemente limpia para ser suya, una lista de posibles regalos de Navidad para Susi.

—Al principio quería comprarle una colección de minerales para principiantes. Pero una compañera del departamento de herpetología me ha advertido de que los minerales no son demasiado populares entre la mayoría de las niñas de doce años.

En la lista también había muñecas, un radiocasete portátil, ropa y juegos de mesa. Susi era una niña agradecida y Wetti sabía que cualquier cosa le haría ilusión. Excepto quizá los minerales.

—Así que, para investigar, visité la sección de juguetes de unos grandes almacenes en Mariahilfer Straße. Me preguntaron cómo era la niña de doce años a la que quería hacer el regalo, para centrar la búsqueda. Por eso me gustaría hacer una incursión en el mercado de Navidad contigo y con tu familia, para poder enmarcar mejor mi investigación.

Wetti le aseguró que no solo Susi, sino también sus hermanas tenían muchas ganas de conocerlo. Entonces se puso tan nervioso que se le cayó el bocadillo.

Unas horas más tarde, cuando las esperaba junto a la entrada del mercado navideño de la plaza del Ayuntamiento, sus nervios parecían controlados, para gran sorpresa de Wetti. Hasta que no le tocó las manos heladas, no cayó en la cuenta de que seguramente llevaba más de una hora esperándolas allí. Y eso que Wetti, que no se llevaba demasiado bien con la puntualidad, solo había llegado veinte minutos tarde porque había tenido que recoger a Susi en

casa de la vecina, donde hacía los deberes después del colegio.

Susi y Alfred se entendieron mejor de lo que Wetti se había atrevido a imaginar. Alfred le preguntó cuál era su asignatura preferida. «Gimnasia y Geografía.» ¿Qué quería ser de mayor? «Piloto de aviones.» Y entonces empezó Susi a hacerle preguntas. ¿Cuántos años tenía? «Algunos más que tu madre.» ¿Tenía mascotas? «Parece que dos ratones se han instalado de forma ilegal en mi cocina. Cuando haga mejor tiempo, tendrán que buscarse otro sitio por motivos de higiene.»

Al verlos charlar animadamente, sintió calor en el diafragma, como si se hubiera bebido un litro del vino caliente aderezado con licor que se servía en las casetas del mercado navideño.

Como no encontraron a Mirl ni a Hedi entre el gentío, y Alfred no estaba lo bastante abrigado y ya estaba tiritando, decidieron calentarse con un ponche infantil en uno de los puestos iluminados.

Wetti y Susi esperaron junto a una mesa alta mientras Alfred iba a por las bebidas. Wetti lo vio manejar torpemente las monedas y corrió a ayudarlo a llevar los vasos. Dieron un rodeo por el gentío, y cuando llegaron a la mesa donde los esperaba Susi, una mujer de abrigo verde le estaba toqueteando el pelo. Ese verano Susi no había querido hacerse trenzas. Llevaba una cinta sobre la que le caían los magníficos rizos. La mujer le acariciaba el pelo como se acaricia un gato. Susi no decía nada, apretaba los labios y aguantaba estoica, como cada vez que un desconocido le había tocado el pelo desde que llevaba pañales.

—Qué suave —balbuceaba la mujer, claramente borracha.

Wetti dejó caer los vasos, corrió hacia allí y apartó a la mujer de un fuerte empujón.

—¿Cómo se atreve?

La mujer tropezó, cayó al suelo y chilló de dolor.

—¡Solo quería tocarlo! —gimió. Un hombre vestido de esquiador quiso ayudar a la mujer a ponerse en pie, pero esta se volvió a caer enseguida—. ¡Estoy herida!

—¿Quién se ha creído que es usted? —le gritó de pronto el hombre a Wetti. Wetti miró a Alfred en busca de ayuda. Este se apartaba lentamente, cada vez más lejos de la escena.

—¡No puede toquetear a mi hija sin más! —dijo Wetti indignada.

—¡Solo quería ver cómo era! —La mujer del suelo gimoteaba y se agarraba la pantorrilla. Wetti estaba convencida de que fingía.

—¡Le ha hecho daño! ¡Voy a llamar a la policía!

—Sí, llame a la policía, ¡así podrá contarles la repugnante escoria que son ustedes!

El hombre escupió. O apuntó mal o estaba demasiado borracho para acertar, porque el escupitajo aterrizó en la nieve junto a ella. Wetti estaba segura de que le había apuntado a la cara. No había rastro de Alfred.

—¡Está usted loca! —gritó el del anorak. En el bolsillo derecho del abrigo llevaba una chapa de «Amigos de los niños». La mujer que le había toqueteado el pelo a Susi lloraba histérica.

—¡Me ha empujado, esa loca me ha tirado al suelo! —gritaba.

El hombre agarró a Wetti de la muñeca.

—¡Tendrá que pagar por ello!

En una de las mesas altas había una botella de agua vacía, Wetti la cogió, el hombre estaba tan borracho que no vería venir el golpe, pero cuando cogió impulso, alguien le arrancó la botella de la mano. Wetti se volvió. Willi estaba pálido de ira, detrás Mirl abrazaba con fuerza a Susi, Hedi se llevó a Wetti de allí, y todo fue tan rápido que hasta entonces no se dio cuenta de que Gottfried se había plantado delante del esquiador y de la mujer, que todavía estaba en el suelo.

—Soy funcionario del ayuntamiento y haré de su vida un infierno.

—¡Estoy herida! —chilló la mujer.

—¡Llame a la policía de inmediato, esa mujer está loca!

Wetti no se enteró de cómo siguió la cosa. Mirl y Hedi se las llevaron a ella y a Susi en el siguiente tranvía en dirección a la Ópera. Cuando se sentaron en el cálido vagón, Wetti vio que también las acompañaban Christina y Nina. Las niñas miraban hacia el suelo tristes. La nieve les goteaba de los zapatos.

—¿Dónde está Alfred? —preguntó tres paradas después.

—¿Quién? —preguntó Mirl.

—¿Wetti, estás bien? ¿Te has hecho daño? —preguntó Hedi.

—¿Estás bien, mi niña? —le preguntó a Susi después de que la comitiva cambiara de tranvía y se sentara en el tren en dirección al veintitrés. Susi no lloraba. En lugar de eso, le preguntó a su madre:

—Mamá, ¿por qué siempre tienes que enfadarte tanto?

Wetti le dio un beso en la frente.

—Cuando tengas hijos lo entenderás.

Esa noche, Wetti y Susi durmieron en el sofá cama del salón de Hedi. Y Wetti sacó conclusiones de esa horrible tarde. Tenía a su familia, eso era más que suficiente. Los leones también vivían en manada, sin demasiado contacto social con otros felinos. Además, en las manadas solía haber más leonas que leones. No todas las leonas necesitaban a su propio león, bastaba con que todos cuidaran un poco de los demás. Y lo que funcionaba en la naturaleza sin duda también podía funcionar en Viena.

Se tomó dos semanas de vacaciones. Después dejó el trabajo sin volver a pisar el museo ni ver todos los regalos para Susi que Alfred había acumulado durante ese tiempo delante de la taquilla de Wetti. De nuevo fue Gottfried quien ayudó a Wetti a abonar la suma necesaria para un piso de dos habitaciones libre en el edificio de Hedi y Willi, en el distrito veintitrés. Esta vez no tuvo que recordarle su cicatriz. Wetti apuntó a Susi a la escuela Rudolf Steiner de Mauer, a la que era fácil llegar desde su nueva casa.

Durante días, semanas, meses e incluso años, Wetti siguió pensando en Alfred, al que no volvería a oír ni ver. Cuando lo echaba demasiado de menos, se convencía de que era porque no tenía con quién hablar de ciencia. Y de que la relación estaba abocada al fracaso desde el principio, por haber buscado un hombre entre los invertebrados.

La infinitud de la autopista croata (del kilómetro 293 al 790)

Durante la siguiente hora hasta Zagreb, el Panda se deslizó tranquilamente sobre la calzada. Las tías devoraban lo que quedaba de tarta, que por si acaso habían ocultado de los agentes aduaneros croatas, y Lorenz pensaba en cómo estaría la parte del tío Willi que no iba junto a él en el asiento del copiloto. Lorenz no era religioso, pero se negaba a creer que todo acababa con la muerte. La idea de una vida posterior en el cielo le parecía absurda. Pero le gustaba la creencia antigua de un mundo subterráneo, en el que el ser humano entraba en un más allá con sus propias reglas, desde el que podía observar los acontecimientos de este lado como si de una película se tratara.

Durante su periplo, Odiseo viajaba al Inframundo y visitaba al vidente Tiresias para averiguar cómo llegar a casa. Todos los espectros salían a su encuentro y Odiseo se asustaba al ver a su compañero Elpénor. Al principio pensaba que Elpénor había llegado a pie antes que él y los demás tripulantes en barco, pero este le contaba que se había caído del tejado del palacio de la maga Circe, sobre el que había dormido borracho. Y entonces le pedía a Odiseo que regresara a la isla de Circe para enterrar dignamente su cadáver, cavar una tumba junto al mar y meter con él el remo que había empuñado en vida.

Un alma cuyo cuerpo no había sido enterrado tampoco hallaba la paz en el más allá. Por eso, cuando los griegos y romanos sepultaban a sus muertos, les ponían monedas sobre los ojos o la boca, para pagar al barquero Caronte por llevar a las almas de un lado a otro del Estigia.

Lorenz y sus tías no habían podido reunir el dinero del barquero, así que tenían que hacer ellos mismos su trabajo. Su remuneración sería el afecto del fallecido. O la liquidación de la deuda, porque al fin y al cabo se lo habían prometido.

Los pensamientos de Lorenz volvieron a la realidad cuando se dio cuenta de que habían llegado al punto más complicado del viaje: el cruce de autopistas de Zagreb.

—¡Por Estigia! —maldijo, y trató de recordar qué salida debía coger, pero ya era demasiado tarde. No se acordó hasta después de pasar a toda velocidad la bifurcación en dirección a Rijeka/Split.

Lorenz golpeó el salpicadero.

—No pasa nada, sal en la próxima y da media vuelta —dijo Hedi apaciguadora.

Pero mientras Lorenz abría la boca para replicar, se pasó también la siguiente salida.

—Solo queremos ir a Montenegro, chico, no es tan complicado. Tú mismo dijiste que solo se trataba de ir siempre hacia el sur —dijo Hedi, esta vez nada apaciguadora.

—Lo siento, estaba pensando en otra cosa.

Lorenz aprovechó el cruce del aeropuerto de Zagreb para regresar al desvío hacia Split, en dirección sur.

—Mira, los croatas también tienen IKEA —dijo Hedi al ver aparecer brevemente la nave amarilla y azul de la tienda de muebles sueca detrás del aeropuerto.

—Pero seguro que no es como el nuestro —añadió enseguida Mirl.

—Lo creáis o no, IKEA es igual en todas partes —dijo Lorenz, y desplegó todos sus conocimientos sobre la cadena, adquiridos durante la reforma de su casa—. Uno de cada diez europeos ha sido concebido en una cama IKEA. Y cada año se imprimen el doble de catálogos de IKEA que Biblias. Una de cada cinco velas se vende en sus tiendas.

Las tías guardaron silencio.

—¿Creéis que la iglesia católica tendrá tarjeta de cliente de IKEA? —preguntó Hedi después de un rato.

—Esa es buena —exclamó Mirl con una carcajada, mientras Wetti se llevaba las manos a la barriga de la risa. Lorenz fue el único que siguió serio.

—¿Tú lo has entendido? —le preguntó a Willi, cuyo pelo mojado indicaba que empezaba a descongelarse poco a poco.

En cuanto dejaron atrás Zagreb, el tráfico fue mucho más tranquilo. Las tías observaron interesadas el paisaje.

El combustible se estaba acabando antes de lo que esperaba Lorenz. Buscó una gasolinera adecuada. Prefería una con autoservicio y cajero automático.

Pero poco antes de llegar a Karlovac, el indicador se hundió demasiado en la zona roja, así que Lorenz tomó la siguiente salida hacia una estación de servicio INA. Compró dos bolsas de hielos en la tienda y se las puso a Willi en el regazo como si fueran dos cojines.

—Espero que esto ayude —dijo, y arrancó de nuevo.

—Tendrías que haber comprado cinco bolsas —dijo Mirl—. Para asegurarnos.

—Sí, ¿y qué habría pensado el dependiente si hubiera comprado tanto? ¿O alguien que mirara el coche y viera al copiloto sepultado bajo cinco bolsas de hielos?

—No sé si es necesario —dijo Hedi cuando Lorenz se incorporó a la autopista—. Ese hielo en el regazo parece muy incómodo.

—Seguramente ahí atrás no lo notáis, pero el tío Willi huele —dijo Lorenz.

—Sabes, Lorenz, la imaginación humana tiene la impresionante capacidad de manipular la percepción. Como te resulta desagradable llevar un cadáver en el asiento del copiloto, tu cerebro produce toda clase de estímulos que no existen en realidad —intervino Wetti.

—Tía Wetti, sé que tienes tu propia percepción de las cosas, pero muy normal no es esto que estamos haciendo.

Wetti se inclinó hacia delante.

—Ay, Lorenz, cada cultura lidia de forma distinta con la muerte. En Madagascar, las familias sacan a sus muertos de las tumbas cada cierto tiempo para contarles las novedades y envolverlos en nuevas mortajas. Se trata de una ocasión alegre en la que se toca música, se baila y se canta. Cuando alguien muere en otro pueblo, los cadáveres se llevan al panteón familiar en autobús. Los malgaches no tienen miedo de los muertos. Creen que dirigen las vidas de los vivos desde sus tumbas.

—¿En autobús? —repitió Lorenz.

—Sí, en transporte público. Si un familiar muere en el extranjero y sus parientes no tienen dinero, a veces intentan colarlos en un avión. Por desgracia no tengo datos fiables de cuántas veces funciona y cuántas no.

—Visto así, estamos a la última moda internacional —dijo Lorenz en tono torturado.

—En la región de los toraya, en Sulawesi, las personas clínicamente muertas se consideran enfermas hasta que son enterradas. Los funerales son laboriosos y consisten en celebraciones de varias semanas para miles de

personas. Se puede tardar años en ahorrar el dinero suficiente y, para cruzar al otro lado, se les viste a los muertos con ropa nueva y se les pone comida.

—¿Años?

—¡Así es!

Lorenz miró al tío Willi por el rabillo del ojo. Solo le habían puesto una sudadera encima de la camiseta interior con la que solía dormir. Todavía llevaba el pantalón de pijama. ¿Por qué no le habían puesto un pantalón decente por lo menos?

—Perdona, tía Wetli, pero no se puede comparar Europa con cualquier isla remota.

—¿Por qué no?

—Porque la comparación cojea.

—Las comparaciones son recursos estilísticos y no seres capaces de caminar erguidos, así que no pueden cojear. Pero entiendo a dónde quieres ir a parar. En El Cairo, más de trescientas mil personas viven en el cementerio porque no tienen otro sitio a donde ir. Algunos incluso durante generaciones. Parte de ellos ocupan mausoleos. Y creo que tú, como exestudiante de la Antigüedad, seguramente consideras que Egipto forma parte de Europa. Al fin y al cabo era el granero de la época. Como ves, considerar al muerto como algo inquietante que debe venerarse es una manifestación cultural centroeuropea. Antes se velaba a los muertos en las casas durante días.

—Como a nuestro hermano Nenerl, por ejemplo —dijo Hedi.

—Por ejemplo —confirmó Wetli—. Solo que hoy en día las capillas ardientes están completamente pasadas de moda. ¿Y por qué? Porque evitamos la muerte. Porque no queremos tener nada que ver con cadáveres en esta sociedad obsesionada por la juventud y la belleza, en la que no queremos pensar en nuestra propia mortalidad. Por eso en Alemania la mitad de los cadáveres se incineran.

Lorenz miró por el retrovisor.

—¡Tía Wetli, sé sincera! Muchas de esas cosas te las inventas, ¿verdad?

—El mundo está lo bastante loco como para no tener que inventarse nada —contestó con seriedad.

—Sí, pero ¿por qué sabes todas esas cosas? ¿Te has leído la enciclopedia?

—Una vez conocí a alguien que era como una enciclopedia personificada —dijo Wetli.

—¿Quién era?

—No importa —respondió Wetli, y murmuró algo sobre invertebrados

que Lorenz no entendió por el ruido de la carretera. Insistió, pero Mirl y Hedi le dieron a entender que era mejor dejarlo estar. Así que Lorenz volvió a concentrarse en el volante.

Las tías comieron tarde para sus costumbres; tarteras de sopa fría de lentejas con tocino. Lorenz picoteó medio bocadillo de cerdo asado al comino, pero en realidad no tenía hambre. Tenía la sensación de que el olor que le llegaba del asiento del copiloto cada vez era más intenso.

El Panda avanzaba obediente por la E71.

Era primera hora de la tarde, y las tías solo daban señales de vida cuando descubrían alguno de los carteles que advertían de los osos que podían cruzar la carretera.

—¿Va todo bien ahí atrás? —preguntó Lorenz varias veces, pero las tías se limitaban a asentir y a decir:

—Sí, sí, todo bien.

Después del área de servicio de Marune, la carretera descendía y pronto atravesaron túnel tras túnel. En el asiento trasero, las tías respiraban con dificultad. Lorenz vio por el espejo retrovisor que se habían dado la mano.

—Los túneles acabarán enseguida —dijo, aunque no sabía cuánto tiempo más descendería la carretera así de empinada.

—Es como estar enterrada en vida —dijo Mirl.

Hubo dos túneles más, respiraciones aceleradas, suspiros al salir de ellos, aliento contenido al regresar a la oscuridad; los ruidos que hacían sus tías le recordaron a Lorenz a las clases de yoga en la residencia de ancianos.

Después del último túnel, todos exhalaban con fuerza justo antes de ver el mar.

—¡Qué maravilla de la naturaleza! —exclamó Wetti.

—Jesús —se admiró Mirl.

—¿Este es el mar de Willi? —preguntó Hedi.

Lorenz lo pensó un momento, y después dijo:

—Sí, este es el Adriático. Aquí creció Willi, algo más al sur.

Hedi se soltó el cinturón, se inclinó hacia delante, besó a Willi en la mejilla y dijo:

—¿Has oído eso, Willi? ¡Enseguida estarás en casa!

Lorenz decidió no comentar que solo llevaban la mitad del trayecto.

—Bueno, el extranjero por fin parece extranjero. Como debe ser —

constató Mirl.

Junto a la carretera se alzaban las rocas cársticas que Lorenz conocía de las fotos de vacaciones de Facebook de sus compañeros del colegio. Condujeron largo rato cuesta abajo. Entre las rocas asomaba una y otra vez el mar, brillante y resplandeciente a la luz del sol, de un azul centelleante, como de postal cursi.

—Por mucho que me guste lo singular que es esta zona, me gustaría comentar que las fronteras de los países rara vez coinciden con las fronteras topográficas. Las fronteras humanas cambian constantemente. En cambio, las fronteras naturales como los límites de vegetación, clima o terreno son mucho más duraderas. Avanzamos hacia el sur, el clima cada vez es más cálido, las precipitaciones menos frecuentes y la vegetación se vuelve más escasa, ya no se ven árboles. Eso es cosa de la naturaleza, no de la política — se explayó Wetli.

—Eso no es del todo así —dijo Lorenz—. En la zona del Mediterráneo los árboles escasean porque las culturas antiguas eran marítimas. Los griegos, los romanos y, aquí, los ilirios consumieron toda la madera para sus barcos.

Wetli miró por la ventanilla, parecía haber perdido el interés.

Un cuarto de hora después, de pronto dijo:

—Es una pena que dejaras los estudios de Filología Clásica, tendrías algo a lo que recurrir ahora que la actuación no te va bien. Podrías ser guía en un museo, por ejemplo. Es una profesión de mucho prestigio y que da muchas alegrías.

—Gracias, tía —dijo Lorenz con una tosecilla—, un comentario muy constructivo.

Dejaron atrás Zadar, y Lorenz comprobó aliviado que ya solo les quedaban algo más de cuatrocientos kilómetros que, si todo iba bien, recorrerían en menos de seis horas. Ahora la carretera era la E65, la autopista costera croata, junto a la que se alineaban numerosos destinos paradisiacos: las islas Kornat, Sibenik, Split, la preciosa Dalmacia.

Lorenz había intentado convencer a Stephi en numerosas ocasiones para ir juntos de vacaciones a Croacia. Pero para Stephi solo existían dos posibles destinos: Grecia o Italia. A Lorenz se le encogió el estómago al pensar en que Stephi pudiera ir con Flo a uno de esos dos países. De vacaciones siempre se entendían a las mil maravillas y practicaban sexo todos los días. En cambio,

en el día a día, discutían a menudo por asuntos que, para Lorenz, tenían que ver sobre todo con la ética laboral de Stephi. Cuando escribía un artículo, podía organizarse como ella quisiera. Sin embargo, Lorenz no podía decidir cuándo eran sus ensayos y representaciones. A pesar de todo ella se negaba a adaptar sus horarios de trabajo a los de él para pasar más tiempo juntos, porque para ella era muy importante estar como tarde a las nueve en la biblioteca, aunque Lorenz nunca se levantaba antes de esa hora. Ni siquiera accedía a estudiar en casa los días que él tenía que aprenderse los guiones.

«Tú podrías instalarte en la mesa del comedor y yo, en el sofá.» Cuántas veces se lo había propuesto para encontrarse la casa vacía a la mañana siguiente porque Stephi ya estaba en la biblioteca y ni siquiera se había molestado en recoger su propio desayuno. ¿Habría sido distinto si él hubiera ido a estudiar con ella a la biblioteca, como Stephi le proponía a veces? ¿Habría podido evitar así que Flo ligara con ella?

—¿Por qué no os gustaba Stephi? —preguntó hacia el asiento trasero.

—No gustar es mucho decir —dijo Mirl.

—En la sabana nadie cuestiona por qué los búfalos de agua y los antílopes no se revuelcan juntos en el barro —dijo Wetti.

Lorenz suspiró.

—Podéis decirme la verdad. Todavía nos quedan un par de horas de viaje. Creo que eso me ayudaría a poner punto final a la relación. Así que, ¿por qué no os gustaba? —repitió Lorenz la pregunta.

—Bueno, pues porque te engañaba. No nos parecía bien —dijo Hedi.

Wetti y Mirl le susurraron alteradas. Lorenz bajó a ochenta kilómetros por hora, pasó al carril derecho, y cuando tuvo la sensación de que mantendría el control sobre el coche sin importar lo que oyera, dijo:

—No os conté lo de Stephi hasta hace un par de semanas. ¿Sabíais ya antes algo que yo no supiera?

—Ay, Lorenz, mejor lo dejamos estar —dijo Mirl—. Concéntrate en la carretera. ¿Quieres un bocadillo?

Lorenz negó enérgicamente con la cabeza y se aferró al volante.

—No estoy segura de que esa haya sido la información óptima para el chico —dijo Wetti—. Se lo podríamos haber dicho en otro momento.

—¿Cuándo? ¿Cuando me haya muerto? —gritó Lorenz, que de pronto tenía mucho calor a pesar de que el aire acondicionado estaba a tope—. ¿Por qué no me dijisteis que me engañaba? ¿Y desde cuándo lo sabíais? ¿Y por qué?

—Mira —dijo Hedi, y adoptó su tono de enfermera. Suave pero decidido. Así era como se hablaba sobre trastornos de cicatrización—. Willi se enteró hace un año de que Stephi se veía con otro. Ya sabes que solía ir al polideportivo universitario a probar actividades que no se ofrecían en ningún otro sitio. Antara, tai chi chuan, método Feldenkrais.

—Pensé en acompañarle a chinlone. Es un deporte de pelota no competitivo de más de trescientos años, con elementos estéticos de baile, y proveniente de Myanmar —la interrumpió Wetti.

—No sé de qué curso se trataba, pero se impartía en el gimnasio del edificio principal. Donde daba clase Stephi. Y la vio con Flo —acabó de decir Mirl.

Lorenz no creía lo que oía. Hasta ese momento pensaba que siempre podía confiar en su familia. Hasta ese instante estaba seguro de que estarían de su lado.

—¿Y por qué no me dijo nada el tío Willi? —preguntó con un hilo de voz.

—Porque Stephi le prometió que te lo diría ella misma. Dijo que no quería dejarte tirado. Le explicó a Willi que tenías deudas, que no te manejabas bien con el dinero, y que por eso te ayudaría económicamente hasta que salieras a flote.

—¡Eso no son más que tonterías! —dijo Lorenz, y observó la salida del área de descanso que pasaron de largo. Le habría gustado desviarse, dejar allí el Panda con el tío Willi y las tías, y salir corriendo—. ¿Cómo habéis podido hacerme esto? Yo pensaba que estabais de mi parte —dijo de la forma más calmada que pudo, y decidió que todo lo demás dependería de su respuesta.

—Créeme, a veces es mejor no saber las cosas —dijo Mirl.

—Yo te lo habría dicho —contestó Wetti—. A más tardar, cuando Stephi y tú hablasteis de tener hijos. Porque para hacer semejantes planes hay que saber a quién tienes al lado.

—Willi opinaba que debía decírtelo ella. Creía que no era de nuestra incumbencia. ¿Y sabes qué, Lorenz? Willi sabía de lo que hablaba. Después de todo lo que tuvo que pasar conmigo, no pude llevarle la contraria. Así que todas confiamos en que fuera lo correcto. Pero correcto e incorrecto son dos categorías tremendamente complicadas —dijo Hedi.

Sus miradas se cruzaron. Su imperturbable tía luchaba contra las lágrimas. La siguiente salida estaba a doscientos metros.

Lorenz la dejó pasar.

Hedi y el rojo (1994)

Hedi les estaba agradecida a Mirl y a Wetti por ayudarla con tanta decisión. Pero habría preferido que lo hicieran con el pico cerrado. Había mucho que hacer y terminarían antes si ambas prescindían de manifestar su opinión no cualificada acerca de todo.

—Ya verás, ¡esto no te lo agradecerá nadie! —dijo Mirl por enésima vez. A Hedi le habría gustado echarla de casa, pero en lugar de hacerlo respondió:

—Los compañeros se ayudan unos a otros. No se trata del individuo, sino de solidaridad. Los más fuertes ayudan a los más débiles. Pero tú eso no lo entiendes.

Mirl dejó de extender el hojaldre.

—Qué tontería. ¡Sabes perfectamente que Gottfried y yo somos los que más metemos en la limosnera durante la colecta de los domingos! ¡Y ya hemos donado seis veces a «Vecinos necesitados»!

Volvió a concentrarse en el hojaldre, irritada, pero tiró tan fuerte de los extremos que la masa se desgarró.

—¡Venga, y ahora esto!

Mirl dobló la masa varias veces, la amasó para formar una bola y le dio golpes sobre la mesa.

—No es culpa mía que el dinero por sí solo no convierta a nadie en mejor persona —siseó Hedi.

Entonces Wetti levantó la mirada de los rectángulos de hojaldre que estaba rellenando con mermelada.

—Como si dejarte la piel por un partido que no solo ha gobernado con el FPÖ, sino que también quería construir una central nuclear y destruir Hainburger Au, te hiciera mejor persona. La bondad de una persona se demuestra en su comportamiento hacia la naturaleza y los animales.

Hedi dio un golpe en la encimera con un frasco de mermelada sin abrir.

—¡No lo dirás en serio! ¿Otra vez con esas chorradas?

Wetti se encogió de hombros.

—Los crímenes contra la naturaleza no prescriben —dijo.

—En este caso tiene razón —contestó Mirl. Hedi se apartó el pelo y le dio la espalda a sus hermanas para evitar un arranque de ira.

Ya no podía más. El 9 de octubre se celebrarían las elecciones a la cámara federal. Solo tenía que aguantar hasta entonces, después podría descansar, satisfecha porque el país siguiera siendo rojo. Llevaba trabajando por el partido desde finales de agosto. Había ido de puerta en puerta con bolígrafos y mecheros. Había regalado flores y dulces delante de las guarderías y los colegios. Se había plantado en mercados, plazas y calles comerciales, y también había cocinado sin parar. Brazos de gitano con mermelada de fresa, bizcocho de vino tinto, pastelitos con glaseado rojo, pastel de chocolate con cerezas, barritas de grosellas, tarta de requesón con frambuesas. Había consumido sacos y sacos de harina y paquetes y paquetes de mantequilla al servicio de la socialdemocracia, porque creía que traería un futuro mejor para el país.

Hedi se rehízo la coleta en el espejo del pasillo, tenía que ir a la peluquería urgentemente, las raíces castañas ya le habían crecido más de un dedo en la melena rubia, pero tendría que esperar a después de las elecciones.

Cuando regresó a la cocina, dijo:

—Os recuerdo que no fueron los conservadores ni los verdes los que consiguieron las cuatro semanas de vacaciones y la regulación legal de los horarios de trabajo, querida Wetti, ni los que te pusieron al mismo nivel que tu marido en el derecho matrimonial, Mirl. No fueron los conservadores ni los ecologistas los que proporcionaron a nuestras hijas el transporte público gratis, los libros de texto gratuitos ni el acceso libre a la universidad. Y si Lorenz resulta ser mariquita, no fueron los conservadores ni los ecologistas los que lo despenalizaron. ¡Fueron los socialistas! ¡El mismísimo Bruno Kreisky!

—¿Y ahora se supone que debemos responder «amén»? —preguntó Wetti.

—¿Ha llevado a cabo el santo Kreisky el milagro de la transformación de la deuda nacional en superávit sin que yo me haya enterado? —preguntó Mirl.

—Seguid diciendo tonterías —respondió Hedi—. Simplemente no sabéis a quién debemos el bienestar en nuestro país. Yo sí.

—Por favor, querida hermana, ten la bondad de rezar por nuestros pecados para que el santo Kreisky nos perdone —dijo Wetti.

—¡Amén! —añadió Mirl.

Ahora mismo os estrangularía, pensó Hedi.

Después de que Nina naciera, dieciséis años atrás, Hedi cayó en un pozo que absorbió toda su energía. Después de hablar con el pediatra, con el ginecólogo y con una matrona del edificio de al lado, supo que muchas madres jóvenes caían en ese mismo agujero. Y sin embargo, no era capaz de desechar la idea de que quizá no habría sido así si Willi se hubiera quedado con ella y hubiera cortado el cordón umbilical en lugar de salir corriendo de la sala de partos y desaparecer durante cuatro días. Cuatro días en los que no había sentido una gran felicidad, sino que había transitado un auténtico infierno pensando que él creía que la niña no era suya. Saber que no era así, sino que Willi se había marchado a Yugoslavia a visitar la tumba de su familia, no la había ayudado mucho después de cuatro días de lágrimas y tristeza.

A pesar de que Willi y ella lo habían hablado en numerosas ocasiones, desde que Nina había nacido todo era distinto. Durante el embarazo, Hedi pensó que un hijo la haría completamente feliz. Que cuando fuera madre, sería la persona más satisfecha del mundo. Y darse cuenta de que no era así casi acabó con ella.

Y entonces, un miércoles de primavera de 1979, Hedi salió a pasear con la niña como todas las mañanas y de pronto se encontró en un mitin electoral. Miró a su alrededor con curiosidad. La muchedumbre se abrió y ÉL se acercó a ella. ÉL la saludó con voz sonora, le estrechó la mano de forma suave pero firme, y la felicitó por el Día Internacional de la Mujer. ÉL le dedicó tiempo a ella, ÉL le aseguró lo importantes que eran las madres jóvenes no solo para la socialdemocracia mundial, sino para toda la sociedad. Y entonces ÉL le regaló un ramillete de primaveras y ella sintió una felicidad como no había sentido nunca antes. Ni junto a Nenerl, ni como enfermera en el convento, ni como esposa de Willi, ni como madre de Nina se había sentido Hedi tan atendida, apreciada y tenida en cuenta como en el momento en que el canciller Bruno Kreisky le regaló un ramillete de primaveras.

Naturalmente le votó el mayo siguiente, y por la noche, con Nina en el regazo delante del televisor, cuando se anunció que el SPÖ había obtenido la mayoría absoluta con más del cincuenta y uno por ciento de los votos, Hedi sintió una euforia que no había vivido desde que se había enterado que estaba

embarazada. Por fin volvía a ser feliz.

Desde entonces su colaboración con el partido no era solo voluntaria, sino sobre todo una obviedad.

A pesar de todo, la mañana siguiente, sábado, tuvo que luchar contra un cansancio monumental cuando el despertador sonó a las cinco y media de la mañana. Se levantó a las seis para meter en cajas de plátanos los hojaldres rellenos repartidos por la mesa de la cocina y el suelo del salón para enfriarse. Los compañeros de la sección de Liesing querían repartirlos ese día a la entrada del centro comercial. Había sido idea de Hedi obsequiar con un dulce a los cansados compradores en lugar de obligarles a aceptar folletos informativos y bolígrafos. Incluso vecinos de los que sabía que simpatizaban con Jörg Haider se pararían a por un trozo de bizcocho y dejarían que les explicara los objetivos del partido. Hedi estaba convencida de que eso se notaría el día de las elecciones. Para su desesperación, en esos momentos la plaga de la extrema derecha arrasaba con especial intensidad en Liesing, un distrito tradicionalmente obrero. La gente tenía miedo de todo. Miedo a los extranjeros, miedo a los refugiados de guerra, miedo a la entrada en la UE, miedo a perder la neutralidad, miedo a acabar siendo rehenes de la OTAN. Y creían que precisamente Haider era el hombre fuerte que podía cambiarlo todo para bien. Pero en realidad él solo soñaba con convertir a Austria en parte de Alemania y explotar a la gente sencilla, a la que prometía el oro y el moro. Hedi estaba segura de que tenía las manos más sucias que el mismísimo diablo y que algún día se sabría todo. Hasta entonces había que dejarles claro a los viandantes, mientras hincaban el diente en un dulce, quién estaba de verdad a su lado: solo la socialdemocracia.

Llenó caja tras caja de hojaldres rellenos y las sacó al rellano.

—¿Te ayudó? —preguntó Willi, que bostezaba tras ella en pijama.

—No —dijo Hedi, y volvió a concentrarse en los hojaldres—. ¿A qué hora volviste ayer?

—Tarde —contestó.

—Lo sé—dijo ella—. Estuve horneando hasta la una y media.

—Fui a ver el fútbol. Y después una cerveza con los chicos.

Hedi no tenía fuerzas para discutir con Willi sobre lo estúpido que era que, a dos semanas de las elecciones, prefiriera sentarse en el bar con sus amigos de la peña del Rapid a beber cerveza en lugar de preguntarse cómo podía

apoyar al SPÖ.

De todos modos, Willi y Hedi vivían dos vidas distintas. Cuando no estaba en el taller, Willi iba a nadar, a patinar sobre hielo, a correr o a ver el fútbol. O se sentaba con sus amigos en el bar a hablar de fútbol. Hedi había aceptado que quería perder el tiempo. En cambio ella quería hacer algo por el futuro del país.

—Me visto enseguida y te llevo en coche —se ofreció Willi.

—No hace falta, puedo yo sola —contestó.

Willi se rascó la barriga. El ruido que hacían sus uñas sobre la piel la volvía loca. Acto seguido hizo crujir las vértebras.

—¡Para! —lo increpó. Hedi odiaba ese ruido. Y sabía que él sabía que lo odiaba—. Vete a dormir la mona.

Willi obedeció.

Cuando Hedi terminó de llevar cajas al rellano, se dio cuenta de que eran demasiadas para llevarlas sola al centro comercial. Así que no tenía más remedio que despertar a Willi.

Lo sacudió hasta despejarlo. Apestaba a alcohol y a tabaco, a pesar de que él no fumaba.

—¿Puedes llevarme en coche? Por favor —añadió.

Willi conducía despacio. Wetti sospechaba que deliberadamente despacio.

—¿No puedes ir más rápido? Hasta esa anciana avanza a mejor ritmo por la acera.

Willi frenó de golpe. Hedi no llevaba puesto el cinturón y se dio contra la guantera.

—¿Estás loco?

—¡Si a pie vas a ir más rápido, bájate!

—¡Pues vale! —gruño Hedi, y salió del coche. En cuanto estuvo fuera y cerró la puerta tan fuerte como pudo, Willi aceleró y salió disparado como un jabalí desquiciado.

—¡Como rompas un solo hojalдре, te retorceré el pescuezo! —gritó Hedi, se echó el bolso al hombro y se puso en marcha hacia el centro comercial.

Cuando llegó al aparcamiento, Willi ya se había ido. Al menos había descargado las cajas de plátanos sanas y salvas bajo la sombrilla roja del SPÖ. El compañero Herbert ya estaba allí y masticaba con ganas un hojalдре

relleno. Tenía el bigote blanco por el azúcar glas. El corazón de Hedi se aceleró ligeramente.

—¡Mmm, Hedi! —dijo él con alegría—. ¡Están deliciosos!

Al dar el siguiente mordisco, se le quedó un poquito de mermelada pegada a la mejilla. A Hedi le habría encantado inclinarse hacia él y quitársela con un beso, como hacían las parejas enamoradas de las películas. Por desgracia no estaban en un estudio de Hollywood, sino en un acto del SPÖ en Liesing. Los compañeros Doris, Werner y Michael estaban preparando el puesto, Doris metía los bolígrafos en cubiletes y desplegaba los folletos. Werner anudaba los globos rojos de helio del SPÖ que Michael llenaba con la bombona de gas.

—¿Qué tal está tu mujer? —preguntó Hedi. El miércoles Herbert no había podido participar en la asamblea de la sección porque su esposa estaba enferma y él había tenido que ocuparse de sus tres hijos. Aunque en realidad, la mujer de Herbert era la última persona en el mundo cuya salud interesaba a Hedi.

—Mejor, gracias —contestó Herbert—. Willi tenía un mal día, ¿no?
Hedi asintió.

—Cada año está más gruñón.

—Mi esposa también —bromeó Herbert.

Hedi se agachó delante de la mesa, pero antes de guardar el bolso debajo, sacó rápidamente el pintalabios rojo y se miró en el espejito de bolsillo.

El aparcamiento se llenó de gente que se acercaba a hacer las compras del fin de semana. Hedi cogió una bandeja con hojaldres y folletos; era el momento de convertir a unas cuantas almas descreídas.

Hacia el mediodía el aparcamiento estaba más tranquilo. Herbert carraspeó.

—Compañeros, ¿os las arreglaríais media hora sin Hedi y sin mí? Quiero comprarle un ramo de flores a mi mujer para desearle que se mejore, y Hedi me ha dicho que puede aconsejarme cuáles aguantan más, ¿sigue en pie, Hedi?

Ella, algo perpleja por ese movimiento no acordado, no tuvo más remedio que asentir. Aunque le molestó un poco. Herbert tendría que habérselo preguntado, pero ahora ya daba igual, y como los compañeros no parecieron olerse el pastel, se marchó con Herbert en dirección al centro comercial.

—Eso ha sido un poco arriesgado —dijo cerca de la entrada, cuando ya no

podían oírlos.

—Ha merecido la pena —contestó Herbert, y Hedi lo siguió hacia los baños públicos. Como ya habían practicado en otras ocasiones, Herbert se adelantó al lavabo masculino, porque solía estar más limpio y más vacío que el femenino, y cuando tuvo vía libre, le hizo señas a Hedi para que entrara.

En el cubículo, que también estaba adaptado para sillas de ruedas, se abrazaron por fin. Hedi se entregó al cosquilleo del bigote de Herbert. A los besos tras los que siempre tenía que cubrirse los labios con tres capas del bálsamo de jojoba y remolacha de Wetti, por lo mucho que se los irritaban. Por desgracia fue uno de esos días en los que a Herbert le pudo la presión.

—Perdona, Hedi, no puedo. Están todos esperando fuera.

Hedi se subió los pantalones.

—Podrías haberlo pensado antes de que entráramos —dijo, y trató de ocultar su decepción.

Herbert era nervioso por naturaleza. Y desgraciadamente eran escasas las situaciones en las que estaba lo bastante tranquilo para hacer de verdad con Hedi lo que ella imaginaba en sus noches solitarias, cuando daba vueltas en el sofá porque Willi roncaba tanto que la lámpara se balanceaba sobre la cama. Herbert era funcionario de correos en Alterlaa, pero en el departamento administrativo. Si hubiera trabajado de cara al público, habrían tenido más oportunidades de verse. Así que solo les quedaban los baños o las salas de la organización del distrito del SPÖ. A Herbert le ponía nervioso no tener tiempo, a Herbert le ponía nervioso que hubiera demasiada luz, a Herbert le ponía nervioso que no hubiera cortinas, a Herbert le ponía nervioso una chaqueta olvidada, a Herbert le ponía nervioso una planta que creciera torcida. A veces Hedi se preguntaba si sería ella misma la que le ponía nervioso.

Herbert se ató el cinturón. Aunque no funcionara como debía, era adulterio. Hedi, todavía algo enfadada por esa acción sin sentido, volvió a preguntarse por qué engañaba a su compañero de vida precisamente con Herbert. Willi era quince años más joven que Herbert y bastante más guapo. Herbert estaba fondón y sudaba con facilidad, Willi seguía siendo musculoso y estaba muy en forma. Herbert tenía el rostro enrojecido, un bigote rubio y pelo fino y escaso sobre el cuero cabelludo cubierto de psoriasis. Willi tenía una bonita piel aceitunada y su cabello era denso, fuerte y de un magnífico color negro, excepto por unos pocos mechones grises. También era negra la barba de tres días que tenía por las noches a pesar de haberse afeitado por la

mañana.

—Me adelanto —susurró Hedi—, les diré a los demás que nos hemos separado después de comprar las flores. Que querías ir a mirar bombillas.

—Espera, cariño —musitó Herbert, la atrajo hacia sí y la besó con dulzura. Y Hedi recordó enseguida por qué engañaba a Willi con Herbert: porque le gustaba estar muy cerca de él, mientras que a veces ni siquiera soportaba estar en la misma habitación que Willi.

—Dentro de dos semanas acaba la campaña y Vranitzky dará un mitin en Bruck an der Mur —dijo Herbert—. Mi primo tiene allí una cabaña, me dejará las llaves.

—Me alegro por ti —dijo Hedi.

—Yo me alegro por nosotros —replicó Herbert—. Iremos los dos y así podremos pasar por fin una noche juntos.

—Jesús, ¿cómo vamos a hacer eso? —dijo Hedi, y se cruzó de brazos.

—Mira, cariño, tú le dices a Willi que un par de nuestra sección se han ofrecido voluntarios para ayudar en el final de campaña en Bruck an der Mur. Porque allí no hay suficientes voluntarios, pero muchos posibles votantes. Willi se lo creerá.

—Sí, ¿y tu mujer? —preguntó Hedi. A diferencia de Willi, la esposa de Herbert sí participaba de vez en cuando en actos del partido. Allí de donde venía Hedi, a las mujeres como ella se las llamaba «pepinillos», por su carácter avinagrado.

—Le diré que no quiero perderme el mitin de Vranitzky en Bruck an der Mur. Mi madre es de allí. Mi mujer se lo creerá seguro.

—No sé. El día de las elecciones es el cumpleaños de Nina. Cumple dieciséis.

—Pues entonces regresaremos pronto por la mañana y estarás en casa antes de que Nina se despierte.

—No sé —contestó Hedi. Entonces Herbert la abrazó, le besó el cuello, la oreja, hasta que perdió la noción del espacio y el tiempo.

—Piénsatelo. Una noche sin tener que escondernos ni hacer malabarismos —susurró, y salió.

Los días siguientes fueron una tortura. Hedi limpiaba, cocinaba y ayudaba en campaña como en trance. Y de nuevo no tenía a nadie con quien hablar. Sus buenísimas hermanas no la entenderían. Una estaba casada con una montaña

de carne, la otra no parecía interesada en los hombres. No tenía amigas a las que confiarse. Las amables ancianas del vecindario a las que les hacía la compra y la colada simplemente aceptaban que Hedi y Willi vivieran en pecado. Y naturalmente no podía decirles ni una palabra a las compañeras del partido: por muy solidarias que fueran, todas se pondrían del lado del pepinillo.

La tensa situación en casa tampoco ayudaba.

Nina estaba en plena pubertad; parecía que una ciénaga se hubiera tragado a la niña sensible que era y les hubiera devuelto una zombi del pantano.

En esa época, bastaba con mirar a Nina de forma incorrecta para que esta se precipitara ofendida hacia su habitación y diera un portazo. Willi normalmente reaccionaba abalanzándose también a su habitación para gritarle que bajo su techo no se daban portazos, y ella le respondía a gritos que esa era su habitación y no el techo de él, y entonces él le gritaba que esa habitación también estaba bajo su techo porque él era el único que pagaba por la casa, y ella le decía a gritos que le daba más asco que la mortadela. Y así cinco veces al día. Además, Nina llevaba medio año sin comer carne. Desde que estaba en campaña, Hedi ya no tenía fuerzas para discutir con Nina por si se comía lo que cocinaba o no. En cambio Willi sí.

Era horrible.

El hogar de Hedi, antes armonioso, ahora parecía un escenario secundario de la guerra de los Balcanes, y además, desde que Wetti se había mudado dos pisos más arriba, sus hermanas siempre estaban allí y no dejaban escapar ninguna oportunidad de burlarse de su actividad política. ¿Y ella? Tan pronto se convencía de que Bruck an der Mur le sentaría bien, como decidía que no iría de ningún modo.

El viernes, Hedi regresó agotada de la compra. Llegaba tarde porque había pasado el día entero en el local de la organización preparando envíos postales: material informativo, bolígrafos y caramelos rojos. Después de ciento cincuenta sobres, había dejado de contar. Incluso antes de abrir la puerta de casa ya oía los gritos de Willi y Nina.

—¡Me estás arruinando la vida! —exclamó Nina.

—¡Algún día me lo agradecerás! —gritó Willi.

Cuando Hedi entró por la puerta, los dos se abalanzaron sobre ella.

—¡Tu compañero es un tirano malvado!

—¡Tu hija es un monstruo desagradecido!

Hedi pasó por su lado hacia la cocina, donde sacó la compra de las bolsas.

Nina y Willi la siguieron.

—¡Mamá, dile que me diste permiso para dormir en casa de Sandra!

—Hedi, dile que no irá a ningún lado con esas pintas, y mucho menos sin haberse disculpado.

Hedi metió la leche, los huevos, la mantequilla, el queso y el embutido en la nevera.

—¡Puaj! ¿Acabas de poner vuestro animal muerto encima de mi queso?
—chilló Nina.

—¡Así no les hablas a tus padres! —intervino Willi.

—¿Ahora quieres censurarme? ¿Como en Yugoslavia?

—Hedi, ¿has oído eso?

Hedi olió la leche abierta para ver si todavía estaba buena.

—¡Déjame en paz de una vez! ¡De todas formas lo único que te interesa es tu fútbol de mierda!

Nina salió corriendo de la cocina.

Willi la persiguió.

—¡Ven ahora mismo a disculparte! ¡Conmigo y con el Rapid Wien!

Cuando Hedi rellenó el bote de pan rallado, oyó el previsible portazo. Después los previsibles golpes en la puerta.

—¡Abre ahora mismo, jovencita!

Y como si el destino hubiera querido redondear el circo vespertino, justo en ese momento entraron Wetti y Mirl en la cocina. Hedi se preguntó qué la había llevado a darles copias de la llave a sus hermanas. Y si habría alguna manera elegante de recuperarlas.

Por lo menos Mirl traía tarta.

—¡Figúrate, mi desagradecida hija se ha matriculado en italiano! ¡Italiano! ¿De qué le va a servir eso, aparte de para quedarse embarazada?

Wetti la seguía a medio metro de distancia.

—Venga, Mirl, aunque se mudara a Italia tampoco es para tanto. Solo estaría a un par de horas de aquí. Hedi, escucha, ¡Susi se queda en Estados Unidos! Trabajaré de *au-pair* un año más. Y eso que me había prometido volver en noviembre.

Wetti cogió un trozo de la tarta de Mirl y entonces entró Willi en tromba.

—Hedi, habla con tu hija. ¡Tienes que dejarle claro que no puede hablar así a su padre!

Wetti dijo:

—Bueno, por lo menos está aquí y puede hablar con vosotros. Por lo

menos no estáis separados por un océano.

Mirl dijo:

—¡Por lo menos habla alemán y no italiano!

Willi gritó:

—¿Por qué tienen que gritar todas las mujeres de esta casa?

—Pero si tú eres el que más grita —replicó Wetti, y añadió—: Cualquiera niño sabe que el volumen de la voz masculina es superior al de la femenina.

Nina entró en la cocina con los ojos rojos de llorar.

—Mamá, si no me dejas ir a casa de Sandra, ¡me suicidaré!

Hedi miró a su alrededor. ¿Cuándo había dejado su familia de tratarla como una persona independiente y no solo en su papel de hermana, madre y esposa? ¿En qué momento había dejado de ser Hedi?

—Hoy me da todo igual —dijo, y se preparó un bocadillo de embutido y queso—. He tenido un día duro, voy a sentarme delante de la tele. Haced todos lo que queráis. Y por cierto, el sábado que viene me voy a Bruck an der Mur para el final de campaña, el domingo estaré de vuelta a las diez para la fiesta de cumpleaños.

A continuación cogió su bocadillo y una lata de cerveza y se sentó en el salón.

Un cuarto de hora después, Willi se fue al bar sin despedirse. Mirl y Wetti decidieron acabarse la tarta en casa de Wetti. Nina se fue a casa de Sandra.

Hedi miraba fijamente el televisor y se dio cuenta de que el programa se había acabado sin que ella hubiera prestado atención a una sola noticia.

*

Bruck an der Mur era una ciudad pequeña y bonita.

Aunque no tan bonita como la agradable emoción que sentía Hedi desde esa madrugada, cuando había ido a la estación de tren con su pequeña bolsa de viaje. Herbert y ella habían acordado que era mejor no citarse en el veintitrés, sino fuera de la ciudad. Hedi se subió al coche de Herbert, que la besó apasionadamente sin decir ni una sola palabra. Sintió el suave cosquilleo de su bigote, y por fin se pusieron en marcha, en línea recta por la cuenca vienesa y por Semmering hacia las montañas de Alta Estiria. Cuando la carretera lo permitía, Herbert ponía la mano en el interior del muslo de Hedi. Y cuando caminaron juntos por Bruck an der Mur, pasando junto a las casitas y las tiendas del centro barroco de la ciudad, cuando se situaron en la plaza

mayor, de la mano, escucharon el discurso de Vranitzky y sintieron el júbilo de los compañeros y compañeras que se aglomeraban allí, la esperanza que los unía a todos, la de que la gran era del socialismo regresaba, Hedi se sintió más viva que en mucho tiempo. Cenaron en una fonda del centro de la ciudad, tomaron un digestivo en una heladería y después por fin fueron a la cabaña del primo en el viejo Volvo de Herbert. El camino conducía muy cuesta arriba a través del bosque.

—Odio los bosques oscuros —dijo Hedi.

—Estás conmigo —dijo Herbert. Hedi esperó el efecto tranquilizador de sus palabras, pero no llegó.

La cosa no mejoró mucho cuando llegaron a la cabaña después de más de un cuarto de hora de trayecto. Desde fuera parecía pequeña y poco atractiva, y una vez dentro resultó ser fría y sucia. Sin duda hacía más de cinco años que nadie limpiaba a fondo aquella cabaña de caza. Incluso las arañas parecían haber abandonado sus redes, del techo colgaban hilos cargados de polvo. Y al ver las bolitas negras que cubrían algunas partes del suelo de baldosas grises, Hedi se dio cuenta de que unos lirones se habían instalado allí. Eso era una buena noticia. Porque donde había lirones, al menos no había ratas. Pero en general la cabaña parecía tan solitaria que no había motivo para preocuparse. Solo había ratas si había civilización.

—En fin —dijo Herbert—, yo la recordaba un poco distinta, pero siéntate, lo haré lo mejor que pueda.

Hedi limpió una de las sillas de madera con un pañuelo antes de sentarse; no se atrevió a tocar el banco esquinero cubierto por una tela. Herbert sacó una bolsa del coche, y para gran sorpresa de Hedi, cubrió la mesa con un mantel blanco, puso velas y sacó una botella de tinto de Guntramsdorf.

—¡Chin chin, preciosa mía! —dijo. Encendió la vieja radio, que no sonaba especialmente bien, pero la música insufló algo de vida a las paredes revestidas de madera. Herbert había traído incluso sábanas limpias con las que hizo la cama, para después concentrarse en la chimenea.

—Espera, te ayudo —dijo Hedi al darse cuenta de que el vienes de nacimiento se veía superado por la situación, y un minuto después el fuego llameaba. Al principio la chimenea olía fatal, tuvieron que abrir una ventana hasta que empezó a tirar, y Hedi, que se había bebido tres copas de Guntramsdorf bastante rápido, consiguió relajarse un poco; sobre todo porque se imaginó que el humo de la chimenea había purificado la cabaña, por decirlo de algún modo. Y entonces recordó. No había crecido en un entorno

mucho más lujoso que aquel. El convento era incluso más austero. Herbert se sentó a su lado. Había encontrado una botella de aguardiente de pino hecho por su primo, sirvió vino y licor, y brindaron:

—¡Por nosotros! —dijo.

—¡Por nosotros! —repitió Hedi, antes de mirarse ambos a los ojos más profundamente de lo que les había sido posible jamás en las salas vacías de la organización regional o en otros escondites.

Antes de quedarse dormidos, Herbert la abrazó, ella apoyó la cabeza en su pecho. Willi nunca la había abrazado para dormirse. Antes solía darle un beso de buenas noches y después rodaba hacia su mitad. Ahora se metía en la cama directamente por su lado.

—¿Podríamos hacer esto de vez en cuando? —le susurró a Herbert.

—Ojalá fuera cada noche —contestó él. Y mientras Hedi imaginaba cómo sería abrazarse así a Herbert todas las noches, y por primera vez era consciente de que existía la posibilidad, se quedó dormida.

Tres cuartos de hora después, Herbert y Hedi seguían estrechamente abrazados cuando alguien llamó a la puerta. Hedi fue la primera en despertarse y pensó que era el licor martilleándole la cabeza, pero el ruido venía de fuera.

—¡Herbert! —Tuvo que sacudirlo con fuerza hasta que por fin despertó—. ¡Hay alguien ahí fuera!

Herbert se levantó de un salto y buscó los calzoncillos. Hedi vio una raqueta de tenis y la señaló.

—¿Y qué voy a hacer con eso?

—¡Darle una paliza al intruso!

Herbert ignoró la raqueta y abrió la puerta desarmado. Había un hombre fuera que empezó a hablarle agitado y con un fuerte acento de la zona, entonces Herbert salió y cerró la puerta tras él. Hedi se quedó desconcertada en la oscuridad y se tapó hasta la nariz. Notaba los desagradables efectos secundarios del vino tinto y el licor de pino. Después de lo que pareció una eternidad, Herbert regresó y recogió sus cosas.

—¿Qué estás haciendo?

—Escucha —dijo Herbert en voz baja y con tono inseguro—. Tengo que irme.

—¿Irte? —exclamó Hedi, que buscó apresuradamente su ropa y corrió tras

él hacia el salón.

—Es mi mujer. No deja de llamar a mi primo preguntándole dónde estoy.

—¿Y por qué llama a tu primo?

—Porque le dije que dormiría en su casa.

Herbert ni siquiera era capaz de mirar a Hedi a la cara.

—Tengo que bajar a casa de mi primo y llamar a mi mujer.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Hedi.

—Te recogeré a primera hora, ¿de acuerdo?

—¡No voy a quedarme aquí sola!

—Mira, tengo que quedarme en casa de mi primo. Seguro que mi mujer vuelve a llamar por la mañana. Ya la conoces. No puedo llevarte conmigo, tiene niños pequeños, ¿y si le dicen a mi mujer que estabas conmigo?

Herbert balbuceaba. Hedi tenía la sensación de que una mano invisible le estrujaba la laringe.

—¡Hasta mañana por la mañana! —Herbert se inclinó para besarla, ella se apartó. Sin decir nada más, salió fuera y arrancó con un chirrido de neumáticos.

Paso a paso, pensó Hedi. Primero vació el vino y el licor por el fregadero. Después puso más leña, recogió sus cosas, el cepillo de dientes y la ropa. Se vistió y se sentó en un sillón orejero junto a la chimenea.

¿Por qué demonios había accedido a venir?

Si se hubiera quedado en Viena, esta noche habría celebrado una animada fiesta de final de campaña con sus compañeros de sección y ahora estaría en casa, en su propia cama. Junto a un hombre que roncaba y apenas la miraba, pero al menos estaría en casa. Junto a un hombre con el que quizá se pasaba la mayor parte del tiempo discutiendo, pero que jamás la dejaría tirada en una cabaña en la montaña, en pleno bosque.

De pronto Hedi se acordó de Nenerl. Pocos días antes de morir, decidió construir una cabaña en el bosque para que los hermanos tuvieran un refugio donde aprenderse sus números de circo y donde alojar al oso hasta que los rusos se marcharan. Imaginó una cabaña divertida y de colores. Les pintó un futuro divertido y de colores. Pero la vida no era divertida ni de colores. Sobre todo sin Nenerl.

Hedi pasó el resto de la noche en el sillón orejero, junto a la chimenea. A veces se adormilaba, a veces se despertaba sobresaltada y echaba otro leño al

fuego. Y poco después de las siete, le asaltó el miedo a que Herbert no regresara. ¿Y si ya estaba de camino a Viena y la dejaba allí tirada? ¿Y si esperaba que un animal salvaje la devorara para que las pruebas de su adulterio desaparecieran?

A cada minuto que pasaba se ponía más nerviosa. Había invitado a la familia a comer para celebrar el cumpleaños de Nina. Incluso Sepp, su mujer y Lorenz vendrían de Baja Austria. Tenía que cocinar, tenía que terminar de decorar la tarta. Hedi cogió la bolsa sin más y se puso en marcha.

El bosque estaba húmedo y frío. Nada que ver con el agradable veranillo de San Martín del día anterior en la plaza.

Algunas partes del sendero estaban embarradas por la humedad de la noche, otras estaban cubiertas de piedras y ramas. Hedi sintió que la ropa se le mojaba, pero decidió no desanimarse. Aunque en secreto esperaba oír el motor del Volvo de Herbert en cualquier momento.

No pasó nada. El bosque siguió en silencio.

Una hora y dieciocho minutos después llegó por fin a la carretera asfaltada que llevaba a la ciudad. Una hora y cuarenta minutos después aparecieron las primeras casas. Dos horas y cinco minutos después Hedi llegó a la estación. Después de otra media hora apareció un tren en dirección a Viena.

Cuando se sentó en un compartimento de cuatro enfrente de una señora mayor, se dio cuenta de que estaba sudada y de que el barro le llegaba a las rodillas. Seguramente tenía el maquillaje esparcido por toda la cara. Y no quiso ni pensar cómo tendría el pelo. Pero todo eso le daba igual en ese momento. Había merecido la pena para estar en un tren de vuelta a Viena. Pero ¿qué le diría a su familia? Ya eran casi las once. Llegaría a casa poco antes de las dos. Hedi apoyó la cabeza en el cristal. ¿Cómo se le había ocurrido?

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó la señora. Tenía el pelo blanco ondulado y llevaba un abrigo de pieles demasiado grande. ¿Por qué las señoras mayores siempre iban por ahí con abrigos demasiado grandes?

—No, la verdad es que no —respondió Hedi.

La señora abrió el bolso beis que tenía en el regazo, a sus dedos apergaminados les costó manejar el cierre metálico. Después de un rato sacó un paquete grande de barquillos de chocolate.

—Tenga, coja uno —dijo.

—No, gracias.

—Créame, un barquillo nunca viene mal —repitió la señora, y meneó el

paquete delante de Hedi hasta que esta accedió.

—Ya verá —dijo satisfecha la señora, volvió a cerrar el bolso y se recostó para mirar por la ventanilla.

Ya verá, pensó Hedi, y miró también hacia fuera.

Aunque Hedi no tenía dinero suficiente para semejantes lujos, cogió un taxi en la estación. Clavó los ojos en la ventanilla para evitar la mirada del conductor.

Una vez llegaron a Dionys Schönecker Gasse, se deslizó lo más rápido posible dentro del edificio para escapar de las miradas de los vecinos. Se detuvo delante de la puerta de casa. Después la abrió lo más sigilosamente que pudo.

Se oían voces en la cocina, Hedi corrió al baño y cerró el pestillo. Se quitó el maquillaje corrido a toda prisa, se peinó y se hizo una trenza. Después sacó ropa del cesto, que no estaba impecable, pero sí bastante más limpia que la que llevaba. Alguien llamó a la puerta.

—¿Hedi? —preguntó Willi.

—Un momento —dijo, y respiró hondo antes de salir.

La mirada de Willi hizo que le temblaran las rodillas.

Lo sabía.

—Les he dicho a todos que Vranitzky te ha condecorado personalmente en Bruck an der Mur por tu implicación en la campaña. Y que por eso llegarías más tarde, porque tenías que hacerte la foto y todo eso. Ahora ven a comer.

Hedi se arrastró tras él hacia la cocina, donde la familia ya había servido la tarta que Mirl o Wetti habrían terminado de decorar. Lorenz se levantó de un salto y la abrazó. Hedi se sorprendió de lo mucho que había crecido, ya era más alto que ella.

—¡Otra tía superada! —dijo orgulloso, y todos se echaron a reír. Hedi habría preferido llorar. Willi había preparado un guiso de alubias y dos tipos de col rellena, una con carne y otra solo con arroz. A Nina parecía haberle gustado; cuando Hedi se sirvió un poco, ella comió otro más, a pesar de que ya estaban con la tarta.

Y durante un par de horas, Hedi se abandonó a la ilusión de que todo iba bien. Sin embargo, no le dirigió ni una sola mirada a Willi.

Lorenz, su madre y Sepp se despidieron hacia las cuatro, porque Lorenz tenía un examen de latín al día siguiente y quería estudiar voluntariamente, era su asignatura preferida. Christina también regresó a la ciudad, quería seguir estudiando italiano, y Mirl la acompañó, como si tuviera que vigilar a su hija mayor de edad para que el vocabulario italiano no le provocara ideas indecentes. Wetti subió a esperar la llamada de Susi, como todos los domingos, y Nina ya estaba nerviosa por marcharse, había quedado con sus amigas.

Y así, más rápido de lo que Hedi esperaba, llegó el momento en que se quedó a solas con Willi.

—Ahora tienes dos opciones —dijo él—. O me cuentas la verdad o me mientes. —Hedi asintió. Willi siguió hablando sin mirarla—: Si me mientes, seguro que cogeré mis cosas y me marcharé. Si me dices la verdad, puede que coja mis cosas y me marche.

Hedi tenía la mirada clavada en el regazo.

A pesar de que a ratos tenía la sensación de estar a punto de caerse de la silla, le contó la verdad. No se dejó ningún detalle. Reconoció que la aventura con Herbert había empezado dos años y medio antes, flirteando con él durante el baile de primavera del SPÖ, cuando Willi prefirió ir a la final de copa entre el Rapid y el Stockerau. Le habló de las atenciones de Herbert, de sus insinuaciones, de que la había hecho sentir de nuevo como una mujer. Y de sus intentos por hacer eso que Willi y Hedi llevaban tanto tiempo sin hacer. Y de la noche anterior. De la cabaña, el primo, su larga caminata por el bosque.

Willi miraba fijamente la pared.

—Lo siento muchísimo —añadió Hedi en un susurro.

Willi se levantó.

—Ven —dijo, le tendió el abrigo a Hedi y se puso el suyo. Hedi no se atrevió a preguntar a dónde iban. Simplemente siguió a Willi escaleras abajo, fuera del edificio y al coche. Para espanto de Hedi, pocos minutos después aparcaron delante del local del SPÖ de Liesing.

—Supongo que quieres saber cómo han ido las elecciones —dijo Willi. Y a Hedi no le quedó otro remedio que entrar con él.

Dentro el ambiente era apagado.

Los resultados del distrito veintitrés ya se habían publicado, la palabra «debacle» se habría quedado corta. Los compañeros y compañeras se echaron al cuello de Hedi. A pesar de que Vranitzky seguía primero, el partido ya

había perdido un siete por ciento y la extrema derecha había aumentado casi seis puntos. El hecho de que los conservadores también hubieran perdido era secundario, porque la extrema derecha había aumentado especialmente en el veintitrés. Hedi y sus compañeros se habían dejado la piel en vano. Hedi había consumido sacos y sacos de harina para nada. Kilos y kilos de huevos batidos a la basura. Meses de su vida desperdiciados.

Si no se hubiera implicado, no habría pasado nada con Herbert y ahora estaría tranquila en lugar de temblando por si Willi la dejaba.

—Lo siento, Hedi —dijo Willi en ese momento y le cogió la mano.

—¿Te refieres a los resultados? —susurró ella.

—No solo —contestó—. En algún momento dejé de verte. En algún momento dejaste de verme. Pero ahora te veo.

Hedi se dio cuenta de que Willi tenía lágrimas en los ojos. Pero se las secó enseguida. Herbert salió del sótano con una caja de vasos limpios. Willi se acercó a él.

—Herbert, deja que te ayude —dijo, y le quitó la caja. Herbert se puso blanco. Willi dejó la caja en el suelo, y entonces, antes de que Hedi se diera cuenta, cogió impulso y le estampó el puño en la cara. Herbert cayó al suelo de inmediato. Hedi se acercó corriendo y vio que tenía la nariz rota.

—Eso es por dejar tirada a mi mujer completamente sola en una mierda de cabaña. Si por lo menos me hubieras llamado, habría ido a recogerla.

Y entonces Willi lanzó insultos en montenegrino, cogió a Hedi de la mano y la llevó fuera.

—Ven, Hedi, nos vamos a casa.

Toda la gloria de la tierra (del kilómetro 791 al 898)

Lorenz tenía la esperanza de llegar a Montenegro antes de que se pusiera el sol, pero cuanto más avanzaban por las autopistas croatas, más inalcanzable le parecía su objetivo. Alargó la mano entre las piernas de Willi y sacó la penúltima bebida energética. Estaba furioso con su tío. Y le enfadaba todavía más no poder decírselo. No poder decírselo nunca más.

La carretera descendía de nuevo, dejaban atrás las montañas.

—Madre mía, tengo los oídos taponados, no oigo nada —dijo Hedi.

—Yo llevo un buen rato abriendo y cerrando la mandíbula como una rumiante —dijo Mirl.

—Como estamos perdiendo altitud a una velocidad considerable, la presión externa e interna del tímpano es distinta, y eso provoca esta sensación desagradable —dijo Wetti.

—¿Has oído eso, Lorenz? ¿Podrías ir más despacio? —dijo Hedi.

—Solicitud denegada —dijo Lorenz, y decidió no hacer caso de ninguna protesta más de sus tías a partir de entonces. Al fin y al cabo no le habían contado lo de Stephi.

Detrás, las tías realizaban curiosos ejercicios de gimnasia. Lorenz no sentía nada en los oídos porque no podía parar de bostezar. Caía la tarde; ya llevaban casi doce horas de coche. Lorenz puso la mente en piloto automático. El Panda se deslizaba por la carretera hacia la puesta de sol, como si ese fuera su cometido en la vida. Lorenz tenía la sensación de que solo existía el aquí y el ahora de la autopista, como si nunca hubiera sido actor, como si Stephi fuera un personaje de sus sueños más hermosos y más horribles, como si Willi realmente estuviera durmiendo a su lado, porque los cinco se habían ido de excursión a Montenegro.

De la nada surgió una bifurcación: la carretera de la izquierda llevaba a «Dubrovnik MNE», la de la derecha, a «Medjugorje BH».

¿Por qué no ponía MNE junto a Medjugorje? ¿Por qué solo junto a

Dubrovnik? Lorenz dudó, la bifurcación cada vez estaba más cerca. En Croacia había sido todo una sempiterna línea recta, ¡no se podía dejar a alguien conducir quinientos kilómetros en línea recta y después enfrentarlo a semejante decisión!

—Lorenz, ahí a la izquierda pone Montenegro —dijo Mirl.

—¡A la izquierda, Lorenz! —exclamó también Wetti.

Lorenz trató de concentrarse, estaba cansado, fue hacia la derecha sin pensar.

—Qué estás haciendo, chico, ponía claramente Montenegro hacia la izquierda —dijo Wetti.

—Sí, pero esa ruta es hora y media más larga. Por Bosnia vamos directos —dijo Lorenz, que por fin recordó el mapa que se había aprendido de memoria.

—¡No os oigo! Mirad qué empinada baja la carretera, y el paisaje parece la luna. Como si estuviéramos bajando a los infiernos —dijo Hedi.

—Bueno, es que vamos hacia Bosnia —dijo Mirl.

—¿Qué tiene que ver la luna con el infierno? —preguntó Wetti.

Y de pronto se oyó un estallido a tres palmos de Lorenz. Un pájaro que volaba demasiado bajo había chocado contra el parabrisas y había dejado un rastro de sangre en el lado del copiloto.

—Eso es un mal presagio —dijo Hedi.

—¿Qué esperabas, si estamos viajando hacia Bosnia? —preguntó Mirl.

—No es más que un pájaro muerto —dijo Lorenz.

—Un pobre pájaro muerto —añadió Wetti.

—Pues eso —dijo Mirl—. Acabamos de poner rumbo a Bosnia y ya ha muerto un animal.

Nadie dijo nada más.

Llegaron al peaje. La joven de la caseta tenía uñas amarillas y la sangre del parabrisas no pareció llamarle la atención. Lorenz le tendió la tarjeta de crédito. Ella la pasó por el aparato y le entregó el recibo.

Pocos metros después cruzaron la frontera de salida sin ningún incidente. El agente de aduanas ni siquiera quiso ver los pasaportes.

En cambio, en el puesto de entrada a Bosnia tuvieron que esperar mucho.

—Os lo he dicho, era un mal presagio —murmuró Hedi.

Lorenz se temía que, si ahora hacía una complicada maniobra para seguir conduciendo por Croacia, levantarían sospechas. Quizá era incluso bueno que estuviera oscureciendo. Ahora realmente parecía que el tío Willi durmiera.

—Tendríamos que haber seguido por Croacia —dijo Mirl.

—Así ahorraremos una hora —replicó Lorenz.

—Seguro que estos son corruptos —dijo Mirl.

—Shh, silencio todas, hablaré yo —dijo Lorenz, quitó el freno de mano y avanzó hasta la garita.

Dentro había otra mujer joven, una diadema rosa le apartaba el pelo rubio de la frente. Su manicura era aseada, llevaba mucho rímel en las pestañas. Otra agente de aduanas demasiado atractiva para su puesto. Otra agente que inspeccionaba al detalle los pasaportes que Lorenz le había pasado por la ventanilla bajada.

La joven se levantó, salió de la garita y le indicó a Lorenz que aparcara en un apeadero al otro lado de la línea. Este avanzó con cuidado.

—¡Fuera del coche! —le dijo en alemán con un fuerte acento.

—Vosotras quedaos ahí —les dijo Lorenz a sus tías con seriedad, y se bajó.

—Control de aduanas —dijo la mujer, sacó la linterna aunque todavía había luz suficiente, y le pidió a Lorenz que abriera el maletero.

Cuando este obedeció, inspeccionó las neveritas y las tarteras.

—En Bosnia hay aranceles a los alimentos —dijo.

—¿Aranceles a los alimentos? —preguntó Lorenz perplejo—. No lo diré en serio. No son más que unas pocas provisiones.

Iluminó los distintos recipientes con la linterna.

—Cincuenta euros —dijo.

—¡No voy a pagar cincuenta euros por esta comida! ¡Prefiero tirarla!

La agente se encogió de hombros.

—La tasa de gestión de residuos son ochenta euros —dijo. A Lorenz le sorprendió lo bien que pronunció esas palabras. «Tasa de gestión de residuos.» Las tías se inquietaron en el asiento trasero. Mirl se bajó del coche y se acercó.

—Pst, chico, esta quiere propina —susurró.

—No, lo que quiere es tomarme el pelo —dijo Lorenz.

—Propina —musitó Mirl.

—¿Cómo está usted? —le preguntó la agente a Mirl con amabilidad.

—Muy bien, gracias —contestó Mirl, y rebuscó en su bolso para sacar el monedero.

—¡No vamos a pagar! —dijo Lorenz.

Antes de que pudiera darse cuenta, Mirl le pisó enérgicamente el pie con

su zapato de tacón. Mientras Lorenz hacía un gran esfuerzo por no gritar de dolor, Mirl le dio sesenta euros a la mujer.

—Que tengan un buen viaje —dijo la agente, y regresó a la garita. El lacito de la diadema se balanceaba al ritmo de sus pasos.

Lorenz cojeó de vuelta al coche, cerró la puerta y, después de arrancar, gritó:

—¡Me has hecho daño!

—No hace falta que grites, ya te había dicho que son todos unos corruptos —dijo Mirl.

—¡Grito porque casi me rompes el pie!

Wetti se inclinó hacia delante y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Si hubiera estado siquiera cerca de romperte el pie, no podrías conducir —dijo Wetti.

—Mejor concéntrate en la carretera, chico, y no te olvides de repostar.

Mirl tenía razón. Lorenz no se había dado ni cuenta de que el indicador del depósito estaba peligrosamente a la izquierda. Renunció a seguir discutiendo con sus tías y buscó una gasolinera.

Dos kilómetros después se acabó la autopista, el Panda avanzó torturadamente por una carreterucha. Parecía imposible que no hubiera más de un par de kilómetros entre la reluciente Croacia de la autopista costera y el interior de Bosnia, pensó Lorenz al ver carros de tiro abandonados y camiones calcinados en el arcén. Estropeados letreros de aluminio y arbustos como quemados por un rayo bordeaban la carretera.

Lorenz se puso nervioso. Había tenido en cuenta muchos peligros y obstáculos, pero no que se quedaran sin gasolina en medio de la pampa bosnia. Tres minutos después frenó porque creía haber distinguido una gasolinera, pero estaba fuera de servicio.

—Mira, por ahí se va a Medjugorje —dijo Mirl, y señaló un cartel con una enorme imagen de la Virgen.

—No tenemos tiempo de peregrinajes —contestó Lorenz—, el tío Willi huele muy fuerte.

—Nadie quiere peregrinar —respondió Hedi—. Pero es un santuario al que se acercan miles de personas de medio mundo. Seguro que habrá alguna gasolinera.

Probablemente tenían razón. Así que Lorenz puso el intermitente muy a su pesar y giró de una pista con baches a una pista con aún más baches.

—Tengo el trasero como las rodillas de los fieles que rezan sobre guijarros

—dijo Wetti.

—Yo lo probé en el convento —dijo Hedi—. Y créeme, arrodillarse sobre guijarros es más cómodo que esto.

Para tratarse de un lugar al que se acercaba medio mundo, los edificios y las calles no estaban precisamente a la altura, pensó Lorenz después de pasar junto a la primera torre de iglesia torcida, sobre la que se anunciaba el lugar de peregrinaje en distintos idiomas. A la derecha había un pequeño grupo de hostales. A la izquierda Lorenz descubrió una concurrida gasolinera. Desafortunadamente la carretera era estrecha y no había visibilidad, así que no se atrevió a cambiar de sentido.

—¡Ahí había una gasolinera! —dijo Hedi.

—Te la has pasado —añadió Wetti.

Lorenz decidió no responder. Solo quería dar la vuelta lo antes posible, repostar, y llevar a Willi a una cámara frigorífica o a otro lugar más apropiado para la conservación de un cadáver. El pie todavía le dolía por el pisotón de Mirl.

Seiscientos metros más adelante llegaron al centro del pueblo. A la derecha se extendían enormes aparcamientos. A la izquierda había una tienda de recuerdos tras otra. De un poste tan alto como un árbol colgaban figuras de Jesús crucificado, y al lado, imágenes de la Virgen decoradas con leds. Un letrero anunciaba que esa semana se ofrecían los siguientes descuentos: tres rosarios al precio de dos, y por cada cinco litros de agua bendita, un expendedor gratis.

A Lorenz le daba igual que más allá de los aparcamientos se alzara el famoso santuario. Pero sí se alegró al ver la rotonda que le permitía conducir de vuelta a la gasolinera.

—La verdad es que me imaginaba la iglesia de Medjugorje más grande —dijo Hedi cuando entraron en la rotonda.

—Y quién habría dicho que en uno de los lugares más sagrados de Europa habría tantos vendedores callejeros con baratijas chinas. ¿No fue Jesús quien expulsó a los mercaderes del templo? —preguntó Wetti.

—Lorenz, para un momento —pidió Mirl.

—¿Por qué? La gasolinera está ahí delante.

—Sí, déjame salir, después me acercaré a pie.

—No —dijo Lorenz—. Puedes refrescarte en la gasolinera.

Mirl abrió la puerta a pesar de que circulaban por la rotonda a treinta kilómetros por hora. Lorenz pisó el freno asustado y Mirl se bajó de un salto.

—Tengo que hacer una cosita, nos vemos en la gasolinera —dijo antes de cerrar la puerta y cruzar la rotonda hacia la iglesia con su paso militar tan característico.

Antes de que pudiera ponerse en marcha, Hedi y Wetli también se bajaron, Wetli le dio una palmadita en el hombro mientras salía. Detrás de Lorenz, el conductor de un autobús turístico italiano tocaba la bocina.

Lorenz estaba enfadado. Habría dado lo que fuera porque el tío Willi lo rodeara con el brazo en ese momento y le explicara que, en lugar de escuchar lo que decían las tías, tarareara en voz baja una melodía que lo pusiera de buen humor, a ser posible la canción de un anuncio o el himno del Rapid Wien. De pronto echó de menos a su tío como no lo había hecho desde Viena. Puede que estuviera sentado a su lado, pero se había ido. Condujo hasta la gasolinera con lágrimas en los ojos. Con la espita metida en el depósito del Panda, respiró hondo para inhalar la mayor cantidad posible de olor a gasolina.

—Conmovedor, ¿verdad? —dijo un hombrecillo delgado que apareció de repente junto a Lorenz. Llevaba los pantalones subidos hasta el ombligo y una camiseta que decía: «Peregrinación de primavera a Medjugorje».

—¿Cómo dice? —preguntó Lorenz irritado.

—Medjugorje entero. Es conmovedor, ¿no cree?

Lorenz se encogió de hombros.

—Solo he venido a repostar —contestó.

—¡Pues eso! Tan conmovedor que incluso repostar aquí le hace llorar. Se percibe a nuestra querida Virgen en cada rincón.

En el extremo opuesto de la gasolinera, Lorenz descubrió un autobús turístico con matrícula austriaca.

—¿Acaba de llegar o se marcha de vuelta? —preguntó.

—Por desgracia ya nos vamos —dijo el hombre—. Pero ha sido precioso, solemne y emocionante.

—¿A dónde se dirige? —preguntó Lorenz.

—A Austria. Primera parada en Graz, segunda en Hartberg, tercera en Mödling, cuarta en Viena y después, St. Pölten. Venimos de todas partes. Por desgracia las peregrinaciones ya no son tan populares como antes. ¡Hay paganos por todas partes!

El hombre se quitó la gorra y se pasó la mano por pelo ralo.

—¿También para en Viena? —preguntó Lorenz.

—¡Por supuesto!

La mirada de Lorenz vagaba del Panda al autobús y vuelta. En el bus parecía haber varios asientos libres. Nadie le impediría montarse sin más. No sentía ningún remordimiento por pensar en dejar tiradas a sus tías en Medjugorje. Lo trataban como a un siervo al que pudieran ofender y mangonear a su gusto. Pero en el asiento del copiloto estaba el tío Willi.

Lorenz recobró el juicio.

—¿Puedo pedirle un favor?

—Claro.

—Inclúyame en sus oraciones durante el viaje de vuelta a Viena. Rece para darme fuerzas y que no me ofenda tan fácilmente.

El hombre lo miró sorprendido, después le hizo un gesto simpático para despedirse y volvió al autobús.

Lorenz no era creyente. Pero envidiaba a los que sí lo eran, porque la fe parecía bastarles para enfrentarse a las adversidades de la vida. Llenó el depósito del Panda.

—Tío Willi, ¿me oyes? —susurró Lorenz en dirección al asiento del copiloto—. No estuvo bien no contarme lo de la aventura de Stephi. Tendrías que haberme hecho entrar en razón. Tendrías que haberme ayudado a librarme de ella. En una familia no se ocultan ese tipo de cosas.

Cuando Lorenz ya había pagado, las tías todavía no habían vuelto. Se había encendido el neón de la gasolinera. Bajo esa nueva luz deslumbrante, el tío Willi parecía bastante muerto, así que Lorenz estacionó en el aparcamiento vacío de la iglesia.

Se bebió la última bebida energética y estiró las piernas.

Veinte minutos después por fin aparecieron las tías. Wetti y Hedi llevaban bolsitas de plástico, Mirl les hablaba agitada, pero enmudeció en cuanto se acercaron a Lorenz.

—¿Puedo preguntar qué hacíais?

—En el coche —contestó Hedi, y se metió dentro.

—Vista la hora que es ya, no deberíamos entretenernos sino proseguir el viaje —dijo Wetti.

Lorenz no hizo ningún comentario.

En cuanto llegó a la carretera principal, una motocicleta se le pegó al maletero y puso las luces.

—¿Eso no será la policía? —Wetti expresó lo que Lorenz se temía.

Aceleró. La moto siguió tras ellos.

Poco después del letrero de salida del pueblo, Lorenz puso el intermitente y se metió a la derecha.

—¿Qué haces, chico? ¡Acelera! —le apremió Hedi, y le sacudió el hombro. Lorenz puso el freno de mano y se volvió hacia atrás.

—Las carreteras son malas y no se ve nada. Si me pongo a hacer carreras, provocaré un accidente.

Mirl miraba obstinada por la ventanilla izquierda, Hedi hacia la derecha y Wetti se miraba las manos. El policía de civil llamó al cristal de la ventanilla del copiloto. Lorenz la bajó. Estaba a punto de explicarse cuando el hombre dijo:

—*One euro!*

—*What?*

—*One!* —repitió. Lorenz apartó la cara, el hombre olía como si en lugar de estómago tuviera una destilería—. *Private parking! You parking. Pay one euro!*

Lorenz miró al hombre con gesto interrogante.

—*You parking in Medjugorje, I am private parking. You pay!*

Al hombre apenas le quedaban dientes. Tuvo que apoyarse en el coche. Lorenz sintió un sincero respeto por alguien que pudiera llevar a cabo semejante persecución en motocicleta estando tan borracho.

Mirl le tendió una moneda de dos euros.

—¡Dale esto!

Lorenz le dio la moneda al hombre. Él la contempló largo rato, se la metió en el bolsillo del pecho, rebuscó en su pantalón y le tendió a Lorenz dos monedas de cincuenta céntimos de cambio.

—*Thank you!* —respondió, y se alejó caminando pesadamente.

Lorenz subió la ventanilla y se puso en marcha. Después del acceso al pueblo había un letrero que indicaba MNE. Era el último tramo de su viaje, cien kilómetros por la M6 y la M20 hasta cruzar la frontera con Montenegro menos de dos horas después.

La M6 era una carretera interurbana, pero constantemente atravesaban pueblecitos y pasaban junto a casas abandonadas. Ahora avanzaban más despacio. No había límites de velocidad, pero el estado de la carretera era suficiente para frenarlos.

—Me gustaría que me contarais por qué habéis saltado las tres del coche en Medjugorje —dijo Lorenz un rato después.

—He ido a comprar rosarios. Estaban de oferta —dijo Hedi.

—Mis piernas inquietas querían aprovechar la oportunidad de moverse un poco —contestó Wetli.

—¿Y tú, tía Mirl?

Mirl rechinó los dientes.

—Tenía algo que hacer.

—¿Y qué era?

—Es personal —contestó.

Lorenz puso los ojos en blanco.

—Cuéntaselo —susurró Hedi.

—Eso es, cuéntaselo —repitió Lorenz.

Mirl suspiró.

—¡Como quieras! He ido a confesarme.

—¿A confesarte?

—Sí, a confesarme.

—¿En Medjugorje? ¿Mientras el tío Willi se derrite en el coche?

—Hay treinta casetas con sacerdotes que hablan todos los idiomas y a los que no volverás a ver. Era importante. Y ha sido rápido. No eres el único que ha estado pensando mucho durante el viaje.

—¿Y qué has confesado? ¿Que hemos congelado al tío Willi y que lo llevamos a Montenegro de forma ilegal?

—No seas ridículo. Eso no es motivo para confesarse. Cualquier sacerdote entendería lo importante que es honrar a los muertos.

—¡Por el amor de Dios, tía Mirl!

La tía guardó silencio. Wetli le dio un codazo suave en las costillas.

—Si tan importante es para él, cuéntaselo —dijo.

—¡Está bien! —dijo Mirl enfadada.

—¿Y bien? —preguntó él.

—Y bien, y bien —se burló Mirl—. He confesado lo del señor Ferdinand. Me estaba comiendo por dentro.

—¿Qué es lo del señor Ferdinand? —preguntó Lorenz.

—Por todos los cielos, chico, ¿no puedes imaginártelo?

—¡No! —protestó Lorenz—. ¡Es que no me contáis nada!

—¿No te sorprendió que el señor Ferdinand dejara que congeláramos a Willi en su tienda sin rechistar?

Dicho así, Lorenz tuvo que reconocer que tenía razón. El señor Ferdinand había cometido un delito. Es más, había puesto en peligro su negocio.

—Fue culpa de la dermatóloga —dijo Mirl—. Fuimos las tres el pasado diciembre, revisión de lunares, ¿y a quién nos encontramos en la sala de espera? Al señor Ferdinand. El caso es que la dermatóloga me dijo que tenía un ateroma en la nuca y que tenía que quedarme para que me lo quitara con anestesia local.

—Yo no podía quedarme con ella porque Susi estaba en la ciudad —explicó Wetli.

—Y a mí me recogió Willi —dijo Hedi.

—Bueno, y cuando estábamos discutiendo en la sala de espera, el señor Ferdinand se ofreció a esperarme y llevarme a casa. Fue muy caballeroso por su parte. Porque después de una operación como esa es muy importante no ir sola por ahí —prosiguió Mirl—. Incluso me sostuvo la mano mientras la médica me quitaba un trozo de carne de la nuca.

Wetli la interrumpió:

—No era carne, era un quiste.

—Lo que sea —dijo Mirl—. Resulta que después el señor Ferdinand me preguntó si quería ir a comer con él. Para recuperarme de la operación. Yo no salía desde el divorcio con Gottfried. Así que me llevó a una pizzería de Schönlaterngasse. Compartimos espaguetis con marisco, ternera con atún y una pizza de gambas. Con Gottfried nunca comía tan bien. Él solo quería *schnitzel* y más *schnitzel*.

Mirl se detuvo.

—¿Y entonces? —preguntó Lorenz.

—Pues entonces... Bebimos prosecco y vino tinto. Imagínate, el dueño, un atractivo napolitano, nos rellenaba las copas constantemente. Así que el señor Ferdinand dejó allí el coche y me llevó en taxi, y yo le invité a una copa de licor de huevo. En mi casa.

Mirl recogió su bolso, se lo puso en el regazo y lo agarró con fuerza.

—Resulta, Lorenz, que la noche con Mirl le dejó huella al señor Ferdinand —dijo Hedi.

—De hecho, el pobre señor Ferdinand podría haberse jubilado el 1 de enero, pero sigue trabajando en la carnicería con la esperanza de ver a Mirl —dijo Wetli.

—Vale, pero Mirl, no entiendo, ¿el señor Ferdinand no es un buen partido? —dijo Lorenz.

—Ay, chico, es que ya no puedo más —contestó Mirl con tristeza—. Primero el divorcio de Gottfried, después el fiasco del supuesto doctor Goldmann. Me rindo. Soy demasiado mayor para llevarme otra decepción.

A Lorenz le habría gustado decir algo para animarla, pero entendía a su tía. Después de la historia de Stephi él tampoco estaba seguro de si no sería mejor estar solo. Y de pronto se dio cuenta de algo: se parecía más a sus tías de lo que le habría gustado. Ninguno de los cuatro sabía enfrentarse a las decepciones. Los cuatro dejaban que los reveses de la vida los desanimaran enseguida y se refugiaban en el caparazón de la familia en cuanto las cosas se ponían difíciles. El único distinto había sido Willi. Willi se había recuperado a pesar de romperse tantísimos huesos. Willi se había marchado a otro país. A Willi lo habían despedido muchas veces y siempre se había buscado otro trabajo. Willi se había sobrepuesto a que su madre le hubiera mentido toda su vida. Pero Willi ya no estaba. Willi ya no podría animarles a ninguno de ellos.

Así que Lorenz hizo el único comentario positivo que se le ocurrió en ese momento.

—Dentro de una hora estaremos en Montenegro.

Otros panderos espectaculares (2001)

Lo cierto es que las cosas fueron bien durante mucho tiempo.

Maria Josefa Oberhuber, a la que su familia llamaba Mirl, más conocida entre los habitantes y los comerciantes del cuarto distrito como la señora del subsecretario Oberhuber, no era infeliz.

Todas las mañanas le preparaba el desayuno a Gottfried. En cuanto este se marchaba, se daba un baño, se ponía los rulos y se sentaba media hora bajo el casco secador que Gottfried le había regalado por su cuarenta cumpleaños y que seguía funcionando a la perfección. Mientras se le peinaba el pelo, leía revistas. En cuanto estaba vestida, empezaba a limpiar la casa. Seguía habiendo polvo por todas partes, y aunque Mirl había aceptado que jamás se libraría de él por completo, había decidido enfrentarse a él al menos con dignidad, así que limpiaba con pendientes, broches, el pelo ondulado y con ropa para salir de casa. En cuanto tenía la sensación de que todo estaría lo bastante limpio hasta el día siguiente, se arreglaba el maquillaje, se ponía otra ropa e iba al veintitrés a visitar a sus hermanas. Antes solían verse en la ciudad de vez en cuando, pero desde que Wetti vivía en el mismo edificio que Hedi, Mirl cogía el cercanías al veintitrés como la gente que iba a trabajar a diario. Cuando regresaba, todos los días paraba donde el señor Ferdinand, que regentaba una carnicería enfrente de casa de Hedi. Naturalmente habría bastado con hacer la compra un día a la semana, pero es que, además de los descuentos, también la obsequiaba siempre con piropos que a Mirl le resultaban tan deliciosos como el foie gras que hacía él mismo.

Antes de ponerse a preparar la cena en casa, se entregaba al momento álgido del día: su correspondencia. Mirl se escribía con nueve conocidos de los centros penitenciarios de Krems-Stein y Graz-Karlau. Y como tenían sentencias de por vida, se esforzaban por conseguir la amistad fiel y eterna de Mirl. Y Mirl, por su parte, hacía un gran esfuerzo por aportar algo de alegría a su sombría y monótona vida entre rejas.

Christina iba a cenar con ellos de vez en cuando, pero desde que tenía aquel nuevo terapeuta, Mirl o Gottfried eran los culpables de todas las desgracias que sufría. Siempre había un progenitor al que no quería ver, así que iba a comer con Gottfried cuando estaba enfadada con Mirl o se tomaba un café con Mirl cuando era Gottfried quien tenía la culpa de todo.

Era muy poco habitual que cenaran los tres juntos, pero Mirl ya lo había aceptado. Hedi y Wetli veían a sus hijas todavía menos. Susi llevaba una década vagando por el mundo. Mirl no sabía por dónde andaba, solo estaba segura de que se trataba de sitios sucios, antihigiénicos y peligrosos. Y desde que Nina se había mudado a Rothneusiedl con esa persona enferma que no tomaba carne, y ni si quiera leche, era como si se la hubiera tragado la tierra. Normal que no tuviera energías para dar señales de vida si solo se alimentaba de semillas y verdura.

Puede que Christina fuera una pesada que se quejaba constantemente y se vistiera fatal, pero al menos Mirl siempre sabía qué estaba haciendo su hija, dónde y con quién. Aunque a veces habría preferido no saberlo.

Justo la semana anterior habían ido los tres a Plachutta a celebrar el sesenta cumpleaños de Gottfried. Mirl pensaba que Christina haría un esfuerzo para la ocasión, pero en cuanto pidieron *tafelspitz* para todos, empezó la fiesta.

—A partir de hoy practicaré la abstinencia —anunció Christina, y Mirl agradeció que en ese momento el camarero estuviera descorchando una botella de vino blanco.

Gottfried no dijo nada y se terminó la copa de champán.

—Gottfried, prueba si el vino sabe a corcho, por favor —dijo Mirl rápidamente—. Últimamente no hemos bebido más que blancos con sabor a corcho. Es como una maldición.

El camarero le sirvió un poco a Gottfried para que lo probara. Este levantó la copa y miró el vino desde abajo.

—Color muy claro, un poco de gas, pero en vinos jóvenes es más que deseable.

—Sabéis qué, mi vida sexual es una catástrofe —dijo Christina.

El camarero seguía allí. Mirl miraba fijamente el mantel, como si así pudiera abrir en él un agujero que la tragara lo antes posible. Gottfried se enjuagó la boca con el vino e hizo gárgaras.

—Gottfried, no es un colutorio —siseó Mirl desde el otro lado de la mesa.

—Mamá, déjale en paz —dijo Christina.

—En el paladar es donde mejor se percibe la acidez —se justificó él.

—No estamos en casa —dijo Mirl.

—¿Les sirvo? —preguntó el camarero.

—Seguro que mis problemas sexuales tienen algo que ver con lo estirada que eres —dijo Christina.

—Sublime —dijo Gottfried—, fresco y delicioso.

—Una cosecha excelente —dijo el camarero.

—Mi psicólogo dice que el hecho de que no sea capaz de dejarme llevar durante el sexo está relacionado con la tensa situación en casa.

—¡Christina, no estamos en casa!

—Ya, por eso puedo respirar y hablar libremente.

—¿Cree que el vino debería airearse un poco más en el decantador? —le preguntó Gottfried al camarero.

—Gottfried, deja al señor tranquilo —dijo Mirl—. Sirva, así está bien.

—¡Mamá, deja tranquilo a papá! Nos tutelas constantemente, por eso no consigo tener orgasmos —dijo Christina, y acentuó de tal manera la última palabra que la oyó todo el comedor.

—Christina, este no es lugar para un tema como ese —dijo Mirl en voz baja, sintiendo las miradas de la gente en la espalda.

—Es algo muy natural, tú eres la única que no puede hablar de ello —replicó Christina.

—Cariñito, prueba tú el vino, creo que tiene un toque un poco metálico —dijo Gottfried.

—El ambiente inhibido en casa ha arruinado mi sexualidad. Estoy llegando a los treinta y no alcanzo el clímax.

Mirl, que acababa de coger la copa para comprobar si Gottfried tenía razón, se echó encima toda la bebida.

—Christina, lo diré por última vez —siseó entre dientes—: Este no es lugar para ese tema. Los asuntos de alcoba son para la alcoba. Y tú eres responsable de tus propios problemas. Así que contrólate y bébete el vino que tu padre ha escogido por su cumpleaños, o nos levantaremos de inmediato y nos iremos, así le habrás estropeado el cumpleaños.

Christina se cruzó de brazos obstinada. Después cedió y cogió su copa para brindar con Gottfried.

—Felicidades, papá —dijo.

—Igual deberíamos pedir que nos abrieran otra botella —dijo Gottfried,

pero Mirl ya se estaba rellenando la copa y Christina, antes de beberse la suya de un trago, dijo:

—Mi pobre papá, que has aguantado tantos años junto a una mujer completamente incapaz de lidiar con los problemas de los demás.

Antes de que Gottfried o Mirl pudieran responder, el camarero trajo fuentes con sopa, carne, col, salsa de rábano picante, y se tomó tanto tiempo para colocarlas que resultó evidente que quería enterarse del rumbo que tomaba el drama. Sin embargo, llegados a ese punto, los tres fueron lo bastante Oberhuber para no hacer partícipe a un extraño de sus propios problemas.

—A mí, por favor —respondió Gottfried a la pregunta final de camarero sobre a quién debía servirle el tuétano, y el relamido «mmm, que suave y viscoso» que pronunció al untarse una tostada con él fue lo último que se dijo en la mesa hasta que Gottfried pidió la cuenta al terminar todos de comer.

Mirl ya se las sabía todas. Ya de niña, a Christina le encantaba poner en evidencia a sus padres en público. Cuántas veces se había tirado al suelo en una tienda y había pataleado histérica para que a Mirl no le quedara otra que dejar el carro, cogerla en brazos y salir del local. Cuántas veces se había levantado de niña la falda en plena calle y les había enseñado las bragas a unos pilluelos cualesquiera. Mirl reconocía el patrón, solo esperaba que remitiera cuando Christina fuera adulta.

Su gozo en un pozo.

Mirl siguió enfadada con Christina hasta su sagrado miércoles. Los miércoles había reunión del club en el que Gottfried trabajaba de tesorero voluntario para la sección de baile deportivo. Mirl no tenía que cocinar porque Gottfried nunca llegaba a casa antes de medianoche. Así que dedicaba los miércoles a responder las cartas con insinuaciones eróticas que le habían llegado de Graz-Karlau y Krems-Stein, para después dejarse mimar en el salón de belleza. Manicura, raíces, tratamientos para la piel con ácido de frutas, masaje, pedicura, pestañas, cejas... Mirl tenía la sensación de que el polvo que dominaba la casa la convertiría en una mujer gris y pálida, pero salir del salón de belleza con las uñas rojas era como hacerle una jugarreta a la suciedad. Además podía desahogar sus penas con la esteticista. A diferencia de sus hermanas, era muy comprensiva. Wetti y Hedi le decían siempre que no debía ser tan severa con Christina. Pero en el universo de

Mirl, la tolerancia no era una muestra de amor, sino de dejadez. Las esteticistas la entendían.

—Si al menos mi hija se gastara el dinero que le da su padre en algo razonable, como por ejemplo ropa bonita. ¡Pero figúrese, va por ahí en sacos de lino! La mayoría ni siquiera tienen mangas y parece que cría bichos en las axilas.

Snežana, la manicurista de Mirl, conocía tan bien las historias sobre la ropa de comercio justo y algodón orgánico de Christina que incluso era capaz de deletrear marcas complicadas como «Birkenstock». Como cualquier buena esteticista, a Snežana también se le daba muy bien escuchar, así que le preguntó:

—¿Y eso por qué?

—Ay, Sneža, a veces pienso que solo lo hace por enfadarme —dijo Mirl—. Dice tantas tonterías que a veces se pasa de castaño oscuro. Ayer me contó por teléfono que era injusto que se esperara que las mujeres se depilaran pero los hombres no. Con esa actitud, nadie querrá casarse con ella.

—Hoy en día muchas mujeres se casan tarde —dijo Snežana.

—No, Christina no. Pierde el tiempo con psicólogos.

—Mucha gente va al psicólogo.

—Le voy a decir una cosa, Snežana —dijo Mirl, y se sentó más erguida de lo que ya estaba—: Son todos unos charlatanes. Antes la gente no iba al psicólogo y, de todos modos, era feliz. Christina solo lo hace para complicarme a mí la vida. Al parecer, como madre suya que soy, tengo la culpa de todo. Pero le diré una cosa: ¡esos charlatanes le meten a la gente ideas en la cabeza! ¡Christina está estupendamente! Necesitaría un peluquero como es debido, una buena manicura y una muy buena pedicura, porque esas sandalias Birkenstock le hacen callos. En cambio le saca dinero a mi esposo y va a cursos solo para mujeres. Una pesadilla, eso es lo que es. Al final, de tanto intentar mejorar las cosas, solo las empeora.

Snežana levantó la mirada de las uñas de Mirl.

—¿La temperatura del baño de pies está bien? —preguntó, y Mirl suspiró.

—Está un poco fresca —dijo, y observó a Snežana añadir un poco de agua caliente. Ojalá todo fuera tan fácil como los tratamientos del salón de belleza, pensó Mirl, y de camino a casa ya estaba de mejor humor. Hasta que abrió la puerta y se dio cuenta de que Gottfried estaba allí porque no estaba cerrada con llave. Estaba al teléfono. Mirl se quedó en el umbral.

—Sí, sin falta. Estoy impaciente —dijo, y Mirl contuvo el aliento.

Reconocía ese tono—: No te haces a la idea de las ganas que tengo —lo oyó decir—. Ganas de ti y de tu pandero espectacular.

Mirl se deslizó fuera con cuidado y cerró la puerta. Se quedó quieta un instante y respiró hondo.

Sabía lo que significaba esa frase.

Maria Josefa Oberhuber no era una ingenua, y naturalmente se había dado cuenta de que a Gottfried su pandero ya no le parecía espectacular, y de que, sin embargo, tenía a su disposición otros panderos espectaculares. Pintalabios en el cuello de la camisa. Perfume femenino en la corbata. Reuniones nocturnas, como si existiera algún subsecretario de la República de Austria que trabajara un segundo más de lo necesario. Mirl no era ciega. Y naturalmente nunca lo había hablado con él.

Todo comenzó cuando Christina empezó el instituto y Mirl dejó de intentar tener un segundo hijo. Lo había hecho a sabiendas de que Gottfried no podría vivir sin panderos espectaculares, y la primera vez que vio pintalabios en una de sus corbatas incluso se tranquilizó, porque así ella se libraría de aquel circo a partir de entonces.

Y sin embargo, ese momento en que Mirl llegó del salón de belleza fue distinto. Porque hasta entonces Gottfried había hecho todo lo que estaba en su mano para ocultarle a Mirl los otros panderos espectaculares. Seguramente creía que no sabía nada. Pero eso de que hablara por teléfono desde casa, desde la casa que compartían desde hacía décadas, en la que habían criado a una hija, era nuevo.

Mirl se recompuso, abrió otra vez la puerta y dijo bien alto:

—¿Gottfried? ¡Ya estoy en casa!

Y al verlo llegar al vestíbulo completamente sonrojado, ayudarlo a quitarse el abrigo con las manos temblorosas y preguntarle varias veces cómo le había ido el día, Mirl se olió que tenía un problema. Porque si actuaba con esa torpeza, Gottfried no tardaría en darse cuenta de que ella lo sabía.

Las semanas siguientes, Mirl intentó esquivar a Gottfried para evitar situaciones críticas. Estaba tan concentrada en su marido que pasó por alto dónde residía el principal problema: allí donde residían la mayoría de sus problemas. En su hija.

Cuatro semanas después, Mirl estaba con Christina en el Café Sperl. Christina tenía el pelo sucio y parecía preocupada. Más preocupada que de

costumbre. Y de pronto le cogió la mano a su madre.

—Mamá, pase lo que pase, siempre estaré de tu parte.

Una parejita de turistas japoneses entró por la puerta y se quedó sorprendida, como si acabaran de entrar en un plató de cine. Mirl también se quedó sorprendida. Pasara lo que pasara, no podía ser bueno. Porque Christina nunca estaba de parte de nadie. Christina siempre estaba en contra de algo, a veces en contra de uno y otras veces en contra de otro.

—Quiero pedirte perdón. He sido injusta contigo.

Christina ni siquiera se había disculpado cuando estampó el Mercedes de Gottfried contra una farola el año anterior, sino que le había reprendido a su padre por conducir un coche tan ostentoso y de macho. Los japoneses miraban la sala como si no supieran si les estaba permitido sentarse.

—Christina, por favor —intentó contenerla Mirl, pero su hija se echó a llorar.

—No, mamá, déjame hablar. Lo siento mucho, durante toda mi vida te he echado la culpa de que las cosas me fueran mal. Pensaba que eras una estirada y una neurótica. Ahora me he dado cuenta de que todo es culpa de papá. Es un perverso.

El camarero acompañó a la parejita de turistas hasta una mesa y les dio dos cartas. Mirl miró nerviosa a su alrededor.

—¡Christina, no hables así de tu padre!

—Mamá, ya no hace falta que lo protejas, lo sé todo. Y te apoyaré en todo lo que pueda.

—¿Desean algo las señoras? —preguntó una camarera con una minifalda demasiado estrecha. Sí, quiso decir Mirl, ¡sáqueme de aquí!

—No —dijo en cambio. Y añadió—: ¿O sabe qué? Tráigame un té con ron.

—¿De frutas o negro?

—Da igual, lo importante es el ron.

—Mejor manzanilla, sin ron —dijo Christina—. Mamá, no hace falta que bebas. Yo estaré a tu lado durante todo el proceso.

Pasó las manos por encima de la mesa. La manicura de las uñas de Mirl desapareció bajo los dedos de profesora secos y manchados de tiza de Christina.

—¿Qué proceso? —preguntó Mirl con voz decidida—. Todo va bien —añadió, y Christina le apretó más las manos.

—¡El de divorcio, cuál va a ser!

—¿Cómo?

—Mamá, no me digas que no lo sabes.

—¿Que no sé qué?

—Que papá te engaña —dijo Christina tan alto que un matrimonio mayor de una mesa cercana casi se dislocó el cuello—. ¡Que ese cabrón se tira a otras!

—Ay, Christina, ¿cómo se te ocurre algo así?

—Lo he visto.

—¿Haciéndolo?

—No, ¡saliendo con una del hotel Orient! ¡Iba tocándole el culo!

Mirl se dio cuenta por primera vez de que a Christina ya le estaban saliendo canas. Nunca había tenido el pelo castaño brillante o reluciente — para eso tendría que haber usado champú normal y no esos productos bio de la herboristería—, pero ahora se le estaba encaneciendo de verdad. Cómo no, si siempre estaba envuelta en insatisfacción. Por el bien de ambas, Mirl decidió intentar cambiar el rumbo de la conversación.

—Pero Christina, eso no tiene por qué significar nada. Gottfried siempre ha sido muy dado al contacto físico. No pasa nada. Quién sabe, puede que fuera una compañera de trabajo o algo así.

—Mamá, ¿es que no sabes qué es el hotel Orient?

Mirl respiró hondo.

—En todos los hoteles hay salas de conferencias.

—Mamá —dijo Christina, y Mirl le agradeció que realmente intentara hablar en voz baja—. El Orient es un hotel por horas. La gente va allí a tener relaciones sexuales.

Mirl hizo un último intento.

—¿Y qué hacías tú en ese hotel? —preguntó—. ¿Se acabó la fase de abstinencia?

—Mi psicólogo está enfrente. Justo había acabado la sesión cuando salió papá.

—¿Tu psicólogo está enfrente de un hotel por horas?

—Sí —contestó Christina, y Mirl no pudo evitar echarse a reír. Se rio de forma tan desinhibida que sintió una punzada en el costado. Los japoneses levantaron la mirada de sus gigantescos *schnitzel*, y cuando Mirl relinchó de risa, el hombre le hizo una foto.

—¿Qué te hace tanta gracia, mamá?

Mirl necesitó varios minutos para recuperar la compostura, después bebió

un trago de agua, se limpió el rímel del rabillo del ojo con la servilleta y dijo:
—Ironías del destino. Mi hija y mi esposo buscan en la misma calle la felicidad que yo no puedo darles. Señorita —llamó a la camarera—: Un orujo doble.

Horas después de aquel encuentro, Mirl seguía imaginando divertida la cara que debía de haber puesto Gottfried al ver a su hija delante del hotel por horas. Gottfried, que en esos momentos estaba en el séptimo cielo por haber gruñido, y Christina, que estaba en su propio séptimo cielo por haber descargado sus frustraciones.

Su alegría solo duró hasta que Gottfried llegó a casa.

—¿Dónde has estado tanto tiempo? —le preguntó cuando él se sentó a la mesa de la cocina y clavó la mirada en su vaso de agua.

—Paseando —contestó—. Christina me ha llamado y me ha dicho que te ha contado lo que vio.

—¿Te refieres a que te vio salir del hotel por horas? —dijo Mirl. Gottfried se aflojó el nudo de la corbata. Miraba la mesa con gesto de culpabilidad.

—Lo siento, cariñito.

Le temblaba la voz. Durante las últimas horas, Mirl había pensado en sus opciones. La idea de Christina de que se divorcieran era ridícula. Gottfried y Mirl llevaba décadas casados y tenían un buen matrimonio. Los abonos al teatro, las excursiones de los domingos, los debates sobre los titulares del periódico... Les iba bien. Tenían una casa grande, y si Mirl era sincera consigo misma, debía reconocer que le era relativamente indiferente si Gottfried gruñía con otras mujeres. Lo importante para ella era estar tranquila. Porque Mirl tenía sus propios secretos, solo que por escrito.

—Deja de llamarme cariñito. Me has hecho mucho daño, Gottfried —dijo en un fingido tono acusador, y le dio la espalda por si su rostro no reflejaba dolor suficiente. Se detuvo un instante y decidió que no dejaría que Gottfried se fuera de rositas. Lo perdonaría, al fin y al cabo ambos eran católicos. Pero antes tendría que hacer penitencia. Mirl se debía a sí misma y a su dignidad castigar un poco a Gottfried.

—Lo siento mucho, Mirl querida, siempre has sido una buena esposa —dijo Gottfried, y se echó a llorar. Mirl sabía que no era apropiado, pero disfrutó de ese momento triunfal—. Me cocinas, me has dado una hija, siempre te has ocupado de la casa. Pero soy un hombre débil. Necesito

contacto físico.

—La lujuria es un pecado mortal —dijo Mirl, todavía de espaldas a Gottfried, que sollozaba en voz baja.

—Lo siento mucho.

—Bueno, Gottfried, tú solito te lo has buscado —le dijo para dejarlo en vilo y, por primera vez desde que estaban casados, salió de la cocina sin prepararle la cena. Cogió un puñado de cartas sin contestar de Krems-Stein, papel de cartas, un frasco de Guerlain Shalimar, con el que rociaba las cartas, y salió de la casa en busca de una cafetería. Hacía muchos años que soñaba con contestar la correspondencia desde una cafetería, como hacían los grandes literatos. Hasta entonces no se había atrevido por lo que pudiera pensar la gente. Por que vecinos o conocidos la pillaran escribiendo líneas impúdicas. Pero ese día le daba igual lo que la gente pensara de ella. También le daba igual lo que Gottfried pensara de ella. Y disfrutó pensando que a partir de entonces siempre le daría igual.

Mirl se hizo de rogar. Cuando Gottfried llegaba a casa, se esforzaba por ser especialmente amable. Todos los días le llevaba flores, y en cuanto veía la mesa vacía, la decepción se le dibujaba en la cara. Todo aquello comestible que había en la nevera o el congelador, Mirl se lo subió al doctor Obauer, el del cuarto.

—¿Qué he hecho para merecer esto? —le preguntó el viudo cuando Mirl le regaló medio pastel de nata, ensalada de patata precocinada y todo tipo de platos congelados.

—Ay, en casa no se lo va a comer nadie —dijo contenta, aunque al mismo tiempo se sentía mal por mentir a un doctor de verdad: a los médicos y a los sacerdotes no se les mentía. Se consoló pensando que solo era una mentira a medias. En casa no se lo iba a comer nadie porque ella no lo serviría. Mirl entendía por qué el párroco de la región boscosa le imponía castigos tan severos cuando se portaba mal: porque daba gusto hacer pagar a un pecador.

Gottfried expió y expió sus culpas. Lloriqueando como un perro apaleado, una semana después anunció que tenía que atarse el cinturón en el siguiente agujero. Mirl se limitó a encogerse de hombros y salió de casa con la correspondencia. Lo dejaría en vilo un poco más. Y lo perdonaría oficialmente en cuanto hubiera adelgazado los veinte kilos que le había recomendado el médico.

Después de siete semanas, Gottfried llegó a casa sin flores, pero con un sobre marrón que contenía varios papeles.

Lo dejó sobre la mesa vacía de la cocina.

—¿Qué es eso? —preguntó Mirl.

—Tu libertad —dijo en tono melodramático.

Mirl sacó la primera hoja. Decía «Acuerdo de divorcio».

—¿Ahora te burlas? —exclamó.

—Te libero, cariñito mío —dijo Gottfried—. He estado reflexionando. Yo te hago infeliz y tú me haces infeliz. No puedo remediarlo: soy una plantita ¡y el amor es mi abono! Entiendo que tú no lo veas así. Por eso te libero.

Mirl tragó saliva. Solo quería que él sufriera. No quería sufrir ella.

—Gottfried, venga, vamos a dejarnos de sandeces. Hasta ahora hemos aguantado juntos. A nuestra edad semejante teatro es completamente innecesario.

—Mirl, puede que ya no seamos jóvenes, pero a los dos nos quedan entre diez y veinte años buenos por delante. Deberíamos disfrutarlos, deberíamos vivirlos lo más felices posible.

—No digas tonterías. Venga, te preparo algo. Estás confuso, seguro que tienes el azúcar por los suelos. ¿Qué te apetece? Te empano un filete de los que te gustan.

Gottfried se levantó, le cogió las manos y dijo:

—No tengo hambre. Quiero el divorcio, Mirl.

Y en ese momento, cuando Maria Josefa Oberhuber oyó por primera vez a su marido desde hacía treinta años decir que no tenía hambre, supo que lo había perdido.

—Está bien —dijo, fue a la habitación de invitados, cerró con pestillo y se tumbó en la cama. Gottfried llamó a la puerta, le prometió que siempre cuidaría de ella económicamente, pero Mirl no abrió. Y después de un rato, Gottfried hizo lo que siempre hacía cuando no sabía cómo lidiar con Mirl. Como cuando nació Christina, como cuando Christina se fue de casa, como ahora, que iban a divorciarse: llamó a sus hermanas.

Ni Wetti ni Hedi estaba en casa, así que Willi se hizo cargo y tres cuartos de hora después abrió de un golpe la puerta que Mirl había cerrado por dentro.

—Vete —dijo ella.

—Si quieres, puedo romperle el hueso que prefieras —dijo Willi—. Pero me quedaré aquí hasta que te levantes.

Como una muerta viviente, Mirl metió un par de medias, el cepillo de dientes y ropa interior en una maleta, y dejó que Willi la llevara al veintitrés, donde Hedi ya la esperaba con una pastilla para los nervios que en realidad necesitaba receta.

*

Un par de semanas después, gracias a los cariñosos cuidados de sus hermanas, pero sobre todo gracias a las pastillas para los nervios, Mirl había aceptado su situación. Gottfried había propuesto quedarse con la casa y que Mirl se mudara con sus hermanas al veintitrés. Le compraría un piso en el mismo edificio, le pagaría la manutención, y no tendría que preocuparse nunca más. Mirl, que no hablaba con Gottfried desde aquella noche en que él había pronunciado la palabra que empezaba por D, no aceptó ni rehusó. Iba todo demasiado rápido para ella, necesitaba tiempo para acostumbrarse a la nueva situación. Y por supuesto fue Christina quien lo complicó todo aún más.

—Mamá, te he conseguido un abogado —dijo contenta por teléfono un mediodía.

—Cariño, me duele la cabeza —dijo Mirl, y se puso un paño húmedo sobre los ojos.

—Te he concertado una cita mañana al mediodía en el Café Korb —prosiguió Christina impasible—. ¡Acabaremos con papá!

—Por favor, Christina, ya hablaremos más tarde, tengo migraña.

—Claro, te quiero —dijo Christina, y colgó.

Era bastante absurdo. Cuanto peor estaban Gottfried y Mirl, mejor estaba su hija. Christina estaba exultante, porque por fin tenía una explicación a su insatisfacción: el divorcio de sus padres. Mirl tenía la ligera sospecha de que habría hecho mucho más feliz a Christina si ella y Gottfried hubieran sufrido antes semejante desgracia. Christina estaba llena de vida. Incluso se depilaba las cejas y se ponía ropa colorida, cuyo corte amorfo y materiales naturales seguían sin ser del gusto de Mirl, pero que al menos ya no le hacían parecer una monja ecológica.

Todos los abogados que había conocido Mirl hasta entonces eran conocidos de Gottfried. Señores mayores con poco pelo en la cabeza y trajes que no les quedaban bien, que además, con el paso de los años y a medida que sus

esposas perdían la vista, se les desgastaban por la zona del trasero. La mayoría tenían los dientes amarillos o piel con tendencia a la psoriasis, y todos olían un poco a carnero en su madurez sexual.

Así que Mirl se quedó atónita cuando conoció a Klaus Kohlhammer, un joven guapo y bien vestido.

—Señora Oberhuber, su hija me ha hablado mucho de usted, pero ahora que la veo, estoy maravillado —dijo en tono de cantinela justo antes de dejar su cartera de cuero color borgoña y sentarse a su lado.

—¿Y de qué conoce a Christina? —preguntó Mirl.

—¿No se lo ha contado? De un grupo de autoayuda para hijos adultos de padres divorciados.

Mirl se atragantó con el café.

—¿Quiere decir que sus padres también están divorciados?

—Se divorciaron cuando yo tenía ocho años.

—¿Y cuántos tiene ahora?

—Treinta y cinco —contestó, y Mirl se preguntó cómo era posible que casi tres décadas después todavía no hubiera superado el divorcio de sus padres—. Mi madre nunca superó la separación. Murió hace diez años de un infarto, el médico dijo que fue el síndrome del corazón roto. Quiero evitar a toda costa que a usted le suceda algo parecido —dijo Klaus Kohlhammer, y Mirl se calló el comentario de que seguro que no le pasaría algo así—. Mi padre se lo quitó todo, la casa, el dinero, no tenía de qué vivir. Por eso, como abogado de divorcios, me especialicé en los derechos de las mujeres de cierta edad, para proteger especialmente a aquellas que lo han dado todo por su marido y a las que este deja tiradas en el otoño de su vida. Señora Oberhuber, ¡le prometo que desnudaremos al señor Oberhuber hasta que posea usted hasta su última camisa!

Mirl no quería ninguna camisa de Gottfried, no quería la casa ni mucho menos todas las baratijas con las que la había llenado. Mirl tenía desde hacía poco un amigo por carta muy prometedor, cuyas palabras la dejaban sin respiración. Un auténtico doctor encerrado injustamente que saldría al año siguiente. Decía que no podía esperar a conocerla, y ya le había prometido un crucero por los mares del Sur. Mirl ya se veía mantenida. Pero Christina solo hablaba maravillas de ese tal señor Kohlhammer.

—Señor Kohlhammer —dijo Mirl—, ¿está usted casado?

—No, no lo estoy.

—Como mi hija —dijo Mirl con una sonrisa dulce.

—Sí, Christina es encantadora —respondió el señor Kohlhammer.

Y así fue como Mirl accedió a que la representara. Daba igual si era buen abogado de divorcios o no: sería la pareja perfecta para Christina. Tenía los mismos problemas sin resolver y también buscaba dramas donde no los había. Mirl soñaba con que formarían una pareja maravillosa. Pero pasó por alto un detalle esencial: que la única razón por la que Klaus Kohlhammer no estaba casado era porque el matrimonio entre hombres no era legal en Austria.

Más adelante se describiría el divorcio entre Maria Josefa Oberhuber y el subsecretario Gottfried Oberhuber con una sola palabra: sucio.

Gottfried y su abogado, un viejo amigo de la asociación de empresarios, subestimaron a Mirl y al señor Kohlhammer. Gottfried pensaba que él se quedaría con el piso de Wiedner Hauptstraße y que a Mirl le bastaría con unos cientos de euros al mes. A Mirl le habría parecido bien, pero Klaus Kohlhammer, espoleado por su mejor amiga del grupo de autoayuda, Christina Oberhuber, se indignó. Que la jueza tuviera fama de ser una gran defensora de los derechos de las mujeres tampoco fue especialmente beneficioso para el subsecretario Gottfried Oberhuber. Klaus Kohlhammer había pasado varias noches investigando cuánto dinero de la cuenta común de los Oberhuber se había gastado en saunas y clubs de caballeros. Gottfried, funcionario administrativo hasta la médula, había guardado todos los recibos porque le gustaba llevar una contabilidad ordenada y comprensible.

Después de la primera vista, cuando estuvo claro que Gottfried asumiría toda la culpa, este pasó junto a Mirl cuando salía del juzgado con Klaus, muy animado, y Christina, radiante. Gottfried estaba empapado en sudor.

—Cariñito, ¿sabes lo que me estás haciendo? —le susurró.

Mirl miró a Klaus y a Christina, que estaban muy juntos y se susurraban confidencias. Klaus le tocó el hombro a Christina, ella le pellizcó el costado. Mirl no quería que Gottfried lo perdiera todo, sobre todo porque ella no tenía ningún interés en todas aquellas baratijas, pero quería ver feliz a Christina. Sabía lo importante que era para ella tener la sensación de que su madre luchaba por sus derechos. Así que, aunque a Mirl sus derechos le daban completamente igual, se cruzó de brazos, miró triunfal a Gottfried y dijo:

—Gottfried, fuiste tú quien quiso el divorcio, ahora tendrás que vivir con ello.

Sin embargo, en ese momento no pensó que ella también tendría que vivir con ello.

Las montañas negras (del kilómetro 899 al 1029)

¿Era por la noche que se cerraba o porque cada vez estaban más cerca de Montenegro?

Wetti acababa de reírse de uno de los rosarios de Hedi, que se iluminaba al pulsar un botón, pero ahora las tres guardaban silencio en el asiento trasero. Como de costumbre, Mirl y Hedi oteaban cada una por su ventanilla, mientras que Wetti tenía la mirada perdida.

Lorenz estaba concentrado en la carretera, aunque se veía obligado a respetar el ritmo de un camión con matrícula montenegrina que al parecer llevaba el mismo rumbo que ellos: la frontera. Constantemente pasaban junto a casas abandonadas o medio derruidas.

Ya habían dejado atrás Herzegovina y ahora atravesaban la República Sprska. Lo único que no parecía venido a menos en esa zona eran las numerosas banderas azules, rojas y blancas.

—¿Todo bien por ahí atrás? —preguntó Lorenz.

—¿Por qué lo dices? —contestó Mirl.

—Estáis extrañamente calladas —dijo.

Por el rabillo del ojo vio que la mano de Hedi descansaba sobre el hombro de Willi.

—¿Tía Hedi? —preguntó.

—¿Sabes qué? —dijo con un hilo de voz—. Durante el tramo eterno de Croacia estaba impaciente por llegar de una vez. —Mirl y Wetti asintieron—. Pero ahora que estamos a punto —Hedi hizo una pausa—, ahora que estamos tan cerca, preferiría que el viaje durara para siempre.

Veinte minutos después, a su izquierda apareció un lago inmenso; Lorenz calculó rápidamente cuánto tiempo llevaban de viaje y determinó que, o bien se habían perdido del todo, o ese era el embalse de Bileća. Lo que significaba

que debían de estar a muy pocos kilómetros de la frontera.

En Viena solo habían hablado vagamente de lo que sucedería cuando llegaran a Montenegro. En la pequeña ciudad de la bahía había una funeraria que se ocupaba de cuidar el panteón familiar. Willi llevaba varios años en contacto con el responsable. Hedi había buscado su dirección. No sabían cómo reaccionaría cuando se presentaran allí con Willi. Lorenz daba por supuesto que informaría a la policía, pero Hedi había afirmado desde el principio que le daba igual siempre que el hombre enterrara a Willi en el panteón familiar.

Durante los últimos días la prioridad había sido llevar a Willi a Montenegro. Y hasta entonces Lorenz no había caído en la cuenta de que él tampoco había pensado en lo que sucedería cuando lo logaran. Porque no había creído ni por un segundo que lo conseguirían.

La carretera ascendía lentamente. Al camión que tenían delante le estaba costando, Lorenz buscó la oportunidad de adelantarlo, pero al final lo dejó estar. ¿Para qué tanta prisa?

El camión se detuvo. Lorenz esperó. El camión apagó el motor, Lorenz pensó en adelantarlo. Pero puso el freno de mano, dejó el coche en marcha y se bajó. Pocos pasos después pudo echar un vistazo delante del camión y vio que habían llegado a la frontera.

El conductor solo se había bajado para declarar la mercancía, o lo que fuera que hacía un camionero en las fronteras. Un agente le indicó a Lorenz que podía pasar.

A Lorenz le pareció un buen presagio que en la garita no hubiera una hermosa joven, sino un hombre de mediana edad. Lorenz quiso enseñarle los pasaportes, pero el hombre les hizo un gesto desinteresado para que continuaran.

Antes de que pudiera meter tercera, Lorenz tuvo que frenar de nuevo, porque en la siguiente curva, unos cuantos metros montaña arriba, se encontraba la frontera con Montenegro.

Encima del puesto fronterizo, que parecía de otro siglo, se leía «Crna Gora». Desde que habían salido del distrito veintitrés, Lorenz había intentado imaginar ese momento, y había esperado de todo excepto una cabaña discreta, diminuta y mal iluminada en medio de la maleza.

La barraca de chapa ondulada que al parecer constituía el puesto fronterizo

estaba incrustada en una colina de vegetación salvaje. Tres coches esperaban delante de la caseta, en la que había sentado un hombre que sacaba la mano por la ventanilla cada treinta segundos para sacudir la ceniza del cigarrillo.

—¿Esto es la frontera? —preguntó Mirl incrédula.

—Eso parece —contestó Lorenz.

—Me la imaginaba un poquito más grande —añadió Mirl.

—Así que esto es —dijo Wetti.

—Sí —respondió Lorenz.

—Hemos llegado —dijo Hedi.

Lorenz consideró la idea de preguntarles a las tías si querían dar media vuelta. Aunque eso habría sido una locura mayor que todas las que habían cometido desde que Willi no se había despertado. Pero en realidad esa era la mayor locura de todas: que no se hubiera despertado.

Siete minutos después les llegó el turno.

Lorenz avanzó hasta la garita, entregó los cinco pasaportes y esperó. El agente abrió un pasaporte tras otro mientras se encendía otro cigarrillo. Puso un documento tras otro en el lector automático, Lorenz supuso que para comprobar si habían cometido algún delito o no podían entrar en el país por alguna otra razón. El tío Willi le había contado pocas semanas antes que Montenegro era líder en Europa en contrabando de tabaco. Lorenz había olvidado cómo habían llegado a ese tema, pero también recordaba que la nacionalidad montenegrina se podía comprar y que el país la promocionaba con una próxima incorporación a la Unión Europea. Y como se proponía convertirse en miembro de la UE lo antes posible, Montenegro había introducido el euro a principios de los años dos mil, con el argumento de que un país con 640.000 habitantes no necesitaba una moneda propia sabiendo que pronto adoptaría otra. Y para gran hilaridad de Lorenz y de Willi, se había salido con la suya. El Banco Central Europeo no se había alegrado precisamente, pero tampoco lo había impedido.

El agente de aduanas se asomó fuera de la garita. Lorenz se asomó por la ventanilla.

—¿Koviljo Markovic?

—*Yes, he is my uncle* —respondió Lorenz.

—¡Koviljo! —gritó el agente, y saludó con la mano en dirección a Willi.

—*He is sleeping* —dijo Lorenz.

—*But he Koviljo Markovic from Beč? He born thirty kilometers close to border? Father was Vlad, mother Ana?*

—Yes —dijo Lorenz, con la esperanza de que lo preguntara para comprobar su identidad, aunque en ese momento cayó en la cuenta de que el pasaporte de Willi solo indicaba su lugar de nacimiento, no los nombres de sus padres.

—*Ana was cousin of my mother!* —exclamó contento el agente, salió de la garita de un salto y corrió hacia la puerta del copiloto con el cigarrillo en la comisura de la boca. Lorenz, presa del pánico, buscó el cierre centralizado en el salpicadero, detrás las tías gritaban:

—¡Lorenz, haz algo!

—¡Lorenz, está a punto de abrir la puerta!

—¡Lorenz, arranca!

Por fin encontró el cierre centralizado, lo activó, el agente había llegado a la puerta, la sacudió... y se abrió. En lugar del cierre centralizado, Lorenz había pulsado el botón de las luces antiniebla.

—Ay, no —murmuró Mirl, pero era demasiado tarde.

El hombre farfullaba contento como un niño en Navidad.

—*Please let him sleep!* —intentó decirle Lorenz desesperado, pero el hombre no le escuchó, sino que se inclinó sobre Willi y lo abrazó.

Las tías contuvieron el aliento asustadas, y entonces el agente interrumpió su alegre cantinela. Abrió mucho los ojos, permaneció inclinado sobre Willi, pecho con pecho, las manos sobre sus hombros, entonces dio un paso atrás asustado, le palpó el torso, le puso dos dedos en el cuello, le quitó las gafas y clavó la mirada en su rostro muerto.

De la colilla que le colgaba de la comisura de la boca cayó algo de ceniza, que hizo un agujero en los pantalones de Willi.

Y en ese momento el agente de aduanas pareció entenderlo todo.

—*On je mrtav* —exclamó—. *On je mrtav!* —repitió, y se apartó del coche de un salto, como si hubiera visto al mismísimo diablo. La palabra montenegrina «*mrtav*» sonaba como el latín *mortuus*, y Wetti dijo:

—Me temo que nos han pillado.

*

Lorenz se despertó sobresaltado. Se había quedado dormido. Otra vez. En realidad quería permanecer despierto, pero le pesaban los párpados. ¿Y de

qué serviría? Estaba solo en aquella celda. No había ventanas, ni relojes, ni distracciones. No podía hacer nada más que mirar fijamente la puerta cerrada y esperar a que alguien la abriera de una vez. Ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba allí dentro. La luz era deslumbrante, las polillas chocaban contra la lámpara halógena del techo.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Media hora? ¿Dos días? ¿Un día entero? Cuando los agentes de aduanas lo habían conducido allí con las armas desenfundadas, le habían dicho que ellos tampoco sabían cuánto tardaría en llegar la policía. Les había ofrecido doscientos euros en efectivo si lo dejaban marchar, pero, de todos modos, lo habían encerrado.

Al menos habían sido más amables con las tías, les habían dejado quedarse en la sala de espera, ya que al parecer ellas, a diferencia de Lorenz, no tenían peligro de fuga.

Lorenz esperaba en secreto que las tres hubieran ideado alguna maniobra de distracción y ya estuvieran en las Montañas Negras con el Panda. Ni siquiera se enfadaría con ellas por haberlo dejado allí tirado. Estaría orgulloso.

Sin duda la policía denunciaría a Lorenz. Probablemente lo llevarían a una cárcel de verdad e informarían a la embajada austriaca, o eso esperaba él. Lorenz rezaba por que lo dejaran regresar a Austria con una multa y la promesa de que no volvería a poner un pie en los Balcanes. Seguramente tendría que pasar un tiempo en prisión preventiva. No sabía qué castigo recibía en Montenegro la profanación de cadáveres. Pero a estas alturas ya le daba igual.

Quizá aquella historia fuera incluso la que lo volviera a hacer interesante como actor. Puede que un par de semanas en una prisión de Montenegro fuera lo que hacía falta para que Stephi reconociera que era un hombre fuerte y deseable. Seguro que a su querido Flo ni siquiera le habían puesto una multa en toda su vida.

Estiró las piernas y apoyó la cabeza en la fría pared. Qué absurdo. Había pasado semanas sintiendo lástima de sí mismo. Y ahora que había tocado fondo de verdad, concretamente en la celda de un puesto aduanero montenegrino, ahora se daba cuenta por primera vez de que estaba bien. Se recuperaría. Saldría a flote de nuevo. Solo esperaba que sus tías aguantaran. ¿Les estarían dando suficiente de comer y de beber? ¿Tendrían miedo? Al fin y al cabo no eran más que tres señoras mayores que habían cometido aquella locura por amor y afecto al único hombre que jamás las había decepcionado.

Lorenz no sabía cuánto tiempo había dormido cuando la puerta de la celda se abrió por fin y entró el hombre cuya madre era prima de la madre de Willi.

—*You come. Police is here* —dijo. Lorenz se echó el jersey sobre los hombros y se puso de pie.

Dos salas más allá, las tías estaban sentadas con los policías. En el centro de la mesa estaban los restos de la comida que habían traído. Bien dispuestos, como si en cualquier momento fuera a celebrarse allí una agradable reunión para tomar café.

Cuando entró, uno de los dos policías se levantó y su tamaño asustó a Lorenz. Era tal como solía decir el tío Willi: el típico hombre montenegrino medía dos metros de alto y tenía densos rizos negros.

—Siéntese, por favor —dijo el policía en alemán, sin apenas acento. Lorenz obedeció la orden a falta de alternativas, pero se arrepintió de inmediato. Sentado se sentía aún más pequeño.

—¿Habla alemán? —preguntó Lorenz para romper el hielo.

—Fue jugador de baloncesto en Nordrhein-Westfalen —susurró Mirl.

—Salta a la vista, ¿no crees? —añadió Wetli en voz baja.

—¿Estáis bien? —musitó Lorenz.

—Más o menos —respondió Mirl.

Y entonces Lorenz se fijó en Hedi. Miraba fijamente la mesa. Le habían puesto una manta sobre los hombros. Tenía unas profundas ojeras.

—La verdad es que no sé qué hacer con ustedes —dijo el policía, y se sentó también.

Hedi despertó de su trance y se secó el rabillo del ojo con un pañuelo.

—¿Qué habría hecho usted en mi lugar? —preguntó.

—¿Cómo dice?

—Imagine que su esposa muere en Viena. Y usted no tiene dinero para trasladarla a casa. A pesar de que el mayor deseo de ella fuera descansar allí para siempre.

—No se puede congelar un cadáver y recorrer mil kilómetros con él sin más. No es posible —contestó el policía.

—Como puede usted ver, sí que lo es —dijo Lorenz, consciente de la ironía de la situación, ya que él había dicho exactamente lo mismo pocos días antes—. En Europa estamos muy inhibidos con respecto a la muerte. Resulta que una de las leyes más antiguas del mundo dice que a un muerto hay que concederle la sepultura que deseaba. Y en el caso del tío Willi era aquí, en Montenegro —añadió.

—¿Sabe usted lo que cuesta trasladar un cadáver de Viena a Montenegro? —preguntó Mirl, y aumentó ligeramente la cantidad—: ¡Diez mil euros!

—¿Diez mil euros? —repitió incrédulo el policía. Las tías asintieron. El policía lo tradujo para los otros en la sala; «*deset hiljada! Deset hiljada!*», repitieron varias veces.

—¿Y qué hacen las funerarias austriacas a cambio de tanto dinero? ¿Sentar al cadáver en un trono de oro para transportarlo? —preguntó el jugador de baloncesto.

—¡Eso digo yo! —dijo Mirl.

Los policías y los agentes de aduanas hablaron entre ellos.

Hedi se puso en pie:

—Miren, se lo prometí a mi marido, y por eso estamos aquí. No me importan las consecuencias, las aceptaré. Pero por favor, déjenos enterrar a Willi con su familia. Le prometió a su hermana que nunca la dejaría a solas en la oscuridad. Ella lleva mucho tiempo esperándolo en la tumba. Por favor, déjenme ponerlo a su lado. Y después enciérrenme el tiempo que quieran. Estuve en el convento porque pensé que era lo correcto. También iré a la cárcel si hace falta, porque si enterramos a Willi aquí, habré hecho lo correcto.

—¿Su hermana? —preguntó Lorenz patidifuso. No sabía que Willi tuviera un hermana.

—¡Ahora no! —susurró Mirl en tono severo.

El antiguo jugador de baloncesto debatió acaloradamente con sus compañeros, y después el agente aduanero emparentado con Willi dio un largo discurso en su idioma.

Media hora después, la junta montenegrina parecía haber terminado de deliberar. El policía de mayor edad salió de la sala. El joven regresó a la mesa.

—Mi compañero llamará a la funeraria que, según dicen ustedes, cuida del panteón. Si es cierto que ya hay una tumba, se llevará el cadáver de inmediato. Mañana lo llevará al forense. Habrá una investigación. Si realmente ha sido el corazón, no presentaremos denuncia. Si no fue el corazón, irán todos a la cárcel. Para siempre. ¿Entendido?

Lorenz y las tías asintieron.

—Pero ¿qué se ha creído? —susurró Mirl, pero Lorenz exclamó:

—¡Ahora no!

—Gracias —dijo Hedi, y abrazó al policía, que tuvo que agacharse mucho.

—En cualquier caso, me quedaré los pasaportes —dijo—. Abajo, en la costa, hay un hotel nuevo, es de mi prima. Abrió hace cinco días y todavía no tiene clientes. Los llevaremos y esperarán allí hasta que sepamos qué hacer con ustedes.

—¿Podemos quedarnos en un hotel? —preguntó Lorenz sorprendido.

—No podría meter a tres señoras mayores en nuestra cárcel —le susurró el jugador de baloncesto.

El policía de mayor edad regresó con el móvil en la mano izquierda apretado contra el pecho, e intercambió varias palabras con el joven.

—El responsable de la funeraria viene a recoger al señor Markovic —dijo el policía, y Lorenz tuvo la sensación de que un puño invisible le golpeara en la boca del estómago con todas sus fuerzas.

Hedi se llevó la mano a la boca. Mirl y Wetti le acariciaron la espalda, una desde su derecha y la otra desde su izquierda. Sabían desde hacía días que ese momento llegaría. Pero saberlo y verlo suceder eran dos cosas distintas.

—¿Puedo quedarme un momento a solas? —pidió Hedi, entonces el jugador de baloncesto les dijo algo a los demás y todos salieron por la puerta. Lorenz se levantó y salió con ellos. Wetti y Mirl se quedaron con Hedi. Siempre se les había dado bien estar a solas juntas.

Dos horas después, poco antes de la una de la madrugada, llegó el coche de la funeraria. Dos hombres se bajaron y conversaron acaloradamente con los policías y el agente de aduanas.

Lorenz le pidió un cigarrillo al primo segundo de Willi. Fumó mientras dos hombres fuertes en camiseta sacaban el cadáver del Panda. El coche de la funeraria no era uno de esos vehículos negros con la parte trasera alta, como los que Lorenz veía a veces por Viena, sino una furgoneta Volkswagen gris con los cristales tintados. Los hombres se movían con una naturalidad que a Lorenz le pareció mucho más apropiada que la esforzada gravedad habitual. Se alegraba de que llevaran camiseta y no traje, una de ellas roja lisa y la otra amarilla, de un club de fútbol local. Cuando Lorenz estuvo de vacaciones con Stephi en Sicilia, delante del balcón de su habitación de hotel habían visto pasar un cortejo funerario. Nadie llevaba traje, y por supuesto tampoco iban

de negro; acompañaban al muerto en pantalones cortos y camisas de diario. Y todos los hombres junto a los que pasaban se llevaban la mano a los testículos por respeto al fallecido. Porque la muerte y la vida van de la mano, le explicó Stephi. Entonces a Lorenz le pareció extraño. Ahora lo entendía.

Hedi, Mirl y Wetti salieron del edificio. Hedi se acercó sola al coche de la funeraria. Se quedó allí unos minutos. Los grillos cantaban en la espesura detrás de la caseta, varios pájaros nocturnos piaban. El viento soplaba en las cumbres.

—¿Así que ya está? —preguntó Mirl después de que se cerraran las puertas del vehículo.

Lorenz asintió.

El enterrador habló con el policía y le pidió varias firmas a Hedi. Después se marcharon.

—Sígueme con el coche, los llevaré al hotel —dijo el policía.

Cuando le entregaron a Lorenz la llave del Panda, no supo qué era más surrealista: encontrarse en la frontera entre Bosnia y Montenegro y no tener ya un cadáver a su lado, o haber llevado un cadáver hasta la frontera entre Bosnia y Montenegro.

En el coche, las tías parecían sentirse igual. Hacían visibles esfuerzos por mantener la calma.

—¿Habéis avisado a vuestras hijas? ¿Sabéis qué vais a decirles? —preguntó Lorenz para distraerlas un poco.

—Llamaré a Nina mañana a primera hora. Y le diré que venga en el próximo vuelo —dijo Hedi.

—¿Se las arreglará?

—Eso espero.

—¿Te las arreglarás tú?

—No lo sé —dijo Hedi.

—Sí —dijo Mirl—. Nos las arreglaremos.

Y Wetti susurró en voz tan baja que Lorenz no estuvo seguro de entenderla bien:

—Nadie se queda atrás.

Lorenz condujo un rato en silencio detrás del coche de policía, que iba demasiado rápido para él. Un poco después la carretera comenzó a descender,

e incluso el policía tuvo que frenar porque las curvas eran más cerradas. Esa debía de ser la bahía de Risan. Salían de las Montañas Blancas, la cordillera fronteriza entre Bosnia y Montenegro, y se acercaban al mar.

De pronto Hedi dijo:

—El principal motivo por el que Willi y Nina se llevaban tan mal era que Nina se parecía muchísimo a la hermana de Willi. Le costaba soportarlo. Cuando Nina no le hacía caso, Willi enseguida temía por ella.

—No sabía que el tío Willi tuviera una hermana —dijo Lorenz, y miró el asiento del copiloto vacío.

—Durante mucho tiempo, él tampoco —respondió Mirl.

—Lo supo después de que naciera Nina —dijo Wetti—, gracias a la sencilla ley de la genética de Mendel. Nina es pelirroja. Ni nosotras ni Willi teníamos familiares pelirrojos. Pero el antiguo jefe de la madre de Willi, un investigador de osos de la antigua nobleza austriaco-eslovena, sí que tenía el pelo rojo.

—Y su hija también —dijo Mirl.

—Así fue como Willi se enteró de que el hombre que él creía que era su padre, no lo era. Y que aquel que se comportaba como tal, efectivamente era su padre —dijo Hedi.

Lorenz se quedó sin palabras. Si lo hubiera visto en una película, no se lo habría creído.

—¿Qué fue de ellos? —preguntó.

—Los dos murieron antes de que Willi supiera la verdad —contestó Hedi—. Por eso quería que lo enterraran en Montenegro a toda costa. Su hermana tenía miedo a la oscuridad. Y él le prometió que jamás la dejaría sola a oscuras.

—¿Mi padre sabe todo esto? —preguntó Lorenz.

—No —respondieron las hermanas al unísono.

—Sabes, a Willi y a mí nos unían muchas cosas. Aprendimos que no todas las historias se pueden contar a cualquiera. Algunas historias deben contarse a todo el mundo. En cambio otras solo se comparten con unas pocas personas elegidas —dijo Hedi—. Algún día lo entenderás.

El que se quedó atrás (1977)

¿Por qué no podía ser tan insensible como el plástico? Con una capa protectora por la que todo resbalara, pensó Hedi mientras sujetaba el mantel plastificado al canto con pinzas invisibles. Faltaba poco más de una hora para que sus hermanas visitaran por primera vez su casa de Viena y conocieran a Willi.

No tenían muchos muebles. La participación de la cooperativa de vivienda era superior a los ahorros de Hedi y Willi, así que habían tenido que pedir un crédito. Estaban de acuerdo en que era mejor que vivir de alquiler. Tenían un pequeño armario, además de una cama cómoda con dos juegos de sábanas y un cubrecolchones. En el baño tenían un armarito con luz y un mueble construido por ellos mismos para el fregadero, la cocina era lo único que estaba terminado. A Hedi le encantaba su cocina. La encimera era lo bastante grande para preparar al mismo tiempo el aperitivo, el plato principal, el postre y una tarta. Tenía armarios que llegaban hasta el techo con espacio de almacenamiento que por ahora no necesitaba, pero que algún día podría llenar de comida. Hedi y Willi no estaban casados ni tenían hijos. Esto último querían remediarlo en cuanto reunieran un poco de dinero y se adaptaran a la vida en Viena. Hedi no tenía ninguna duda de que todo aquello que soñaba se haría realidad algún día.

De todos modos, después de casi diez años en Estiria, le resultaba inquietante volver a vivir cerca de sus hermanas. Durante la infancia y la juventud habían pasado juntas casi cada minuto del día. En cambio, desde que eran adultas, se habían visto como mucho una o dos veces al año. Y ahora vivían en la misma ciudad. Mirl, cerca del centro, Wetti, en el segundo distrito, Hedi, en la frontera con Baja Austria. Hedi había echado de menos a sus hermanas, pero no sabía si era bueno estar cerca de ellas. Todavía pensaba en aquel día veinte años atrás que lo cambió todo. Y sabía que sus hermanas también.

—Si limpias esa encimera una vez más, puede que se desintegre —dijo Willi. Hedi se volvió.

—¿Cuánto tiempo llevas en casa?

—Lo bastante para darme cuenta de que has vuelto a limpiar la cocina que ya limpiaste ayer.

Willi se acercó a ella y le besó el ceño fruncido. Abrió el frigorífico.

—Ah, y has preparado otras dos tartas.

—A mis hermanas les gusta el dulce —dijo Hedi.

—Sí, pero tienes dos hermanas y dos sobrinas —dijo Willi—. Y ahora tenemos seis tartas. No creo que cada una se coma una entera.

—No sé cuál prefieren. Apenas nos hemos visto en mucho tiempo. Puedo congelar lo que no quieran.

—Reconócelo —dijo Willi—. Quieres que engorde para que parezca mayor que tú.

Hedi no estaba de humor para bromas.

—¿Me vas a contar lo que te pasa? —preguntó Willi—. ¿O tengo que adivinarlo?

Hedi dobló el trapo que tenía en las manos, y cuando alcanzó el tamaño de un paquete de pañuelos de papel, volvió a desdoblarlo.

—Mis hermanas —contestó—. Estoy nerviosa.

Willi le quitó el trapo.

—¿Tienes miedo de que no les caiga bien?

Hedi negó con la cabeza. Al fin y al cabo, Wetti no soportaba a Gottfried, y ella tampoco sabía muy bien de qué hablar con el marido de Mirl. Aparte de la comida, probablemente era la persona más aburrida que había conocido.

—Tengo miedo de que no te caigan bien mis hermanas —admitió.

Willi la abrazó y besó su pelo recién teñido de rubio.

—Son tus hermanas. Así que también son mis hermanas. No tengo hermanos. Me parece bonito tenerlos a los veintipico.

Hedi se soltó a pesar de que ahora quería abrazarlo con más fuerza aún. Negó con la cabeza. No se entendía a sí misma.

—Hedi, ¿qué narices te pasa? —dijo Willi en tono serio.

Hedi se acercó al fregadero y abrió el grifo, frío como el agua del pozo de la granja.

Tras la muerte de Nenerl, hubo momentos en los que Hedi pensaba que se ahogaba. Y en esos momentos corría al huerto, bombeaba agua del pozo en la pila de piedra que había debajo y metía las manos hasta que sentía como si

miles de agujas se le clavarán en ellas. Cuando eso no bastaba, metía la cabeza en el agua helada hasta quedarse sin aire. Si hubiera podido, se habría ido con él. Pero un hilo invisible siempre la sacaba del agua, emergía asustada aunque no quisiera, caía al suelo, aspiraba aire con todas sus fuerzas hasta volver a sentir que estaba viva. Viva y culpable, para siempre, de que Nenerl ya no estuviera.

—La verdad es —le dijo a Willi— que tengo miedo de que yo ya no te guste después de que conozcas a mis hermanas.

—Eso es imposible —contestó Willi con una sonrisa, y extendió los brazos, pero Hedi no quería que la abrazara.

Willi cerró el grifo, cogió un trapo limpio y le envolvió con él las manos frías.

—Hice algo horrible.

Apartó las manos y se dio media vuelta. No soportaba mirarlo a la cara.

—¿Quieres contármelo?

—No —respondió, y se mordió el labio.

—Pero tienes miedo de que tus hermanas me lo cuenten.

Hedi asintió y miró el reloj. Sus hermanas llegarían dentro de tres cuartos de hora. Era demasiado tarde para cancelarlo, seguro que ya habían salido de casa.

—Hedi, creo que deberías contármelo, no importa lo que sea.

Hedi se volvió.

—Mi hermano mellizo murió hace veinte años.

—Lo sé, Hedi. Lo siento mucho.

—Nunca te he contado cómo sucedió.

—Mencionaste que tenía una enfermedad. Que no sentía dolor. Que se rascaba la piel hasta el hueso y saltaba de árboles demasiado altos.

—Sí —suspiró Hedi—. Pero no murió por eso. Yo tengo la culpa de que muriera. Yo y mis hermanas.

*

Los niños Prischinger se emocionaron al enterarse de que los rusos volvían a Rusia. Y eso que los rusos no se portaban mal en absoluto con los Prischinger. Se ocupaban de que el campo se labrara, algo que la madre no habría logrado sola jamás. Incluso le pagaban por cocinar y limpiar. Los Prischinger no tenían mucho, pero sí todo lo que necesitaban, además de ropa

y material escolar. Algo que en esa época no era ni mucho menos una obviedad. Pero naturalmente eso los niños no lo entendían.

Cuando se decidió definitivamente que los rusos se marcharían dentro de dos semanas, la emoción de los niños Prischinger no tuvo límites. La de la madre desde luego que sí. Se volvió callada y reservada, ya que solo pensaba en que los que se marchaban habían cuidado de Nenerl hasta entonces.

Claro que a Nenerl eso le daba igual. Hedi y él tenían nueve años, y Nenerl era cada vez mejor calculando el peligro. Se mantenía alejado del fuego, había aprendido cuáles de sus números podía ejecutar sin pensárselo dos veces y cuáles no.

Pero en cuanto los rusos empezaron a prepararse para su marcha, Nenerl también empezó a prepararse. Quería conservar a toda costa el oso que los rusos le habían confiscado al circo. Así que constantemente aseguraba que estaba cansado, se tumbaba en algún lado siempre que podía y fingía dormir. Hedi se dio cuenta enseguida de que le estaba ocultando algo y eso la molestaba.

Una semana antes de que los rusos se retiraran, Nenerl aseguró que se sentía enfermo y no podía ir al colegio. Como se trataba de Nenerl y la madre siempre temía por él, enseguida le dijo que se quedara en casa. Hedi estaba furiosa, sabía que no estaba enfermo, pero no tenía pruebas.

De camino a la escuela lo consultó con sus hermanas y, como les preocupaba que Nenerl se pusiera en peligro, decidieron saltarse las clases. Su hermano mayor Sepp no lo habría permitido jamás, así que perdieron el tiempo a propósito. A Wetti se le daba de maravilla, constantemente encontraba algún escarabajo especial que tenía que enseñarles a sus hermanas. O flores que quería recoger. Sepp enseguida acabó de los nervios. Lo intentó todo para arrastrar a sus hermanas, las niñas lo intentaron todo para tomarse su tiempo, y al final, Sepp no aguantó más. Aceleró el paso y al principio miró un par de veces hacia atrás. Hicieron como si lo siguieran, pero cuando lo perdieron de vista, se dieron media vuelta y corrieron a casa. Fueron al dormitorio y naturalmente Nenerl no estaba allí. Hedi se alegró de haber tenido razón en sus sospechas. Pero durante mucho tiempo esa sería la última vez que sentiría alegría por algo.

Las niñas registraron la granja. Nenerl no estaba en la vaqueriza, ni donde los cerdos ni las gallinas, tampoco en el huerto, ni siquiera con los rusos. Y entonces supieron que sus peores temores se habían hecho realidad: Nenerl estaba con el oso. Los rusos lo tenían atado en el antiguo henil. Un tablón de

madera mantenía abierta la puerta, se deslizaron dentro y, efectivamente, Nenerl estaba agachado en el suelo dando de comer al enorme animal. El pajar estaba oscuro, así que Mirl encendió la luz. Nenerl se asustó y se dio la vuelta.

—¿Qué hacéis aquí? —susurró.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Hedi.

—¡Fuera! —dijo apremiante, y las niñas vieron por qué. El oso no estaba atado.

La puerta se había cerrado sola, Mirl intentó abrirla, pero los rusos habían desatornillado la manilla para que el oso no pudiera escaparse.

—La puerta está cerrada —dijo Wetli.

—¡Ahí, la escalera al desván! —dijo Nenerl—. Lo llevaré hacia atrás y vosotras podréis subir por ahí.

—¿Y tú? —preguntó Hedi.

—No me hará nada —contestó Nenerl—. Además, en caso de emergencia puedo saltar al silo. —Señaló la puerta que tenía detrás.

Las niñas se quedaron paralizadas y observaron a Nenerl abrir una cazuela y sacar una pata de cordero para alejar al oso de la escalera. A continuación las hermanas se deslizaron con cuidado. Mirl fue la primera en subir, antes de que llegara arriba, Wetli empezó a escalar también, y por último, Hedi. Mirl ayudó a Wetli, se cayeron, volcaron una tina metálica, que rodó hasta el borde y cayó rebotando los tres metros hasta el suelo. El ruido fue ensordecedor. El oso se volvió y rugió, las niñas gritaron asustadas. De pronto el oso se levantó sobre las patas traseras y ya no parecía manso, sino terrorífico. Hedi seguía en la mitad de la escalera. El oso la vio, se dejó caer de nuevo sobre las patas delanteras y fue hacia ella. A Hedi le temblaban tanto las manos que resbaló y cayó al suelo.

—¡Aquí! —gritó Nenerl—. ¡Ven aquí! —llamó al oso, pero este siguió acercándose a Hedi. Nenerl cogió un trozo de madera y se lo tiró al animal. Falló el primer intento, pero la segunda vez acertó. El oso se dio la vuelta.

—¡Hedi, date prisa! —gritó Nenerl, y ella subió la escalera enseguida. El oso fue hacia Nenerl enfadado. En el último momento, Nenerl abrió la puerta del silo y saltó por el hueco por el que normalmente se echaba el heno desde el remolque del tractor.

Las niñas pasaron del desván a la vaqueriza, bajaron por una escalera y corrieron hacia el otro lado, a la entrada del silo. La puerta estaba bloqueada desde fuera con un enorme pasador de madera, estaban a punto de quitarlo

cuando la madre apareció por allí.

—¡Alejaos del silo! —gritó—. ¡Fuera de ahí!

—¡Nenerl está dentro! —exclamaron las niñas.

—Pero hay una capa fresca de ensilado —dijo la madre, y palideció. Las hermanas entraron en pánico. El ensilado fresco despedía gases de fermentación. Desde que tenían uso de razón, les habían inculcado no acercarse jamás al silo cuando hubiera una capa fresca. La madre se ató el pañuelo por encima de la boca, contuvo la respiración, abrió la puerta de golpe y entró. Salió con Nenerl en los brazos, pero ya estaba inconsciente. La madre gritó pidiendo ayuda. Los rusos se acercaron, también el que había trabajado en el hospital de campaña. Se arrodilló junto al niño, le presionó el pecho con las manos, le cerró la nariz y le insufló aire en los pulmones.

—¿Qué habéis hecho! —dijo la madre con la voz ahogada por las lágrimas, mientras las hermanas seguían allí petrificadas.

Después de casi veinte minutos, el ruso paró. No dijo ni una palabra. Y entonces la madre se derrumbó. Cuando las hermanas quisieron abrazarla, las apartó de un empujón. No se atrevían a ir a casa, tampoco se atrevían a ir a la escuela, así que corrieron al maizal y se quedaron allí. No hablaron entre ellas. Ni siquiera se estremecieron al oír los tres disparos con los que uno de los rusos mató al oso.

*

Cuando Hedi terminó de contarle, Willi cogió un trapo de la estantería, lo humedeció con agua caliente, se sentó junto a ella y se lo pasó suavemente por la cara. Pasó de los ojos a las mejillas, después la frente y finalmente el cuello. Exactamente como hacía Hedi cuando él estaba postrado en la cama del hospital.

—Fue un desgraciado accidente, Hedi —dijo Willi.

—No es así como lo siento —susurró.

En ese momento llamaron a la puerta. Con diez minutos de antelación.

—Ven, vamos a saludar a tus hermanas —dijo Willi, y fue a abrir la puerta, lo que le dio tiempo a Hedi para ir al baño, retocarse el maquillaje y ahuecarse el pelo.

Mirl y Christina fueron las primeras, Wetti llegó un cuarto de hora tarde, por supuesto.

—Barriga dentro, pecho fuera —corrigió Mirl la postura de su hija mientras esperaban a Wetti.

En otras circunstancias, Hedi le habría dicho algo. En pediatría no había conocido a un solo niño que no se encorvara de vez en cuando, y ninguno de ellos había sufrido lesiones por vicio de postura. Pero Hedi guardó silencio.

Tampoco dijo ni una sola palabra cuando Wetti llegó con su hija Susi y la encantadora niña se le echó a los brazos.

—¡Tía! —exclamó el pequeño torbellino, y después corrió hacia Willi.

—¡Tío! —gritó, a pesar de que era la primera vez que lo veía, le saltó a los brazos y le preguntó si quería jugar a caballito con ella. Cuatro segundos después Susi ya estaba sobre la espalda de Willi y dejaba que le enseñaran a caballo el piso nuevo, mientras Christina se quedaba sentada en el banco esquinero con las manos juntas sobre el regazo. Hedi se relajó un poco al ver la naturalidad con la que Willi trataba a Susi.

—Es maravilloso —le dijo Wetti a Hedi cuando las hermanas se sentaron a la mesa.

—Se va a hacer daño en la espalda. Wetti, deberías enseñarle a tu hija que las personas no son caballos. Susanne es demasiado grande para que la lleven —dijo Mirl.

—Mi hija puede seguir siendo una niña todo el tiempo que quiera. A Christina tampoco le vendría mal —respondió Wetti.

—No permitiré que tú me des consejos de crianza. Por cierto, el vestido de tu hija tiene una mancha.

—¿Y qué? Las trenzas de tu hija están tan tirantes que seguro que le duele la cabeza.

—Christina, dile a tu tía que no te duele la cabeza —le ordenó Mirl.

—No pasa nada, cariño —dijo Wetti—. Puedes decirnos tranquilamente si te tiran las trenzas. Nadie se va a enfadar. Si quieres te las puedo aflojar un poco.

La niña estaba sentada en el extremo más corto del banco esquinero y miraba alternativamente a su madre y a su tía.

—Christina, ¿no quieres ir un rato a jugar con Susi y Willi? —preguntó Hedi.

Christina asintió con tanta fuerza que Hedi tuvo miedo de que realmente se provocara lesiones.

—Pero no te ensucies el vestido —apostilló Mirl antes de que Christina se escabullera por debajo de la mesa.

Willi no tardó en regresar. Estaba radiante, cogió un vaso de agua, se lo bebió de un trago y se sentó con las hermanas.

—Las niñas están jugando al escondite en nuestro piso escasamente amueblado. Al parecer soy demasiado grande y pesado para esconderme bien. Así que no me dejan seguir jugando. Son malas.

Mirl quiso ir donde las niñas.

—Tengo que decirle a mi hija que no se meta en sitios con polvo o tendrá neurodermatitis otra vez.

Hedi la retuvo.

—En mi casa no hay polvo.

—Y aunque lo hubiera, un poco de suciedad es bueno para ellas. De lo contrario desarrollan alergias —dijo Wetli.

—¿Qué tiene que ver la suciedad con las alergias? Christina es alérgica al polvo a pesar de que en nuestra casa está todo limpio.

—A eso me refiero —dijo Wetli—. Si está demasiado limpio, el sistema inmune no se desarrolla correctamente.

—Qué tonterías dices —replicó Mirl.

—Para nada. ¡Míranos a nosotros! El delicado señor Sepp siempre iba limpio, y ahora tiene fiebre del heno. En cambio nosotras tres siempre jugábamos en el barro. Piensa en todos los sitios por los que nos revolcábamos con Nenerl, y ninguna de nosotras tiene alergias —contestó Wetli, y enmudeció. Ahí estaba, la única palabra dolorosa.

Nenerl.

Mirl se sirvió otro trozo de tarta y jugueteó con él en el plato. Wetli se volvió y miró por la ventana. Hedi bajó la vista hacia el suelo. Ahí estaba, el momento que habían querido evitar.

Siempre que tocaban el tema de Nenerl, las hermanas no sabían cómo seguir. No habían hablado de lo sucedido, ni mucho menos lo habían procesado. Era como si no dominaran el lenguaje que les hacía falta para ello.

Willi carraspeó, Hedi entró en pánico. Willi le cogió la mano y la apretó. Ella quiso apartarla en un acto reflejo, pero él no la soltó.

—Hedi me ha contado lo de Nenerl.

A Mirl se le cayó el tenedor de la mano. Wetli se dio la vuelta. De pronto parecían jóvenes y terriblemente mayores al mismo tiempo. Como fantasmas.

Willi titubeó, se humedeció varias veces los labios y bebió un trago de agua antes de decir:

—Creo que no es casualidad. El destino nos ha unido a todos. Conozco el

dolor que sentís. Sé lo que es sentirse culpable.

Mirl negó con la cabeza.

—Eso no lo entiende nadie —susurró Wetti.

—Yo lo entiendo —insistió Willi—. Yo tenía una mejor amiga que se llamaba Fanny. Crecimos juntos. Primero estudió Biología en Viena, pero después quiso convertirse en artista. Su padre no podía saberlo, porque le habría cortado el grifo. Yo tenía miedo de que no regresara a Montenegro si se hacía artista. Así que la delaté a su padre. Fanny me retiró su amistad. No quiso saber nada más de mí. Después de un par de días me arrepentí de haberla traicionado. Así que decidí fugarme con ella. Fanny fue muy feliz. Le robamos un poco de dinero a su padre y nos marchamos por la noche. Yo conducía, y cuando ya no pude más de cansancio, quise parar. Pero Fanny insistió en que la dejara conducir a ella. En realidad pretendía mantenerme despierto, solo necesitaba descansar un poco, pero me quedé dormido. Diez días más tarde volví en mí en la unidad de cuidados intensivos. Me dijeron que por desgracia la mujer que conducía no había sobrevivido. Yo también quise morir. Realmente no quería seguir viviendo. Pero sigo aquí. Todos seguimos aquí.

—Mamá, ¿por qué lloráis todos? —preguntó Susi, que había convertido un palo de escoba en un caballo y había entrado en la cocina al galope.

Los adultos se apresuraron a secarse las lágrimas y a recuperar la compostura.

—No estamos llorando —dijo Mirl.

—Sí que lloráis —insistió Christina, que había seguido a Susi hasta la cocina—. Tenéis los ojos mojados. Eso solo les pasa a las personas cuando lloran.

—El tío Willi nos ha contado una historia triste —dijo Wetti—. Pero no es para niños.

—¿Una historia tan triste como la de la gata de mamá, Annabell? —preguntó Christina. Mirl negó con la cabeza.

—De todas formas quiero oírla —dijo Christina.

—Yo también —añadió Susi.

Willi carraspeó y les explicó a las niñas:

—Algunas historias están hechas para contárselas a todo el mundo. Otras, en cambio, para compartirlas con unas pocas personas —dijo—. Sé que

todavía no lo entendéis. Pero creedme, algún día lo haréis.

A quién se le cuenta qué (Viena)

Hacía un frío helador, pero al menos no soplaba el viento. Lorenz se frotó las manos y volvió a metérselas en los bolsillos del abrigo. Se había olvidado los guantes. Heldenplatz, frente a la Biblioteca Nacional, estaba cubierta por una gruesa capa de nieve, el aire olía a castañas asadas.

Lorenz vio a Stephi bajar con cuidado los peldaños de la Biblioteca Nacional. Tenía el pelo recogido en un moño desordenado, llevaba orejeras rosas y, cuando se acercó, vio que dos lápices le atravesaban el moño.

Lorenz le tendió la mano, pero Stephi se puso de puntillas para saludarlo con un beso en la mejilla.

—Tienes buen aspecto —dijo ella.

—Tú también —contestó él apocado.

Se quedaron un instante el uno frente al otro sin saber qué hacer, miraron hacia un grupo de niños ruidosos que se preparaban para una pelea de bolas de nieve junto al monumento al príncipe Eugenio. La nieve no estaba lo bastante húmeda para apelotonarse, así que la alegre jauría solo levantaba polvo que brillaba a la luz del sol. Stephi tomó la iniciativa.

—¿Paseamos un poco? —preguntó—. Solo tengo tres cuartos de hora, después perderé el derecho al puesto de lectura, pero podríamos dar una vuelta. ¡Como hacíamos antes!

Stephi no tenía botas de nieve, así que tuvieron que mantenerse en los senderos limpios. Ella le habló del artículo que estaba escribiendo, pero Lorenz solo la escuchaba a medias. Era raro volver a ver a Stephi ocho meses después. Tras lo de Montenegro, se había obligado a sí mismo a mirar hacia delante y a no pensar más en ella. No la había llamado, ni siquiera le había escrito por su cumpleaños, y no la había buscado en Google ni una sola vez. Pero entonces, unos días antes, había recibido su mensaje de que pasaría la Navidad en Viena y si le apetecía quedar. Y ahora le hablaba de trabajo, como si la hubiera recogido para comer, como solía hacer.

—¿Qué tal estás tú? —preguntó.

—Bien —respondió Lorenz ateniéndose a la verdad.

—De nuevo, siento mucho tu pérdida —dijo Stephi—. El tío Willi me caía muy bien.

—Sí, todos lo echamos mucho de menos —dijo Lorenz escueto. No quería hablar del tío Willi, porque no quería tener que discutir con ella sobre lo mal que le parecía que hubiera convertido a Willi cómplice de su engaño.

Willi descansaba en paz. La primavera siguiente Lorenz y las tías volarían a Dubrovnik y alquilarían un coche para ir a la pequeña ciudad de la bahía de Kotor, donde plantarían flores en su tumba. Lorenz ya había comprado los vuelos, era su regalo de Navidad para las tías. Pero eso no era de la incumbencia de Stephi. Ya no formaba parte de su vida. Lo había aprendido durante el viaje. Así que cambió de tema.

—¿Recibiste la transferencia de dinero que te hice?

—Sí —contestó Stephi—. Exactamente el dinero que te presté a lo largo de los años. Para serte sincera, me sorprendió. Te busqué en Google, pero no conseguí averiguar qué estás haciendo. ¿Has vuelto a rodar?

—No —contestó Lorenz.

—¿Has ganado la lotería?

—Tampoco. Tendré que seguir pagando cuotas a Hacienda y al seguro durante un par de años, pero he escrito un guión y una productora de cine lo ha comprado.

—¿Un guión?

—Sí. Una *roadmovie* sobre una familia chiflada. Se me ocurrió después de que muriera Willi. Se trata de un escritor fracasado al que su novia echa de casa y tiene que mudarse con sus tías. El esposo de una de las tías es bosnio y toda su vida ha deseado que lo entierren allí. La película comienza con la muerte del tío y, como las tías y el sobrino no tienen dinero suficiente para trasladar el cuerpo de forma legal, lo meten en un Golf y conducen con él hasta Bosnia.

—Vaya —dijo Stephi, se detuvo y lo observó admirada. Lorenz se dio cuenta de que la ceja se le elevaba ligeramente, el bótox parecía estar remitiendo—. Menuda locura. Un poco inverosímil, pero al fin y al cabo es una película.

—Exacto, es una película, no todo tiene que ser creíble —contestó Lorenz, y se pasó de la acera a la nieve que había al lado porque le gustaba el ruido que hacía al pisarla—. ¿Qué tal le va a Flo? —preguntó por educación.

—Ya no estamos juntos —dijo Stephi—. Parece que solo era una aventura. El día a día no funcionó. Seguramente me marcharé de Heidelberg. No podemos quedarnos los dos allí.

Lorenz prestó atención a su interior, pero no percibió la satisfacción que habría esperado al escuchar esas palabras.

—¿Celebraréis vuestras grandes, caóticas y ruidosas Navidades Prischinger otra vez? —preguntó Stephi.

—No. Este año no. Todas las tías están fuera, así que iré a casa de mis padres, a Furth, será tranquilo y contemplativo.

—¿Las tías están fuera? —preguntó Stephi.

Lorenz asintió. Estaba orgulloso de las tres y de cómo habían crecido durante los últimos meses.

—Desde la muerte del tío Willi han cambiado muchas cosas. La tía Mirl tiene un novio que antes regentaba una carnicería en el veintitrés. Ha cerrado el negocio, ha vendido las instalaciones por un dineral a unos hípsters que quieren abrir una cervecería artesana, y con ese dinero van a disfrutar de los próximos años. Hasta febrero, durante ocho semanas, estarán de crucero por los mares del Sur. Parecen dos adolescentes enamorados.

—¿Y tu prima?

—No ha podido ir con ellos porque está embarazada del hermano del abogado de Mirl.

—¡No puede ser! —dijo Stephi y, riéndose, apoyó la mano en el brazo de Lorenz. Él contempló su perfil, como ya había hecho miles de veces cuando caminaba a su lado o se sentaba junto a él a leer un libro. Le seguía pareciendo preciosa. Ahora era incluso más guapa que de estudiante, porque ya no tenía esa intransigencia marcada en el rostro.

—La tía Wetli lleva desde octubre con Susi en Florida. Están trabajando en una granja de cabras a cambio de comida y alojamiento. Wetli me ha escrito que se quedarán en Florida hasta Nochevieja y después seguirán viajando por el sur de México, porque Wetli está deseando ver la selva.

—¿Y qué tal está la tía Hedi?

—A veces mejor y a veces peor. Nina y ella se han reconciliado. Pasan mucho tiempo juntas y ahora Hedi es vegetariana, un día a la semana incluso vegana. Está estupenda, ha adelgazado cinco kilos. Se mantiene ocupada. Está estudiando el bachillerato en el instituto nocturno, sigue cuidando de los vecinos de mayor edad y el año que viene tiene intención de presentarse a las elecciones del distrito.

—Es increíble cuánto pueden cambiar las cosas en un año.

—Efectivamente —confirmó él.

Lorenz recordaba el momento, hacía más de medio año, en que sus tías, sus primas y sus padres se habían reunido junto a la tumba de Willi. Su tío había elegido uno de los rincones más bonitos del mundo para descansar eternamente. El cementerio estaba en la colina que se alzaba sobre la pequeña ciudad costera en la que había pasado su juventud, de manera que las tumbas miraban al mar y a la bahía. Después de la misa, habían ido a un restaurante de pescado junto al agua, habían comido en silencio. Pero no había sido un silencio incómodo. De algún modo todos estaban en paz.

Lorenz recordaría toda la vida esa sensación de alivio que no había sentido solo él, sino toda la familia junta. Desde entonces todos vivían más ligeros, aunque la tristeza jamás remitiría por completo.

Paseando con Stephi en el invierno vienés, se preguntó si debía contarle la verdad. Si debía desvelarle que su guión estaba basado en hechos reales. Y que su tesis le había sido de gran ayuda. Especialmente la parte que trataba sobre los espíritus que guían el camino de los vivos por amor. Stephi había reunido mitos preciosos de la literatura latina: por ejemplo, la princesa fenicia Dido había fundado Cartago porque el fantasma de su esposo asesinado, Siqueo, se le había aparecido y la había conminado a marcharse de Fenicia para no caer víctima de un complot mortal de su hermano. Y seguramente Eneas también habría perdido la vida en una Troya conquistada por los griegos, de no ser porque el espíritu de su esposa fallecida, Creúsa, lo envió a Italia, donde se convirtió en padre de los romanos. A Lorenz le gustaba la idea de que el tío Willi también hubiera mostrado nuevos caminos a su familia. No se les había aparecido, pero había logrado que todos contemplaran su vida desde una nueva perspectiva.

Lorenz decidió no compartir todo aquello con Stephi.

—Lo siento, Stephi, tengo que irme. He quedado —dijo, y le cogió la mano para despedirse.

—¿Te apetece que tomemos un café después de Navidad? —le preguntó ella, y a Lorenz le pareció que le apretaba los dedos a través de sus gruesos guantes.

—Sí, puede —contestó.

Stephi estiró de un cordón de su abrigo con gesto decepcionado.

—Avísame cuando te apetezca, ¿vale? —dijo.

Lorenz le dio un beso en la mejilla, se volvió y caminó en dirección al tranvía. Pensó en lo que le habría aconsejado Willi, y creyó oír su voz en el oído proponiéndole que hiciera como Tito, que desechaba cualquier empresa que fracasara.

Y al subirse al tranvía, supo que no llamaría a Stephi.

La vida seguía. Y los que ya no estaban también permanecían. Siempre que se les escuchara.

Agradecimientos

Les doy las gracias a todas las personas maravillosas que me han apoyado durante la ardua labor de escribir esta novela. Ya fuera dándome consejos, escuchándome o sirviéndome vino.

Especialmente a mi familia y mis amigos, cuya comprensión infinita es un regalo de los dioses. A los trabajadores y trabajadoras de Kiepenheuer & Witsch, que hacen todo esto posible, a Simon, que me cubre las espaldas, a Anni, que siempre me consigue más tiempo, y sobre todo a mi correctora Sandra, que se ha subido conmigo por tercera vez a esta montaña rusa de sentimientos y manuscritos, y que siempre me ayuda a ver las cosas (más) claras.

Asimismo quiero dar las gracias a mis profesores y profesoras, así como a Lavinia, que me permitieron terminar la carrera a pesar de todo lo demás.

También le estoy agradecida a la fundación Ravensburger Verlag, cuyo premio a la mejor novela familiar me ha ayudado mucho a trabajar en esta obra.

Y *grazie mille* a mi *dottore amore* Davide, que se ha casado conmigo a pesar de que yo ya me había casado con esta novela.

Esta historia está dedicada a la memoria de Finni Kaiser y Fritz Fasler.

Y a la de todos los que ya no están.

Publicado originalmente en alemán como *Rückwärtswalzer. oder Die Manen der Famile Prischinger*,
by Veá Kaiser

La traducción de esta obra ha recibido una subvención del Goethe Institut



Esta obra es una novela y su argumento es pura ficción.
Todo parecido con la realidad es casual.
En ningún caso se aconseja imitar las acciones de los personajes.

Edición digital: 2019

Copyright © 2019, Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG, Köln / Germany

© de la traducción: Paula Aguiriano Aizpurua, 2019

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-652-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com